

TOMÁNDOLE EL PULSO A LA REALIDAD

José Moncada Sánchez

TOMÁNDOLE EL PULSO A LA REALIDAD

ILDIS

TOMÁNDOLE EL PULSO A LA REALIDAD

José Moncada Sánchez

1ra. Edición: Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Telfs.: 562-633 / 506-267
Fax: 506-267 / 506-255
e-mail: editorial@abyayala.org
Casilla 17-12-719
Quito-Ecuador

Autoedición: Abya-Yala Editing
Quito-Ecuador

ISBN: 9978-04-584-8

Impresión: Producciones digitales UPS
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, febrero del 2000

Con los auspicios del ILDIS

CONTENIDO

Presentación	9
Introducción.....	11
<i>Capítulo I</i>	
Nuevo gobierno, crisis, políticas económicas	13
Nuevo gobierno ¿nuevas ilusiones?.....	13
Sanación y políticas económicas.....	18
Libre mercado e insolvencia bancaria.....	20
Medidas económicas: ¿más de lo mismo o cambio?.....	23
¿Sordera parlamentaria?	25
Crisis bancaria y ensanchamiento del aparato estatal	28
Crisis económica y discrepancias políticas	30
La crisis actual: antecedentes, naturaleza, perspectivas (1).....	33
Superación de la crisis y desarrollo nacional	36
Los antecedentes de la crisis última y perspectivas.....	39
Crisis y burocracia dorada.....	42
Crisis, inversiones extranjeras y nueva deuda	45
Crisis y saneamiento financiero y bancario.....	48
Los socialcristianos se hacen opositores	51
Deuda externa y desarrollo.....	53
La austeridad: ¿doble discurso o nuevo valor social?	56
Crisis, política económica y recuperación.....	58
Entre la moratoria y el bloqueo financiero	61
El Estado y la banca	64
Ilusiones, realidades y políticas alternativas	67
El régimen no es un hombre.....	70
<i>Capítulo II</i>	
Problemas Internacionales, paz Ecuador-Perú	75
Las equivocadas políticas impuestas por Washington	75

El escándalo Lewinsky y los problemas mundiales y nacionales	77
La magia del mercado: del sputnik a la comida de gatos	79
Paz entre Ecuador y Perú y unidad e integración latinoamericana	82
Paz y dignidad nacional.....	85
Los bombardeos de Irak: expectativas y lamentaciones	87
Crisis mundial y avances en la lucha contra los atropellos, el crimen y la impunidad	91
Fin del siglo XX y perspectivas.....	94
Los Balcanes: ¿un nuevo Vietnam?	96
Chile: un fantasma recorre el país.....	99
Globalización, cultura, dignidad humana	101
Alternativas a la globalización y al neoliberalismo	104
Deuda externa, entreguismo, soberanía	106

Capítulo III

Educación, Universidades	111
El proceso eleccionario en la Universidad Central de Quito	111
Universidades, como setas en el invierno (I)	113
Universidades, como setas en el invierno (II)	116
Globalización y cultura nacional	118
Hacia un pensamiento propio en los cursos de posgrado.....	120

Capítulo IV

La cuestión Regional	123
Corpecuador ¿manzana de la discordia?	123
Crisis, centralismo y fraccionamiento popular	125
¿Descentralización, autonomismo, secesión?	129
Integración fronteriza ecuatoriana peruana.....	131
La necesidad de las autonomías regionales	134
Corpecuador: de milagroso a villano.....	136
Descentralización y retórica	139
Autonomías, descentralización, interrogantes y expectativas	142
Identidad o esquizofrenia y autonomías provinciales	145
Quito: perspectivas en el nuevo milenio	148

Capítulo V

La magia del mercado. Coyunturas políticas	153
---------------------------------------------------------	-----

Mercado libre y competencia Monopolista.....	153
¿Y la magia del mercado?.....	155
Las ventajas de Ana Lucía Armijos.....	158
La verdadera dimensión de la violencia	160
La hazaña de Ana Lucía Armijos.....	163
La verdadera cara del desempleo	165
El caos como proyecto social.....	167
Del radicalismo verbal al ostracismo político	169
Nuevas malas jugadas de la globalización y el libre mercado	173
Las contradicciones del libre mercado.....	175
Hiperinflación y neoliberalismo	178
Desconcierto e incertidumbre	181
Otro intento de globalización frustrado.....	184

Capítulo VI

Hacia la definición de propuestas alternativas de desarrollo.

El papel de la izquierda	187
Gobernabilidad durante la crisis y políticas de ajuste	187
Encogerse de hombros o reactivar la memoria política	189
Elaboración de una propuesta de desarrollo alternativo.....	192
La izquierda ecuatoriana en el próximo milenio (I)	195
La izquierda ecuatoriana en el próximo milenio (II)	198
La amenaza es el capitalismo.....	201
La crisis actual: antecedentes, naturaleza, perspectivas (II)	204
“Nuevas” medidas ¿nuevo “modelo” de desarrollo?.....	207
Hacia un “nuevo” modelo de desarrollo	
¿la desindustrialización?	211
Crisis y nueva política económica	214
Las perspectivas de un cambio en el Ecuador.....	218
Caotización y neoliberalismo.....	221
El subdesarrollo ecuatoriano y el culto a la estadística.....	225
Desigualdad y desarrollo nacional	228
¿Reoxigenación o transformación del “modelo”?	230
Dolarización: realidades y perspectivas	234
Más sobre la dolarización.....	237
Dolarización y profundización de la dependencia	240

Capítulo VII

Misceláneas	243
Economía concentrada	243
Desempleo y desintegración social	245
El problema de la vivienda	247
Justicia privada y social ¿contradictorias, irresolubles?.....	250
ILDIS: veinticinco años de labor fecunda.....	253
Una vuelta a la mitad del Ecuador en ocho días	255
Un pensamiento crítico para formular propuestas	259

PRESENTACIÓN

Cuando en una época como la actual se continúan difundiendo criterios fundamentalistas de carácter neoliberal como base para la formulación de políticas económicas nacionales, es reconfortable contar con enfoques globales y específicos capaces no solo de ofrecer elementos para refutar tales criterios, sino para avanzar en la formulación de políticas alternativas diferentes, que toman en cuenta aspectos que el neoliberalismo soslaya o desprecia, como la distribución del ingreso, los perfiles tecnológicos, la degradación ambiental, la acentuación de la desigualdad, la determinación de los grupos sociales perjudicados y beneficiarios.

El presente libro de José Moncada Sánchez, distinguido docente e investigador que ha dedicado buena parte de su vida al análisis de la realidad mundial, latinoamericana y nacional, desde la perspectiva de una concepción de desarrollo no capitalista, constituye un aporte fundamental para poner al descubierto los errores fundamentales del neoliberalismo y para apoyar la forja de una alternativa de desarrollo diferente, que motive la participación consciente y activa de la mayoría del pueblo.

Una ventaja del libro es que se pueden leer por separado cada uno de los capítulos, incluso, cada uno de los artículos que lo conforman. Claro, existe también el inconveniente de que en algunos casos se reiteran algunos criterios, aunque enfocados desde diferentes puntos de vista. En cualquier caso, un libro para pensar, para cuestionar, para debatir. Ojalá que los lectores encuentren en él elementos que puedan ayudarlos no solamente en la mejor comprensión de los problemas

mundiales y ecuatorianos, sino en la lucha que diariamente llevan a cabo por construir un país mejor. Es la razón esencial por la cual el ILDIS ha creído conveniente auspiciar su publicación.

Hans-Ulrich Bünger
Director del ILDIS

INTRODUCCIÓN

Se cumplen veinte años de ejecución, en el Ecuador, de políticas económicas aperturistas, fomentadoras de las exportaciones, seductoras del capital extranjero, desreguladoras de las actividades financieras, flexibilizadoras de las relaciones laborales, creyentes en las bondades del mercado, neoliberales en suma, y que han afirmado la condena del país al hambre y a la depresión, arrastrando a trabajadores urbanos y rurales, profesionales y estratos de varias clases sociales de la sociedad nacional, pequeños industriales y comerciantes, maestros y jubilados, empleados estatales, mujeres y hombres que no encuentran trabajo, a una crisis que no termina.

La política económica altamente neoliberal, de esencia antinacional y antipopular, que hace unas pocas semanas se vio reoxigenada con la decisión gubernamental de adoptar la dolarización, se muestra cada vez más impotente para atenuar los problemas del Ecuador.

Precisamente por ello es que millones de ecuatorianos acarician la esperanza de que en algún momento y de alguna manera la crisis ecuatoriana sea resuelta en un sentido favorable a los intereses del pueblo. En tal dirección, numerosos grupos y clases explotadas y postergadas de la sociedad nacional, no dudan en aproximarse y reconocerse. Miles y miles de jóvenes que ya no creen en los políticos anticuados y charlatanes de siempre, están dispuestos a abandonar la desmoralización, el inmovilismo, la pasividad, emergen a una nueva vida política, y empiezan a luchar por una plena reivindicación de sus legítimos derechos, poniendo nuevamente a la historia en movimiento.

Pero naturalmente lo anterior, con ser estimulante, no es suficiente. Para evitar caer en el ritmo y los tiempos de siempre, la lucha

popular tiene que definir con especial cuidado los objetivos a perseguir y los métodos a emplear. Tiene que evitar que, en cualquier momento, pueda volverse atrás y, para ello, nada mejor que examinar nuestra realidad y los acontecimientos sucedidos durante los últimos años. En tal dirección, el libro que usted tiene en sus manos, que reúne los diversos artículos publicados por el autor en el diario "El Telégrafo" de la ciudad de Guayaquil, durante el período noviembre de 1998, febrero del 2000, contiene una serie de elementos para reflexionar y para actuar. Fueron escritos por quien, antes que considerarse actor modesto, se autodefine como un cuidadoso testigo de una serie de importantes acontecimientos que están llamados a conformar una densa red de hechos históricos que marcan la evolución del pueblo.

La publicación de los artículos se la hace bajo diferentes títulos, sin introducirles ninguna modificación y agrupándolos de manera temático cronológica. Al proceder de esta manera persigo someter a la crítica y al juicio de la realidad, mis múltiples puntos de vista sobre diferentes problemas, sin desvincularlos del entorno histórico en que estos se desarrollaron.

El agrupamiento de los diferentes artículos por grandes temas, tiene la ventaja de reunirlos según cierta unidad conceptual, ofreciendo así la posibilidad de apreciar los problemas en una totalidad más amplia que la que es capaz de ofrecer un artículo periodístico aisladamente considerado. Me ocupé de numerosos temas nacionales relacionados con el desenvolvimiento del proceso capitalista, de la política económica y el papel del Estado, de los antagonismos de clases, de la educación y la cuestión regional, de la trasnacionalización de la economía ecuatoriana, de algunos problemas internacionales que tanta influencia actualmente ejercen sobre la situación nacional, de las alternativas necesarias de recorrer para que el país pueda desarrollarse.

Las personas que lo lean podrán apreciar que el tema que probablemente más atención merece en este libro es el relativo a la crisis, lo cual resulta comprensible pues nuestro país vive, desde 1980, una profunda crisis entrecruzada por fugaces como irregulares recuperaciones,

que se intensificó desde 1998 y quizás antes y que, hasta ahora, no ha podido ser resuelta. Por lo mismo, en el texto se analizan los antecedentes del fenómeno, sus características, las diversas concepciones que se vierten sobre él, las salidas que se ofrecen para superarlo.

Debo agradecer el enorme interés demostrado por estudiantes y algunos docentes de las Facultades de Economía de muchas universidades del país, por su pedido para que publique bajo la forma de libro los diferentes artículos escritos por mi persona durante el período señalado anteriormente. Creo que este interés es parte de la notoria resistencia de los estudiantes especialmente universitarios, de leer libros de autores extranjeros escritos sobre la base de observar y analizar realidades tan diferentes a la nuestra. Muchísimos jóvenes prefieren la lectura de periódicos y revistas incluso no especializadas donde encuentran elementos distintos que los obligan a repensar los textos de Macro y Microeconomía, Cálculo, Econometría, Política Económica que tuvieron que leer en la Facultad y donde casi nunca se habla de temas como la desigualdad, la pobreza, el desempleo, la corrupción y la forma de vencerlas en nuestro país.

Junto a mi deseo de satisfacer ese interés de estudiantes y docentes, espero que el libro pueda ser de utilidad para analistas, dirigentes gremiales, sociales y políticos, analistas, investigadores, periodistas y para todos quienes, con diversas formas de pensar y de vivir, tratan de comprender lo que sucede en el mundo y en nuestro país, para avanzar en la construcción de un futuro nuevo y distinto.

Este libro no habría sido posible sin el apoyo del Instituto de Investigaciones Sociales (ILDIS), que aportó para su publicación y por lo cual hago público mi agradecimiento. Asimismo, destaco la decidida colaboración de Cecilia Paredes, mi compañera, a quien por su permanente estímulo y eficaz ayuda como severa crítica, correctora de pruebas, editora y diagramadora del texto, se lo dedico con enorme cariño.

Capítulo I
**NUEVO GOBIERNO, CRISIS,
POLÍTICAS ECONÓMICAS**

Nuevo Gobierno ¿Nuevas ilusiones? (11/08/98)

El Ecuador tiene un nuevo gobierno, presidido esta vez por el doctor Jamil Mahuad, quien hasta ayer fue el Alcalde de Quito, cargo al cual renunció hace unas pocas horas a fin de permitir que uno de sus coidearios y nuevo concejal, pudiera ascender a la función que ahora deja para ocupar la presidencia de la República.

Muchos ecuatorianos y extranjeros, inquietos por conocer cuál será la orientación fundamental de la política especialmente económica del nuevo gobierno quieren disponer, además de la palabra del Presidente de la República, distintos elementos de análisis para despejar dudas y así poder presagiar con más exactitud lo que sucederá con el flamante gobierno. En tal dirección, parece conveniente reflexionar sobre la designación que Mahuad ha hecho de algunos ministros y altos funcionarios, designación que, sin duda, le exigió un manejo político complejo puesto que debió seguramente conciliar criterios e intereses partidistas, regionales, incluso de género no siempre fáciles de armonizar. El análisis de las vinculaciones de muchos de los altos funcionarios gubernamentales con grupos económicos y grandes empresas de hecho son elementos más objetivos -no adjetivos ni peyorativos- para apreciar de mejor manera cuál puede ser el curso de la futura política económica en el país.

Un primer elemento que conviene destacar en la conformación del equipo de gobierno de Mahuad, es la presencia en él de un grupo

de tecnócratas, lo cual sin embargo no debe conducirnos a creer que ellos carecen de intereses de clase; porque, se trata de funcionarios que exhiben una larga carrera, que gracias a ello tienen ya una vasta experiencia política y sin duda altos ingresos pues han ocupado cargos muy importantes en anteriores gobiernos y han estado a la vez estrechamente vinculados a actividades empresariales urbanas como el mercado de valores, la banca, las consultorías, las publicaciones, los seguros, las casas de cambio, tales los casos de Fidel Jaramillo, Ministro de Finanzas; Patricio Rivadeneira, Ministro de Energía; Ramón Yulee, Secretario de la Presidencia de la República; Teodoro Peña, Ministro de Vivienda; Rocío Vázquez, Ministra de Turismo. Se trata de personas afectas a los modelos modernizantes, aperturistas, fomentadores de las exportaciones, seductores del capital extranjero, idealizadores del mercado.

En el caso de los ministerios que conforman el denominado frente de desarrollo económico, se tiene que el de Comercio Exterior, Industrialización y Pesca está ocupado por Héctor Plaza, hombre de confianza del empresariado guayaquileño, ex director de la Cámara de Industrias del Guayas, gerente general y presidente de empresas industriales dedicadas especialmente a la exportación. El Ministerio de Agricultura, a cargo de Emilio Gallardo, un técnico graduado en El Zamarano y en universidades de Estados Unidos, muy vinculado a la banca a través del Banco del Pacífico. El CONAM, estará presidido por Alvaro Guerrero, ex Presidente de la Asociación de Bancos Privados del Ecuador, ex ejecutivo y ex Gerente General del Banco La Previsora, quien es partidario de la intervención del capital privado en la administración de los fondos de pensiones.

En el área política, se destaca la presencia de Ana Lucía Armijos, ex Presidenta de la Asociación de Bancos Privados del Ecuador, quien pasa de la clandestinidad, sindicada por su intervención en el bullado caso del Banco Continental, al sobreseimiento luego y al Ministerio de Gobierno después, por disposición del Presidente de la República.

En el área social, el Ministro de Salud es un destacado médico, ex Vicerrector de la Universidad Estatal de Cuenca y ex coordinador de to-

das las entidades privadas y públicas de salud en el Azuay. En el Ministerio de Educación estará Vladimiro Alvarez Grau, educador y experimentado empresario vinculado especialmente al sector financiero y universitario.

Muchos ministros y altos funcionarios del gobierno que recién se inicia, tienen altos niveles de ingreso cuyas fuentes no se conocen públicamente, pero que mantienen una gran afinidad con el Presidente de la República. Es el caso, por ejemplo, del señor Juan José Pons, un conocido exportador de banano, elegido Presidente del Congreso Nacional, hombre de una gran fortuna que sin duda contribuyó de manera muy importante al financiamiento de la campaña electoral de Mahuad. Otros diputados, cuyos nombres resultaría muy largo mencionarlos, gozan de una posición económica muy desahogada. Algunos llegan por tercera o cuarta vez a la Cámara, hecho que les ha permitido obtener altos ingresos durante largos años, gracias a los elevados viáticos y prestaciones que se han incrementado en varios casos por encima de los niveles de ingresos correspondientes a profesionales e intelectuales ecuatorianos muy calificados.

Es interesante hacer notar que la mayor parte de los ministros, como también es el caso del presidente Mahuad, han estudiado en universidades norteamericanas y han mantenido y mantienen estrechas relaciones con el FMI, el BIRF, el BID, el EXIMBANK, el sistema bancario nacional; lo que comprobaría que las posiciones desde las que se definirá el rumbo y los caracteres de la política económica financiera del gobierno, están sin duda en manos de funcionarios estrechamente vinculados al capital monopolista y los organismos internacionales, así como a la lógica del capital financiero y especulativo moderno.

Sin duda que los elementos proporcionados son insuficientes y dignos de mayores estudios, sin embargo, creo que son reveladores sobre el rumbo y la naturaleza de las políticas económicas a partir de las cuales se preservarán y reproducirán las relaciones de producción y los intereses de los dueños del gran capital. Espero que más adelante volvamos sobre el tema.

Sanación y política económica (18/08/98)

Sin duda que vivimos un país enfermo. La economía nacional se encuentra en recesión, hay fuertes rezagos productivos, elevadas presiones sobre el sector externo, inflación superior al 32 %, altos niveles de endeudamiento externo, elevado déficit fiscal, desigualdad y pobreza que afecta a la mayoría de su población. Frente a esta situación, dijo el presidente Mahuad en su discurso de posesión del cargo, necesitamos recuperar los desequilibrios, sanar heridas, restablecer armonías. ¿Cómo hacerlo?

En sucesivos artículos de esta columna, he venido refiriéndome a la probable política económica que empezará a ejecutar el gobierno que inició sus funciones el diez de agosto del presente año. Tal probabilidad -lo he destacado- se desprende tanto de los perfiles esenciales del programa económico del ahora presidente Jamil Mahuad, como de analizar la naturaleza de clase de las personas designadas para desempeñar los principales ministerios y, por supuesto, de reparar en la actual correlación social y política de fuerzas existente en el Ecuador.

Esa política económica consistirá en fomentar tanto la apertura comercial como la desregulación y liberalización económica, así como en contratar más deuda externa y alentar la privatización de empresas públicas, que es el campo en el cual menos se ha avanzado en el país, en relación a otros latinoamericanos. Así, con estos ingredientes, se espera lograr la entrada de capitales, reducir la inflación, financiar el déficit del sector externo, mantener un tipo de cambio sobrevaluado y generar condiciones de crecimiento económico sostenido en beneficio, se dice, de todos los ecuatorianos.

Durante los últimos años los diferentes gobiernos ecuatorianos han venido ejecutando, aunque irregularmente y bajo diferentes estilos, una política económica de estas características. Desafortunadamente, como resultado de tal política, muchos productores han tenido que cerrar y reestructurar sus empresas, ante su incapacidad para competir frente a las importaciones; lo cual ha implicado grandes sacrificios pa-

ra la mayoría de la población que ha visto crecer el desempleo, reducirse sus ingresos reales, padecer los efectos de una más ágil transmisión al país de fenómenos críticos que se viven en otras partes del mundo y ver crecer la vulnerabilidad externa del Ecuador.

Desde otro ángulo, la política económica aperturista y orientada al mercado que se ha venido impulsando desde hace al menos 17 años, es la que ha originado un mayor nivel de endeudamiento externo, ingreso de capitales de cartera y aumento de presiones especulativas, menores niveles de salarios mínimos reales, una gran desigualdad social y regional y una cada vez más reducida capacidad de crecimiento del conjunto de la economía nacional.

Entonces, la persistencia en ejecutar una política económica aperturista y desreguladora facilitará el ingreso de mayores importaciones lo cual, si bien puede contribuir a reducir la inflación, afectará a la planta productiva nacional, generará mayores niveles de desempleo y nuevas presiones sobre el sector externo, haciéndose cada vez más improbable mantener un tipo de cambio antinflacionario o sobrevaluado.

Ante todas estas reflexiones, es hora de que el Ecuador diga un rotundo no a la continuación de la política neoliberal, pues ella no es la condición para *restablecer armonías, sanar heridas ni encontrar espacios de reconciliación*. La insistencia en ejecutar algo que ha sido incapaz de superar la crisis, no constituye garantía para solucionar ahora los más graves problemas nacionales; más bien, gracias a ella lo que se logrará es profundizar la concentración del ingreso y de la propiedad, reducir el dinamismo del mercado interno, dejar de lado la atención a la esfera productiva, aumentar la extranjerización de la economía ecuatoriana, sacrificar los activos nacionales para atender a los acreedores externos.

Por ello, para hacer frente al déficit de cuenta corriente, lo que se impone es plantear una moratoria del servicio de la deuda externa, hasta que haya condiciones de pago; revisar la indiscriminada reduc-

ción de aranceles y facilidades a las importaciones; instrumentar una política industrial y crediticia que impulse el proceso de modernización de la planta productiva nacional; controlar y afectar las ganancias monopólicas de los grandes consorcios; regular el sistema financiero y controlar los ingresos de capitales, evitar presiones especulativas, avanzar en la ejecución de un proceso selectivo de sustitución de importaciones y promover exportaciones sin dañar las condiciones ecológicas del país. Y en todo esto está claro que no corresponde dejar a la economía abandonada a las libres fuerzas del mercado, sino replantear el papel del Estado, dejando de lado toda actitud estatal paternalista, ineficiente, corrupta y otorgadora de privilegios inaceptables.

Esto último exige avanzar en un proyecto nacional donde participen todos los ecuatorianos, lo cual a la vez supone democratizar la actual estructura estatal y toda la vida nacional. ¿Avanzar en un proyecto de estas características, es compatible con la preservación de las siete armonías a las que se refirió Mahuad en su discurso de posesión del mando? ¿Qué opina usted, amable lector?

Libre mercado e insolvencia bancaria (01/09/98)

La liquidación forzosa del Banco de Préstamos acordada el lunes 24 de agosto del presente año, pone nuevamente en discusión el viejo tema de la bondad del mercado como requisito para alcanzar el desarrollo económico nacional. Como se sabe, muchos importantes voceros empresariales, editorialistas, investigadores, comentaristas, no se cansan de pregonar la necesidad de que, para lograr el abandono de distorsiones y el inicio de una época de prosperidad, el país debe inevitablemente conseguir el imperio de las leyes de la oferta y la demanda, lo cual solo será posible -dicen- desregulando la actividad financiera, esto es, permitiendo que la tasa de interés fluctúe sin ningún control, eliminando todo tipo de restricciones al libre movimiento en el país de capitales extranjeros, suprimiendo toda supervisión gubernamental sobre la magnitud y dirección del crédito bancario, reduciendo el gasto público, ejecutando una política monetaria restrictiva.

Lamentablemente para quienes así piensan y para los miles y miles de ecuatorianos que hoy se ven en apuros para recuperar sus ahorros, la realidad es muy diferente a la teoría que suelen difundir los beneficiarios de las crisis financieras como la ocurrida hace una semana con el caso del Banco de Préstamos en el Ecuador.

Sin duda que la liquidación del Banco de Préstamos por insolvencia fue el resultado de que el grupo dueño de dicha entidad, canalizó los cuantiosos ahorros de quienes confiaron en los sugestivos mensajes publicitarios, en inversiones que no dieron el rendimiento que de ellas se esperaban por diversas causas. Es la repetición casi mecánica de otros casos de quiebras bancarias que se han producido en el país. Pero por supuesto a ello hay ahora que añadir una serie de fenómenos aún más complejos como la liberalización financiera y la innegable presencia de bancos y en general de capitales extranjeros en la banca, que han sido capaces de capturar probablemente los negocios que generen las más altas tasas de rentabilidad en el país y en el exterior.

La crisis asiática, por ejemplo, se originó en la receta fondomonetarista y de los países desarrollados especialmente Estados Unidos y los de la Comunidad Europea, para que Corea, Hong Kong, Malasia, Tailandia, Filipinas, liberalicen no solamente sus mercados financieros, sino su comercio exterior, a la vez que disminuyan de manera simultánea toda clase de controles estatales sobre la actividad económica. Los resultados, están a la vista. Hoy en esos países se consolida el poder de los especuladores y de las grandes fortunas transnacionales.

Cuando la crisis finalmente se desató y cuando aún no termina, nuevamente se está sugiriendo a los países asiáticos que para salir de ella es indispensable que reduzcan el gasto público, ahonden la liberación financiera y comercial, desregulen las relaciones obrero patronales para despedir trabajadores, aumenten los impuestos, dejen fluctuar la tasa de interés. Es decir, la misma fórmula que se sugiere y se aplica en otros países. Lo que se persigue entonces es favorecer una mayor concentración del capital y consolidar el poder de los grandes consor-

cios, a costa de generar mayor desempleo y estimular la quiebra de pequeñas y medianas empresas.

Contrariando aunque tímidamente dicha receta, el Japón ha venido moviéndose con cierta cautela. Hace algunos meses propuso la creación de un Fondo Monetario Asiático que sin duda disgustó a Estados Unidos y que quizás por ello la idea no prosperó. Desde otro ángulo, el Japón no ha aceptado sin beneficio de inventario la receta fondomonetarista; así, en la perspectiva de sanear a su sistema bancario, no ha dudado en incrementar el gasto gubernamental.

Pues bien, frente a lo ocurrido en el Ecuador con el Banco de Préstamos y a la grave crisis que viven los países del sudeste asiático, es hora de reflexionar seriamente sobre la validez de aquellos enfoques teóricos que se empeñan en convencernos de que la plena vigencia del mercado es la mejor garantía para el desarrollo socioeconómico nacional. Es hora de abandonar las posiciones rígidas, los enfoques sectarios. Es hora inclusive de reparar en los llamados que suelen hacer grandes inversionistas privados supercapitalistas, muchos de ellos beneficiarios de estas graves crisis financieras, como George Soros, o el presidente del directorio del Morgan Stanley Asset Management, que más bien sostienen que el principal enemigo de la sociedad actual *ya no es la amenaza del comunismo sino por el contrario, la del capitalismo* y que proponen aumentar la reglamentación del sistema financiero, estableciendo a la vez relaciones laborales más avanzadas.

El Ecuador precisa de un sector público renovado y fuerte para que promueva una igualitaria distribución de la riqueza, para que invierta en campos en los cuales el desarrollo nacional lo reclama, para que pueda establecer y controlar un fondo de seguros de depósitos en los bancos que operan en el Ecuador, para que democratice el poder económico y político del país. Usted, estimado lector ¿qué opina al respecto?

Medidas económicas: ¿más de lo mismo o cambio? (22/09/98)

Las drásticas medidas de política económica adoptadas la semana anterior por el gobierno del presidente Mahuad, persiguieron sin duda dar un tratamiento de shock a dos males que afectan a los sectores público y externo: el déficit fiscal y la cada vez más grande brecha comercial y de cuenta corriente del balance de pagos. Y lo hizo a despecho de elevar la ya alta tasa de inflación (que antes de las medidas se la estimaba en 40 % al finalizar el año) y a riesgo de soportar las consecuencias políticas de medidas impopulares.

Frente a la crítica situación presupuestaria, el gobierno de Mahuad ha buscado paliar esta situación mediante un sustancial incremento de los precios del gas, la gasolina, el diesel y las tarifas eléctricas, lo cual realimentará la inflación, hecho este que inducirá a un nuevo ajuste de salarios, no debiendo descartarse la posibilidad de que las diferencias de ingreso que el gobierno obtenga mediante la adopción de las medidas, hasta puedan ser inferiores a los mayores egresos que se derivarían de la brusca alza general de precios.

La devaluación del sucre tiende a estimular las exportaciones y restringir tanto las importaciones como el turismo al exterior, que es otro camino por el que salen divisas. Pero el beneficio de los exportadores será transitorio si la inflación interna y el mayor costo de los insumos importados (directa o indirectamente imprescindibles en todas las áreas de la producción en una economía tan dependiente como la nuestra) terminan por elevar los costos internos. Adicionalmente, al no preverse otras medidas que persigan incrementar la producción y sustituir importaciones, así como para reprimir la especulación, se puede asegurar que las medidas de Mahuad son de eficacia ciertamente dudosa.

Y lo son además, porque no muestran ninguna conexión con un plan que justifiquen el enorme sacrificio colectivo que ellas han provocado y van a seguir provocando. Si este plan no existe o no se lo hace explícito, medidas como las promulgadas la última semana lo que más

bien van a conseguir es enajenarle al gobierno el apoyo de las denominadas capas medias de la sociedad, que fueron precisamente las aliadas políticas que le dieron el triunfo electoral a Mahuad y que él debe tratar de mantener, como parte de una estrategia de conservación del poder.

Por supuesto que también se promulgaron “medidas compensatorias”. Y es que estas no podían faltar. Durante todos los gobiernos presentes en la vida nacional desde 1979, las acciones compensatorias han acompañado la ejecución de medidas de política económica de shock o gradualistas que han buscado atenuar graves desequilibrios. Esta vez, el gobierno se jacta de que sus medidas compensatorias son innovadoras, creativas, eficientes y yo me atrevería a decir hasta cristianas. Pero el país conoce la suerte de estas medidas que, por otra parte, van esta vez a exigir una inevitable renuncia a la dignidad de quienes quieran seguramente hacer largas colas para inscribirse, para recibir una compensación de cien mil sucres mensuales (rogando que no se vaya el sistema cuando se acerquen a los bancos) y, por supuesto, llevar de por vida el membrete de pobres. A propósito, esta pérdida de dignidad, ¿en qué se diferenciaría o igualaría a la supuesta pérdida de dignidad que supondría un arreglo definitivo del problema de límites con el Perú?

Pero por otro lado, el equilibrio externo no podrá lograrse con solo devaluar el sucre. Será preciso actuar sobre otras piezas fundamentales como la remisión de utilidades de las inversiones extranjeras, los excesivos pagos por servicio de la deuda externa, las importaciones de naturaleza prescindible o suntuaria, la compra de patentes extranjeras, la utilización irracional que hoy se hace de las divisas que con tanto esfuerzo las consigue el país. Adicionalmente, hoy el Ecuador acusa la incidencia de una crisis generalizada que afecta a todos los países capitalistas del mundo.

Puede decirse, entonces, que las medidas de política económica de la última semana no van a tener mayor influencia en la satisfacción de los objetivos que el propio gobierno dijo pretender alcanzar. Sin em-

bargo, ellas han desatado ya una dinámica política que tendrá repercusiones. El Partido Social Cristiano y otros partidos las han criticado formalmente, en algunos casos, ofreciendo opciones que se inscriben en una óptica más aperturista y neoliberal.

Sin embargo, creo que el verdadero nudo del drama radica en la obsolescencia misma del modelo neoliberal. No cabe olvidar que desde comienzos de la década de los ochenta este estilo ha buscado abrirse paso en el Ecuador aunque de una manera irregular y bajo distintos estilos según los diferentes gobiernos. Los resultados de las múltiples medidas ejecutadas desde entonces han dejado resultados que todos podemos apreciarlos, en términos de aumento de la pobreza, la desigualdad, el desempleo, el trabajo informal, la inseguridad, la delincuencia social. A la luz de esta experiencia, sería absurdo que en la actual coyuntura, el gobierno pretendiera imponer nuevas medidas aperturistas y creyentes en las bondades del mercado mediante procedimientos autoritarios, oligárquicos y obsoletos.

La solución, entonces, no puede ser otra que acercar el modelo político a lo que la gente quiere: el diseño y la ejecución de un modelo económico capaz de hacer crecer la economía nacional sin grandes distorsiones, de generar empleo, de al menos disminuir la pobreza y la inseguridad, de fomentar la solidaridad. Actualmente, la mayoría de la gente ha reparado o empieza a reparar en que las “manos invisibles” no han funcionado ni funcionan, que la economía y la sociedad ecuatoriana son demasiado complejas como para pretender gobernarlas anárquicamente en unos casos o autocráticamente en otros, consiguientemente, que se impone un cambio en su conducción. ¿Le parece a usted, amable lector?

¿Sordera parlamentaria? (01/12/98)

Contrariando todo argumento y desafiando razones, el Congreso Nacional, con los votos de los diputados socialcristianos, demócratas populares, conservadores, del FRA y de Nuevo País, terminaron por hacer ley la iniciativa de establecer el impuesto del 1 % a las transaccio-

nes financieras, en reemplazo del impuesto a la renta. No hubo la menor intención de entender los argumentos de quienes opinaban en contrario. O se hacía lo que el diputado Nebot había propuesto o nada. No aparecían términos medios. O se aceptaba la iniciativa en su totalidad o se bloqueaba todo otro proyecto. Entonces, la soberbia del proponente por un lado y la docilidad gubernamental por otro, conformaron el contexto general en el cual nació este nuevo impuesto.

El día miércoles 25 de noviembre del año pasado, en el Colegio de Economistas de Quito, se celebró una importante mesa redonda para examinar el tema de “Una nueva orientación de la política económica para superar la crisis” y, en ella, participaron tres destacados profesionales economistas, René Benalcázar, Wilson Ruales y Luis López, quienes presentaron una serie de iniciativas muy concretas para que nuestro país empiece a transitar una alternativa de desarrollo diferente a la que viene recorriendo desde comienzos de los años ochenta.

El economista Ruales, precisamente, un prestigioso profesor de la Escuela Politécnica del Litoral (ESPOL), se refirió específicamente a las deficiencias del impuesto del 1 % a la circulación de capitales, que creo de interés que los lectores de “El Telégrafo”, las conozcan. Dijo Ruales lo siguiente:

1. Que en materia tributaria, las empresas y personas naturales oriundas de los países desarrollados exportadores de capital, están obligadas a declarar en ellos la totalidad de sus rentas obtenidas en todo el mundo, sobre cuyo monto se establece el impuesto a la renta según sus respectivas leyes pero, del impuesto causado, restan el valor de los impuestos pagados en otros países. Si en el Ecuador se elimina el impuesto a la renta para reemplazarlo por el del 1% -que es de una magnitud sensiblemente menor para los grandes consorcios- los inversionistas extranjeros pagarán en sus países de origen lo que hubiesen tenido que pagar aquí, lo cual en buenas cuentas significa que un país pobre como el nuestro transfiere a los países ricos una cantidad apreciable de recursos por concepto de impuesto a la renta no pagado en el Ecuador.

2. Acepta el argumento de que el impuesto del 1 % tiene el mérito de ampliar la base tributaria y ser de fácil recaudación; sin embargo, reconoce que la ampliación de la base impositiva es por la incorporación de personas de bajos recursos que, en la actualidad, están exentas del pago del impuesto a la renta, reduciéndose simultáneamente la carga impositiva a las personas y empresas que obtienen elevados ingresos y utilidades, lo cual terminará por agravar la desigualdad en el Ecuador.
3. En cuanto al rendimiento del impuesto del 1 %, hizo notar que sus promotores habían señalado inicialmente que se obtendría un rendimiento de 700 millones de dólares, 4.9 billones de sucres, considerando un tipo de cambio de 7.000 sucres por dólar, una suma apreciablemente más alta que lo que rinde el impuesto a la renta, 350 millones de dólares, unos 2.45 billones de sucres; sin embargo, con la introducción de varias modificaciones al proyecto de ley que crea el tributo del 1 %, por las cuales se exonera del impuesto a multiplicidad de transacciones, se esperaba que se produzca una importante disminución del rendimiento del impuesto, situándolo en no más de 500 millones de dólares, unos 3.5 billones de sucres en 1999.
4. En cambio, una simple proyección de las tendencias del rendimiento del impuesto a la renta indicaría que por concepto de este impuesto se iba a recaudar el siguiente año alrededor de 3.2 billones de sucres, a lo que habría que añadir el efecto de las reformas aprobadas durante 1998 por las que se eliminan varios escudos fiscales y se establecen mejoras administrativas con base en el nuevo Servicio de Rentas Internas (SRI), lo cual aseguraría un rendimiento del impuesto a la renta cercano a los 4 billones de sucres.
5. El impuesto del 1 % se aplicará también a los depósitos en el exterior (off-shore), lo cual debe estar provocando ya una importante fuga de capitales y obligando a mucha gente a “trabajar” con ingenio y creatividad en complejos mecanismos propios de la “ingeniería financiera”, para evadir el tributo, no tanto por su cuantía, cuan-

to porque así se buscará evitar que se conozca el origen y el destino de tantas inmensas fortunas que hoy salen del país sin ningún control.

La sola mención de los anteriores elementos, pone en evidencia la gravedad de una serie de problemas prácticos relacionados con el impuesto del 1 %. A ello se debe que, salvo raros intentos, este impuesto no esté presente hoy en ningún país.

Pero bien, todos estos elementos se encuentran ya fuera de discusión. Se impuso la ofensiva social cristiana en materia tributaria que persigue, básicamente, favorecer la concentración del capital y deteriorar la función redistributiva de la imposición, aunque lógicamente, camuflando estas auténticas razones tras otro tipo de argumentos, como aquel de que con el impuesto del 1 % se acabará la corrupción, como si el fraude en el impuesto al 1 % no se producirá jamás o será más fácil de detectarlo que en el impuesto sobre la renta.

Las cartas están echadas y, frente a ello, no cabe sino esperar el desenlace de los acontecimientos. Cuando los hechos empiecen a hablar, ojalá que el país no olvide los nombres de quienes fueron sus protagonistas.

Crisis bancaria y ensanchamiento del Aparato Estatal (22/12/98)

Las sucesivas crisis de liquidez e insolvencia en la que han caído algunos bancos y en las que probablemente caerán muchos o algunos más, obligaron al gobierno de Mahuad a crear la famosa Agencia de Garantía de Depósitos (AGD), así como a dictar la ley que rige a las instituciones del sistema financiero, a fin de que en un plazo de diez y ocho meses realice auditorías a todas las instituciones del sistema e intervenga en los casos que se consideren necesarios para proceder a su reestructuración.

La primera institución a la cual se le aplicó esta disposición, fue nada menos que a Filanbanco; cuando el viernes 4 de este mes, la Agencia de Garantía de Depósitos tomó el control íntegro de las áreas admi-

nistrativas y operativas de la entidad. Claro que a Filanbanco en días anteriores ya el Banco Central le había concedido cuantiosos préstamos (que hoy se sabe sumarían 540 millones de dólares) a fin de que pueda rehabilitarse. Durante más de una semana, el Banco ahora intervenido operó bajo la administración de su antiguo propietario, el Grupo Isaías.

Una vez intervenido, la administración temporal del Banco se la confió a Daniel Cañizares, un antiguo y alto funcionario de Naviera Consolidada, Naviera Continental, Bananera Bagno y FilanCARD, empresas que también son del Grupo Isaías.

Si bien la prensa informó que la intervención en Filanbanco significó que *la Junta Bancaria debió amortizar las acciones pertenecientes al grupo Isaías, o sea, castigar al capital*, el alcance de la intervención no fue ni es lo suficientemente claro. ¿Se trata de una intervención confiscatoria? Parece que no, puesto que la misma prensa informó que en el proceso de intervención de la AGD en Filanbanco, el grupo Isaías se comprometió a establecer un fideicomiso, entregando bienes inmuebles por USD 65 millones y que los mismos serán administrados por Roberto Isaías y el delegado de la Superintendencia de Bancos.

Lo anterior parecería sugerir que el grupo Isaías, como propietario del Banco, no fue ni mucho menos afectado. Adicionalmente, Filanbanco constituía o constituye solo una parte de capitales mucho mayores del grupo, que tiene otros negocios probablemente más importantes. Entonces, la intervención de la AGD en Filanbanco estuvo orientada a favorecer a un poderoso grupo de inversionistas y para evitar un eventual colapso de algunas actividades económicas y de otros bancos del Ecuador.

Por supuesto, cualquiera sea el alcance de la intervención estatal en el sistema financiero del país, es evidente que ella provoca cambios en el escenario nacional, reacomodos y desplazamientos de ciertos inversionistas y presencia significativa del Estado que tiene que asumir nuevas y más complejas funciones económicas y políticas, reforzando

sus vinculaciones y entrelazamientos con grupos privados nacionales y del exterior.

Y es aquí donde corresponde destacar cómo las frecuentes críticas que suelen hacer banqueros y distinguidos representantes de las asociaciones empresariales a la excesiva intervención estatal en la vida económica del país, es a todas luces contradictoria, porque se ve cómo estas asociaciones acuden cada vez más al Estado para resistir la crisis, para conservar el control de la situación y para preservar al sistema en su conjunto. Entonces, la propia conducta de los grupos con mayor poder económico conduce, inevitablemente, a una mayor intervención del Estado en la vida especialmente económica nacional. Así, todos o la mayoría de ex banqueros pueden encontrar pronto un nuevo acomodo en el seno de los grupos dueños del capital.

Tratándose entonces de un asunto de tanta trascendencia, creo que el gobierno nacional y, particularmente, el Presidente de la Junta Bancaria, harían muy bien en informar al país sobre la verdadera naturaleza y alcances de la intervención de la AGD en las instituciones del sistema financiero ecuatoriano. ¿Le parece a usted, amable lector?

Crisis económica y discrepancias políticas (05/01/99)

Revisando los acontecimientos económicos y políticos nacionales es común constatar cómo en épocas de “auge”, las discrepancias de la dirección empresarial con el gobierno se han desenvuelto sin mayores problemas; sin embargo, cuando la crisis ha empezado a acentuarse, ciertos importantes grupos empresariales, se han opuesto a las posiciones oficiales. Tal fue el caso del préstamo que el gobierno de Mahuad quiso solicitar al Banco Central del Ecuador por 270 millones de dólares, en los primeros días de diciembre, para así pagar y poder servir cumplidamente a los acreedores externos, pero que finalmente tuvo que desistir de ello, para más bien acudir a un nuevo préstamo por 100 millones de dólares a un banco extranjero radicado en el país, entregando como garantía de la operación facturas por la venta de petróleo y, la solicitud de un anticipo de las utilidades del propio Banco Central por 30 millones de dólares.

La dirección empresarial no solo que se opuso al pretendido intento gubernamental de acudir al Banco Central sino que, una vez más, acusaron al gobierno de ser el causante fundamental de la crisis por mantener un desmedido presupuesto estatal y una política expansionista, por pretender acceder a aumentos desmedidos de los salarios y, como producto de ello, por expandir la oferta monetaria y crediticia y, consecuentemente, conspirar contra la competitividad interna e internacional de la economía ecuatoriana.

Por cierto que tal posición resulta no solo esquemática y mecanicista sino que pretende ocultar en cambio el anhelo de los grandes grupos empresariales porque el gobierno nacional adopte una serie de medidas destinadas a hacer más atractiva la inversión privada, elevando la tasa de ganancia. Tradicionalmente, así logró el capitalismo superar sus crisis cíclicas, aunque en los últimos años, con efectos cada vez más débiles y contradictorios sobre la inversión, el empleo y los ingresos, como lo demuestra la aplicación de una política neoliberal que si bien tiene ya como 20 años de ejecutarse en el Ecuador, no ha producido resultados positivos verdaderamente trascendentes.

Los afanes gubernamentales y empresariales de cerrar el déficit fiscal, de contener el deterioro del sistema financiero y bancario o de contar con nuevos recursos desde el exterior, mediante la eliminación de subsidios, la elevación del precio de los combustibles y de las tarifas de los servicios públicos, el establecimiento del impuesto del 1 % a las transacciones financieras, la creación de la Agencia de Garantía de Depósitos, el cumplido pago del servicio de la deuda externa, parece que tampoco serán suficientes como para detener la crisis. Las disposiciones últimas del gobierno de Mahuad al parecer no lograrán revertir los acontecimientos, en el sentido de conseguir una rápida reactivación de la inversión, un aumento considerable del empleo, de los ingresos y de la demanda. Es más, en múltiples aspectos hay la impresión de que la crisis en su fase actual no solo que no toca fondo sino que recién empieza.

Y si ello es así, ¿a qué otras medidas podrá acudir el gobierno de Mahuad para reactivar la economía nacional, para detener la fuga de capitales, el colapso financiero, las débiles finanzas gubernamentales, la escasez de dólares?

Posiblemente, intentará seguir haciendo lo que se ha venido haciendo hasta ahora. Nuevas devaluaciones, mayor deterioro de la progresividad fiscal; contención salarial o, en el mejor de los casos, alza “prudente” de los salarios para no disminuir la tasa de ganancia; mayores exportaciones de petróleo, aunque ello signifique realizar un activo nacional no renovable a precios de regalo; privatizaciones de las bienes estatales, nuevos e “imaginativos” mecanismos de atracción al capital extranjero para que venga a radicarse en el país, intentos por conseguir nuevos préstamos (cosa difícil en el momento actual, cuando la banca extranjera no está autorizando renovaciones ni concediendo nuevos créditos), aumento de los precios de los bienes y de los servicios de las empresas gubernamentales (como es el caso de la nueva elevación de los precios de la energía que empezará a regir desde este mes, enero), nuevos entendimientos del gobierno con los banqueros en torno al control de sus bancos, lo cual ampliará el ámbito de acción estatal. Y si todo ello no rinde resultados, nada improbable puede resultar la implantación de un política de control de cambios y hasta el intento de avanzar hacia la “estatización” de la banca, empresas de seguro y financieras. Ya un gobierno procapitalista como el de México dio este ejemplo en 1982.

En el proceso de ejecución de acciones como las mencionadas, es posible que se produzca la tan anhelada reactivación económica; sin embargo, ello será a costa de mayores contradicciones y desafíos que harán más inestable el crecimiento futuro del país y, por supuesto, con el riesgo de desencadenar una crisis política.

Lo grave de todo esto es que la crisis que vivimos, calificada como la más severa que soporta el país durante toda su historia, es coincidente con el desarrollo de una también compleja crisis general del capitalismo mundial lo cual, aparte de ser un obstáculo fundamental pa-

ra corregir la propia crisis interna, muestra un contexto internacional incapacitado para generar oportunidades capaces de abrir, mediante una guerra generalizada por ejemplo, condiciones para una nueva, vigorosa y relativamente larga fase de prosperidad, como la que vivió el capitalismo mundial entre 1940 y 1975. Cuánto estarán hoy los países capitalistas, echando de menos la presencia de la Unión Soviética.

La dinámica social y política en el Ecuador de nuestros días, no tiene la intensidad de otras épocas, los trabajadores y los grupos sociales perjudicados con la estrategia gubernamental actual, al parecer no cuentan con un nivel de organización y de conciencia y por lo tanto de acción política capaz de hacer posible un cambio sustantivo de la estrategia en curso. Esto quiere decir, entonces, que en las próximas semanas y meses seguramente veremos aflorar conflictos y contradicciones entre el gobierno y las diferentes fracciones de los grupos económica y políticamente dominantes que actúan en el país. Podremos escuchar también “nuevas” y sonoras proclamas en favor de la unidad nacional, la reiteración de las bellas armonías a las que se refirió Mahuad en su primer discurso como presidente de la República, o la vigencia de posiciones consideradas progresistas a cargo de personajes y partidos que en el pasado demostraron ser más bien retardatarios en su real comportamiento histórico frente a los problemas del Ecuador. Difícil panorama el que nos espera, que creo merece ser reflexionado cuando empieza un nuevo año. ¿Usted, estimado lector, qué opina al respecto?

La crisis actual: Antecedentes, naturaleza, perspectivas (I) (19/01/99)

Sin duda, el tema de la crisis domina hoy lo esencial del pensamiento internacional y nacional. En el orden nacional, la crisis se caracteriza por frecuentes contracciones en el crecimiento de la economía del país, cierre de empresas, aumento dramático del desempleo, descapitalización e incesante fuga de capitales, caída alarmante de los precios internacionales de las materias primas, internalización e incremento del capital ficticio, fusiones de empresas, desvalorizaciones aceleradas de la moneda nacional, desindustrialización, caída de las exportaciones como resultado no solamente de factores naturales sino del

aumento del proteccionismo de los países desarrollados, uso de gran parte de las divisas y del potencial económico nacional para el pago de los intereses de la deuda externa, elevada inflación y altas tasas de interés, concesiones crecientes al capital extranjero para que se radique en territorio del Ecuador, aumento del déficit fiscal.

Así caracterizada, es evidente que, sin negar la enorme gravitación que los fenómenos externos tienen sobre la crisis nacional, ella expresa un proceso de reestructuración del capital que tiene raíces mucho más profundas relacionadas con la propia modalidad de crecimiento económico seguida históricamente en el país. Me explico.

En el pasado, los impulsos dinámicos al crecimiento económico nacional han provenido básicamente bien del aumento de las exportaciones y/o -aunque de manera irregular y transitoria- de la demanda interna ejercida por los grupos sociales que han concentrado las mayores cuotas del ingreso generado en el Ecuador. Cuando el eje dinámico del crecimiento han sido las exportaciones, la característica esencial del crecimiento económico interno ha sido la inestabilidad, hoy agravada, entre otras razones, por los constantes avances de la técnica que han terminado por afectar drásticamente a las “ventajas comparativas” del Ecuador que, para preservarlas y sostener niveles de competitividad internacional, debe hoy mantener bajos los salarios, abandonar toda acción de prevención del entorno ecológico y ambiental y alentar una mayor concentración del ingreso y de la propiedad, lo cual implica una pérdida constante de nuestra independencia, justicia, democracia y equidad.

En cuanto al otro factor de impulso dinámico al crecimiento, la demanda ejercida por los grupos sociales medios y de altos ingresos, su vigencia se hizo sentir especialmente durante el período de industrialización sustitutiva de importaciones y de auge petrolero que hizo posible satisfacer con producción nacional la demanda de importaciones. Su continuidad exigía intensificar el proceso de redistribución del ingreso en favor especialmente de los grupos más pobres y emprender en

procesos de industrialización más difíciles y complejos, lo cual no prosperó.

Dadas las actuales condiciones mundiales, la posibilidad de salir de la crisis mediante la reiteración de una estrategia exportadora, sea de materias primas o de manufacturas, demuestra a todas luces bastante improbable, lo cual no significa propiciar el aislamiento ni desaprovechar antiguas o nuevas posibilidades de exportación. Para sacar a la economía nacional del foso en el que se encuentra, sería necesario una expansión verdaderamente considerable de las exportaciones nacionales y/o la superación bajo parámetros distintos (una condonación por ejemplo) del problema de la deuda externa, lo cual exigiría un acercamiento muy fuerte con otros países subdesarrollados de América Latina y de otras áreas a fin de mantener criterios unificadores y de negociación con los países desarrollados, cosa difícil que mueve a no injustificados escepticismos pero que no por ello se debe renunciar a encararla.

En cuanto al otro eje dinámico para sacar de la crisis al país, la redistribución del ingreso, hoy se puede más bien constatar cómo, debido al constante empobrecimiento de la mayoría de la población, como resultado de la propia crisis y de la aplicación de la concepción neoliberal que se viene ejecutando en el país desde hace unos 18/20 años, el ingreso no solo que se ha contraído sino que la pobreza se ha generalizado, al calor de hechos como el desmantelamiento de buena parte de la industria, la apertura a las importaciones, el fomento de la especulación, la prioridad que se otorga al pago de la deuda externa, el persistente empeño gubernamental por homologar precios internos e internacionales.

El proceso de concentración del ingreso y de la propiedad se ha visto agravado en las últimas semanas como resultado de medidas como el reemplazo del impuesto a la renta por el tributo del 1 % a la circulación de capitales, el subsidio a banqueros, la elevación mensual de los precios de los combustibles y de las tarifas de los servicios públicos, el despido de personal de varias instituciones del Estado, lo cual signi-

fica que, bajo el perfil redistributivo prevaleciente, es imposible que la demanda interna pueda ejercer un papel dinámico en el proceso de crecimiento y desarrollo de la economía nacional.

Debido entonces a todas estas apreciaciones, hoy se impone un cambio radical en el patrón de desarrollo prevaleciente, que pretende encontrar solo o básicamente en las exportaciones, la fuente dinámica esencial del crecimiento económico. Este cambio luce aún mucho más urgente a la luz de las actuales tendencias proteccionistas de los países desarrollados, el recambio tecnológico en curso y la improbabilidad de que el país pueda seguir contando, como en el pasado, de significativas corrientes de ahorro externo. Volveremos sobre el tema.

Superación de la crisis y desarrollo Nacional (09/03/99)

Aunque la realidad mundial y nacional ha experimentado cambios importantes en los últimos 25/30 años, la grave crisis por la que atraviesa el sistema capitalista desde 1997, prueba claramente que este sigue siendo una organización económica social de carácter anárquico, donde se reproducen de manera ampliada una serie de contradicciones objetivas, complejas y donde siguen operando categorías privativas de este modo de producción como la ley del valor, la tendencia descendente de la tasa de ganancia, la concentración y centralización del capital, la desigualdad, que si bien son elementos comunes a toda formación social capitalista, no operan sin embargo de manera idéntica en cualquier fase histórica de su desarrollo ni en cualquier realidad nacional, como es el caso de los países capitalistas desarrollados y subdesarrollados.

Por eso, resulta errado estudiar al capitalismo actual, de carácter monopolista, con los principios propios del capitalismo librecompetitivo; como es también errado y mecanicista tratar de explicar el subdesarrollo ecuatoriano, a través del funcionamiento económico metropolitano o imperialista, ignorando que entre los dos tipos de países existen relaciones históricas de dominación-dependencia que imponen modalidades específicas al desarrollo universal del capitalismo. Toda

categoría es el reflejo de determinadas relaciones sociales de producción y no puede ser elevada a ley fija desligada de la realidad puesto que, al hacerlo, se estaría negando a la economía su carácter científico y convirtiéndola en una ideología capaz de apreciar al capitalismo como un sistema económico inmutable, definitivo y eterno.

Pues bien, la crisis que hoy se vive en el mundo y en el Ecuador, es una ley privativa del capitalismo, que resulta de una caída de la tasa de ganancia que afecta a todos los países del mundo en forma y grados distintos y que, en múltiples aspectos, tiene rasgos comunes y formas de expresión similares en los países adelantados y atrasados (aumento del desempleo, déficit fiscal y comercial, inflación, elevada tasa de interés, desajustes monetarios, desabastecimientos, expansión del trabajo informal) pero que en varios otros asuntos se expresa de manera distinta según los diferentes tipos de países.

Por supuesto, las crisis tienen también formas diferentes de ser encaradas por los gobiernos y los dueños del capital que persiguen reproducir las relaciones sociales básicas de producción.

En los países desarrollados, por ejemplo, se busca superar sus crisis mediante una depresión de los precios de las materias primas que importan o elevando los precios de los artículos que exportan a fin de así obtener los excedentes necesarios para destinarlos a la reactivación. Suelen también elevar los tipos de interés de los préstamos concedidos a los países pobres, conseguir mejores condiciones para la operación en el exterior de sus inversionistas privados, hacer más rentables las ventas de sus tecnologías, fomentar una política de depreciación más acelerada de los activos fijos, promover el consumismo, el armamentismo y la destrucción pacífica o violenta del capital en todo el mundo; inducir a los países subdesarrollados a que se integren económicamente con los países más ricos; promover una más estrecha articulación de las políticas económicas de los países atrasados con los principios del libre comercio y los dictámenes de organismos financieros de carácter internacional. El propósito final de estas y múltiples otras medidas o accio-

nes, es contrarrestar la caída en la tasa de ganancia a fin de reanudar el proceso de acumulación de capital o inversión.

Los países subdesarrollados, en cambio, por su propia condición de dependencia frente a los países ricos, no pueden exportar sus crisis y tienen -desde una perspectiva empresarial - que esforzarse también por contrarrestar la tendencia declinante de la tasa de ganancia e inducir a los inversionistas a emprender en una nueva fase de acumulación, a través de medidas como la elevación de los precios para incrementar las utilidades; el empleo de maquinaria más eficiente a fin de elevar la productividad del trabajador; reduciendo los salarios reales mediante la inflación; elevando la carga tributaria especialmente indirecta y, simultáneamente, tratando de corregir los déficit presupuestarios; devaluando la moneda nacional para así estimular exportaciones, encarecer importaciones y disminuir sus desequilibrios comerciales y financieros con el exterior; favoreciendo a su vez al sistema bancario y financiero con el propósito de generar confianza y eventualmente atraer capitales extranjeros.

Y estas modalidades distintas de las crisis y de las formas de salir de ella en unos y otros países, terminan por acentuar la falta de uniformidad en el desarrollo del sistema capitalista, donde los países pobres como el nuestro no se acercan sino que se alejan cada vez más de las potencias desarrolladas.

Por cierto que la crisis no debe ser apreciada de manera apocalíptica. En algún momento ella empezará a ser reemplazada por la reactivación. Es la tendencia lógica e inevitable del capitalismo. Pero asimismo, tampoco a la reactivación hay que apreciarla como el inicio de una etapa de un franco y definitivo proceso de desarrollo nacional. Para alcanzar esto último se precisa remover obstáculos profundos, estructurales, en el sentido de que están ligados a la estructura económica y socio política del país. Consiguientemente, el desarrollo nacional exige poner término a la dilapidación, al saqueo, a la corrupción, a la improvisación, a la dependencia que mantenemos frente al exterior. Es esto último y no solo la superación de la crisis, lo que permitirá que el

país logre abandonar al subdesarrollo. Si no lo hacemos, la crisis con su carácter recurrente, nuevamente se hará presente con más agudas y complejas contradicciones.

NOTA PÓSTUMA: La semana anterior fallecieron en la ciudad de Quito dos ilustres ciudadanos que distinguieron al país con sus brillantes ejecutorias en el campo de la ciencia económica y la literatura: Germánico Salgado y Pedro Jorge Vera, a quienes rindo mi sentido homenaje y expreso a sus familiares el testimonio de profundo pesar.

Los antecedentes de la crisis última y perspectivas (30/03/99)

Seguro que los lectores estarán de acuerdo en que el presidente Mahuad, desde el comienzo mismo de su gestión y, con el apoyo del partido Social Cristiano, se empeñó en intensificar la ejecución de una estrategia aperturista y neoliberal. Así, el lunes 14 de septiembre de 1998, el gobierno demócrata popular, dispuso un incremento de los precios del gas y de los combustibles, de las tarifas eléctricas, una macro devaluación del 15 % y la entrega, como “medida compensatoria” de un bono de cien mil sucres mensuales (alrededor de 10 dólares) para favorecer a los grupos más pobres. Con estas medidas, se procuró dar un tratamiento de shock a los déficit presupuestario y comercial y corriente del balance de pagos del país.

Al empezar 1999 y, como parte de las medidas aperturistas y creyentes en las bondades del mercado, el gobierno dispuso un nuevo incremento en las tarifas eléctricas y, durante la segunda semana del mes de febrero, la “flotación” del dólar.

Pero como la ejecución de todas las medidas señaladas no daban los resultados esperados, el martes 2 de marzo de 1999, el Presidente de la República, en un mensaje al país señaló que el Ecuador vive *la peor crisis de los últimos setenta años*, atribuyendo la causa fundamental de tal crisis, a la presencia de un crecido déficit presupuestario, estimado en 700 millones de dólares, que se pretendía cubrirlo ya sea mediante una reducción del gasto o con el establecimiento de nuevos impuestos.

En los primeros días de marzo el gobierno de Mahuad, siempre en alianza con el partido Social Cristiano, envió al Congreso con el carácter de urgente, una ley de racionalización de las finanzas públicas, que tenía el propósito de eliminar los pagos en dólares en el sector público, limitar los salarios a cinco mil dólares mensuales (el ingreso promedio de cada ecuatoriano es de 1.600 dólares anuales), congelar los subsidios de antigüedad y ubicación geográfica, cambiar las reglas de contratación y liquidación de los trabajadores estatales; destituir a quienes realizan paros ilegales. Dijo que todas estas medidas y proyectos eran y son parte de su agenda para luchar contra la pobreza y pidió a todos los ecuatorianos olvidarse de las banderías políticas y avanzar en la *unidad nacional*.

Pero los problemas del país lejos de resolverse, mostraban más bien una clara tendencia a agudizarse y, el detonante para ello fue sin duda la aprobación del impuesto del 1 % a la circulación de capitales en reemplazo al impuesto a la renta. Cuando el impuesto empezó a ejecutarse a comienzos de 1999 se inició, por parte especialmente de los grandes contribuyentes, un inocultable proceso de evasión tributaria a través de enviar dinero hacia el exterior y de restringir el uso de cheques, con lo cual se redujo la liquidez, se restó capacidad operativa a los bancos y se dificultó el mantenimiento de la estabilidad del tipo de cambio. En pocas semanas se puso al descubierto la enorme fragilidad especialmente de algunos bancos que clamaban por ser intervenidos por el Estado a través de la Agencia de Garantías de Depósitos, un mecanismo creado por el gobierno de Mahuad, por presión de los banqueros y capitalistas en general, para proteger a los dueños de las instituciones bancarias y financieras que se encontraban en inminente peligro de quiebra.

El lunes 8 de marzo de 1999, el país se conmocionó con la imposición de un “feriado” bancario que se extendió hasta el domingo 14 del mismo mes, lo cual paralizó muchas actividades y generó una red de incertidumbres cada vez más alarmantes en toda la población nacional. De ahí que, en el ánimo de tranquilizar a la opinión pública y crear condiciones para que los agentes económicos se animen a invertir, el

jueves 11 de marzo de 1999, nuevamente el Presidente de la República se dirigió al país para informarle de un conjunto de medidas de emergencia que conocemos y que buscaban reducir sensiblemente el déficit fiscal que, curiosamente esta vez, dijo, equivalía al 6 % del PIB, esto es, unos 1.200 millones de dólares, cuando apenas dos semanas atrás, había asegurado que ascendía a 700 millones de dólares.

Las medidas dictadas tuvieron una vigencia formal inferior a ocho días. Las constantes y cada vez más numerosas movilizaciones sociales y populares sacudieron duramente al gobierno, debilitándolo y obligándolo a negociar. Los paros de los maestros, de los trabajadores de la salud, de los indígenas, del Frente Unitario de los Trabajadores y de los taxistas, bloquearon a las principales ciudades y paralizaron al Ecuador. De ahí que el gobierno de la Democracia Popular, quebrantado e impotente, se vio en la necesidad de negociar, apartándose del partido Social Cristiano y buscando entendimientos con otros partidos políticos en el Congreso de la República.

Y un nuevo acuerdo se logró. Las bases del mismo también las conocemos. Se aseguró al país que, gracias a la ejecución de este nuevo paquete de medidas económicas, el déficit fiscal se va a reducir a 600 millones de dólares.

Por cierto, resulta difícil asegurar si se logrará lo anterior y, menos aún, si gracias a las medidas dictadas, la economía ecuatoriana podrá reasumir la fase ascendente del ciclo económico. Lo más probable que puede ocurrir, al menos durante 1999, será una nueva contracción económica, estimada en al menos el 6 % del PIB global y la continuación de la tendencia alcista del dólar que, de hecho, se hizo presente a las pocas horas de haberse logrado el “acuerdo”.

El gobierno, ha depositado una enorme confianza en el congelamiento de las cuentas bancarias como medida capaz de evitar una corrida de fondos hacia la compra de dólares; sin embargo, es bueno tener presente que desde distintos sectores y regiones del país (Pueblos y Nacionalidades Indígenas, Cámaras de Industria, Comercio, Agricultu-

ra, Pesca, Junta Cívica de Guayaquil, diversos órganos nacionales de prensa), se viene ejerciendo una mayor presión para que, al menos de manera gradual, se proceda a una flexibilización de tal medida y se devuelvan los fondos retenidos en las cuentas corrientes y de ahorros, sean en moneda nacional o extranjera.

En cualquier caso, se debe destacar que, más allá de la eficacia o no de las medidas de política económica anunciadas, en algún momento la crisis de la economía ecuatoriana empezará a ser reemplazada por la reactivación. Es la tendencia lógica e inevitable del capitalismo. Pero así como a la crisis no hay que considerarla como la sentencia de muerte del capitalismo, tampoco a la reactivación hay que apreciarla como el inicio de una etapa de un franco y definitivo proceso de desarrollo nacional.

Naturalmente, es preferible que el país transite la fase ascendente del ciclo y no que permanezca en la crisis o en la depresión. Pero por supuesto, ni la reactivación ni la crisis y/o la depresión, son señales de que la economía nacional se encuentra en la antesala de su desarrollo. Para lograr este se precisa remover obstáculos profundos, ligados a la estructura económica y socio política del país. El desarrollo nacional exige poner término a la dilapidación, al saqueo, a la corrupción, a la improvisación, a la dependencia que mantenemos frente al exterior. Es esto último y no la sola superación de la crisis, lo que permitirá que el país logre abandonar al subdesarrollo. ¿Le parece a usted, amable lector?

Crisis y burocracia dorada (13/04/99)

A medida que la crisis se ha agudizado, importantes grupos empresariales han venido expresando diferentes enfoques respecto a las causas que la generan, así como sosteniendo que el “modelo” de desarrollo que se ejecuta actualmente en el país se encuentra ya agotado; siendo necesario por lo mismo, dicen, ejecutar otro modelo distinto, pero sin precisar debidamente sus características y los métodos para llevarlo a la práctica. En lo que generalmente no dudan, es en atribuir

la causa de la grave crisis del país a la existencia de una “burocracia dorada”, considerada, por lo mismo, la mayor adversaria para superar los graves problemas actuales y lograr el desarrollo económico nacional.

¿Quiénes conforman la llamada “burocracia dorada” en el Ecuador? De hecho, no pueden ser todos los empleados estatales, la mayoría de los cuales percibe bajísimos sueldos y salarios y vive, por lo mismo, situaciones verdaderamente difíciles, gastando la mayor parte de su ingreso en alimentación y vivienda, privándose de asistir a diversiones, vendiendo su medio de transporte individual, cancelando sus posibilidades de adiestramiento y capacitación y endeudándose permanentemente para proveerse de un poco de ropa y de calzado para cumplir con las normas de presentación exigidas por el desempeño de su función. A esta clase de trabajadores estatales se les congela sus sueldos y salarios, se los explota en mayor grado, se los reubica a veces arbitrariamente o se los despide con absoluta impunidad.

La “burocracia dorada”, entonces, estaría integrada por muy altos funcionarios estatales, probablemente ministros, directores, gerentes de institutos y de empresas estatales, diputados, connotados asesores y ciertos personajes que laboran en posiciones claves del aparato estatal como el CONAM, el Banco Central, INECCEL, determinados municipios y organismos regionales, las empresas de telecomunicaciones, de petróleo, la Superintendencia de Bancos y otros organismos, que perciben millonarias remuneraciones, frecuentemente superiores a 15 y hasta 20 mil dólares mensuales, con generosas compensaciones, que tienen a su disposición automóviles con chofer y gasolina en abundancia, posibilidades de realizar frecuentes viajes al exterior, que a la vez disponen de amplia ayuda material para el desarrollo de su trabajo y con una corte de ayudantes listos para servirlos a ellos y a sus familiares.

Sin ser estrictamente burocracia, integrarían también un estrato ocupacional privilegiado, los funcionarios de muy alto nivel que trabajan en la empresa privada. Las elevadas remuneraciones de estos funcionarios, les permite mantener niveles de gastos asombrosos, realizar

frecuentes viajes al exterior, adquirir propiedades inmobiliarias, acciones de empresas, todo lo cual se traduce también en altos costos de producción y precios que pagamos todos los consumidores por los bienes y servicios producidos por varias empresas situadas en el mercado de valores, la industria, la banca, las consultorías, las publicaciones, los seguros, las casas de cambio, las actividades de telecomunicaciones, el transporte, los centros de distribución, los servicios en general.

Ahora bien, si ello es así, se podría ofrecer infinidad de testimonios que comprueban que los funcionarios de este nivel son, en su gran mayoría, personas que se interesan esencialmente por su carrera, por su éxito personal, por su tranquilidad familiar, lo que supone mantener estrechas y cordiales relaciones con los dueños de las principales actividades económicas del país; son funcionarios que generalmente para llegar a tan altos cargos, debieron contar con grandes recursos e influencias políticas y personales, o que pertenecen a familias de capas medias acomodadas; que inequívocamente trabajan fundamentalmente en favor de “modelos” concentradores del ingreso y de la propiedad, que benefician a los dueños de los grandes grupos o consorcios económicos que actúan en el país

Incluso se trata de funcionarios y empleados que, salvo contadas excepciones, forman parte de equipos de tecnócratas de corte monetarista y conservador, que mentalmente mantienen una enorme similitud con los valores, las creencias, los proyectos de los grupos más adinerados del Ecuador. Son los que creen que el desarrollo del país solo será posible gracias al libre funcionamiento del mercado, los que buscan imitar los valores y la forma de vida de los países desarrollados, en especial, de la sociedad norteamericana. Son personas que han aprendido a pensar de acuerdo con los banqueros nacionales e internacionales y el gobierno de los Estados Unidos, que han realizado estudios en universidades norteamericanas como Harvard, lo que asegura que el trabajo que desempeñan esté en línea con los intereses esenciales del capital monopolista así como con la lógica del capital financiero y especulativo moderno.

Por cierto, expreso mi total desacuerdo a la vigencia de una situación que supone privilegios inaceptables en favor de esta burocracia dorada; sin embargo, para evitar confusiones y dudas, parece indispensable hacer las necesarias diferenciaciones o profundizar en el análisis de la burocracia y su relación con el poder en el Ecuador. Guardo la sospecha de que, desde la óptica de sus intereses de clase, los altos dirigentes empresariales cometen un serio error al calificar a la “burocracia dorada” como la principal causante de la crisis y, menos aún, como la adversaria de los proyectos o modelos de desarrollo aperturistas, privatizantes, seductores del capital extranjero, neoliberales que se vienen ejecutando en el Ecuador y que, pese a todo anhelo por cambiarlos, aún se proponen. ¿Le parece a usted, estimado lector?

Crisis, inversiones extranjeras y nueva deuda (11/05/99)

Sin duda que, detrás de la obsesión gubernamental por cerrar el déficit fiscal, se encuentra el convencimiento de quienes hoy dirigen el país sobre que, con finanzas saneadas, se crea el ambiente propicio para que los capitales privados nacionales y extranjeros se animen a invertir y gracias a ello la economía logre su reactivación, se generen nuevos puestos de trabajo, se amplíen los ingresos, crezca la demanda, se engrase de mejor manera la maquinaria productiva, se paguen los impuestos, se abran nuevos espacios de inversión, aumenten los ingresos, florezcan nuevos empleos, disminuya la delincuencia. Es decir, todo un proceso multiplicador capaz de beneficiar a la economía y a la sociedad nacionales.

Una vez cerrado el déficit fiscal, se dice, la afluencia de inversiones extranjeras y de nuevos préstamos, va a ser copiosa. Se habla por ejemplo de dos mil millones de dólares que vendrán al país solo por concepto de privatizaciones del sector eléctrico. Otros mil millones de dólares se calcula que entrarán al Ecuador cuando se abra la licitación de los cinco mayores campos petroleros estatales, otros 500 millones para construir el nuevo oleoducto, otros miles de millones de dólares invertirán las compañías petroleras para incrementar la producción de sus campos, etc., etc.

En materia de préstamos, la prensa informa que gracias a las conversaciones de la Ministra de Finanzas con los directivos del Fondo Monetario, del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo, se ha logrado concretar un paquete de créditos en favor del país por 500 millones de dólares a fin de reestructurar y sanear al sector bancario y que otros 500 millones de dólares más vendrán para financiar proyectos específicos. Es decir, toda una cantidad de ventajas gracias solamente al saneamiento del déficit fiscal.

Lo que generalmente no se dice es que la tan publicitada reactivación de la economía nacional, manteniendo las estructuras internas de poder, no constituye ningún avance cualitativo que sea de significativo beneficio para el conjunto del pueblo. Los nuevos aportes de capital, sea por concepto de inversiones o de préstamos se traducirán, más temprano que tarde, en enormes salidas de recursos por concepto de utilidades y de intereses que representarán proporciones cada vez mayores de los ingresos por exportación, lo cual conducirá a la contratación de nuevas inversiones y de nuevos préstamos para poder pagar esos servicios y seguir importando. Es decir que el financiamiento externo se convertirá en una suerte de adicción de la que el Ecuador no se podrá liberar y, tampoco los bancos y organismos financieros internacionales, puesto que la única posibilidad que tendrán estos de cobrar será la de seguir prestándonos.

Dicho en otras palabras, para tratar de que el país crezca beneficiando a los dueños de la riqueza y el poder, el gobierno nacional contrata nuevos préstamos y se empeña en atraer nuevas inversiones; sin reparar en que el solo crecimiento, manteniendo el patrón tradicional de relaciones de producción y de distribución de la riqueza y del ingreso en el orden interno, no garantiza un mejoramiento de las condiciones de vida de la mayoría de la población. Mientras tanto, el país en su conjunto se ve sometido a presiones de inversionistas y de prestamistas que obtienen considerables ganancias, gracias a la apropiación de variados activos nacionales, lo cual consolida el atraso y el subdesarrollo, debilita nuestra soberanía y cultura, conforme lo destaca la experiencia y el efecto real que las inversiones extranjeras han ejercido y ejercen en

nuestro propio país y en otros países especialmente subdesarrollados del mundo.

En esta dirección, nada raro resultará constatar que, tras el acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, se encuentra la imposición al gobierno del Ecuador para que, en la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, la delegación de nuestro país haya quebrado su tradicional política internacional y votado condenando a Cuba por violación de los derechos humanos.

Es que entre los préstamos internacionales y las inversiones extranjeras no existen grandes diferencias sino que entre ellos se complementan y se sirven. Unos y otras dan lugar, a corto o mediano plazo, a salidas netas de capital, lo cual implica severos desajustes en la balanza de pagos, reducción del ahorro real, menores posibilidades de inversión y caída de la producción y de los ingresos en el país, imposición de condiciones. Así por ejemplo, durante los años 1995 y 1996 ingresaron al Ecuador, por concepto de préstamos e inversiones, 3.454 millones de dólares; mientras que salieron por concepto de intereses y de utilidades, 4.132 millones de dólares. Es decir que solo en dos años se fugaron del país excedentes o ahorros genuinos por una magnitud cercana a 700 millones de dólares, que es una suma significativamente superior a la que el gobierno de Mahuad pretende obtener gracias a los nuevos impuestos.

Entonces, una debida comprensión de la problemática del desarrollo nacional exige reconocer que no toda afluencia de capital extranjero es beneficiosa por naturaleza. Si, como se anuncia, van a venir capitales extranjeros al país para invertirse en sectores como el energético, las finanzas, la banca, el transporte, ello se traducirá en un crecimiento lento, inestable, desigual, dependiente de la economía nacional, sin que por lo mismo beneficie a la mayoría de los ecuatorianos; pues, a corto o mediano plazo, de nuevo estaremos soportando fugas de recursos por una cuantía considerable. Consecuentemente, el país no puede vivir del ahorro externo indefinidamente. Necesitamos contar

con nuevas y diferentes soluciones que supongan una importante movilización de los recursos internos. ¿Le parece a usted, amable lector?

Crisis y saneamiento financiero y bancario (22/06/99)

En dos días más se cumple la fecha en la cual las compañías auditoras internacionales contratadas por el gobierno nacional, deberán presentar su informe sobre la situación de los bancos en el Ecuador que, teóricamente, servirá de base para la adopción de las decisiones enderezadas a sanear al sector, lograr la confiabilidad de inversionistas y de ahorristas, probablemente ofrecer elementos para descongelar los depósitos de cuenta ahorristas y cuenta corrientistas y contribuir a mitigar los efectos de la grave crisis en la que desenvuelve la sociedad nacional.

Conforme se acerca la fecha de entrega del informe de las compañías auditoras, se han venido haciendo públicas diversas interpretaciones sobre las causas de la crisis, así como difundiendo rumores, amenazas, acusaciones, protestas, sugerencias, requerimientos. Determinadas figuras empresariales vinculadas con el sector financiero, especialmente, sostienen que todo venía viento en popa, hasta que las oligarquías estatales centralistas, con sus típicos burocratismos no se ajustaron a la ley, favorecieron a ciertos bancos del país, persistieron en su empeño por mantener un “modelo” caduco, ineficiente y corrupto. A ello, dicen, se suman los efectos del Fenómeno del Niño que hizo incobrable una buena parte de la cartera, así como las consecuencias que en la economía nacional generaron las crisis asiática, brasilera y rusa.

Frente a este planteamiento empresarial, algunos voceros gubernamentales, de otras instituciones de la sociedad civil y de ciertos partidos políticos han respondido acusando a la vez a banqueros y grandes inversionistas de haber ejecutado ciertas acciones especulativas, de haber creado empresas fantasmas para hacerlas sujetos de crédito, de burlar la ley en materia de créditos vinculados, de no haber transferido las recaudaciones de los impuestos al fisco, de haber promovido el envío de dólares al exterior. Es decir que, dependiendo del color del cristal

con que se mire, buena parte de las explicaciones sugieren que todo lo que salió mal, es imputable a la acción del centralismo gubernamental ineficiente y corrupto; mientras que todo lo que anda bien es consecuencia de la acción de los empresarios y de quienes creen en las bondades del “mercado libre”.

Creo que, las dos posiciones contienen una enorme carga ideológica y que, por lo tanto, son extremas, parciales y en cierta forma inaceptables pues, por un lado, desconocen que la crisis actual de ninguna manera es solo financiera ni menos fundamentalmente externa sino estructural, sistémica, básicamente interna; mientras que, por otro lado, la sola superación de los desajustes bancarios, no garantiza la inmediata recuperación de la economía nacional.

Es difícil predecir en qué consistirán las medidas de saneamiento de la banca que adopte el gobierno. Al parecer, un propósito que anima a buena parte de banqueros y figuras gubernamentales, es reducir el número de instituciones financieras pues consideran que el sector se encuentra sobredimensionado; entonces, se trataría de dejar en operación solamente a las de mayor solidez y confiabilidad. Por otro lado, las medidas que se pretenderán ejecutar, parece que estarán en línea con la decisión gubernamental de la semana última de reducir las tasas de interés de los dineros congelados de los ahorristas, así como con el contenido de la ley de reformas a la Agencia de Garantía de Depósitos, en especial, en lo tocante a la manipulación de la relación patrimonio técnico-pasivos de los bancos. De igual manera, es probable que las medidas opten por facilitar el ingreso de más capital extranjero al sector, en razón de que el gran capital doméstico difícilmente logrará sobrevivir sin ligarse de un modo u otro al capital trasnacional.

Estos últimos hechos ponen claramente al descubierto que, dada la situación económica y política del país, teniendo en cuenta la actual correlación social y política de fuerzas, así como el peso que en las decisiones gubernamentales ejerce el poder económico de los grandes grupos que actúan en el país, lo más probable será una solución de consenso entre banqueros y gobierno o, en su defecto, a mediano y lar-

go plazo, la pretención de adoptar una medida como la convertibilidad (ya anunciada como necesaria por la Ministra de Finanzas) que, al perseguir una reducción de la tasa de interés y, por consiguiente, de los márgenes de intermediación y de los niveles de ganancia, deje en pie solamente a aquellos bancos de mayor eficiencia, con mejores perspectivas de reducir costos operacionales y de mantener e incrementar su rentabilidad. Es decir que, por cualquier vía, el fenómeno de la concentración bancaria parece que será inevitable.

No cabe olvidar, por otro lado, que las instituciones y hasta ciertas personas que van a intervenir en el proceso de reestructuración de la banca, contarán con una nube de asesores internacionales procedentes de organismos como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), la Corporación Andina de Fomento (CAF), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que no quieren perderse oportunidad ni espacio para vigilar todas las instancias del proceso de saneamiento bancario.

Este último hecho también puede contribuir a la adopción de una solución concertada, pues no cabe olvidar que organismos como el FMI, el BM, el BID proponen como medidas de solución a la crisis global, no solo el saneamiento financiero sino el otorgamiento de más incentivos al sector privado, el achicamiento y la modernización del aparato estatal, el establecimiento de un sistema de precios más competitivo, la reducción de la inflación mediante la aplicación de recetas monetaristas, el fomento de las exportaciones, la cancelación de la deuda externa, el ingreso indiscriminado al país de capital extranjero.

En suma, creo que no hay por qué abrigar ninguna idea catastrofista sobre que con el informe de las firmas auditoras muchos bancos y banqueros privados y las regiones donde actúan se irán a la ruína, ni la ilusión de que estamos a las puertas de un proceso de desarrollo vigoroso y esperanzador como nunca antes en la historia del país. ¿Qué opina usted, amable lector?

Los socialcristianos se hacen opositores (20/07/99)

La grave crisis social, económica, política; el fracaso del plan de Mahuad y el forzado abandono de algunos de sus postulados a fin de salvar la estabilidad del gobierno, frente a las reiteradas y cada vez más generalizadas movilizaciones de taxistas, indígenas, trabajadores, maestros, estudiantes, comerciantes minoristas, dueños de los vehículos de transporte pesado, pequeños y medianos empresarios, pusieron al desnudo algunas contradicciones en el bloque de dominación del país.

El Partido Social Cristiano (PSC), que cuando fue gobierno hizo lo mismo que el actual, en términos de elevación de los precios de los combustibles, contención salarial, devaluaciones, aumento de los impuestos y de la deuda externa, fomento de las exportaciones, subordinación a la política del Fondo Monetario Internacional, hoy frente a la crisis y a la descomposición del gobierno de la Democracia Popular, con quien inclusive caminó aliado durante los primeros meses del presente ejercicio gubernamental, ha considerado necesario romper la antigua alianza, renegar de los convenios que el gobierno pretende suscribir con el Fondo Monetario Internacional, atacar a figuras gubernamentales representativas como el propio Presidente de la República o la señorita Ministra de Finanzas y, por supuesto, pasar a la oposición.

Esta postura del PSC es probable que resulte difícil de ser asimilada por la mayoría de los ecuatorianos conscientes y poseedores de una mínima memoria política pues, durante el gobierno de Durán Ballén, el PSC ofreció oportunamente su respaldo a la aprobación de leyes como la de Presupuesto, de Modernización del Estado, de Reformas a la Ley de Hidrocarburos, que desde entonces hizo posible las draconianas elevaciones de los precios de los combustibles que ahora los socialcristianos atacan y hasta denuncian como medidas anticonstitucionales.

Incluso, creo que tampoco corresponde olvidar que la economista Ana Lucía Armijos fue en el gobierno de Febres Cordero una al-

ta funcionaria del Banco Central que sirvió al PSC con enorme “eficacia y lealtad”; o hechos como el denunciado por el ex Ministro de Finanzas del gobierno de Durán Ballén, César Robalino, de que un destacado diputado y dirigente del PSC le propuso oponerse a su interpe-lación a cambio de la entrega de 400 mil millones de sucres a los mu-nicipios y prefecturas conducidas por cuadros social cristianos.

Frente a este panorama, dije entonces en un artículo publicado por El Telégrafo, algo que evidentemente tiene hoy una enorme actuali-dad. Dije que, por supuesto, estoy lejos de negar el legítimo derecho que tiene un partido político de renovarse ideológicamente y hasta de reconocer públicamen-te sus pasados errores. Si una ideología o doc-trina es un conjunto de respuestas a una situación determinada dedu-cidas de un principio rector, es razonable esperar que, conforme la rea-lidad se modifique, deban cambiar también las respuestas para superar problemas probablemente diferentes.

Pero naturalmente, una cosa es pretender darle al mensaje polí-tico un nuevo contenido y otra, muy distinta, es modificar el sentido de la estrategia política con fines puramente electorales, tácticos o de pre-servación en la estructura de poder del país, de grupos tradicionales o de nuevos beneficiarios de las políticas gubernamentales.

Hoy el Ecuador precisa democratizar el poder económico y po-lítico, canalizar las aspiraciones mayoritarias y favorecer la activa parti-cipación del pueblo en todas las decisiones que lo afectan. Necesita el país crear abundantes nuevos puestos de trabajo, distribuir de manera más igualitaria el ingreso, defender nuestra cultura, fortalecer nuestra independencia. Y todo esto está muy distante de ser logrado mediante medidas como la “dolarización” que, siendo acaso la política más con-creta que hoy ofrece el PSC, tendría más bien el propósito de menguar mucho más la soberanía ecuatoriana.

Ahora bien si, renegando fundamentalmente de su estructura de clase, el PSC se encuentra en la línea de apoyar las reivindicaciones po-pulares, a buena hora. Los hechos, que son los únicos capaces de poner

a prueba las intenciones políticas, se irán ocupando más adelante de develar tan laudables propósitos. Una cosa sin embargo debe quedar muy clara. El país hoy como nunca requiere urgentemente detener e invertir en su territorio, los enormes excedentes que se fugan al exterior vía desprotección arancelaria, devaluaciones, excesivos pagos de la deuda externa, fomento de un consumismo depredador, fuga de capitales, pago de patentes, regalías, marcas de fábrica. Requiere también ampliar y fomentar el dinamismo del mercado interno a través de ejecutar infinidad de medidas enderezadas a beneficiar a los sectores poblacionales más pobres, en muchos casos, afectando inevitablemente a los sectores más ricos.

Esto es lo verdaderamente trascendente y no el simple relevo de un presidente o de una ministra que podría más bien tener un efecto anestésico como cualquier otro “show” de distracción. ¿Le parece a usted, amable lector?

Deuda externa y desarrollo (03/08/99)

En varios artículos de esta columna, así como en una serie de documentos difundidos y eventos públicos en los que me ha correspondido intervenir, he sostenido que la grave crisis económica que castiga al Ecuador, muy difícilmente podrá ser doblegada si es que el país no asume un manejo diferente del problema de la deuda externa, a fin de poder contar con una fuente de recursos de gran magnitud no solo para cubrir muchos de los actuales desequilibrios -el fiscal, por ejemplo-, sino para financiar proyectos de verdadera trascendencia nacional.

Pero frente a esta posición, hay otras personas que argumentan en el sentido de que puesto que el país se endeudó, se debe pagar. Sostienen que es lo legal y es lo correcto, a fin de así poder acceder al crédito internacional sin el cual será imposible que el país salga adelante. Cuando más, añaden, se debería de recomprar los bonos Brady en el mercado secundario o intentar una renegociación de la deuda, con los actuales tenedores de tales bonos, exhortándolos para que acepten

nuevos bonos con períodos de vencimiento más largos. Pero declarar una moratoria unilateral de la deuda jamás. Esto último, sostienen, nos marginaría del concurso del capital y la tecnología extranjeros, indispensables para conseguir nuestro “desarrollo”.

¿Cuánto de verdad encierra esta argumentación? Veámoslo. Entre 1990 y 1998, ingresaron al Ecuador inversiones extranjeras para radicarse en la agricultura, en la industria, en la actividad de la construcción, en el sector financiero y bancario, en la bolsa de valores, por un monto anual promedio de 439 millones de dólares. En el mismo período ingresaron también al país, por concepto de préstamos (los concedidos por el FMI, por el Banco Mundial, por la Corporación Andina de Fomento, por gobiernos de los países desarrollados, por otras agencias), un monto anual asimismo promedio de 3.204 dólares.

Como contrapartida del país salieron, en el mismo período, por concepto de utilidades de las inversiones extranjeras, amortizaciones e intereses de los préstamos viejos y nuevos, cifras anuales promedios de 1.198, 2.581 y 947 millones de dólares; en suma, durante los últimos nueve años, la entrada y salida de capitales extranjeros al Ecuador se tradujo en un saldo negativo para el país de alrededor de 1.083 millones de dólares cada año. O sea que entregamos más de lo que recibimos. Contribuímos más al desarrollo de los países primer mundistas que ellos con nosotros, que conformamos un país donde su mayoría es población pobre.

Significa esto que si hoy el gobierno ecuatoriano decidiera no pagar la deuda, el país en su conjunto se beneficiaría de un monto de recursos que no habría que enviarlos al exterior. Consiguientemente muchos millones de dólares se quedarían en el Ecuador y servirían para atender las necesidades más urgentes e inmediatas que hoy tiene, como pagar a maestros, trabajadores de la salud, policía, fuerzas armadas, municipios, consejos provinciales, etc. Adicionalmente, el país no se vería en la necesidad de someter su política económica a la vigilancia del Fondo Monetario Internacional. Entonces, parece que el problema se reduciría a conformar una capacidad nacional suficientemente sólida

como para eludir eventuales represalias comerciales y financieras externas.

Pero al ejecutar una estrategia pagadora con los acreedores, como lo vienen haciendo los diferentes gobiernos ecuatorianos desde hace aproximadamente veinte años, se establece un mecanismo que representa una inmensa abertura a través de la cual se sangran ahorros genuinos que inevitablemente frustran toda posibilidad de atención gubernamental a las necesidades más apremiantes de la mayoría de los ecuatorianos.

Frente a este problema, la posibilidad de declarar una moratoria unilateral de la deuda externa por parte del gobierno ecuatoriano, no es una fórmula que deba ser excluída definitivamente. Al menos, no debe serlo mientras no cambien sustantivamente las actuales condiciones del endeudamiento internacional. Al fin y al cabo, no cabe aferrarse estrictamente al cumplimiento de un contrato de préstamo, si es que los costos que implica el contrato son mucho más elevados que los previstos inicialmente y, en el caso de la deuda externa contratada por el Ecuador, estuvieron fuera de toda previsión razonable, el aumento de las tasas internacionales de interés, el fenómeno de El Niño ocurrido en 1998, la caída de los precios de las materias primas y la drástica disminución del flujo de capitales durante los últimos meses.

Mientras tanto y, para demostrar nuestra disposición a pagar la deuda, podríamos anunciar al mundo la conformación de un fondo con el cual nos comprometemos formal y seriamente a servir nuestros compromisos. Tal fondo podríamos conformarlo con el excedente de 18 dólares el barril de petróleo que vendamos en el mercado internacional. Una fórmula de esta naturaleza sería propicia para garantizarle al país una razonable disponibilidad de recursos en el orden interno y para evitar remesar capitales al exterior que se nos pretende seguir cobrando ilegítimamente. ¿Le parece a usted, amable lector?

La austeridad: ¿Doble discurso o nuevo valor social? (10/08/99)

Hoy resulta común escuchar o leer pronunciamientos de diversos dirigentes políticos, funcionarios gubernamentales así como de altas figuras empresariales, sobre la necesidad de mantener una severa política de austeridad como condición para salir de la crisis y disponer de recursos suficientes para destinarlos a la inversión. En tal dirección, no son escasas las ocasiones en las cuales tales dirigentes piden de manera insistente a los trabajadores que no exageren sus pretensiones por alzas salariales y que se conformen con moderados aumentos en atención a la grave crisis nacional; mientras que, en muchos otros casos, se han expresado duras críticas a una “burocracia dorada”, a la cual inclusive se la considera ser la causante del gravísimo déficit fiscal.

Algunos hechos ocurridos durante los últimos meses, sin embargo, han puesto en clara evidencia que este discurso no se compadece en absoluto con la realidad y que, más bien, algunos de los dirigentes empresariales, políticos y del sector estatal, han mostrado en forma muy clara, que ellos no solo que no están dispuestos a ajustar su comportamiento a las normas que proclaman, sino que por encima de sus discursos están dispuestos a sacar del Estado ecuatoriano todo lo que beneficie sus intereses personales.

En el juicio político realizado hace algunos meses en contra del ex Superintendente de Bancos, Jorge Egas Peña, el diputado Carlos González señaló que el funcionario interpelado percibía un sueldo de 76 millones de sucres mensuales, que además la Superintendencia de Bancos le reconocía el pago de una suite y de su teléfono celular por 25 millones y 11 millones más de sucres mensuales, respectivamente; así como una dieta de 1.5 millones de sucres por cada sesión de la Junta Bancaria. La secretaria del Superintendente ganaba también la módica suma de 25 millones de sucres mensuales. Si esto fuera como lo aseguró el diputado González, significa que entre las dos personas mencionadas el Estado ecuatoriano gastaba (¿ya no?) 1.644 millones de sucres anuales, fuera de gastos de viaje y viáticos para los dos funcionarios.

Otros ejemplos de notable abundancia en la percepción de ingresos, son los sueldos de los diputados, que por decisión de ellos mismos, se elevaron de 20 a 24 millones de sucres mensuales. Igual, el caso del personal que trabaja en otras importantes dependencias estatales que reflejan una situación de verdadero privilegio frente a la mayoría de los trabajadores ecuatorianos.

Ahora bien, estas conductas ambivalentes, contradictorias entre el discurso y la realidad, encuentran frecuente fundamentación en aquellas apreciaciones que se empeñan en presentar a la economía como independiente de cualquier juicio normativo de ética; es decir, una economía ajena a toda consideración moral; lo cual significa que, quizás en la mayor parte de los casos, quienes reciben tan enormes remuneraciones, son generalmente elementos de confianza de los dueños del capital monopolista y que trabajan en favor de la preservación y la recreación de la estructura de poder en el Ecuador; consiguientemente, solo una diferente constelación de fuerzas sociales y políticas, con distintos valores, con otros objetivos, con el verdadero anhelo de servir al país y no de servirse de él, pueden ser las únicas capaces de terminar con esta odiosa como privilegiada actitud de favorecer a unos cuantos altos funcionarios estatales.

¿Existen en el Ecuador tales fuerzas sociales y políticas y, es posible lograr su aglutinación? Si, sin duda las fuerzas existen y, lo que es más importante, se puede y se debe trabajar en favor de su unificación. Hay en el Ecuador personas y grupos que no han hecho de la acumulación de riqueza ni del consumo los objetivos de su vida sino que más bien, trabajan día a día por rescatar la identidad de nuestro propio pueblo y que acarician los sueños y las esperanzas por transformar el mundo actual; gentes que buscan que el esfuerzo productivo beneficie a la nación ecuatoriana y no solamente al 5 % de la población nacional, es decir, personas que persiguen la ejecución de una modalidad de crecimiento económico distinta, donde se democratice la propiedad, donde se redistribuya el ingreso y se avance en la superación de los graves problemas que hoy padecemos en materia de educación, salud, vivienda, empleo, bienestar general.

Frecuentemente, al analizar problemas como el que planteamos, solemos contagiarnos de pesimismo y derrotismo y sostener que todo anda mal, que ya nada queda por hacer, que lo más provechoso y audaz es practicar el pragmatismo, la real politik, insertarse en los grupos de poder, llegar al gobierno, ver la forma de enriquecerse rápidamente. Sin duda, mucha personas inteligentes, solidarias, con un pasado sin mácula, cayeron seducidas por este tipo de proclamas y hoy forman parte de partidos y de grupos con graves acusaciones de corrupción, que se enriquecieron de la noche a la mañana y que pretenden seguir haciéndolo como el único o al menos el más importante móvil de su existencia.

Pero la vida muestra caminos muy distintos y las personas y las sociedades tienden a moverse por objetivos diferentes. No todo está perdido en el país. Nunca las buenas causas están perdidas para siempre. Más tarde, más temprano, surgirán y empezarán a imponerse nuevos valores y la mayoría de la gente a luchar por alcanzar objetivos realmente trascendentes. ¿Cuándo llegará ese momento al país? Nadie lo sabe, sin embargo, mucho se puede y debe hacer en el hogar, en el aula, en la reunión social, en el club, en nuestros lugares de trabajo, en las relaciones familiares, para difundir nuevos valores y avanzar en el ejercicio de nuevas actitudes capaces de ofrecer satisfacciones imperecederas y prestigios que deben ser estimados más que la acumulación de riqueza y de poder. ¿Le parece a usted, amable lector?

Crisis, política económica y recuperación (07/09/99)

Durante las últimas semanas el presidente Mahuad ha venido expresando que se están logrando avances importantes en la lucha contra la crisis. Funda su optimismo en hechos como el acuerdo alcanzado con el Fondo Monetario Internacional (FMI) para la suscripción de la carta de intención y la consiguiente canalización de préstamos de los organismos multilaterales; la terminación de la ampliación del oleoducto, que hará posible incrementar la exportación de petróleo; la iniciación de importantes proyectos de inversión; la reorganización ministerial; el saneamiento del sistema financiero; el gradual descongela-

miento de las cuentas bancarias; el diferimiento del pago de los intereses de los bonos Brady por un mes y su decisión de reestructurar la deuda de estos papeles, para lo cual contaría con el apoyo de los gobiernos de Estados Unidos, Francia y de los organismos financieros internacionales.

Claro que las apreciaciones sobre una real posibilidad de recuperación económica son sin duda explicables hasta por razones de salud mental del presidente Mahuad; sin embargo, indagando con objetividad los hechos, se debe reconocer que la aplicación del severo programa de ajuste por parte del gobierno, ha tenido serias repercusiones sociales y ha contribuido a que ciertos desequilibrios como el déficit fiscal se reduzca. Así, se estima que durante el primer semestre del presente año, la ejecución del presupuesto general del Estado ha dejado un déficit cuya magnitud con respecto al PIB fue de 1.6 %, inferior al déficit aceptado por el FMI para 1999 de 3.5 %.

Otro hecho sin duda importante es el superávit de 789 millones de dólares obtenido por el país durante los primeros meses de este año, cuando las exportaciones sumaron 2.065 millones de dólares y las importaciones 1.276 millones de dólares, lo cual se compara favorablemente frente al déficit de 327 millones de dólares en igual periodo de 1998. Ahora bien, este superávit y, en especial, la contracción de las importaciones es, antes que el resultado del éxito de una determinada política económica, la expresión de la profunda recesión económica que vive el país, lo cual hace anticipar que, cuando empiece la recuperación, se podrá contraer tal superávit y el país podría hasta de nuevo experimentar situaciones deficitarias.

En la propia esfera financiera los problemas están lejos de haber sido resueltos. El informe de las firmas auditoras, produjo una atmósfera de relativa tranquilidad y los clientes de los bancos reaccionaron con normalidad; sin embargo, persiste una cierta inquietud que solo podrá ser disipada en el futuro, conforme se vaya desarrollando el manejo de la cartera vencida, la mejora que se produzca en la calidad de los servicios bancarios, la elevación de los niveles de reserva de los

bancos, así como las posibilidades del Estado para recuperar activos y pasivos de la banca (cartera, activos fijos, terrenos, edificios, inmuebles) que el Estado invirtió para ayudarla a superar sus dificultades.

El descongelamiento gradual de las cuentas bancarias puede contribuir a la recuperación de la economía nacional, si bien también va a exigir un cuidadoso manejo del proceso inflacionario que sigue bastante intenso y que puede incluso acelerarse más, en atención a la emisión de bonos hecha por el gobierno para obtener recursos con los cuales responder a los depositantes de los valores que mantenían en los bancos en quiebra o que han entrado en saneamiento; mientras que la anunciada reestructuración de la deuda externa está aún por verse pues se trata no de un acuerdo ya alcanzado sino de un proceso donde los meses de septiembre y octubre son fundamentales.

Por otro lado, las fusiones ministeriales anunciadas significarán el despido de más de dos mil empleados estatales, lo cual aumentará el número de desocupados y será un nuevo factor de desaliento de la demanda doméstica. A este hecho debe sumarse la contracción de las exportaciones camaroneras, amenazadas por el virus de la “mancha blanca”, así como la interrupción del paso de vehículos cargados de frutas perecibles al mercado colombiano ocurrida durante la tercera semana de agosto último, que significó una sensible pérdida de recursos, situación que va a impactar en los niveles de actividad económica durante las próximas semanas, una vez que además y, como producto de la recesión económica que afecta a Colombia y Ecuador, el flujo de negocios entre los dos países ha disminuído en un 50 % en relación a 1998, flujo que no ha logrado ser contrarrestado gracias al aumento del comercio recíproco entre Ecuador y Perú.

Como factor favorable que va a repercutir en la atenuación de la crisis en el curso de los próximos meses, hay que señalar al aumento del precio del petróleo que exporta el país, lo cual significará no solamente un aumento de las rentas fiscales y, por consiguiente, una apreciable contribución a la reducción del déficit presupuestario, sino un significativo aporte en favor de la reserva monetaria internacional del Ecu-

dor. Probablemente a este hecho, además de a la sensible depresión económica, se debe también la relativa estabilidad lograda en el precio del dólar, durante las dos últimas semanas.

Pero a pesar de todos estos acontecimientos, la crisis está lejos de haber sido controlada y peor resuelta. En cualquier caso, no cabe desconocer que, como en toda economía capitalista, más tarde que temprano, sobrevendrá la recuperación cíclica de la economía ecuatoriana, aunque esta vez, con mayores inestabilidades y con menor vigor que en el pasado. Voceros gubernamentales piensan que dicha recuperación se iniciará el próximo año, cuando pronostican un crecimiento del PIB entre el 2.5 y el 3 %.

Ahora bien, aún de cumplirse esta posibilidad, parece conveniente recordar que la sola recuperación -que corresponde insistir luce todavía incierta- no significará una sensible mejoría en las condiciones de vida y de trabajo de la mayoría del pueblo ecuatoriano. Es que el verdadero desarrollo del Ecuador, no dependerá solamente de lograr una fugaz como irregular recuperación económica, sino de la real alternativa de emprender una serie de esfuerzos económicos, sociales, culturales y aún políticos capaces de alcanzar un uso del potencial de ahorro que ahora se mal utiliza y hasta despilfarra en gastos improductivos, consumismo, fuga de capitales, corrupción, ausencia de planificación de infinidad de proyectos.

Entre la moratoria y el bloqueo financiero (12/10/99)

No obstante el carácter limitado y débil de la propuesta del presidente Mahuad en relación al pago de los intereses de cierta clase de bonos Brady y el disimulado respaldo otorgado a tal propuesta por el Fondo Monetario Internacional y los Departamentos del Tesoro y de Estado de los Estados Unidos, el Ecuador no pudo evitar caer en moratoria de su deuda externa. Se impuso la decisión de más del 25 % de los tenedores de la deuda Brady de no aceptar el pago parcial de intereses, amenazando al país con el inicio de acciones judiciales para cobrar los intereses no pagados y el capital. Con esta actitud los acreedo-

res pretenden no solamente escarmentar al Ecuador sino lanzar una clara advertencia a otros países deudores como Argentina, Brasil, México, Venezuela, sobre que no están dispuestos a condonar sus deudas.

Es que los intereses y las utilidades que los acreedores internacionales reciben por los préstamos y las inversiones directas que conceden y realizan en países atrasados como el nuestro, representan una fuente colosal de ingresos que a toda costa persiguen preservar, si es necesario haciendo de la amenaza de bloqueo comercial y financiero uno de los arbitrios esenciales de su accionar.

Durante los últimos nueve años, el Ecuador recibió por concepto de préstamos y de inversiones extranjeras que vinieron a radicarse en nuestro territorio, un promedio anual de 3.181 y 438 millones de dólares, respectivamente; mientras que, por concepto de utilidades de las inversiones, de amortizaciones y de intereses de los préstamos el país remitió al exterior 1.117, 2.581 y 946 millones de dólares anuales, respectivamente; es decir, desde 1990 hasta 1998, el Ecuador envió al exterior en promedio 913 millones de dólares más de los que recibió como capitales foráneos.

Las cifras anteriores ponen de manifiesto la impresionante rentabilidad de las inversiones y de los préstamos internacionales concedidos por el sistema financiero especialmente norteamericano al mundo subde-sarrollado y reafirman aquella declaración realizada por un senador estadounidense hace unas tres décadas atrás: *Los norteamericanos que se dedican a los negocios en otros países no lo hacen por filantropía*. A ellos, consiguientemente, no les importa si en un país como el nuestro su pueblo ha sido atendido en sus aspiraciones legítimas, si la mayoría de la población nacional tiene empleo, si satisface sus elementales necesidades de alimentación, educación, salud. Su preocupación esencial es obtener altas utilidades e intereses de sus inversiones y préstamos, asegurarse los pagos correspondientes y allá el Ecuador.

Los acreedores conocen que nuestro país tiene una tradicional debilidad en la balanza de pagos que los sucesivos gobiernos siempre

equilibraron a través de un creciente endeudamiento externo. Los acreedores internacionales saben que debido al alto grado de dependencia que nuestra economía mantiene frente a los insumos importados, los desajustes en nuestras relaciones con el exterior se agravan sensiblemente como resultado de las caídas en el precio del petróleo y de los bienes que exportamos, el aumento de la capacidad de consumo de los ecuatorianos o la reactivación del aparato productivo nacional.

Es por esto que las acciones judiciales que han dicho que próximamente iniciarán para cobrar intereses y capitales y que podrán traducirse en un bloqueo financiero, son parte de la estrategia de los acreedores e inversionistas extranjeros por recuperar la rentabilidad y el capital de sus inversiones y préstamos. Incluso hoy mismo se dice que las líneas de crédito de la banca y de los proveedores norteamericanos han comenzado a disminuir y que, para contrarrestar tal disminución, el gobierno ecuatoriano se encuentra gestionando con la Corporación Andina de Fomento (CAF), un crédito de 900 millones de dólares.

Si así luce el panorama, nada raro podrá ser constatar como más adelante, de no conseguirse un arreglo con los tenedores de los bonos Brady, estos tomen una acción de oposición a cualquier petición de préstamos del Ecuador o gestionen el cierre de otras vías de financiamiento en otros mercados. Y lo más curioso, aunque usted no lo crea, podría ser constatar una actitud de congratulación y hasta de apoyo de ciertos editorialistas, empresarios y políticos ecuatorianos a los acreedores externos, en una misma y vasta operación en contra de los fundamentales intereses del Ecuador.

La deuda externa constituye una carga abrumadora para todos los países del mundo y buena parte de ellos no está ahora en condiciones de pagar intereses. Para hacerlo, deben contratar nuevos préstamos, formándose un círculo vicioso que los ha conducido a una situación de bancarota. Ante esta situación y, con el correr del tiempo, más casos de insolvencia irán apareciendo en América Latina y en otros países del mundo.

Por supuesto que si los acreedores externos persisten en sus amenazas y llevan adelante un eventual bloqueo financiero, pueden provocar dificultades y daños a la economía nacional. Para contrarrestarlos, el país debe empeñarse en estructurar nuevas redes comerciales y financieras con otros países; ahorrar al máximo el gasto en moneda extranjera, sustituir importaciones, planificar su economía, pensar en una moneda latinoamericana común, tal como lo ha hecho la Unión Europea al crear el Euro, enfrentarnos con seriedad a nuestros más graves problemas, reconociendo que no será el mercado libre, la llamada globalización ni el neoliberalismo lo que nos permitirá salir adelante.

Pero finalmente, toda política agresiva proveniente del exterior en contra de nuestro país, solo podrá ser contenida gracias a la elevada conciencia política de los sectores populares y progresistas del Ecuador y de la solidaridad que nos ofrezcan otros pueblos del mundo, incluyendo los de los países desarrollados. Esto último constituiría un salto cualitativo de enorme significación en la vida mundial. ¿Le parece a usted, amable lector?

El Estado y la banca (19/10/99)

La grave crisis que viene soportando el sector bancario y financiero del Ecuador durante los últimos años, así como la creación de la Agencia de Garantía de Depósitos (AGD) para tratar de reducir los efectos de ella sobre los dueños de los establecimientos financieros y permitir la recuperación de los fondos de cuenta ahorristas y cuenta corrientistas, ha conducido a la presencia de una situación no esperada ni deseada por el gobierno: la concentración en manos del Estado de activos, patrimonio, cartera, acciones, facultad para elegir gerentes y para designar directorios de los bancos.

Ante esta situación, el gobierno nacional, ha declarado a través del Presidente de la República, del Presidente del Directorio del Banco Central y de algunos de sus más altos funcionarios, que se siente incómodo como propietario fundamental de los bancos y clama más bien por un pronto retorno de esas entidades a poder de la iniciativa priva-

da. El propio Superintendente de Bancos ha dicho que el Estado no debe administrar bancos pues de hacerlo los activos comenzarán a deteriorarse y podría ser fuente de corrupción, de favoritismo, de presiones políticas. Extraña declaración de quien dijo hace cinco días ante la Comisión de Fiscalización y Control Político del Congreso Nacional,

...que se han detectado numerosos delitos que presuntamente fueron cometidos por los directivos de algunas instituciones bancarias y financieras (privadas) pero que no tiene competencia para ordenar las prisiones respectivas...

Pero bien, esta actitud gubernamental contrasta con la de muchos aspirantes a gobernantes en el Ecuador quienes, frecuentemente, han reiterado en sus campañas electorales previas, que su afán era y es llegar al poder para emprender en un proceso de encauzamiento de recursos en favor de sectores productivos generadores de los bienes y servicios verdaderamente trascendentes para la satisfacción de las necesidades de la mayoría de los ecuatorianos. Tales personajes reconocían y reconocen, consecuentemente, que los banqueros privados canalizaban y canalizan la mayor parte del ahorro nacional en favor de la construcción de una estructura productiva distorsionada, favorable a la producción de bienes y servicios demandados por los sectores ricos de la población, para financiar importaciones o para establecer actividades especulativas en desmedro de la producción doméstica. Es decir, el reconocimiento anterior significaba y sin duda significa aceptar, de manera explícita, que gran parte de la crisis bancaria actual se produjo como resultado de la clara orientación de la actividad bancaria en función del mercado y de la persistencia de sus directivos por obtener la máxima rentabilidad particular, sin mayor preocupación por fortalecer sectores económicos determinantes de la vida económica ecuatoriana.

Frente a tales circunstancias y como una cosa era y es tener el deseo de ejecutar un proyecto y otra muy diferente contar con los mecanismos para ello, muchos candidatos a gobernantes decían que participaban en las contiendas electorales, con el ánimo de llegar al poder y disponer del control de los mecanismos de crédito interno a fin de di-

rigir los recursos en favor de la producción y la distribución para servir a las necesidades del pueblo, determinando así el curso del desarrollo económico presente y futuro del Ecuador.

Es decir que, de acuerdo con esta última concepción, se admitiría más bien que, en la situación que vive nuestro país, con una producción debilitada por falta de demanda y de estímulos necesarios para ello, el control de los mecanismos de crédito parecería esencial. Con este control la batalla de la reactivación sería más fácil. Hoy, miles y miles de empresas pequeñas y medianas se encuentran quebradas o a punto de quebrar, porque carecen de recursos para adquirir equipos, repuestos, materias primas, para ampliar sus instalaciones, para reinvertir, para modernizarse, para mejorar sus procesos de organización y de producción.

Un gobierno, teniendo bajo su control el manejo del crédito interno y, sin incurrir en prácticas corruptas, favoritismos ni presiones, puede contribuir de manera significativa a lograr el surgimiento y la expansión de aquellas actividades indispensables para atender las necesidades del país, alcanzar una homogeneización progresiva de todos los sectores en términos de inversión, tecnología, productividad. Puede, en un marco de claro estímulo a la empresa privada, conceder crédito a cooperativas, pescadores artesanales, pequeños industriales, comerciantes, agricultores, centros de distribución popular, a empresas generadoras de divisas que hoy tanto las necesitamos, cuando el país se siente amenazado por bloqueos externos, desequilibrios financieros, elevada inflación. Puede otorgar recursos, divisas, equipos, repuestos, asistencia técnica a múltiples empresas a cambio de que estas cumplan tales y cuales compromisos económicos relacionados con el bienestar general del país. Un gobierno que controle los resortes fundamentales del crédito, los bancos, puede evitar el florecimiento de actividades puramente especulativas, puede lograr configurar una estructura económica nacional sin las graves distorsiones de la actual, puesto que el cambio de la estructura productiva pasa necesariamente también por un manejo adecuado de la oferta.

Pero el gobierno de Mahuad, carente de planes y de voluntad política para lograr un verdadero cambio, se siente incómodo siendo propietario de lo sustantivo de la banca ecuatoriana y clama por su pronta privatización. Entonces, parece que los afanes neoliberales han calado ciertamente muy hondo. ¿Qué le parece a usted, amable lector?

Ilusiones, realidades y políticas alternativas (02/11/99)

Cuando una grave crisis económica financiera castiga al país, parece prudente recordar algunos acontecimientos tomados casi al azar que se dieron en el pasado reciente y que deben ser conservados en la memoria política de la población, como actos que surgieron no neutralmente, como exigencias realistas para adaptar al país a los avances tecnológicos o a una globalización ineludible, sino que fueron políticas adoptadas conscientemente por gobiernos que pretendieron beneficiar a importantes fracciones del capital.

El primero de tales acontecimientos se refiere a la sensible reducción de los aranceles iniciada por el gobierno del doctor Rodrigo Borja en mayo de 1992, así como la promulgación de la nueva ley de Régimen Monetario. Entonces, fueron numerosos y elogiosos los comentarios que se formularon sobre las bondades de tal cuerpo legal, al que se le atribuían virtudes tales como contener la inflación, desdolarizar la economía, abrir paso a la modernización cambiaria y financiera del país, evitar las emisiones inorgánicas, impedir la concesión de recursos al gobierno, dotar al Banco Central de plena autonomía para que promueva un auténtico proceso de desarrollo del Ecuador.

La puesta en vigencia de esta nueva ley, se complementó entonces con la expedición -treinta horas antes de que termine su mandato el presidente Borja- de los decretos ejecutivos 3614 y 3615 mediante los cuales se liberó al Banco Central de las pérdidas en que incurrió con motivo de la sucretización de la deuda externa ejecutada durante los gobiernos de Hurtado Larrea y de Febres Cordero. Se dispuso, mediante el primero de los mencionados decretos, que los gobiernos ecuatorianos de los próximos cien años debían hacer constar, necesariamen-

te, una partida presupuestaria para cancelar un bono de un billón trescientos treinta y cuatro mil doscientos doce millones de sucres en poder del Banco Central; mientras que, con el segundo decreto, el gobierno absorbió una deuda de 853 millones de dólares que el Banco Central mantenía con los acreedores externos.

Así, con estos dos decretos ejecutivos, se dijo que se contribuía a restablecer plenamente la salud del Banco Central que quedaba por lo mismo plenamente solvente y en proceso de achicamiento gracias a la compra de renunciaciones de buena parte de sus funcionarios. A esto se añadía la conformación de una Junta Monetaria de siete vocales, cuatro designados por el gobierno y tres altas y connotadas figuras empresariales. El gobierno de Durán Ballén-Dahik fue el supuesto beneficiario de estas reformas.

En septiembre de 1992, a las tres semanas de presidir un nuevo gobierno, Durán Ballén dictó sus famosas políticas económicas de orientación aperturista y creyentes en las bondades del mercado. Lo hizo exhortando la tregua política, la concertación y la unidad nacional. Una de tales políticas fue la devaluación que llevó el precio del dólar de 1.476 a 2.000 sucres, con lo cual se benefició exclusivamente al sector privado pues las exportaciones del sector público se siguieron liquidando a 1.700 sucres, con lo cual el fisco dejó de percibir alrededor de 390 mil millones de sucres anuales (300 sucres por 1.300 millones de dólares a que ascendían las exportaciones de petróleo).

Otro acontecimiento muy importante que sin duda está muy relacionado con la crisis que hoy padecemos, fue la aprobación, en mayo de 1993, por parte de la mayoría de diputados de los diferentes partidos políticos que integraban el plenario de las Comisiones Legislativas permanentes, del proyecto de Ley de Mercado de Valores, promovido básicamente por el entonces Superintendente de Compañías y alto dirigente y accionista del Banco Continental.

Cuando tal hecho sucedió, no faltaron voces de optimismo que nos aseguraron que gracias al mencionado proyecto de Ley, la inversión

nacional y sobre todo extranjera se realizaría en proporciones significativas; que la mitad de los recursos del Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social (IESS) se invertirían en la Bolsa de Valores, dando así vida a un instrumento clave para el desarrollo del país; que gracias a la institucionalización de los famosos “swaps” o mecanismos de conversión de la deuda externa en inversiones, las obligaciones financieras del país con el exterior se reducirían significativamente. En suma, que gracias a la Ley del Mercado de Valores el futuro del país iba a ser promisorio, distinto a como lo es en la actualidad.

En noviembre de 1995, las autoridades económicas y sobre todo monetarias de ese entonces, aseguraron al país que la tasa de interés, considerada por ellos como variable clave para favorecer las inversiones y lograr la reactivación de la economía ecuatoriana, iba a sufrir una sensible disminución, gracias a las variadas políticas económicas que entonces se ejecutaban, como la ampliación de la banda cambiaria (devaluación), la restricción monetaria y el control del gasto público. En razón de esa disminución, añadían los declarantes, la inversión iba a crecer y la economía a reactivarse muy rápidamente.

Han transcurrido más de tres años de la ejecución de estas últimas medidas y la situación del país se ha agravado significativamente. La desregulación bancaria terminó por incrementar el número de bancos y por contribuir al florecimiento hegemónico del capital financiero, provocando todos los efectos que hoy padecemos. Los mecanismos que se idearon para lograr una inserción más dinámica y moderna de la economía ecuatoriana al mercado mundial, terminaron por favorecer un aumento de la deuda externa y por hacer más vulnerable al país a los avatares de todo orden que se viven en la economía internacional. La inflación lejos de haberse contraído se ha incrementado considerablemente. El desempleo, la pobreza, la desigualdad, la mengua de nuestra soberanía siguen en aumento. Hoy mismo, el gobierno de Mahuad, en nombre del no pago de la deuda externa, pretende contratar más créditos externos.

Frente a esta serie de hechos, en sucesivos artículos he venido insistiendo en destacar que lo verdaderamente trascendente es trabajar para encontrar una nueva y distinta modalidad de inserción de nuestro país en el mercado mundial y, sobre todo, preocuparnos por lograr un crecimiento económico un tanto más endógeno, esto es, poner más atención al desarrollo del mercado interno, lo cual implica favorecer un proceso de inversión y de crecimiento económico capaz de satisfacer las necesidades esenciales de la mayoría de la población nacional como alimentación, vestuario, educación, salud, vivienda, desarrollo regional y provincial menos desigual, transporte y comunicación interna, participación, recreación. En mi anterior artículo incluso me referí a lo beneficioso que para trabajar en favor de esta orientación, podría ser la situación actual de la banca.

Pero, por supuesto, optar por una modalidad de desarrollo como la anotada, exige ciertos requisitos políticos entre los cuales figura, inevitablemente, la unidad de las fuerzas sociales y políticas interesadas en modificar el rumbo de los acontecimientos y comprometerse a trabajar por construir un Ecuador diferente. No veo otra posibilidad de salir adelante.

El régimen no es un hombre (25/01/2000)

En mi artículo publicado hace quince días bajo el título de *¿Reoxigenación o transformación del “modelo”?*, anticipé algunos de los acontecimientos sociales y políticos que finalmente se dieron. Se produjo el tan ansiado cambio de Jamil Mahuad por Gustavo Noboa y hoy, estoy seguro, muchos ecuatorianos ubicados especialmente en los círculos empresariales del área financiera, comercial, industrial, de la producción de servicios, se sentirán muy contentos y sobre todo optimistas ante la “nueva” situación. Al fin, exclamarán satisfechos, se dio el tan anhelado cambio que permitirá, esta vez si, destrabar el bloqueo político que mantenía congelado al país.

Por cierto que, desde hace algunos meses, el avance combativo de las masas y la acción política en general había puesto al gobierno de

Mahuad en una verdadera impotencia. Era tanto el deterioro del gobierno de la Democracia Popular, integrado en gran medida por elementos adiestrados en la Universidad de Harvard, el BID, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el sistema bancario y financiero nacional, que hasta los propios beneficiarios de su política económica se sumaron poco a poco a la condena general del gobierno. Solo el anuncio de que en el país se adoptaría la dolarización, hizo que Mahuad se fortaleciera políticamente frente a los poderosos grupos de poder, pero no hasta el punto de convertir a estos en sostén de su gobierno. Más bien, la aceptación de la dolarización se convirtió en la ofrenda que los dueños del capital monopolista le entregaron al régimen moribundo del depuesto presidente. Así es como el diablo paga a sus devotos.

Desde antes y luego de la deposición de Mahuad, los dinámicos medios de comunicación, en especial la televisión, no han cesado de exaltar las bondades del cambio y de la existencia de una atmósfera de absoluta tranquilidad gracias a la vigencia del orden constitucional. Nos hablan con frecuencia de la excelencia de los mecanismos automáticos correctores del proceso democrático. Ponderan la sobriedad y madurez del depuesto mandatario, de la responsabilidad del entrante. Condenan la actitud de los golpistas, elogian la lealtad de los militares de alto rango. Un ambiente de euforia y de optimismo se siente flotar en los grupos más adinerados del país y a ello incluso contribuyen los mensajes de gobiernos extranjeros y organismos internacionales de financiamiento.

Mientras tanto, el movimiento indígena, la coordinadora de movimientos sociales, las fuerzas institucionales, religiosas, estudiantiles, femeninas, laborales que se sumaron a la lucha por la deposición de Mahuad, la disolución del Congreso y de la Corte Suprema de Justicia, han pasado una dura prueba. Todos ellos abrigaron la esperanza de que esta vez, gracias a la acción unificada de amplios sectores populares, iba a ser posible una verdadera transformación de la grave situación nacional. Al no lograrlo, a muchos les invade una situación de frustración y de impotencia.

Un balance objetivo de lo ocurrido durante la última semana destaca sin embargo que las grandes movilizaciones populares derribaron a un presidente, anularon un sistema represivo, originaron un proceso de aproximación cada vez mayor del movimiento indígena, el campesinado, los sectores medios y populares urbanos; abrieron el camino para la reiniciación de un proceso político distinto y más combativo; contribuyeron a crear una mayor conciencia nacional sobre lo que corresponde hacer en el Ecuador para reemplazar a la actual estructura de poder y para iniciar la ejecución de una nueva y diferente estrategia de desarrollo.

Como en otras ocasiones, el movimiento social y popular obtuvo un triunfo táctico que no pudo capitalizarse en sentido estratégico por su relativa inmadurez política y organizativa, por la carencia de un proyecto nacional, por la ausencia de suficientes mecanismos de coordinación entre la capital y el resto del país, probablemente, por la infiltración en su conducción de elementos duchos en los trucos de la vieja política a quienes muy pronto veremos en íntima comunión con personeros del “nuevo” gobierno.

Quienes frente a los acontecimientos vividos por el país durante la semana anterior y sus consecuencias quieran sentirse ilusionados, están en su pleno derecho. Quienes crean que el sucesor de Mahuad, Gustavo Noboa, ejecutará una política económica diferente que lo crean y lo esperen. Pero me parece que en un momento como el actual, sería imperdonable no advertir que el régimen no es un hombre; que la economía responde siempre a una política de clase; que el ascenso a la presidencia de la República de un nuevo personaje, no ha servido y no servirá para modificar la orientación económica del anterior presidente. Por lo pronto, se ha ratificado ya que el principal proyecto de Mahuad, la dolarización, será ejecutado por el nuevo gobierno.

La situación del país es de una grave crisis propia de su estructura capitalista subdesarrollada y dependiente y no responde a fenómenos pasajeros o coyunturales vinculados a las aspiraciones políticas de determinados grupos o personas; consiguientemente es ilusorio e inge-

nuo imaginarnos que la caída de Mahuad, pueda dar origen a un recambio del régimen neoliberal oligárquico del Ecuador. En cualquier caso, es pertinente subrayar que la historia en el país ni se ha congelado ni se ha terminado para siempre. Los grandes proyectos siempre experimentan retrocesos. El proceso histórico no es lineal, armonioso, carente de conflictos. Es, más bien, caprichoso, contradictorio, dialéctico. ¿Le parece a usted, amable lector?

Capítulo II
**PROBLEMAS INTERNACIONALES,
PAZ ECUADOR PERÚ**

Las equivocadas políticas impuestas por Washington (14/07/98)

El señor Joseph Stiglitz, Primer Vicepresidente y Principal Economista del Banco Mundial, dio un discurso en enero de 1998 en Helsinki, Finlandia, sobre el título de este artículo. Desafortunadamente tal discurso no tuvo mayor difusión, quizás porque se pronunció muy distante de Washington, quizás porque no representó ni representa la opinión oficial del Banco Mundial o quizás porque no interesó ni interesa que su difusión se la haga muy profusamente.

Pero el discurso es de verdad trascendental, no precisamente por su contenido, pues tanto en el Ecuador como en otras partes del mundo han sido múltiples las oportunidades en las cuales economistas, periodistas, investigadores, académicos han destacado el carácter equivocado de las políticas neoliberales, sino por la representatividad de quién lo pronunció, nada menos que el Primer Vicepresidente de la institución financiera mundial que auspició y difundió tales políticas, el Banco Mundial. Es decir, importó menos, mucho menos que ecuatorianos y latinoamericanos inquietos por evaluar los impactos de la aplicación de las medidas aperturistas, privatizantes y revalorizadoras del mercado expresaran con enorme propiedad, que lo que se hacía y se hace en nuestros países es equivocado. Ahora una voz “autorizada” por los creyentes en la magia del mercado, nos dice quizás lo mismo, cuando han transcurrido algunos años de ciega y fiel obediencia de nuestros gobiernos a los dictámenes del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

Y lo que dijo el señor Stiglitz es también importante en la coyuntura actual de nuestro país, cuando se acaban de elegir a nuevos Presidente y Vicepresidente de la República; o sea, cuando un nuevo gobierno empezará a diseñar y a ejecutar multiplicidad de medidas de política económica para resolver los graves problemas del Ecuador.

El señor Stiglitz, empezó condenando al *Consenso de Washington*, que es la fuente generadora de las políticas neoliberales. Posteriormente, aseguró que las políticas que son el antecedente de este

Consenso, no son necesarias, ni suficientes, tampoco buscan la macroestabilidad o el desarrollo a largo plazo. [Algunas veces ellas son] equivocadas, niegan... aspectos fundamentales [y] a veces son incluso mal enfocadas y ni siquiera enfrentan... cuestiones vitales.

En otra parte de su discurso sostiene que el Consenso de Washington solo intenta lograr aumentos en el PIB, dejando a un lado aspectos vitales como el mejoramiento de la salud y la educación, un desarrollo equitativo y democrático que asegure a todos los grupos de la sociedad el disfrute de ese desarrollo. Puso como ejemplos los casos de Rusia y China, señalando que la primera ha seguido la línea del Consenso de Washington y los ingresos reales y el consumo han caído, mientras que China se apartó del tal Consenso, y los ingresos reales y el consumo se han acrecentado rápidamente.

Señaló también que el costo de la hiperinflación es alto, pero con una inflación menor al 40 % por año

no hay evidencia de que ella tenga altos costos; [por tanto,] el enfoque en la inflación... ha motivado políticas macroeconómicas que no necesariamente conducen a un crecimiento económico a largo plazo.

Anotó que los déficit fiscales no siempre son malos, que la estabilidad macroeconómica es una meta equivocada, que se sobre estiman los beneficios de la privatización y se desestiman los costos. Que los monopolios privados pueden ofrecer grandes utilidades e ineficiencias. Que los gobiernos deben intervenir para crear competencia. Que el

dogma de la liberalización no significa un mejor sistema financiero y que ha llegado a su fin.

Hay pues lugar para empezar un proceso de importantes reflexiones sobre lo que se ha hecho y debe hacerse en el Ecuador, en materia de políticas económicas; pero quizás, lo más trascendente del discurso del señor Stiglitz, es su llamado a la humildad profesional y su autoreconocimiento de que nadie tiene todas las respuestas a los graves desafíos a los que hoy se enfrenta el mundo y, por supuesto, nuestro país. Ojalá que este mensaje contribuya a disminuir la soberbia de tantos prepotentes empresarios, periodistas, políticos fundamentalistas y hombres de gobierno que persisten en su terco empeño de darles continuidad y hasta de profundizar en nuestro país las políticas neoliberales. ¿Le parece a usted, amable lector?

El escándalo Lewinsky y los problemas mundiales y nacionales (25/08/98)

Resulta asombroso constatar cómo ciertos acontecimientos que teniendo como protagonistas a otros personajes y ejecutados en diferentes escenarios no tendrían ninguna trascendencia ni repercusión, en el caso de “la relación no apropiada” entre el presidente de los Estados Unidos Bill Clinton con la ex becaria de la Casa Blanca Mónica Lewinsky, tienen en cambio una importancia e impactos de consideración.

La prensa internacional y nacional ha dado a este asunto una importancia tan grande que mientras era procesado, el mundo y nuestro país se han olvidado de tantos y tantos otros problemas verdaderamente graves. En los propios Estados Unidos, mientras se conocía y difundía el asunto Lewinsky, la prensa se olvidó como por arte de magia de los hechos de violencia juvenil y hasta infantil ocurridos unos días antes, cuando murieron asesinados por sus propios compañeros de aula, algunos niños y una profesora en ciertas escuelas de ese país, así como el crimen atroz perpetrado contra una niña, para robarle una bicicleta. En breves declaraciones realizadas, estos niños reconocían y se la-

mentaban de no haber tenido, en sus cortas vidas, una mayor atención de sus padres, destacaban no saber por qué cometieron los crímenes, no conocer en qué consiste un juicio, sentirse solos y angustiados.

Si a este hecho se suman la violencia racial, el asombroso consumo de drogas, la difusión de refinadas formas de criminalidad a través del cine y los programas televisivos, la imposición armamentista, los aún frescos actos de genocidio norteamericano en muchas partes del mundo, creo que la verdaderamente enjuiciada debería ser, no cuatro o seis infantes inocentes que han sido moldeados por la violencia cotidiana imperante en ese país, sino toda la sociedad norteamericana, sus dirigentes, los creadores de sus valores y virtudes morales y espirituales.

Mientras al mundo se saturaba morbosamente de un asunto personal, algo absolutamente privado entre un hombre y una mujer adultos, probablemente a ese mismo mundo se le negaba información respecto a las causas de los actos de violencia ocurridos en África, o sobre la magnitud y alcances de la crisis de los países del sudeste asiático, o sobre el continuo aumento de la pobreza, la destrucción ambiental, la proliferación armamentista, la imposición ideológica, la continua exacción de excedentes de los países más pobres del planeta mediante mecanismos como el pago de la deuda externa, las excesivas utilidades de las inversiones norteamericanas en nuestros territorios, la relación adversa de los precios de intercambio comercial, la difusión de sus patrones de consumo en todas partes del mundo; la amenaza de guerra a Irak, la violencia psicológica y el terrorismo político ejecutados a nivel mundial.

Hoy mismo el mundo en general se debate en un peligro muy grave, la inminente explosión de inmensas burbujas financieras acumuladas en varios países y regiones. Tales burbujas se conformaron gracias al auge del capital especulativo que tiene antecedentes tan lejanos como la guerra contra Vietnam, los continuos y crecientes déficit fiscal y comercial norteamericano, la desvalorización del dólar, el alza del precio del petróleo, la emisión inorgánica de la moneda oficial del comercio mundial para financiar el expansionismo estadounidense; la

desreglamentación del sector financiero aconsejada por los organismos controlados por los Estados Unidos como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. La explosión de estas burbujas puede causar impactos dañinos de consideración en los países más pobres del mundo, conforme lo destaca la experiencia de la crisis mexicana y asiática.

Todos estos hechos creo que deben dar lugar a reflexionar y a contener el júbilo expresado por tantas figuras empresariales, políticas, intelectuales ecuatorianas que buscan imitar a Estados Unidos y sumarse a él en la Asociación de Libre Comercio Americana, ALCA; y debe serlo particularmente hoy, cuando hace menos de un mes se inició en nuestro país un gobierno cuya mayoría de personeros han estudiado en los Estados Unidos, empezando con nuestro presidente, un egresado de Harvard, afectos todos o la mayor parte de ellos al eficientismo modernizador, al pragmatismo competitivo, a la adopción no solo de teorías y recetas de allá, sino a la asociación política y cultural del Ecuador con ese país.

Por cierto que al anotar lo anterior no es para calificar como un delito el estudiar en los Estados Unidos. Más bien, creo que estudiar en ese país debería ser considerado como una privilegiada oportunidad para conocerlo mejor y no para subordinarnos a él, para gracias a ese conocimiento ayudar a definir y construir relaciones mutuamente provechosas entre el Ecuador y los Estados Unidos, en el marco de un profundo respeto a la soberanía y a la cultura de los dos pueblos. ¿Será esto posible? ¿Qué le parece a usted, amable lector?

La magia del mercado: del Sputnik a la comida de gatos (15/09/98)

Diariamente la prensa nos informa sobre los diferentes cambios que ocurren a nivel mundial y, entre ellos, quizás los que más llaman la atención por su dramatismo, son los que se dan en Rusia.

Como se sabe este país, hasta comienzos de la década actual, formó parte de la ex Unión Soviética, que inició su conformación en mo-

mentos culminantes de la primera guerra mundial, gracias a la insurrección de Petrogrado en la noche del 6 de noviembre de 1917, cuando los trabajadores soviéticos derrumbaron al viejo imperio ruso, hicieron frente a la contrarrevolución interna y exterior e iniciaron la construcción de una sociedad no capitalista mediante la conformación de un diferente tipo de Estado y la adopción de una nueva política económica.

A partir de esta revolución, empezó a ser posible que los ciudadanos rusos tengan derecho a un trabajo remunerado; a que puedan disfrutar de una alimentación de alta calidad; a que gocen del descanso y la atención a su salud; a que tengan acceso a una enseñanza obligatoria de al menos ocho grados; a que disfruten de servicios culturales y recreativos, a la jubilación, a la seguridad personal. Se trataba de derechos no solamente consagrados en la Constitución sino vigentes en la práctica, como lo fueron también la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, la libertad de cultos, la asistencia económica durante la vejez, así como en los casos de enfermedad y de pérdida de la capacidad de trabajo. Con estas bases, Rusia pudo resistir y vencer al fascismo alemán, derrotándolo en los accesos a Moscú y consiguiendo, junto con la acción de las potencias aliadas, la rendición incondicional del Japón.

Gracias pues a las fuerzas conscientes del ser humano y no a supuestas “manos invisibles”, Rusia empezaba a consolidar un proceso histórico donde su producción se destinaba a satisfacer las necesidades fundamentales de su población, sin inflación, sin crisis, sin desocupación, sin explotación a otro pueblo de ningún otro país. Su desarrollo científico tecnológico cultural era impresionante sobre todo porque partió de una situación de profundo atraso y bajo la constante hostilidad y agresión de los países capitalistas. No cabe olvidar que la Unión Soviética fue el primer país que logró lanzar un satélite artificial, el sputnik, y enviar al primer cosmonauta al espacio.

Por supuesto que no todo fue color de rosa. También en Rusia, en plena fase de construcción de una sociedad socialista, surgieron di-

ficultades, errores, abusos, burocratismos, ineficiencias, autoritarismos políticos, proteccionismos y privilegios inaceptables que no hay por qué negar. Pero a pesar de todo ello, sin duda que la ex Unión Soviética representaba una realidad infinitamente más justa que la actual pues desde que se desintegró la comunidad de países socialistas y Rusia empezó a transitar hacia una economía de mercado o capitalista, las cosas empezaron a cambiar, afectándose las condiciones de vida de la mayoría de sus habitantes.

Para hacer posible el “libre” desenvolvimiento del mercado, en Rusia se privatizaron empresas estatales, se redujeron aranceles a la importación, se suprimieron derechos de los trabajadores, se alentó el libre desplazamiento de capitales. Los resultados de tales políticas se están sintiendo con más fuerza ahora, cuando en dicho país existe una hiperinflación mensual, cuando el desempleo ha aumentado, la producción de alimentos ha decrecido, el rublo se ha depreciado. Estos hechos no son sino expresión de una grave crisis que empezó a incubarse en Rusia gracias a la reconstitución del capitalismo, bajo la cuidadosa gestión de verdaderas mafias que se apoderaron del gobierno y de los medios generadores de la riqueza nacional.

La crisis que se vive en Rusia ha llevado a que sus habitantes tengan que comer perros y gatos para poder sobrevivir, pues actualmente hay carencias de todo, los precios de los combustibles y de los alimentos aumentan diariamente, los artículos importados, que contribuyen con alrededor del 50 % del abastecimiento nacional desaparecen, los bancos especulan con los dineros de los ahorristas, las pensiones de los jubilados se bloquean. Para tratar de superar estas y múltiples otras carencias, se está pensando en establecer en Rusia la convertibilidad, un proyecto que terminaría por afirmar las características aperturistas, privatizantes y revalorizadoras del mercado de la política económica que ha conducido al país a la trágica situación actual. Es decir, se buscaría hacer más de lo mismo, con el agravante de que toda la soberanía monetaria de Rusia quedaría subordinada a lo que haga el gobierno norteamericano. De paso Clinton, en su último viaje a Rusia, alentó al gobierno de este país, a que persista con coraje en la aplicación de una

política liberal, que es la que a la larga, según él, dará los mejores resultados.

Pero la bonanza que se atribuyó y se atribuye a la economía de mercado no aparece. La virtuosa modernización y la abundancia, acompañada de la transformación democrática que se presagió para Rusia no se hace presente. La vigencia del capitalismo y sus leyes lo que han traído hasta ahora es miseria, desocupación, angustia, desabastecimiento, inflación, devaluación, especulación. Ni siquiera la aplicación sucesiva al proceso productivo de nuevas tecnologías y formas de organización de las empresas, como el just in time, la calidad total o el uso de la microelectrónica, han sido capaces de brindar una vida mejor para todos. Proliferan la concentración y centralización del capital, las crisis políticas, las mafias gubernamentales, la delincuencia social.

Por cierto, este escenario será imposible mantenerlo ni en Rusia ni en ningún otro país del mundo. De ahí que, se puede aseverar, el propio proceso histórico del capitalismo contiene los gérmenes de su contradicción y superación, pues será imposible preservarlo y extenderlo ad infinitum. Más tarde más temprano los pueblos, y no un grupo de sediciosos, se convertirán en protagonistas de su propia historia y empezarán, sino lo han hecho ya, a edificar una sociedad distinta. ¿Le parece a usted, amable lector?

Paz entre Ecuador y Perú y unidad e integración Latinoamericana (20/X/98)

Los últimos acontecimientos ocurridos en el Ecuador y Perú con la intervención de los países garantes del Protocolo de Río de Janeiro, la decisión de los Congresos de los dos países de apoyar una instancia al parecer definitiva para cerrar el tramo de la frontera aún no delimitada, constituye sin duda alguna un paso fundamental en la dirección de iniciar un proceso de verdadera amistad y paz entre los dos países. Se acabó un motivo, por importante que verdaderamente sea o nos parezca, para distanciar a dos pueblos que tienen un mismo idioma, un pasado en múltiples casos común, similares problemas y motivos para

que marchen juntos hacia la conquista de un futuro promisorio sobre la base de identificar las causas de sus más importantes dificultades.

No se conoce cuál será la fórmula de arreglo propuesta por los presidentes de los países garantes. No se sabe si Tiwintza y otras poblaciones del Cenepa quedarán en poder del Perú o del Ecuador. Cualquiera sea la determinación, lo importante ahora es que se cierra un capítulo trágico que ha mantenido separados a dos pueblos llamados a ser hermanos y que, la restitución de su unidad y la de todos los países latinoamericanos, es más importante que la preservación de ciertos símbolos que si bien son elementos que sin duda contribuyen a la conformación del sentido de nación, hay en el momento actual otros motivos muchísimo más trascendentes que reclaman la atención del país y de todos los países de esta parte del mundo.

Se ha dado un paso fundamental y, ciertamente, poco importa quienes lo hicieron. No será la primera vez ni tampoco la última que un suceso de trascendencia histórica sea realizado por algunas fuerzas sociales y políticas frecuentemente hostiles al desarrollo y al progreso históricos, menos como en el caso actual, cuando siempre estuvo presente una sostenida presión popular para que se resuelva un viejo problema.

Por eso también que, a la hora de haberse dado tan importante paso, nada raro debe parecernos encontrar, entre quienes más aversión mostraron a la superación del viejo diferendo ecuatoriano peruano, a ciertas figuras y grupos que más se han aferrado a vivir del pasado, sin la menor intención de proyectarse hacia el porvenir. Nada raro que quienes frecuentemente más intolerantes e irrespetuosos han sido con la ley en otras instancias de la vida nacional, así como quienes más han acumulado riqueza y poder a base de fomentar la dependencia frente al exterior, manteniendo un pueblo pobre y enfermo, hoy quieran parecer como patriotas respetuosos de la estructura jurídica del país y defensores de nuestra dignidad y soberanía, exaltando en muchos casos el heroísmo de quienes cayeron en los conflictos armados entre los dos países.

El mundo vive hoy una crisis de graves proporciones a la cual no se le avizora un final. Las economías latinoamericanas no se reactivan, el desempleo no se termina, la deuda externa no se contrae. Diariamente, millones de dólares salen de América Latina hacia los países capitalistas desarrollados como servicio de la deuda externa, utilidades y pagos de tecnologías de las inversiones extranjeras radicadas en nuestros territorios; juego adverso de la relación de precios de intercambio, constantes devaluaciones monetarias. Y mientras todo este proceso de frecuente y criminal descapitalización se produce, es absurdo que pequeñas y empobrecidas patrias como la ecuatoriana y la peruana quieran preservar fuerzas armadas equipadas con las más modernas armas, con territorios desolados, con aranceles reducidos, con mercados debilitados, con inversiones insignificantes y deformadas, con desempleo y pobreza en aumento.

Precisamente en la perspectiva de superar problemas como los señalados y para que todos los países de la Región puedan empezar a superar el estancamiento y la impotencia, necesitan integrarse, mucho más ahora que el mundo capitalista desarrollado busca emerger de la crisis mediante nuevas exacciones a los países atrasados como los latinoamericanos. La integración hará posible la creación de un mercado andino y latinoamericano activo e interrelacionado capaz de estimular un fuerte proceso de inversión, indispensable para aprovechar de mejor manera nuestros recursos, abrir oportunidades de producción, ocupación y generación de ingresos que hoy tanto reclaman los pueblos de todos los países del mundo.

Los afanes de integración latinoamericana tienen hoy un nuevo contexto histórico. El capitalismo se ha universalizado, la producción, la tecnología, los capitales, los recetarios políticos se han internacionalizado, apoyados en los avances de los medios de comunicación. Por eso, América Latina debe hacer frente a esta situación que no siempre la beneficia, alentando un nuevo estilo de integración, que prevea la planificación de sus inversiones, la defensa común de sus recursos naturales, la ejecución de una política comercial y financiera semejante, la adopción de una suerte de moneda común y, más adelante, la probable

conformación de una federación política de los pueblos de habla hispano portuguesa, que hoy se encuentran balcanizados y explotados por los centros avanzados del capitalismo mundial.

Porque la superación del diferendo peruano ecuatoriano significa una importante contribución a los propósitos arriba señalados, es que saludamos el entendimiento al que arribaron gobiernos y Congresos del Ecuador y del Perú. Al hacerlo, nos complace interpretar el sentimiento y los anhelos especialmente de la población más joven de los dos países, que siempre fue la que más estimuló y estuvo en favor del acercamiento y la superación definitiva del desacuerdo.

Paz y dignidad nacional (03/11/98)

La suscripción del Acuerdo de Paz con el Perú el lunes 26 de octubre último, provocó infinidad de reacciones; sin embargo, parece que una característica en gran medida general fue una suerte de contagio depresivo que azotó a la mayor parte de la población, cuando se conoció el contenido y alcance de los términos en que los presidentes de los países garantes del Protocolo de Río de Janeiro acordaron entregar al Ecuador Tiwintza.

Muchos dirigentes políticos y sociales, militares retirados, periodistas, opinan que el laudo dictado por los presidentes de los países garantes, no hace otra cosa que ratificar lo que el Perú nos impuso por la fuerza hace poco más de 56 años. Ellos seguramente esperaban que esta vez se iba a producir una suerte de reparación de la enorme injusticia que significó para nuestro país la imposición peruana de 1942.

Resulta difícil determinar con exactitud si quienes hoy se muestran contrarios a los términos del acuerdo de paz con el Perú, estaban o no al tanto del entorno general en el cual se desenvolvían las negociaciones; si ocultaban o disimulaban la inviabilidad de recuperar la totalidad de nuestro territorio perdido históricamente; si estaban o no conscientes sobre que las decisiones jurídicas, tanto en el orden internacional como en el interno, siempre han terminado por favorecer los

intereses de los más fuertes y más, mucho más en este caso, cuando el Ecuador había reconocido el Protocolo de Río de Janeiro.

Hoy muchos de tales dirigentes sostienen que todo fue un engaño y que es inconveniente recibir un kilómetro cuadrado de territorio en el sitio denominado Tiwintza en las condiciones previstas en el acuerdo de paz, y se pronuncian más bien por la necesidad de renunciar a tal arreglo, en aras de preservar nuestra dignidad. Tengo la impresión de que, en buena parte de los casos, esta actitud lo que busca más bien es expiar culpabilidades de quienes no supieron hablarle con franqueza al país. Tiwintza, tal como se ha previsto en el acuerdo, bien podría ser una especie de termómetro capaz de medir el grado de tolerancia, de respeto y de comprensión del Perú hacia el Ecuador.

Pero bien, si proceder como ellos lo sugieren, esto es, no recibir Tiwintza en los términos previstos en el acuerdo de paz, a fin de preservar nuestra dignidad según como ellos la entienden, o para aligerar las conciencias de quienes abrigaron ilusas creencias, que se proceda en consecuencia, no creo que existan grandes obstáculos para ello; así se contribuiría a eliminar un motivo de potencial tensión capaz de nuevamente reactivar hacia el futuro antagonismos que no deseamos y, adicionalmente, así se tranquilizaría a una considerable parte de la población de Iquitos en el Perú y a un buen número de soberbios e intolerantes dirigentes políticos peruanos que, según lo informan despachos de la prensa internacional, están también en desacuerdo con aceptar una fórmula de arreglo de esta naturaleza.

Pero ya que se habla de dignidad, creo que también es pertinente reconocer que en el Ecuador habemos muchísimos ciudadanos que sin tener motivos para el festejo exaltado, creemos que la mejor forma de superar el dolor que ha provocado la firma del acuerdo de paz, solo será posible de lograrlo trabajando por un Ecuador menos injusto, más solidario, más humano. Y esto implica empezar evaluando los trágicos impactos provocados por la ejecución en el país de una estrategia aperturista, neoliberal que viene ejecutándose durante los últimos 18/20 años (un tiempo mayor del que dispuso el proyecto de desarrollo “ha-

cia adentro” o de industrialización sustitutiva de importaciones) y que ha provocado en la mayoría de la población nacional, dolorosos resultados en términos económicos, de generación de empleos, de distribución de ingresos, de ahondamiento de la miseria, de respeto por la diversidad.

Si queremos contribuir a recuperar y sostener la dignidad de los ecuatorianos, pues empecemos reconociendo que esta también es afectada cuando muchos dirigentes políticos y sociales adoptan medidas de política económica o promueven leyes que fomentan la desigualdad y la injusticia nacional; cuando muchos ciudadanos elegidos presidentes de la República ejecutan políticas contrarias a sus ofertas de campaña electoral, burlándose y despreciando los sentimientos y anhelos populares; cuando muchos gobiernos, de manera autoritaria y burocrática, asumen decisiones que nos afectan a todos, impidiendo la expresión política de los grupos más pobres; cuando muchos dirigentes políticos quieren imponer sus opiniones a base de la manipulación y la violencia psicológica y física; cuando unos pocos funcionarios gubernamentales de alto rango, ligados muchas veces con especuladores financieros, se han enriquecido de la noche a la mañana a base de la corrupción; cuando no se ha dudado en servir preferentemente a los acreedores externos, postergando la atención de las necesidades esenciales de la mayoría de los ecuatorianos que viven en la pobreza, el trabajo informal, el desempleo, la indigencia, la discriminación.

Los citados, son claros ejemplos de cómo también se lesiona la dignidad nacional y es deber de todos estar preparados para combatirlos y vencerlos. Si no lo hacemos ahora, parece que una guerra futura será inevitable pues será imposible preservar y reproducir un país con desigualdades tan injustas y abismales como las presentes. ¿Le parece a usted, amable lector?

Los bombardeos de Irak: expectativas y lamentaciones (29/12/98)

Cuando salga este artículo, se habrán cumplido ya dos semanas del día en que el gobierno de los Estados Unidos, presidido por Bill

Clinton, ordenó el bombardeo de Bagdad. Tiempo suficiente, entonces para, con cabeza fría, ensayar un ligero balance de los resultados que dejó tal operación bélica denominada “Zorro del Desierto”.

Para empezar, la guerra sirvió para demostrar lo que algunos llaman la firmeza del presidente norteamericano quien, al explicar al mundo la razón de su determinación, dijo *le di* [a Hussein] *una oportunidad* [hace un mes] *no un permiso, una licencia*. Es decir, un hombre de carne y hueso, el presidente de un país poderoso, se abrogó la facultad de decidir cuando poner término a miles y miles de vidas humanas. La justificación para ello, la supuesta fabricación de armas químicas y biológicas por parte del gobierno de Irak, anterior aliado de los Estados Unidos.

Se conoce que más de 100 objetivos, entre cuarteles, baterías antiaéreas, sistemas de transporte, escuelas, mercados, oficinas, barrios residenciales, hospitales, industrias, aeropuertos quedaron destruidos. Y partir de ello, mucha gente elogia no solo la firmeza sino la magnanimidad de Clinton. Esto último, en razón de que el Presidente de los Estados Unidos, para evitar *herir los sentimientos más íntimos del pueblo iraquí*, ordenó que el sábado 19 de diciembre, cuando empezó el Ramadán o mes sagrado dedicado a lo que los árabes llaman, la purificación o sagrado ayuno islámico, se suspendan los ataques criminales.

Para ordenar el bombardeo contra Irak, Clinton recibió, dos días antes que lo hicieran las máximas autoridades de las Naciones Unidas, el informe del australiano Richard Butler, jefe de la comisión especial de la ONU encargada de investigar la existencia de plantas productoras de armas químicas y biológicas por parte de Irak que nunca encontraron, pero que una vez iniciados los bombardeos, noticias de prensa se apresuraron a señalar que los aviones y cohetes las habían aniquilado.

Según los últimos informes de la prensa mundial, en la ejecución de los bombardeos por parte de Estados Unidos y Gran Bretaña, tan solidarios en la agresión a otros países, como lo demostró la invasión inglesa a Las Malvinas en 1982, se emplearon más de 700 misiles. Cada

misil se calcula que tiene un costo de un millón doscientos mil dólares, lo cual significa que solo en este tipo de proyectiles, se gastó ochocientos cuarenta millones de dólares (56 % más que lo utilizado por el gobierno ecuatoriano en la rehabilitación de Filanbanco).

Se trata de una suma muy importante cuya “inversión” muchos justificarán bajo el argumento de que, de no haber sido por esta operación, cuántos desempleos no se habrían creado en la economía inglesa y norteamericana, pues las fábricas de armamentos ya se encontraban congestionadas y era indispensable proceder a evacuar muchas de sus bodegas para permitir que las empresas productoras de armamentos trabajen a un mejor ritmo y utilizando un porcentaje más grande de su capacidad de producción. Ahora, en cambio, gracias a la operación “Zorro del Desierto”, es posible reactivar, aunque no en muy alta medida, a las alicaídas economías británica y estadounidense.

En los bombardeos se utilizaron armas consideradas de verdad “maravillosas”. La prensa mundial se refiere a ellas con lujo de detalle. El bombardero B-52, un verdadero portento. Una velocidad de 1.000 kilómetros por hora, puede transportar y arrojar hasta 27 toneladas de bombas clásicas y misiles de crucero. El misil crucero BGM-109, una belleza, tiene una longitud de 6,25 metros, un alcance de 460 a 2.500 km., una precisión de 80 metros. El avión inglés tornado, que tiene cañones mauser de 27 milímetros y eventualmente misiles antiaéreos de guía infrarroja que puede transportar bombas inteligentes de hasta 9.000 kilos. Qué prodigio. Y, lo que es más impresionante, el misil B-1, fabricado durante la década anterior y que, “lastimosamente”, aún no había podido ser experimentado. Hoy, gracias a la determinación de Clinton, Estados Unidos satisface uno de sus más acariciados anhelos: poner a prueba un portentoso misil y sus extraordinarios efectos, muchos de los cuales realimentarán una serie de innovaciones con fines civiles.

Gracias a los bombardeos a Irak, el precio del petróleo subió en 89 centavos por barril. Y esto incluso va en beneficio de países como el Ecuador. Si el precio del barril de petróleo se mantiene durante todo

1999 en 7.89 dólares, el déficit presupuestario del gobierno nacional, calculado en aproximadamente el 5 % del PIB, solo será de 4.77 % del PIB y ello, dirán algunos apologistas de la guerra, tendrá sus saludables efectos sobre la estabilidad y la modernización del Estado ecuatoriano.

Claro, dirán algunos, es lamentable que los efectos “positivos” de los bombardeos de Irak hayan resultado tan efímeros en materia de una más significativa elevación de los precios del petróleo y de apoyo a una reactivación más duradera de la economía mundial. Esto debe hacernos comprender que hoy, hasta las guerras parecen estar en crisis. Nada que ver con la segunda guerra mundial, que provocó tan “estimulantes” efectos que hasta dieron lugar al surgimiento de la “época de oro del capitalismo” mundial, el período comprendido entre 1940 y 1975. Esa sí que fue una excelente guerra.

Quizás también muchos estén hoy lamentándose que con la operación Zorro del Desierto apenas hayan muerto unos sesenta y cinco militares y muchos miles de civiles árabes, una población a la que hasta se atreverían a considerarla inferior, sin reparar en los trascendentales aportes que a la civilización mundial ha hecho la cultura árabe, como la invención de los números decimales, el álgebra, las contribuciones al desarrollo de la geometría y de la química, de la literatura, del arte mediterráneo. En cualquier caso, dirán, el número de muertos es muy pequeño, si se comparan con la cantidad de muertos en la segunda guerra mundial o incluso en las guerras focalizadas de Corea y de Vietnam.

También habrán gentes que en el mundo estén lamentándose que la determinación de Clinton, no lo haya salvado de su enjuiciamiento político en su propio país. Pero quienes así opinan y todos quienes aplaudieron el bombardeo de Irak, creo que ahora tienen un nuevo motivo de lamentación. Después de dicha operación, millones de personas en el mundo sin duda que habrán logrado entender lo inhumano e irracional que es el capitalismo y lo brutal, salvaje y autoritario que es el imperialismo. Hoy la causa de la paz habrá conquistado muchísimos más adeptos. Hoy millones y millones más de habitantes de

este mundo habrán sido ganados a la causa de la cooperación internacional en la solución de los problemas de carácter económico, social, cultural, humanitario, preservando a las generaciones venideras del flagelo de la guerra. ¿Le parece a usted, amigo lector?

Crisis mundial y avances en la lucha contra los atropellos, el crimen y la impunidad (17/01/99)

Siempre se ha reconocido que el marco externo ha sido un factor importante en el condicionamiento de las situaciones nacionales; sin embargo, en las actuales circunstancias mundiales, es un hecho esencial, dado que vivimos un mundo mucho más entrelazado y complejo al cual resulta fundamental por lo mismo referirse a fin de situar debidamente muchos problemas y sus perspectivas de solución.

Pues bien, al echar un vistazo a lo que pasa en el mundo, no para describir ni informar, tampoco para hacer un recuento minucioso de lo ocurrido y de la situación en la que hoy estamos, se llega a la conclusión de que 1998 fue un año de agudización de la crisis capitalista, en razón de que las economías europeas y japonesa disminuyeron sensiblemente su ritmo de crecimiento, los países del sudeste asiático se mantuvieron en una fase depresiva; la economía norteamericana parece que entró en una nueva recesión cíclica y otras economías del mundo capitalista desarrollado se mantienen en situaciones difíciles que les impide salir a flote y empezar a transitar una clara fase de recuperación.

A lo anterior se suma la difícil situación de Rusia, que no logra salir del foso en el que se encuentra, con graves repercusiones sociales y políticas que hacen problemático presagiar su futuro incluso en el corto plazo.

En América Latina si bien la crisis reviste formas de manifestación peculiares, también se ha agravado seriamente. Incluso economías tan dinámicas como las de Argentina, Colombia, Chile, Brasil, México, han visto reducidas sus tasas de crecimiento, aumentado el desempleo a la vez que complicado y exacerbado sus desequilibrios co-

merciales y financieros. El Brasil, particularmente, tiene una moneda que luce débil e inestable, con graves riesgos de devaluación. Un elemento común en todos los países latinoamericanos es la presencia de graves dificultades financieras que no han logrado superarse ni con la reducción de la tasa de interés que realizó Estados Unidos, con el objetivo de favorecer a sus “aliados” europeos y japoneses y alejarlos de toda tentación devaluatoria de sus monedas nacionales.

Los países capitalistas desarrollados descargan el mayor peso de la crisis en los países subdesarrollados mediante la intensificada extracción de excedentes económicos a través de mecanismos como las caídas de los precios de las materias primas; las exigencias para que se les pague cumplidamente el servicio de la deuda externa; para que se reconozcan atractivas utilidades a las inversiones extranjeras radicadas en los países atrasados; para que reduzcan los aranceles a las importaciones procedentes de los países desarrollados; para que se flexibilicen las formas de contratación de la mano de obra, se recorten los gastos sociales del Estado y gracias a ello se eleve la tasa de rentabilidad de sus inversiones; para que los gobiernos de los países pobres adopten mecanismos de salvataje de los bancos en quiebra; para que se alienten fusiones de empresas, etc., etc.

La situación del mercado petrolero, que tan importante es para países como Ecuador, México y Venezuela, es realmente difícil y no hay ninguna certidumbre de que mejore, al menos en buena parte de este año. El bombardeo a Irak, ordenado por el gobierno norteamericano y la complicidad de Inglaterra (que de paso así paga el favor que Estados Unidos le otorgó cuando la invasión inglesa a las Malvinas en 1982), solo consiguió un aumento muy pequeño en el precio del hidrocarburo que muy pronto se desvaneció. Actualmente se calcula un excedente diario de entre 3 y 4 millones de barriles y a ello contribuye la recesión y las políticas aplicadas por los grandes países consumidores que han coartado la tendencia alcista de los precios. Esta situación desmiente totalmente la aseveración que antes solía hacerse sobre que el alza del precio del petróleo, era la causa de la crisis, la inflación y todos los males del mundo capitalista.

En suma, el balance de la economía internacional es ciertamente sombrío, la crisis actual del capitalismo rebasa con amplitud el marco de la clásicas crisis cíclicas, incluida la gran depresión de 1929, lo cual en buenas cuentas significa que los mecanismos de regulación tradicionalmente utilizados para enfrentar las contradicciones objetivas del capitalismo se han vuelto ineficaces, han entrado también irremisiblemente en crisis.

Frente a todos estos hechos, la situación social y política parece desfasada. La correlación de fuerzas en favor de los pueblos es sin duda desfavorable, entre otras cosas, porque ahora ya no existe la comunidad de países socialistas que anteriormente ejercía una actitud de contrapeso al mundo capitalista pero, a la vez, creo que más y más gente empieza a comprender con claridad que el capitalismo, tal como ahora funciona, expresa nuevas y mucho más complejas contradicciones que lo presentan no como un sistema vigoroso y en ascenso sino más bien como una organización económica y social en descomposición aunque no en retirada.

Precisamente por todo esto es que actualmente se observa una mayor presencia política mundial de los movimientos sociales y políticos en favor de la paz, la defensa de los derechos humanos, la protección de la naturaleza, la preocupación por la pobreza y, últimamente, contra la impunidad a los autores de torturas, crímenes y deportaciones cometidas en cualquier país del mundo. Lo que sucede con Pinochet, aún si este no es deportado a España para su juzgamiento por el juez Baltasar Garzón, es ciertamente significativo, porque pone en evidencia la necesidad de que en todas partes del mundo los crímenes contra la humanidad no prescriban y, simultáneamente, porque hay un amplio reclamo para que cualquier instancia judicial nacional de un país pueda juzgar y castigar a quienes violen la vida de sus ciudadanos. Son planteamientos que deben acogerse y normarse en beneficio de una comunidad mundial que aspira a ser cada vez más digna. Se trata, entonces de pasos pequeños pero firmes para avanzar en la construcción de un nuevo orden mundial. ¿Lo cree usted así, amable lector?

Fin del Siglo XX y perspectivas (02/02/99)

Cuando se repara en lo que ha sido el siglo XX, muy próximo a finalizar, es fácil llegar a la conclusión de que, durante las primeras décadas de este, el mundo capitalista vivió continuos desastres que empezaron a ser superados gracias a la alianza temporal que convinieron los Estados Unidos y la ex Unión Soviética, para juntos derrotar a la Alemania de Hitler, en la segunda guerra mundial, lo que de paso hizo posible preservar la democracia liberal que hoy se vive en todos los países del mundo.

Posterior a la derrota alemana, el capitalismo empezó a vivir una época de oro caracterizada no solamente por altos ritmos de crecimiento económico sino por la presencia de una serie de cambios de una enorme profundidad en todos los órdenes. A tales cambios corresponde también añadir la consolidación primero y el posterior hundimiento del socialismo en los países de la Europa central y del este con todas sus consecuencias sin duda negativas para todos los países del mundo.

Desde fines de la década de los setenta, sin embargo, nuevamente la economía capitalista empezó a vivir problemas muy graves que al comienzo se los consideró plenamente superables gracias al variado instrumental de mecanismos de regulación mundiales y nacionales creados para ello (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, GATT, NATO, Junta Interamericana de Defensa, Nuevo Orden Económico Internacional, planificación, OMC); pero conforme empezamos a vivir la década de los ochenta y esta nueva década que está por finalizar, se ha demostrado también que las dificultades tenían y tienen un carácter más complejo y duradero que en todos lados se pretendió superar mediante un recetario aperturista y creyente en las bondades del libre mercado.

Los resultados logrados gracias a la aplicación de una estrategia de estas características son por lo menos desiguales y variados. Incluso en aquellos casos en los cuales a la estrategia se la considera exitosa, como son entre otros, Argentina, Chile y los tigres asiáticos, hoy se vi-

ven situaciones difíciles y ellos no sirven para hacernos olvidar que, a nivel mundial, el capitalismo vive abrumado por problemas que las políticas aplicadas en plena época de oro lograron conjurar. Me refiero a la extrema desigualdad, el desempleo, las crisis cíclicas que han resurgido con una violencia inusitada y afectado a países a los que siempre se los consideró inmunes a ellas. Es más, hoy se acepta que la crisis mundial es no solamente económica sino tecnológica, ambiental, social, educativa, política, moral, que provoca una inmensa estela de desaliento e incertidumbre. Aunque parezca mecanicista, es como si el mundo nuevamente estuviera acosado por problemas como los que vivió antes de comenzar la primera guerra mundial, con la novedad de que los mecanismos correctivos empleados anteriormente lucen hoy definitivamente inservibles.

Es que entre 1914 y los años noventa, mucha agua ha transitado bajo el puente. Hoy hay en el mundo seis mil millones de seres humanos, alrededor de tres veces más que los que habían en 1914. Hoy el mundo es incomparablemente más rico que lo que ha sido nunca, sin embargo, el inimaginable progreso material conseguido gracias a los avances de la ciencia y de la técnica, no solo que no han permitido satisfacer las más apremiantes necesidades de la mayoría de la población mundial, sino que muchos de esos avances han ahondado el abismo entre los países ricos y los países pobres. Esta situación mueve a historiadores de tanto renombre como Eric Hobsbawm -a quien seguimos en estas reflexiones- a sostener que durante el próximo milenio será la distribución social y no el crecimiento lo que dominará lo fundamental de las políticas económicas.

Hoy, contrariamente a lo que sucedía en 1914, la población mundial es más alfabetizada e instruída y eso permite que disponga de más información y capacidad de reflexión y decisión. Probablemente, hoy resulta más difícil convencer a la gente de que brinde su apoyo a la ejecución de actividades contrarias a sus intereses fundamentales. Aca-so a esto se deba la persistente conducta evasiva de los partidos políticos y de los propios gobiernos para soslayar y hasta ocultar aquellos temas de alto contenido polémico que debe conocer el pueblo.

Pero a la vez, también es importante reconocer que hoy existe la tendencia a satisfacer el mero interés personal abandonando no solo lo fundamental de la solidaridad y el interés común sino la propia historia, esto es, destruyendo los mecanismos sociales que unen la experiencia de la generación contemporánea con la generaciones pasadas. Este hecho marca un enorme cambio de las pautas que anteriormente regían las relaciones familiares y entre los seres humanos. A los políticos particularmente les resulta provechoso que sus conciudadanos olviden que el presente es la consecuencia del pasado que ellos contribuyeron a construir por acción u omisión, por lo que tienen en ello una gran responsabilidad.

Bajo las actuales condiciones mundiales, sin duda que resulta difícil ensayar ninguna predicción. Sin embargo, sí parece sensato reconocer que ninguna situación prometedoras florecerá si es que se pretende seguir haciendo hacia adelante, lo mismo que se ha hecho hasta ahora. A la vez, parece difícil admitir que la grave situación actual podrá mantenerse indefinidamente. No es al azar que tantas y tantas situaciones y regímenes políticos hayan nacido, vivido una época de auge y luego extinguidos gracias a las luchas de los pueblos, consecuentemente, no se puede atribuir un sentido de inmutabilidad y permanencia definitiva a ciertas formas de organización económica y social. Hacerlo significaría que en el mundo y en nuestro país nunca más se producirán nuevas luchas sociales, ni anhelos de realización humana compatibles con la solidaridad, ni cambios jurídicos, ni esfuerzos intelectuales por desentrañar la realidad y contribuir a transformarla. Son verdades que nadie debe pretender olvidarlas. ¿Le parece a usted, amable lector?

Los Balcanes: ¿Un nuevo Vietnam? (28/04/99)

A fines del año anterior, con motivo de la decisión de los gobiernos de los Estados Unidos y de Gran Bretaña de bombardear a Irak - que de paso aún no cesa por completo- decía en un artículo publicado en el Decano que la irracionalidad y arrogancia de los gobiernos de dos grandes potencias, iba a permitir que

millones y millones más de habitantes de este mundo, asombrados de lo inhumano e irracional que es el capitalismo y lo brutal, salvaje y autoritario que es el imperialismo, serían ganados a la causa de la paz y a la cooperación internacional en la solución de los problemas de carácter económico, social, cultural, humanitario, preservando a las generaciones venideras del flagelo de la guerra.

Y sin duda que así debe haber ocurrido; pero lo que no ha cambiado ni cambia, es la prepotencia de los gobiernos de Clinton y de Blair, esta vez acompañados en su criminal determinación, por los gobiernos de los países que conforman la OTAN, entre los cuales se cuenta nada menos que nuestra entrañable madre patria, España. La víctima, un pueblo situado en el corazón de Europa, los Balcanes, distribuido en seis Estados: Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Macedonia, Montenegro y Serbia que antes conformaban Yugoslavia. La persistencia del gobierno norteamericano en acudir a la militarización y la fuerza, para tratar de resolver toda clase de conflictos, pareciera obedecer a una necesidad del sistema capitalista de apelar a guerras cada vez más absurdas y sangrientas, como salidas a las contradicciones que le imponen su universalización y la crisis actual.

Durante siglos, los Balcanes han sido el lugar de confluencia de tres culturas mundiales y de tres poderosas religiones: el Occidente católico, el Oriente ortodoxo griego y el Sur musulmán. Pero además, se trata de una población que ha experimentado la vigencia de tres sistemas económicos modernos conocidos: capitalismo antes de la guerra, economía de planificación centralizada después de la guerra y socialismo con autonomía hasta hace aproximadamente una década.

Pues bien, sin tener en cuenta ninguno de estos elementos, despreciando la iniciativa diplomática de la Santa Sede que solicitaba una *tregua de Pascua*, los pedidos de los pueblos norteamericano, inglés y europeo en general porque se ponga término a los bombardeos; la entrevista entre Milosevic, presidente de Serbia, con el líder político de los habitantes de Kosovo -que se supone son los castigados por las prácticas represivas del gobierno serbio- y que terminó pronunciándose por

el cese de los bombardeos, destacando que el problema *puede resolverse exitosa y duraderamente solo por medios pacíficos*, Clinton y la OTAN, convertidos en gendarmes del mundo, persisten en su agresión y hasta anuncian el envío de tropas a Kosovo, la provincia del sur de Serbia donde se originó el conflicto que amenaza con poner en peligro la seguridad y estabilidad en Europa. Hoy mismo ya existen más de 12 mil efectivos aliados desplegados en Macedonia.

Por cierto, las consideraciones que anotamos no pretenden ni mucho menos justificar actos de “limpieza étnica” supuestamente realizados por el gobierno de Serbia, en contra de la población de Kosovo de origen albanés. Lo que ahora repudiamos son los criminales bombardeos de la OTAN que, por lo demás, no están dirigidos solamente a objetivos militares. La prensa mundial destaca la destrucción de centros civiles, colegios, guarderías, hospitales, puentes, edificios multifamiliares, fábricas y, últimamente, la muerte de 75 albaneses debido a que aviones de la OTAN lanzaron una bomba por error sobre refugiados kosovares. Todos estos hechos han despertado una considerable solidaridad mundial en favor de Serbia, fortaleciendo la indignación y la voluntad de resistir de un pueblo herido en su autonomía y dignidad y que ni el fascismo liderado por Hitler lo pudo humillar ni vencer.

Este nuevo acto de genocidio colectivo promovido y ejecutado por el gobierno de los Estados Unidos, absolutamente al margen de la carta de las Naciones Unidas, debe ser censurado por el gobierno ecuatoriano o el Congreso Nacional, en concordancia con nuestra Constitución. El Estado ecuatoriano debe pronunciarse condenando los bombardeos y oponiéndose al uso de la fuerza en la ex Yugoslavia, así como exigiendo la inmediata iniciación de negociaciones para el restablecimiento de la paz. Se trata de un asunto de principios, los ataques sobre países soberanos no pueden ser decididos por ningún país, por más potencia mundial que este sea.

Una acción ecuatoriana en esta dirección, sería no solamente similar a la ejecutada por el gobierno de México, que ha dado una vez más ejemplo de apego a los principios de la Carta de la ONU, sino que,

además, sería coherente con las famosas “armonías” a las que se refirió Mahuad en su discurso de posesión del cargo de Presidente de la República. ¿Le parece a usted, amable lector?

Chile: Un fantasma recorre el país (14/06/99)

En septiembre próximo se van a cumplir veinte y seis años del derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular del presidente Salvador Allende en Chile quien, entre 1970 y 1973 y, en el marco de la legalidad e institucionalidad burguesas, se propuso resolver los principales problemas de su país, mediante un original, gradual, pacífico e inédito proceso de transición de la sociedad chilena hacia el socialismo.

El proyecto político que la Unidad Popular aspiraba a desarrollar plenamente en Chile, tenía un marcado carácter antioligárquico y antimperialista, esto es, perseguía resquebrajar los soportes económicos del bloque político dominante en la sociedad chilena, afectando a los grandes grupos oligárquicos comerciales y financieros, a la burguesía industrial monopólica, a los terratenientes agrarios, al capital imperialista, especialmente el de origen norteamericano que era el que más había penetrado y mantenía bajo su control a importantes actividades económicas chilenas.

Precisamente por este hecho es que Allende y la Unidad Popular fueron víctimas de la conspiración del gobierno de los Estados Unidos, para que no ganaran las elecciones. Después, cuando salió triunfante en el proceso electoral, Allende padeció la hostilidad y el sabotaje de parte de las fuerzas adversas a su programa político, a fin de que no se posesionara de la presidencia de la República. Como nada de esto dio resultado, ya en el gobierno, la Unidad Popular fue objeto de una intensa campaña de desprestigio y desestabilización por parte del gobierno norteamericano y de los sectores afectados, quienes lo acusaban de pretender establecer una “dictadura comunista”, perpetuándose en el poder.

Gracias a la publicidad que pasado cierto tiempo se realiza de los archivos del gobierno estadounidense, hoy se conoce que el consejero del gobierno de Nixon, Henry Kissinger había anunciado olímpicamente, que

No veo por qué hemos de paralizarnos viendo a un país derivar hacia el comunismo debido a la irresponsabilidad de su propio pueblo.

La grotesca participación del gobierno de Estados Unidos en Chile, que devino en la feroz dictadura de Pinochet, despojó de toda legitimidad al discurso de los gobernantes norteamericanos que dicen que, con sus intervenciones en todas partes del mundo, lo que pretenden es defender la democracia y la libertad.

La dictadura de Pinochet significó 40.000 asesinatos, la presencia de miles y miles de secuestros, encarcelamientos, torturas de seres inocentes, persecuciones, desintegración familiar, supresión de toda clase de garantías constitucionales, el envío al exilio de al menos un millón de ciudadanos chilenos. Estos hechos, no han sido olvidados, no obstante que a Chile se lo considera hoy un caso exitoso de aplicación de la estrategia neoliberal. Acaso por esto es que la tradición democrática de este país hermano se mantiene enhiesta y acaba de ponerse una vez más de manifiesto, al resultar electo en elecciones primarias muy amplias, el dirigente socialista Ricardo Lagos como próximo candidato a la presidencia de la República de Chile, nada menos que con el 75 % de los votos.

Es decir, el socialismo chileno, al cual se lo pretendió sepultar, hoy resurge nuevamente como un fantasma. Claro que habrán muchos que se apresurarán en calificar al socialismo de Lagos como un partido que convalida mucho de lo que hizo la dictadura, o que se trata de una fuerza que durante largos años, en los gobiernos de la concertación nacional, presididos por Alwin y Frei, asumió compromisos muy estrechos con las fuerzas económicas y políticas corresponsables de lo que ocurrió en Chile durante la era de Pinochet y que hoy anhelan la continuada reproducción del neoliberalismo.

En este momento especial por el que atraviesa el mundo y América Latina, cuando los países capitalistas desarrollados establecen las normas de una “globalización” que ha demostrado ser asimétrica, irregular, carente de uniformidad; cuando día a día se impone una depredatoria explotación de los recursos naturales, de los mercados y de los excedentes financieros de países como el nuestro, es no solo de inmenso valor político, ideológico y moral, sino que envuelve una inmensa responsabilidad la victoria en las elecciones primarias de Ricardo Lagos.

Los socialistas chilenos habrán sacado las debidas lecciones de la oscura experiencia que les tocó vivir y, junto a la tradicional identificación del socialismo con los intereses nacionales y populares, el rechazo a la discriminación social, el compromiso de derrotar a la pobreza asegurando a toda la población un nivel básico de vida, sin duda que tienen ahora nuevos valores para ofrecerlos y para luchar por ellos como parte de un proyecto nacional distinto. No de otra manera se explica el formidable respaldo que les ha ofrecido el pueblo.

El resultado de las elecciones primarias celebradas en Chile, que puede conducir a Lagos a la presidencia de ese país, es la constatación de que la historia no es un proceso lineal sino profundamente contradictorio y dialéctico. Que los grandes proyectos siempre experimentan retrocesos, no obstante lo cual, en Chile y otras partes del mundo, siguen plenamente vigentes las motivaciones para aspirar a una vida superior, para reafirmar los compromisos con los ideales, abandonando toda amargura o frustración. ¿Le parece a usted, amable lector?

Globalización, cultura, dignidad humana (06/07/99)

La semana anterior se celebraron en Quito, una serie de eventos académicos, referidos la mayor parte de ellos a la “globalización”, lo cual nos impulsa a expresar algunas reflexiones sobre esta tan publicitada palabra.

La forma generalmente apologética de apreciar a la globalización, o en su lugar, su consideración generalmente intemporal, irrever-

sible, inamovible, inmodificable termina por hacer perder la perspectiva de un análisis objetivo sobre los aspectos medulares de la nueva división internacional del trabajo, o sobre los términos específicos de inserción o de desconexión que cualquier país debería adoptar frente a ella.

Afortunadamente también, cada vez es mayor la cantidad de estudios que, al referirse a la situación actual de la globalización como concepto totalizante de una “nueva” dinámica económica, sociocultural y hasta política mundial, la presentan como un proceso irregular, carente de uniformidad, impulsado por grandes consorcios transnacionales en búsqueda de mayores ganancias, concentrada especialmente en países con niveles de producto por habitante superiores a los diez mil dólares por año.

Asimismo, los análisis de los efectos que produce la globalización, en términos de marginamiento de las economías pobres, atrasadas, de baja productividad, han impulsado a muchos pensadores, escritores, analistas, a sostener que las naciones subdesarrolladas están inevitablemente condenadas a integrar una suerte de *hinterland*, a conformar un mundo marginado y proscrito que mantiene enormes diferencias de todo orden con los niveles de desarrollo de los países ricos.

La globalización ha terminado por concentrar en una quinta parte de la población mundial, más del 80 % de la riqueza, mientras el resto, la mayor parte de la población del planeta, está impedida de poder satisfacer sus más apremiantes necesidades. Es decir, ya no se trata solamente de crecimientos irregulares de la producción nacional, de la existencia de un enorme desempleo y de insuficiencia de ingresos de la mayoría de la población del mundo subdesarrollado, sino de una serie de otros hechos verdaderamente dramáticos que confirman una situación de miseria abismal. Así, por ejemplo, la prensa mundial nos informa sobre la existencia en el mundo de al menos doscientos cincuenta millones de niños explotados y obligados a trabajar desde muy temprana edad en tareas insalubres, sin protección médica y peor legal, abusando de sus derechos humanos.

Se conoce que solamente en América Latina quince millones de niños son explotados y que se los encuentra en las grandes ciudades, reanudando diariamente su continuada búsqueda de algunas monedas o de alimentos para saciar sus necesidades esenciales. Para estos millones de niños sucios, hambrientos y enfermos no hay derechos a la educación y a la salud, no hay dignidad que pueda brindarla ni garantizarla la globalización y son más bien una clarísima constatación de la enorme desigualdad que genera la acumulación de la riqueza, producto del “libre” juego de las fuerzas del mercado.

Aquí mismo, en nuestro país, en todas las ciudades se pueden observar miles y miles de niños que duermen en los portales, que se acercan a pedir limosnas, que están directamente sometidos a los efectos del gas carbónico de los autos, que son forzados a prostituirse. Alguna ocasión se ha sugerido que muchos de estos niños probablemente son secuestrados y asesinados para vender sus órganos a varios laboratorios de países desarrollados. Este cuadro desgarrador, no es en absoluto ajeno al incremento comercial, las negociaciones para abrir nuevos mercados, la liberación financiera, la desregulación laboral, los intentos de dolarización de la economía ecuatoriana.

A la luz de estas consideraciones, es imperioso empeñarnos en la búsqueda de una globalización diferente a la actual. Una globalización de otro tipo que implique la necesidad de globalizar también los reclamos de protección y aliento de los derechos humanos, la reparación de injusticias, la preservación de diversidades e identidades nacionales, la desconcentración del poder mundial, los anhelos de bienestar. Y esto supone que el neoliberalismo, que es el instrumento que persigue insertar a todos los países del mundo en la actual globalización, debe ser reemplazado por una verdadera racionalidad económica que se proponga, como objetivo primordial, dar satisfacción a las necesidades esenciales del pueblo.

Es que las complejas y a menudo desconcertantes transformaciones mundiales cristalizadas como parte de la tan mencionada globalización, no han vuelto anacrónicos los empeños por revalorizar a la

categoría Estado - Nación ni tampoco pueden ser la razón para que los ecuatorianos, por ejemplo, nos desentendamos de nuestros propios problemas ni de la obligación o el derecho que nos asiste para enfrentarlos. ¿Le parece a usted, estimado lector?

Alternativas a la globalización y al neoliberalismo (05/10/99)

El reconocimiento de que la globalización es un proceso irregular, carente de uniformidad, impulsado por grandes consorcios transnacionales que buscan mayores ganancias, concentrado especialmente en países con niveles de ingreso por habitante superiores a los diez mil dólares por año y que está provocando graves situaciones de crisis generalizada así como efectos contrarios y profundamente perniciosos para la propia supervivencia del capitalismo, ha obligado y está obligando a muchos pensadores, investigadores, docentes, empresarios a ensayar diferentes lecturas sobre ella y su instrumento, el neoliberalismo.

Es que, evidentemente, hoy lucen muy visibles en todas partes del mundo, fenómenos como las recesiones económicas que son cada vez más frecuentes y más dilatadas que las recuperaciones, donde hasta las grandes empresas se enfrentan a serias dificultades para mantener sus futuras expectativas de utilidad.

Otros hechos muy claros son las expansiones cada vez más débiles de los mercados, el auge de las inversiones especulativas, la presencia avasallante del dinero y su divorcio del circuito productivo, una mayor velocidad de las innovaciones tecnológicas que hacen posible una rápida obsolescencia de procesos, equipos, productos; las escasas posibilidades de regular la producción y el dinero, hecho que amenaza al mundo con un colapso financiero global.

Frente a este cuadro sin duda dramático, cada vez con más frecuencia se empieza a plantear en todo el mundo la posibilidad de ejecutar medidas como las siguientes:

1. Regular la especulación a través de, por ejemplo, ejercer un mayor control a los movimientos internacionales de capitales o estable-

ciendo un impuesto internacional, el impuesto Tobin (llamado así por el nombre de su proponente, James Tobin, ex ministro francés) quien diseñó un impuesto para gravar a los capitales golondrinas o especulativos.

2. Conciliar los intereses privados de las transnacionales con el logro de un crecimiento económico que haga posible generar empleo, ingresos, producción, la preservación de las riquezas naturales, la armonía entre los países desarrollados y los atrasados. Se trata de una aspiración que retóricamente ha sido planteada en innumerables ocasiones.
3. Regular la depreciación tecnológica a fin de lograr conformar una nueva potencialidad de desarrollo tecnológico basado en la conservación de los recursos naturales y una mejor distribución del ingreso a escala mundial. Esto equivaldría a reducir la tasa de ganancia de los inversionistas, apelando a su comprensión y al sentido de solidaridad de los grandes dueños del capital.
4. Favorecer una intensificación del poder de coordinación de los grandes países capitalistas, el G-7, una especie de suprainperialismo kautskiano, en referencia a Kautsky, un economista austriaco (1853-1938) que reconocía que con el propósito de poner fin a las contiendas bélicas y a las contradicciones interimperialistas y para trabajar en paz, era indispensable fortalecer la alianza entre las grandes potencias capitalistas.
5. Abandonar el derroche y cambiar el eje de la orientación económica hacia el bien común, obligando a los dueños del capital a satisfacer necesidades no atendidas especialmente en los países pobres del mundo.
6. Crear una Corporación Internacional de Seguro de Crédito.
7. Crear un banco internacional de pagos, como autoridad internacional supervisora y reguladora adecuada.

8. Autorizar al Fondo Monetario Internacional para que imponga condiciones a los países acreedores y no solamente a los países endeudados y en apuros como el Ecuador, como aquella consistente en reconvertir los títulos de deuda externa en instrumentos de más largo plazo y más bajo rendimiento a fin de favorecer a los países con problemas de balanza de pagos y de déficit presupuestal.

Son autores de iniciativas como las señaladas, una variedad de pensadores, investigadores, escritores, hombres de gobiernos y de organismos financieros internacionales, como Inmanuel Wallerstein, Eric Hobsbawm, Wim Dierckxsens, Joseph Stiglitz, incluso grandes inversionistas, defensores y beneficiarios del capitalismo como George Soros.

Lo difícil, contradictorio y por lo tanto complejo de estas recomendaciones es que buena parte de ellas están llamadas a afectar gravemente a la esencia misma del sistema capitalista, pues obligan a los inversionistas a que orienten su conducta económica por nuevos valores, a que adopten una ética solidaria, a que abandonen al afán de lucro como el móvil esencial de su comportamiento y a que se sumen a los esfuerzos por construir un mundo sin las desigualdades ni los conflictos del actual. Por lo mismo, son recomendaciones muy difíciles de traducirse en medidas concretas capaces de conducirnos hacia una situación diferente y superior. Pero las exhortaciones a los dueños de los medios de producción para que modifiquen su conducta persisten y sin duda persistirán. Parece sin embargo improbable que puedan tener respuesta favorable. ¿Qué opina usted, amable lector?

Deuda externa, entreguismo, soberanía (23/11/99)

En algunos artículos de esta columna he sostenido que frente a la grave crisis económica y general que empezó a vivir nuestro país a comienzos de la década de los ochenta, la contratación de una voluminosa deuda externa se convirtió en una suerte de salvavidas o de lubricante para tratar de constarrestar la caída de la producción y de las inversiones. Pero naturalmente con el correr de los años y dadas las con-

diciones verdaderamente desfavorables para nuestro país de tal contratación, la deuda fue transformándose antes que en tónico o lubricante, en tóxico o en estrangulante del desarrollo del Ecuador.

Hoy la mayoría de los países de América Latina sufre las penosas consecuencias de una deuda externa cuya capacidad de servirla se encuentra fuera de toda proporción, lo cual conspira contra las posibilidades de crecimiento económico y de generación de empleo y de ingresos. Esta situación amenaza no solamente la sanidad económica de la región, sino que países como el nuestro se vuelven mucho más vulnerables a las presiones de los acreedores quienes, a través de organismos como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), nos imponen condiciones económicas y políticas que debilitan la soberanía nacional. Para no ir más lejos, no han faltado agudos comentarios periodísticos que vinculan la concesión al gobierno norteamericano de la base aérea de Manta para supuestamente controlar operaciones de narcotráfico, con el cauteloso respaldo que el FMI ha mantenido a la postura del gobierno de Mahuad de conseguir de los acreedores externos que acepten una postergación en los pagos de la deuda.

Pero bien, hoy las cosas en el mundo y en América Latina son bastante diferentes de las de hace algunos años. Esfumada la amenaza del comunismo soviético y constatado en los hechos que la estrategia neoliberal aplicada en los países latinoamericanos, no ha dado los resultados que sus más entusiastas seguidores lo vaticinaban, las cosas empiezan a cambiar. La apertura comercial frecuentemente indiscriminada, la desregulación bancaria, la eliminación de subsidios, la homologación del patrón de precios internacionales, los febriles afanes de achicamiento de los aparatos estatales, las políticas de atracción del capital y de la tecnología extranjera, el control y la supervisión de la política económica a cargo del FMI-BM, el sometimiento del gobierno ecuatoriano a la jurisdicción de tribunales extranjeros, la flexibilización laboral, no han elevado el nivel de vida de la mayoría de la población latinoamericana ni ecuatoriana y, más bien, han fomentado el consumismo, la desigualdad y la pérdida de identidad; han degradado la riqueza ambiental; han norteamericano la música, el baile, la

vestimenta, la comida, la diversión, han difundido el consumo de drogas, el pandillerismo, la violencia.

En estas circunstancias, empieza a cobrar cuerpo la contradicción Norte-Sur y el propio gobierno norteamericano se encuentra sin duda preocupado por ello y por las consecuencias que en el orden social y de la perturbación política genera la acción fondomonetarista en la región. El caso colombiano no puede ser más revelador.

Ante tan grave dilema, no son raros los casos de escritores, economistas, intelectuales, editorialistas, empresarios y hasta gobernantes en América Latina que, soslayando la realidad que hoy experimenta la región y el Ecuador, se refieran con una insistencia digna de mejor causa, a la necesidad de no solamente insistir en la ejecución del recetario neoliberal que tanto daño ha causado a los pueblos, sino a la conveniencia de lograr una aún mayor y quizás definitiva integración de nuestro país a los Estados Unidos, como el objetivo más importante y digno de lograr para tener un futuro como nación. Creo que en tal perspectiva se ubica la dolarización.

Por cierto, quienes buscan la integración de nuestro país a la economía y sociedad de los Estados Unidos empiezan -como lo dice el conocido economista mexicano Alonso Aguilar- a pensar en nuestro propio medio como extranjeros; olvidando o menospreciando las asimetrías, las contradicciones económicas, históricas, culturales que nos separan de los Estados Unidos; adoptan y difunden teorías y recetas procedentes de ese país; imitan lo que hacen los profesionales norteamericanos; proclaman que las dificultades que hoy tenemos en el Ecuador desaparecerán automática y milagrosamente una vez que nos integremos como parte de la economía y de la sociedad norteamericana. Dan en suma por sentado que los Estados Unidos nos aceptarán de hecho como parte de su nación.

Lo que generalmente ignoran o soslayan quienes quieren la integración del Ecuador a la nación norteamericana, es la diferente trayectoria histórica de países tan distintos, como también, el hecho de que

frente al fortalecimiento de la Unión Europea y el liderazgo del Japon en el Asia, hoy los Estados Unidos, para recomponer y consolidar su hegemonía a nivel mundial, están urgidos por mejorar su imagen en el propio Continente americano, en su patio trasero y, en tal dirección, ellos han desarrollado y continúan desarrollando, con la complacencia de poderosos grupos económicos que operan en el Ecuador, infinidad de medidas y de propuestas que persiguen atenuar esa realidad imperial a la que con tantos méritos se han hecho acreedores históricamente.

Pero precisamente en esta coyuntura histórica, el Ecuador debe evitar caer en una acción entreguista o de capitulación para, más bien, tratar de afirmar una vocación latinoamericanista, labrándose el respeto y la simpatía de los propios norteamericanos, que no serán el resultado del servilismo ni de los afanes de imitación, sino de la firmeza, soberanía y dignidad con las que manejemos nuestros propios asuntos. ¿Le parece a usted, amable lector?

Capítulo III

EDUCACIÓN, UNIVERSIDADES

El proceso electoral en la Universidad Central de Quito (02/03/99)

Pasado mañana se llevarán a cabo en la Universidad Central de Quito las elecciones de Rector y Vicerrector de la institución para los próximos cinco años.

Al margen del problema económico, la Universidad Central, como muchas otras universidades estatales, adolece de graves fallas y deficiencias que no han podido ser superadas, como su organización segmentada en Facultades y Escuelas que operan de una manera frecuentemente autárquica, enfeudando el conocimiento; la presencia de una enseñanza orientada preferentemente al suministro de información en detrimento de la función formativa, la rigidez curricular que desvincula la enseñanza e investigación, la improvisación en la formulación de los planes de estudio, la ausencia de articulación vertical entre los programas de carreras cortas y carreras largas afines; el clientelismo utilizado frecuentemente como elemento de acreditación académica y requisitos para ingresar a la docencia; hasta frecuentes expresiones de sectarismo e hiperpolitización partidista que han desfigurado los verdaderos fines de la institución.

Un problema particularmente grave es la ausencia de verdaderos mecanismos y procedimientos de admisión que terminan por frustrar a miles y miles de jóvenes que, al constatar que la formación universitaria que escogieron, no va con su vocación, peor con sus intereses o los del país, empiezan desde entonces a transitar una vida cargada de an-

gustia, de miedo y de inseguridad de sentirse excluidos, marginados, atropellados, proscritos por un sistema que no les ofrece oportunidades de empleo ni de realización personal.

Frente a esta penosa realidad, el país reclama una reforma profunda de la Universidad Central, a fin de que pueda recuperar su prestigio académico e institucional, para que contribuya al progreso científico, tecnológico y al fomento de la cultural nacional; para que se convierta en tribuna de análisis pluralista de los principales problemas mundiales y ecuatorianos; para que responda a las demandas de orientación de una sociedad que hoy más que nunca luce confundida y sumida en el desconcierto. En tal dirección, la Universidad Central precisa formar profesionales reflexivos, críticos, con conciencia ética, con capacidad para aportar con soluciones viables, legítimas y creíbles a los grandes problemas del país.

Hoy, frente a los asombrosos cambios económicos, científicos, tecnológicos, políticos y sociales que vive la humanidad, se requiere de una educación con nuevos objetivos y contenidos para responder a esos cambios y para que todos podamos actuar como agentes comprometidos con la nación y su verdadera transformación en favor de los intereses de la mayoría de los ecuatorianos, conscientes de que actualmente ya no es suficiente la sola obtención de un título profesional, que tampoco representa el medio más idóneo para obtener empleo, para ascender socialmente ni para compensar las desigualdades económicas. Ahora, es importante que el educando se interese por la permanente búsqueda del conocimiento y ejercite su propio criterio a fin de rechazar formulaciones dogmáticas y, para ello, es indispensable que conozca los grandes errores teóricos e ideológicos del pasado, tanto para que así comprenda el carácter limitado del conocimiento humano, cuanto para que se sienta estimulado a la búsqueda de rectificaciones y al planteamiento de soluciones nuevas y distintas para los problemas del Ecuador.

El Congreso Nacional aprobará en los próximos días, una nueva ley de educación superior, en la cual deberán cristalizarse muchas de las

demandas de la sociedad ya incorporadas formalmente en la Constitución Política vigente. Pero hay otras demandas que precisan ser estructuradas y formalizadas por la sociedad política y cuya promoción le corresponde hacerlo a la universidad en general y a la Central en particular, como crear conciencia sobre los verdaderos problemas del país y trabajar por una mayor cohesión nacional, fomentando la igualdad; favorecer formas de vida más austeras, rechazando las imitaciones consumistas de las sociedades desarrolladas; consolidar y desarrollar formas de participación democráticas de la población en el análisis de los problemas que la afectan; afirmar la conciencia individual y colectiva en defensa de la paz, la solución pacífica de los conflictos internacionales, la soberanía nacional y la unidad latinoamericana; crear conciencia sobre la necesidad de proteger el medio ambiente fomentando el sentido de cooperación internacional.

En las elecciones del próximo día jueves los profesores, los estudiantes, los empleados y trabajadores de la institución tienen la oportunidad de contribuir a que la Universidad Central reasuma el camino de su superación. El país necesita de una universidad capaz de ayudar a la transformación nacional, emprendiendo en la defensa de una auténtica ciencia.

Universidades, como setas en el invierno (I) (25/05/99)

Durante los últimos años, han sido frecuentes las denuncias sobre proliferación de universidades generalmente al margen de la ley. El propio Consejo Nacional de Universidades y Escuelas Politécnicas del Ecuador (CONUEP), repetidamente ha hecho conocer al país sobre la creación de institutos de educación superior sin su correspondiente informe, así como de otros que funcionan ilegalmente.

Precisamente para poner límites a esta especie de piratería universitaria, la Constitución Política del Ecuador vigente desde el 11 de agosto de 1998, dispone en su artículo 76 que las universidades y escuelas politécnicas serán creadas por el Congreso Nacional mediante ley, *previo informe favorable y obligatorio del Consejo Nacional de Educación*

Superior... Esta disposición, por la cual el CONUEP tanto bregó, se la recibió con satisfacción pues así se abría el camino para acabar con la posibilidad de crear universidades de manera ilegal y hasta arbitraria. Se suponía que, de aquí en adelante, la creación de universidades iba a responder a estudios serios, objetivos, alejados del compadrazgo, el amiguismo, la componenda politiquera. Incluso, se pensó que la creación de nuevas universidades se suspendería por un breve período, hasta lograr que la nueva Ley de Educación Superior entre en vigencia. Pero la expectativa duró muy poco.

En estos últimos cuatro años (1994 -1998), se han creado en el Ecuador nada menos que trece universidades, cuando en el período 1826 - 1897 (71 años) se crearon solamente cinco, durante los años 1943 - 1958 (15 años) tres y, durante 1962 - 1993 (31 años) veinte universidades. En 1999, se encuentran en trámite de creación, con informe favorable del CONUEP, siete nuevas universidades y, entre estas, hay casos verdaderamente singulares, a los que me referiré en el curso de este y del artículo de la semana próxima.

Uno de tales casos es la creación de la Escuela Superior Politécnica Agropecuaria de Manabí, a partir del actual Instituto Superior Agropecuario de Manabí, creado no mediante acuerdo ministerial, como la mayoría de los institutos superiores, sino mediante ley N° 116. Sin la correspondiente evaluación del potencial académico y técnico y menos de las condiciones de financiamiento de la futura Escuela Superior Politécnica Agropecuaria, se argumentó que precisamente al crear el Instituto Superior mediante ley, se tuvo la intención de darle el status de centro universitario, consiguientemente, entiendo que se creó ya una nueva universidad reformando la ley que dio vida a un instituto. Así lo sugirió nada menos que el propio Presidente del CONUEP, al sostener que

es más apropiado [que] se establezca en la Ley Reformativa la denominación de Escuela Superior Politécnica Agropecuaria de Manabí, a efectos de que esta reforma a la ley guarde armonía con la vigente Ley de Universidades y Escuelas Politécnicas.

Otro “argumento” que se utilizó para crear la Escuela Superior Politécnica Agropecuaria es el de que el Instituto Tecnológico Superior Agropecuario de Manabí se hallaba ya en funcionamiento durante dos años, si bien no ha contado con las fuentes de financiamiento indispensables. Por lo mismo, para que el instituto se transforme en universidad, se consideró necesario que se haga efectivo, con carácter no reembolsable, un préstamo del Banco del Estado por un mil quinientos millones de sucres, conforme consta en el artículo 2 de la citada ley número 116 de creación del Instituto.

Otra fuente de financiamiento de la Escuela Superior Politécnica Agropecuaria, se dice en el informe, podría ser la donación de la granja experimental Margarita, de propiedad del Ministerio de Agricultura que está cedida en comodato al Instituto de Investigaciones Agropecuarias (INIAP). La pregunta lógica que surge al respecto es ¿será posible disponer de este inmueble o, estarán el Ministerio de Agricultura o el INIAP dispuestos a cederlo cuando de por medio existe una relación contractual específica ya determinada?

Ustedes, estimados lectores y lectoras, pueden estar absolutamente seguros que al hacerles conocer este procedimiento sin duda sui generis de creación de una nueva universidad, no me anima ningún sentido de centralismo y peor de mala voluntad para la provincia de Manabí. Lo que persigo es llamar la atención sobre la necesidad de que la creación en el país de toda nueva universidad, se aleje de cualquier arbitrariedad y parta de análisis serios, a fin de que contemos con verdaderos centros de excelencia académica que formen a profesionales capaces de enfrentarse a los más graves problemas estructurales que desvían, limitan y en muchos casos frustran el verdadero desarrollo ecuatoriano.

Por último, creo firmemente que la propiedad privada y la libertad de empresa y mucho más en el terreno de la formación profesional, deben tener una lógica limitación, el interés social. Pugnemos entonces porque esta premisa siempre se haga presente.

Universidades, como setas en el invierno (II) (01/06/99)

Continuando con el tema que comenté la semana pasada, la creación de la Universidad de Ciencias Turísticas en Quito es otro caso verdaderamente singular de proliferación de universidades. Se trata de un proyecto que fue presentado por primera vez en 1997.

No voy a discutir si las actividades turísticas tienen verdadero nivel científico; sin embargo, lo que llama la atención es el carácter favorable del informe que emite el CONUEP, no obstante que en el texto correspondiente se reconoce que

el proyecto carece de una planificación integral y sistemática de todos los componentes que conforman el plan curricular de una carrera completa.

O cuando también se sostiene que *la mayoría de los docentes no tiene experiencia pedagógica*; o más aún, cuando se admite que *los promotores no han cumplido con lo establecido por la ley en aquello de presentar en forma pormenorizada los planes y programas de estudio.*

Para sortear la severidad de aquel requisito que exige que, para crear una universidad privada, se necesita contar con los recursos físicos y económicos suficientes, los promotores señalan que

una vez que sea aprobada la Universidad de Ciencias Turísticas, han previsto realizar un préstamo bancario y ejecutar las inversiones en áreas hoteleras y turísticas...

Como demostración de aquello, los promotores adjuntan un contrato de arrendamiento, sin la firma del propietario.

Es posible que estas omisiones hayan sido desechadas gracias al sabio contenido del siguiente texto del informe del CONUEP, atribuido a la Comisión Académica

...el perfil académico servirá de referente obligado para la ejecución de los procesos por los que formarán los recursos humanos dinamizadores de los respectivos sectores socioeconómicos.

Convincente ¿verdad, amable lector?

Otros casos asimismo originales de creación de otras universidades, son los de la Universidad Autónoma de Quito, la Universidad Tecnológica San Antonio de Machala, la Universidad Tecnológica Israel. En los tres casos, los informes del CONUEP se limitan sea a resumir el proyecto presentado o a transcribir los argumentos constantes en las solicitudes de los promotores, sin emitir criterios legales o técnicos sobre la pertinencia de ellos y menos a fundamentar con argumentos objetivos y analíticos las correspondientes resoluciones.

En la elaboración y aprobación de los informes del CONUEP sobre creación de nuevas universidades intervienen el personal técnico de la unidad departamental respectiva, en este caso, Planeamiento y Coordinación Universitaria; después, la Comisión Académica del organismo y, por último, el Consejo en pleno.

En una fase tan oscura como la que vive el Ecuador actual, cuando tanta falta hace la guía de un pensamiento lúcido, renovado que sea capaz de develar la insensatez de la ideología neoliberal y del capitalismo, es indispensable que las universidades especialmente estatales del Ecuador, vuelvan a los grandes proyectos que pugnan por la transformación de la sociedad y la afirmación de una estrategia de desarrollo autónomo. A la universidad ecuatoriana, por función y por destino, le corresponde trabajar intensamente para contribuir a hacer posible lo imposible, por mantener siempre limpio un espacio para la reflexión y la esperanza.

Ojalá que el Congreso Nacional y, sobre todo, su Comisión de Educación, Cultura y Deportes, presidida por el diputado Juan Cordeiro Iñiguez, tengan en cuenta estas reflexiones y estudien con seriedad los informes correspondientes. El país necesita de universidades empeñadas en formar científicamente a verdaderos profesionales y no institutos de adiestramiento de capataces o formadores de profesionistas y técnicos dóciles a las actuales estructuras de poder y hostiles a las auténticas aspiraciones del pueblo. ¿Le parece a usted, amable lector?

Globalización y cultura nacional (24/08/99)

La serie de cambios ocurridos a nivel mundial durante los últimos treinta años así como la presencia avasallante del capital trasnacional en todas las economías nacionales, ha provocado no solamente una generalización de las relaciones de producción capitalista y la dominación de las naciones subdesarrolladas por parte de las economías metropolitanas, sino también una suerte de deformación de las culturas nacionales, entendidas estas como expresiones de las costumbres, de las tradiciones, de las ceremonias religiosas y profanas, de las relaciones familiares y sociales, de las corrientes lingüísticas y de los dialectos, de la ciencia, de la técnica, del arte, de la música, de la poesía, de la vida cotidiana.

A través de infinidad de medios como la prensa hablada, escrita, televisada, el cine, el libro, los intercambios turísticos, en nuestro país se han introducido, valores culturales propios de las sociedades desarrolladas como por ejemplo el consumo de coca cola, chitos y productos sintéticos en reemplazo de leche o jugos de frutas y granos alimenticios; la explotación desmedida de recursos naturales; el consumismo, el desperdicio de agua y la contaminación ambiental; la profusa y frecuentemente innecesaria construcción de pasos a desnivel; el fomento del transporte individual en desmedro del colectivo; el estímulo a la exportación de recursos naturales en perjuicio de la destrucción de los bosques, manglares; la estigmatización de la raza negra; la violencia e irracionalidad cotidiana; el desperdicio de la capacidad de producción instalada en la industria; el pandillerismo, los asaltos bancarios; el consumo de drogas, de alcohol, la pornografía; la difusión de ciertas modas, música, baile, la manipulación de la información, la desinformación, etc., etc.

Es decir, se trata de expresiones culturales frecuentemente alejadas de la mayoría del pueblo ecuatoriano que en muchos casos desnaturalizan su propia cultura, que lo embrutece y engañan. Muchos productos de la cultura de los países desarrollados son mitificados y se convierten en elementos de dominación o de reproducción material e

ideológica del capitalismo, de donde se desprende que cultura e ideología son dos cosas distintas. La cultura expresa hechos que surgen del desenvolvimiento histórico y de largos períodos de convivencia, mientras que la ideología es una forma de racionalizar una situación mediante la apropiación y difusión de valores, creencias, conceptos con el objeto de reproducir las condiciones espirituales de tal o cual formación económica social.

Por cierto, no se pueden despreciar todos los elementos de la cultura propia de los países capitalistas desarrollados. Sin duda hay, dentro de ellos, elementos positivos que conviene exaltar y así ha venido también haciéndolo el pueblo, al enriquecer valores que hoy son parte del patrimonio humano, como la vocación por la paz, la preservación de los derechos humanos, la preocupación por la defensa de los recursos naturales, el derecho a la información y a la participación.

Pero bien, lo que deseo resaltar es que siendo entonces la cultura un aspecto esencial que expresa la profunda continuidad de la vida de un pueblo, el rescate de sus auténticos valores culturales, está llamada a desempeñar un papel esencial en la lucha por transformar la situación actual del Ecuador. Precisamente durante el pasado mes de julio, cuando el país se conmovió con las protestas populares por la política económica del gobierno, el movimiento indígena jugó un papel protagónico y terminó hegemonizando dichas protestas, lo cual le ganó la admiración del resto de la población nacional.

El papel fundamental que desempeñó el movimiento indígena se apoyó en su organización, en la preservación y consolidación de su identidad y de su cultura; en la renuncia que hizo a la exaltación de cualquier individualidad en aras de intereses étnicos y sociales más amplios; en la defensa de sus valores morales. Todos estos hechos le permitieron enfrentarse de manera pacífica y ordenada a las fuerzas represivas equipadas con armas modernas que pretendieron evitar su ingreso a la capital de la República. Inclusive, las largas caminatas que realizaron los indígenas, fueron formas de expresión de su resistencia, de su

dignidad y de su afán de vincularse con el resto del pueblo que salió a brindarle su apoyo y esperanza.

Todo lo anterior significa que la cultura, no debe ser solamente identificada con las actividades artísticas o científicas, dejando de lado aspectos esenciales de la vida humana que la integran y hacen de ella un elemento vivo y en constante superación. Tampoco como un producto capaz de ser importado de otros países. Quienes imitan lo que otros hacen y trasladan modas extranjeras, enajenantes o se prestan para difundir los falsos valores de las empresas transnacionales, proceden de manera negativa y lamentable. La cultura es, consiguientemente, un frente de lucha que exige organización, comprensión y elevación del nivel político de la población. ¿Le parece a usted, amable lector?

Hacia un pensamiento propio en los cursos de posgrado (21/09/99)

Hace un par de semanas, en un acto académico realizado en la Universidad Andina “Simón Bolívar”, en Quito, uno de los destacados ponentes en una mesa redonda sobre cómo salir de la crisis y alcanzar el desarrollo del Ecuador, propuso públicamente la necesidad de que la política económica gubernamental se inspire en el pensamiento keynesiano.

El pensamiento de Keynes, que tanta influencia ejerció especialmente durante la grave crisis de 1929-32, fue sin duda eficaz cuando en el mundo habían otras condiciones económicas, sociales, tecnológicas, políticas que hoy han quedado definitivamente atrás y no volverán jamás. Por ello, creo que al capitalismo ecuatoriano, en su fase actual, le serán absolutamente insuficientes los estímulos previstos en la teoría de Keynes. Es más, creo que una intervención estatal anticíclica, tal como Keynes la imaginó, no es ahora suficiente para alentar el desarrollo económico del Ecuador, como tampoco creo que mediante la sola disminución de la tasa de interés se podrán crear las condiciones para estimular la inversión. Hoy, ningún instrumental teórico puede abrogarse validez al margen o por encima de las condiciones objetivas que en cada país estén presentes.

Pero la referencia a este hecho es oportuna para llamar la atención sobre la conveniencia que existe en el país de que las universidades ecuatorianas y en especial las estatales, se esmeren por diseñar cursos de especialización y estudios de posgrado ajenos a la reproducción, en el medio nacional, de patrones educativos propios de las universidades de los países desarrollados, pues hacerlo implica imprimir a la formación profesional y especializada, contenidos generalmente ajenos a las necesidades específicas de nuestra propia realidad, hasta el punto que en tales cursos se exalta la dependencia como una condición de progreso de países como el nuestro.

Ahora bien, la posibilidad de formar profesionales participativos exige disponer de capacidad para aportar con elementos y soluciones a los graves problemas que vive la sociedad y que se aparten del marco impuesto por el actual ordenamiento económico y social, lo que equivale a decir, que sean profesionales portadores de elementos reflexivos y críticos sobre la globalización, las concepciones y las políticas neoliberales que, hasta hoy, no han hecho posible un desarrollo económico y social sostenible y duradero, capaz de configurar una opción real con proyección futura.

El neoliberalismo criollo aplicado en el Ecuador, lo que ha logrado hasta ahora son avances parciales e irregulares en materia de modernización y eficiencia económica, acompañados de alarmantes condiciones de pobreza, desintegración social, depredación de recursos naturales, desempleo crónico, desigualdad y a la postre inestabilidad política cuya preservación resulta incompatible con los propósitos de alcanzar un desarrollo democrático.

Por ello entonces la necesidad de poner un particular empeño en examinar sistemáticamente nuevos proyectos sociales, constituídos en exigencias intelectuales y políticas insoslayables del presente y del futuro de América Latina y de nuestro país. Se trata de una tarea a la cual no podemos sustraernos. Las universidades ecuatorianas deben hacer un esfuerzo por ofrecerle al país el producto de su observación, análisis e interpretación de lo que ocurre en él, en sus ciudades, en el cam-

po, en el diario sobrevivir de su población; es decir, los centros de educación superior en el Ecuador deben razonablemente asumir el reto de contribuir a formular un pensamiento de vanguardia a través de observar e interpretar los hechos, oponiéndolos a las palabras y a las corrientes ideológicas gestadas en los países capitalistas desarrollados.

Esto último implica estudiar los fenómenos económicos como el déficit fiscal, la inflación, la deuda externa, el crecimiento económico provincial y regional desigual, no de una manera aislada y fragmentaria sino interrelacionada y global.

Afortunadamente en ciertos países latinoamericanos, se vienen desarrollando promisorios empeños en favor de la formulación de nuevos proyectos sociales. En tal dirección se ubica el propio esfuerzo de las Naciones Unidas, con sus estudios sobre desarrollo humano; los trabajos a cargo del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la Universidad Autónoma de México; una serie de contribuciones personales que vienen siendo analizadas en diferentes centros de educación superior, respecto a evaluaciones objetivas realizadas sobre los aspectos técnico políticos de las experiencias de desarrollo no capitalistas ejecutadas en varios países del mundo.

Capítulo IV

LA CUESTIÓN REGIONAL

CORPECUADOR: ¿Manzana de la discordia? (04/08/98)

Hay temas que por su trascendencia política, regional y hasta por sus repercusiones personales, resultan difíciles pretender examinarlos con frialdad. Acaso uno de ellos sea el relativo al proyecto de ley que crea Corpecuador, defendido por unos y atacado por otros de manera en muchos casos visceral, anteponiendo al examen objetivo del proyecto, una serie de prejuicios y suposiciones que resultan difíciles de remover y superar.

Y lo penoso es que cuando en la defensa de un proyecto de ley como el citado, se empieza estigmatizando al supuesto adversario, acusándolo de mantener una actitud ideológica y cultural centralista que persigue lucrar a través de comisiones, sobrepagos y coimas de los miles y miles de millones de dólares que se necesitan invertir para la reconstrucción de la costa, entonces, ya no hay argumento que valga la pena esgrimir para examinar al proyecto. La batalla argumental solamente sirve para acusar al impugnador del proyecto de creación de Corpecuador, como un beneficiario del actual estado de cosas en el país, que solamente persigue seguir aprovechándose de la piñata de millones y millones de dólares que supone el mantenimiento del centralismo.

Pero creo que esta clase de “argumentos” son deleznable. ¿Qué le parece a usted, amable lector, si para atacar al proyecto de ley que crea Corpecuador, se empieza diciendo que lo que quieren sus promotores es reemplazar a los beneficiarios del actual estado de cosas en el

país y apropiarse de las comisiones, los sobrepagos, las coimas de los millones de dólares que se necesitan para invertirlos en la reconstrucción de la costa ecuatoriana? ¿Verdad que con ello no se aporta absolutamente nada al esclarecimiento de las bondades del proyecto? Seguir entonces con esta manera ciega y torpe de hacer polémica, es terminar con todo análisis serio y simplemente ubicar en un lado a los buenos, los que quieren la descentralización y la creación de Corpecuador, y del otro lado los villanos, los que persiguen defender al centralismo.

Por ello y si de algo sirven las siguientes reflexiones, creo indispensable empezar diciendo que no soy ni “centralista” ni beneficiario de él y, si me creen, a buena hora. Si no lo hacen y prefieren esgrimir la estigmatización antes que el análisis, que al menos quede claro que quienes obran de esta manera son afectos al sectarismo y al dogmatismo antes que al examen frío y a la razón, que siempre debe ser la que se imponga en toda circunstancia histórica.

Es preciso entonces calar un poco más hondo. Así por ejemplo, el proyecto de ley que crea Corpecuador atenta contra la actual estructura institucional nacional y crea una duplicación innecesaria de funciones y despilfarros que se deben evitar, mucho más en una situación como la que se vive actualmente en el Ecuador, con la presencia de una enorme brecha fiscal generada por los beneficiarios del actual estado de cosas en el país, los grandes grupos o consorcios de Quito, Guayaquil, Cuenca, Machala, Esmeraldas que, estos sí, han centralizado y concentrado en su beneficio, la mayor parte de la riqueza, del ingreso y del poder en el Ecuador.

Si se argumenta que la actual estructura institucional es deficiente, incapaz y corrupta para *supervisar y decidir la contratación y planificación de las áreas afectadas por fenómenos naturales* como los ministerios de Agricultura, Obras Públicas, Vivienda, las prefecturas, los municipios lo pertinente es transformarla, mejorarla y hasta suprimirla, pero no montar una estructura paralela que, más parece, una tribuna para la promoción política del futuro candidato a la presidencia de la República por el partido Social Cristiano.

El proyecto de ley que crea Corpecuador, tiene una base precaria e inestable de financiamiento que, además, deteriorará más la difícil situación financiera del Estado, que se verá incapacitado de poder atender sus obligaciones sociales. Así, se prevee que ingresen al presupuesto de Corpecuador, el 25 % de los intereses del Fondo de Solidaridad, cifra a todas luces insuficiente. Otra fuente sería la exoneración del impuesto a la renta a los ingresos de los grandes grupos empresariales que sean donados a la Corporación, o sea, un nuevo escudo fiscal que sin duda menguará los ingresos fiscales y privilegiará la evasión tributaria.

Una tercera fuente de ingresos sería el establecimiento de un impuesto a las exportaciones de banano, que durante 1998 se calcula que bajarán en un 25 % respecto al año anterior, impuesto que sin duda alguna se trasladará a los productores, afectados por el fenómeno de El Niño, que dejó graves huellas sobre campesinos y pequeños agricultores. La contratación de nueva deuda externa sería una cuarta fuente de ingresos, lo cual generaría nuevas dispersiones en el manejo de un asunto que debe ser tratado con enorme cautela y responsabilidad.

Finalmente, parece indispensable reconocer que el centralismo, antes que causa, es consecuencia de un manejo económico y político que, tradicionalmente, ha estado concentrado en contados grandes grupos económicos detentadores de los esfuerzos de millones de trabajadores ecuatorianos. El centralismo ha hecho y hace sentir sus efectos en la gente pobre de todas las provincias del Ecuador. Aquí están las causas de fondo que deben ser examinadas y enmendadas.

Crisis, centralismo y fraccionamiento popular (12/01/99)

Durante los últimos meses, se ha podido constatar en el país el recrudecimiento de posiciones y planteamientos regionalistas beligerantes, que son coincidentes con la agudización de la crisis que viene afectando al Ecuador como al resto de los países de América Latina. Por cierto, no se trata de un fenómeno nuevo, puesto que en el país tanto la unidad territorial cuanto la propia identidad y la conformación de

un Estado-nación, son aspectos incompletos y en permanente afirmación. El Ecuador es en buenas cuentas una nación inconclusa o en ciernes. Constituimos un conglomerado heterogéneo donde no obstante poseer la misma lengua, un marco jurídico común, cierta tradición cultural análoga y una “sicología nacional” producto de largos períodos de convivencia, aún no logramos consolidarnos como una verdadera nación.

Resulta lógico, entonces, que en este contexto, surjan constantes expresiones regionalistas. Pero si queremos calar un poco más hondo, los planteamientos regionalistas no pueden consistir solamente en ejercer una continua presión al gobierno para que transfiera recursos en beneficio de las provincias que se consideran desfavorecidas en el reparto de los recursos presupuestarios, o en condenar la suscripción de un convenio del gobierno con una universidad de Quito para realizar un estudio educativo de alcance nacional. El elemento presupuestario con ser importante, es sin duda insuficiente y debería estar acompañado también de otras dimensiones como las de identidad regional, participación, etnicidad, legitimidad y, todo esto aunque parezca contradictorio, sin perder de vista la conveniencia de reforzar al Estado-nación, puesto que hoy son cada vez más frecuentes las invocaciones de provincias, sectores, clases sociales, instituciones, para que el Estado intervenga en todas las actividades del Ecuador. De paso, universidades como la ESPOC y otras tanto de Guayaquil como de algunas provincias del país, en buena hora, también han suscrito varios convenios con instituciones gubernamentales y recibido recursos para realizar investigaciones de alcance nacional.

En los últimos días, y como parte de una serie de planteamientos sobre estos aspectos, un editorialista de “El Telégrafo” llegó a sostener que, *La forma más perversa del regionalismo es la que lo identifica con el centralismo* y que este se expresa fundamentalmente, por un lado, en negar a las provincias posibilidades para desarrollarse conforme a las orientaciones de su vocación productiva y a la explotación cabal de sus recursos naturales y, por otro, en asumir que todos los habitan-

tes del país están obligados a mantener la opulencia de la capital de la República, aunque carezcan de los más elementales servicios públicos.

Interesante aunque inconcluso pensamiento. ¿Cuál es la orientación productiva de provincias como Bolívar, Loja, Carchi, El Oro, Manabí, Esmeraldas, Zamora Chinchipe? A la vez, si las provincias guiaran su “desarrollo” por sus “vocaciones productivas”, ¿ello garantizaría adecuados niveles de bienestar para sus poblaciones? ¿Cuáles son las provincias que transfieren enormes masas de recursos no solamente a la capital de la República sino a otras ciudades del país y aún del exterior, para sostener la opulencia no del conjunto de tales ciudades sino de contados grupos económicos y sociales que viven en ellas y que son beneficiarios de la actual modalidad de comportamiento de la economía y de la sociedad nacional?

Son preguntas también interesantes sobre las cuales deberían ensayarse algunas respuestas. Probablemente en la formulación de estas, surja la necesidad de corregir las deficiencias del Estado nacional y, otro tema, la conveniencia de alcanzar una mayor articulación de regiones y provincias que hoy se encuentran escasamente vinculadas y dispersas, donde el elemento básico de su identidad es la pobreza de la mayoría de su población.

Hoy el país vive una crisis de enormes proporciones que está causando un inmenso malestar económico y social a la mayoría de los ecuatorianos pero que, como toda crisis, está también contribuyendo a crear conciencia en las capas medias de la sociedad, en los pequeños y medianos empresarios, en los trabajadores del campo y de la ciudad, de la costa, de la sierra, del oriente y de Galápagos, en “los de abajo” en suma, sobre las verdaderas raíces de las dificultades nacionales.

En plena crisis, hoy la mayoría de la gente empieza a reparar en la naturaleza de sus hondos problemas, está valorando la eficacia de las propuestas presentadas por partidos políticos tradicionales en materia tributaria y de creación de ciertas instituciones llamadas a reconstruir la costa ecuatoriana. Está observado el real control que ciertos partidos,

grupos y figuras ejercen sobre el gobierno actual de una manera muy directa, instrumentándolo a fin de que con sus políticas favorezca los intereses de los grupos más adinerados y, a la vez, neutralice la organización y movilización de los sectores populares a fin de evitar la repetición eventual de episodios como los de febrero de 1997.

Si ello es así, tampoco corresponde desechar la probabilidad de que ciertas élites regionales, en sus esfuerzos por mantener su posición y no perder el control de los grupos subalternos, estén cultivado al regionalismo como estrategia política. Así ha sucedido en varios períodos de la vida nacional, conforme lo destaca Juan Maiguashca, un ecuatoriano ilustre que ha realizado notables aportes frente a este tema. Por lo mismo, deberíamos mirar con reserva las actitudes y opiniones de quienes, generalmente desafectos a la igualdad económica y social, revalorizan ahora al trabajo humano, reivindicán al indígena, al cholo, al pescador, al montubio, simbolizan a lo regional con ciertas figuras que nacionalmente no resultan tan gratas a la mayoría del pueblo. Ojalá que esta preocupación por “los de abajo”, se tradujera en una actitud consensual de las élites de todas las regiones del país por transferir recursos destinados a construir una sociedad nacional más igualitaria, reduciendo las diferencias entre trabajadores y clases adineradas ecuatorianas.

Entonces, me parece excelente que se debata la “cuestión regional”, como la denomina Juan Maiguashca, y que se lo haga sin perder de vista que, en el momento actual, el Estado ecuatoriano carece de recursos para distribuir, cuando el peso del servicio de la deuda externa es tan asfixiante, cuando se exprimen más que nunca los bolsillos del pueblo a través de elevaciones de los precios y de las tarifas de los bienes y servicios públicos, cuando se entregan enormes masas de recursos a ciertas instituciones financieras para que no quiebren. En cualquier caso, un tema para pensarlo detenidamente. Usted, estimado lector, ¿qué opina al respecto?

¿Descentralización, autonomismo, secesión? (23/02/99)

De manera simultánea al debilitamiento a nivel mundial de la categoría Estado-Nación, en los últimos meses en el Ecuador ha venido ganando espacio la discusión de los temas de la descentralización, de la autonomía provincial y regional, incluso del federalismo y aún de la secesión. Donde probablemente más se ha planteado esta discusión es en Guayaquil, ciudad capital de una provincia con una actividad económica proyectada más hacia el exterior, donde el desarrollo del capitalismo basado en la empresa privada es de más larga data, donde sin lugar a dudas se concentra la mayor riqueza nacional y donde más se difunde una ideología regional descentralista, autonomista y en no pocos casos hasta secesionista. La preocupación principal de esta ideología regional, está centrada en destacar la injusticia que se advierte en materia de transferencia de recursos o de servicios educativos, de salud y de bienestar en general desde la capital de la República fundamentalmente hacia Guayas y otras provincias del litoral.

Los anhelos de autonomía y hasta de independencia regional han sido frecuentes y han surgido, normalmente, en las regiones más ricas de diversos países del mundo. Son los casos de Milán, la capital económica de Italia que frecuentemente ha planteado su separación de Roma, la capital política. El caso de Río Grande do Sul, un rico Estado que con relativa frecuencia también ha propiciado su separación del Brasil. La desmembración de España ha provenido fundamentalmente del país Vasco y de Cataluña. En Estados Unidos, los lujosos como deslumbrantes suburbios de Santa Mónica y Malibú, terminaron por desvincularse de Los Angeles. Movimientos autonomistas y separatistas se han observado también en Canadá, Bélgica, Gran Bretaña, Suiza, Yugoslavia.

En nuestro país, quienes han promovido los afanes autonomistas, federalistas y aún separatistas, apelando muchas veces a una etnicidad común, la forma de comer, de vestirse, de bailar, de expresarse o de ser miembros de una “sociedad distinta”, no han logrado convencer ni atraer mayoritariamente al pueblo de las respectivas provincias o re-

giones. Para los campesinos, los obreros, los cholos, los indios, los negros, los pescadores, importantes segmentos de las capas medias del país, incluso para ciertos grupos empresariales e inversionistas que conforman poderosos grupos económicos que actúan a nivel nacional, es probable que la autonomía regional y/o el separatismo carezcan de verdadero significado y que por lo tanto no constituya un motivo esencial para lograr su movilización política.

Los trabajadores serranos que se desplazaron o que siguen desplazándose hacia el litoral, o viceversa, los habitantes del litoral que hoy viven en las provincias de la sierra, no se sienten serranos, paisanos, monos o costeños sino ecuatorianos empeñados en lograr para ellos una mejor atención estatal. Es que la integración nacional lograda en las últimas décadas bajo el desarrollo del capitalismo, aunque débil y deforme, ha devenido en la conformación de una sociedad cuya identidad estriba en trabajar para una economía nacional donde los múltiples gobiernos, con su política económica, han castigado y empobrecido más a los trabajadores, ya sean costeños, serranos, blancos, negros, indígenas o mestizos de Cuenca, Tulcán o Portoviejo.

Frente a esta realidad, cuando morlacos, “pastusos” (tulcanesños) o manabas, reclaman atención a sus necesidades esenciales, no lo hacen proclamando su deseo de separarse del país para conformar una nación distinta. Esto significa que ni aún ahí donde al parecer existe una mayor identidad étnica o cultural, han prendido ni son fuertes los deseos o las expresiones de autonomismo o secesión provincial.

Igual comportamiento se observa en los trabajadores ecuatorianos que viven en el exterior, soportando la xenofobia de los habitantes de los países receptores a cambio de ganar dinero para enviarlo a su patria de origen a la que se sienten arraigados fuertemente. Acaso este hecho pone claramente al descubierto que el “regionalismo” y los afanes de federalismo y de secesión, no provienen precisamente de los grupos poblacionales más pobres.

Por lo mismo, aquí lo importante es que los diferentes gobiernos se empeñen responsablemente por desarrollar todas las provincias del Ecuador, admitiendo que para disminuir las diferencias entre unas y otras, es probable que las más pobres y atrasadas deban recibir un tratamiento preferente a través de mecanismos distributivos centrales de parte de las más ricas y avanzadas, destruyendo así todo sentido de concentración absurda de la riqueza a nivel nacional y provincial.

Es que la descentralización, el autonomismo o el separatismo, manteniendo la misma estructura económica, social y de poder, antes que ser una verdadera solución, pueden más bien originar unidades territoriales y hasta mini estados que sin duda tendrán los mismos sino mayores inconvenientes que los que tienen ahora para avanzar en su desarrollo. El riesgo de todo afán separatista a ultranza, sobre todo cuando pretende afirmarse en etnicidades frecuentemente arbitrarias, es que pueden desembocar en persecuciones, expulsiones, rivalidades, odios, genocidios y hasta en eventuales “limpiezas étnicas”, como sucede ahora en la ex Yugoslavia, con las identidades serbias, croatas y albanesas en la región de Kosovo, que están generando graves preocupaciones de conflicto internacional.

En largos años de convivencia nacional, hoy existe en la mayoría de la población del Ecuador el claro convencimiento de que hay muchos elementos capaces de mantener unido al país para enfrentar los retos de su destino; por lo mismo, creo que lo verdaderamente trascendente es construir una nación donde los derechos y las libertades de cada persona de cualquier provincia, estén salvaguardados plenamente. ¿Le parece a usted, amable lector?

Integración fronteriza ecuatoriana peruana (02/04/99)

A raíz de la suscripción del acuerdo de paz con el Perú en octubre de 1998, los pueblos de las regiones fronterizas de los dos países se han venido organizando y movilizándolo para lograr que sus respectivos gobiernos, ejecuten una acción concertada a fin de satisfacer algunos de sus más sentidas necesidades y proyectos. Así por ejemplo, en no-

viembre de 1998 se reunieron en la cabecera parroquial de Chacras, Cantón Arenillas de la Provincia de El Oro (Ecuador) y en el sitio La Palma del Distrito Papayal, Provincia de Zarumilla, Departamento de Tumbes (Perú), los miembros de los respectivos Comités Nacionales de Frontera, a fin de constituir el Comité de Frontera Chacras-La Palma, que se aspira sea un organismo oficial reconocido por el Comité Nacional de Vecindad creado por los dos países en el marco de los acuerdos de paz, cooperación e integración suscritos oportunamente.

Este Comité de Frontera Chacras-La Palma, integrado por autoridades seccionales y representantes de la ciudadanía de las zonas fronterizas de los dos países, se ha venido reuniendo de manera frecuente a fin de analizar y promover iniciativas y proyectos enderezados a cristalizar los esfuerzos de integración y desarrollo ecuatoriano-peruano.

Uno de los proyectos que más atención ha merecido del Comité de Frontera, es la rehabilitación del paso fronterizo Chacras-La Palma, a fin de hacer posible el tránsito vehicular que, sin duda alguna, exigirá el considerable intercambio comercial que se desarrollará entre los dos países con motivo de la suscripción del acuerdo de paz y los ulteriores acuerdos que en materia económica, financiera, tecnológica, educativa se han suscrito o están en vías de suscribirse entre los dos países.

Se habla de la rehabilitación del paso fronterizo en razón de que antes del conflicto bélico de 1941 y hasta 1953, entre las dos poblaciones existía un activo intercambio comercial que se facilitaba gracias a la existencia de un puente internacional de madera, que inclusive los gobiernos de Ecuador y Perú pretendieron mejorarlo en 1994, pero que no lograron hacerlo debido a la guerra no declarada entre ambos países en 1995.

Claro que proyectos de esta naturaleza pueden parecer de escasa significación si se los examina desde el ángulo de una integración global o como parte de la agenda de La Cumbre de los Presidentes del Continente Americano, donde se tratan temas que se proyectan en de-

claraciones generalmente grandilocuentes que atraen la atención de los más importantes medios de comunicación mundial.

Pero la construcción de un puente internacional sobre el río Zarumilla entre Chacras y La Palma, es de enorme significación, desde el punto de vista de su contribución a la complementación económica de regiones abandonadas y deprimidas de los dos países, donde su población jamás desmayó en sus esfuerzos por alcanzar mejores niveles de bienestar. Es que si la integración de las economías de Ecuador y de Perú va a tener significado, será porque los gobiernos de los dos países se van a preocupar por ejecutar obras y acciones capaces de satisfacer las demandas más sentidas de dos pueblos fronterizos hermanos.

El proyecto de construir un puente internacional, ha sido visto con recelo y hasta ha despertado ciertas resistencias en algunos sectores de la población de Huaquillas, que considera que el nuevo puente debe construirse donde se encuentra el actual que une a Huaquillas con Aguas Verdes.

Al margen de razones técnicas que aconsejan la construcción de este tipo de puentes en sitios un tanto alejados de centros poblados, como lo demuestra incluso la experiencia de todos los pasos de frontera existentes en varios países latinoamericanos y otros del mundo (Casos de Rumichaca-Ipiales entre Ecuador y Colombia; San Antonio-Cúcuta, entre Colombia y Venezuela; La Palma-San Marcos, entre el Salvador y Honduras; y aún en países desarrollados como son los varios cruces de frontera entre algunos países de Europa y los casos de Laredo y Nuevo Laredo y aún de Tijuana y San Diego entre México y Estados Unidos), se debe tener muy en cuenta que Huaquillas es una ciudad que ha crecido de manera desordenada, que en gran parte se encuentra saturada y en cierta forma congestionada por un tupido tráfico automotor, donde por lo mismo la construcción de un nuevo puente para que soporte un tráfico automotor pesado resultaría muy costoso por la cantidad de expropiaciones de viviendas y otros terrenos colindantes. Adicionalmente, Aguas Verdes es una población sometida a graves

riesgos de inundaciones lo cual también haría más costosa y compleja la construcción de un puente internacional en tal lugar.

Por supuesto que al plantear estas reflexiones, no es para recomendar el abandono de Huaquillas. Entre Huaquillas y Aguas Verdes continuará desarrollándose un intenso comercio al por menor y, para facilitararlo, debería pensarse en establecer una zona de libre circulación de personas, bienes, servicios, capitales, así como construir, entre las dos poblaciones, un amplio parque binacional y un centro de convenciones que les posibilite a las dos ciudades una nueva dimensión incluso cultural.

La integración peruana-ecuatoriana ofrece un inmenso potencial. En la zona de frontera a la que me estoy refiriendo, existen en el Ecuador al menos 12 y en el Perú 37 comunidades fronterizas que podrían conformar una micro región productiva y comercial de enorme dinamismo si es que los gobiernos de los dos países impulsan proyectos en los campos de la interconexión eléctrica, la conservación y el manejo forestal, la industrialización de productos agropecuarios, el desarrollo coordinado de cuencas hidrográficas, ciertas iniciativas en materia de educación y de turismo, etc., etc. que pueden constituirse en factores de indudable aliento al desarrollo y a la unidad de los pueblos de Ecuador y de Perú.

La necesidad de las autonomías regionales (06/04/99)

Durante las últimas semanas y, al calor de la crisis que vive el país, se han seguido presentando innumerables rechazos a lo que se considera el acendrado centralismo imperante en el Ecuador, así como ofreciendo algunas propuestas generales para llevar adelante un proceso de descentralización en unos casos y de creación de autonomías regionales en otros, con lo que se aspira a implantar un “nuevo” modelo de desarrollo capaz -se dice- de asegurar así el bienestar para todos los habitantes del Ecuador, sin distingo de clase social, etnia, color, género, edad.

Por cierto que hay propuestas y propuestas. Algunas de ellas, sin duda que revelan inquietudes positivas y alentadoras, en cuanto buscan explicar racionalmente las causas del atraso del país, ofreciendo a la vez una suerte de sistematización de los problemas más graves y de los hechos que los han condicionado históricamente. Pero asimismo hay otros ensayos que se distinguen por su falta de integridad o su parcialidad, porque exhiben un increíble grado de sumisión a los grupos dominantes de las distintas regiones del país, porque repiten fórmulas gastadas que parecen haberse elaborado, más que para explicar científicamente el fenómeno del desigual desarrollo regional del Ecuador, para simplemente generar más antagonismo y desviar la atención de lo que verdaderamente importa.

Así por ejemplo, hay enfoques supuestamente explicativos del subdesarrollo nacional que empiezan estableciendo relaciones funcionales, mecanicistas y a menudo lineales y arbitrarias, entre centralismo y dependencia, centralismo y subdesarrollo, centralismo e ineficiencia, con lo que convierten dogmáticamente y como por arte de magia al centralismo en fenómeno rector del atraso del Ecuador, sin establecer las indispensables conexiones que distintos hechos parciales tienen con el proceso real del desarrollo nacional. Como es fácil de comprender, para quienes piensan y explican el atraso del país de esta manera, carecen de importancia científica categorías históricas de indiscutible valor como las clases sociales, las relaciones y conflictos que surgen entre ellas, la conformación y el papel que históricamente ha desempeñado el Estado, la alarmante desigualdad en el reparto de la riqueza y el ingreso, las relaciones de dependencia existentes entre el Ecuador y los países capitalistas desarrollados, la acumulación privada de capital, incluso el fenómeno del imperialismo.

Resulta claro que al proceder de esta manera, esto es, al escoger de antemano o apriorísticamente, a ciertas variables supuestamente explicativas del subdesarrollo ecuatoriano, se omite el análisis de elementos de notable trascendencia y capaces de contribuir a explicarnos las verdaderas raíces de la problemática nacional. Esta desvinculación que suele hacerse entre nuestra situación de subdesarrollo con una serie de

aspectos fundamentales propios del proceso histórico de conformación del capitalismo en el país, termina por alentar, de manera pragmática, la ilusión desarrollista de creer que, mediante la sola creación de autonomías regionales y manteniendo la errática y demostrada incompetencia histórica de los grupos dominantes del Ecuador, se podrá lograr un acelerado y autónomo proceso de desarrollo.

No tengo la menor duda de que en el Ecuador existe una concentración de los frutos del crecimiento económico en ciertas regiones y provincias del país y que este hecho es, antes que el determinante del atraso provincial, la consecuencia de la modalidad específica del desarrollo del capitalismo, que también se da en otros países. Es que los hechos ocurridos y que ocurren hoy en el Ecuador, como la inflación, el desempleo, los déficit presupuestario y de nuestras relaciones con el exterior, la ausencia de inversiones, confirman que el atraso nacional se encuentra íntimamente articulado a la esencia misma del sistema económico social que vivimos y no a una sola de sus partes, por ello la necesidad de examinar de manera interrelacionada y no esquemática, simplista, funcionalista ni mecanicista a una serie de fenómenos fundamentales que no son aislados ni ajenos a la acción humana sino que han venido modificándose históricamente, lo que demuestra, a la vez, que no son elementos rígidos ni intocables.

Por supuesto, en la perspectiva de conocer mejor nuestros problemas y de encontrar un adecuado método para ello, hay aún mucho por descubrir y utilizar. Lo importante por el momento es no dejarnos arrastrar por esquematismos excesivos. Si para ello es preciso revisar cuidadosamente los instrumentos hoy desechados por razones ideológicas, se debe hacer. En esta dirección, ojalá que las universidades ofrezcan su decidido aporte. ¿Le parece a usted, apreciado lector?

CORPECUADOR: De milagroso a villano (27/07/99)

Hace un año escribí un artículo bajo el título de “Corpecuador: ¿manzana de la discordia?”. En él expresaba mis dudas sobre la eficacia de crear una institución como la nombrada para que se hiciera cargo

de la reparación y reconstrucción de las vías de la costa. Mis dudas se concentraban en tres elementos esenciales: primero, que la creación del citado organismo atentaba contra la estructura institucional y creaba una duplicación innecesaria de funciones, generando despilfarros que se debían evitar, mucho más en una situación como la que vivía entonces el Ecuador, con la presencia de una enorme brecha fiscal generada por los beneficiarios del actual estado de cosas en el país, los grandes grupos o consorcios que han centralizado y concentrado en su beneficio, la mayor parte de la riqueza, del ingreso y del poder en el Ecuador.

Es más, anotaba que, si la estructura institucional de entonces se la consideraba deficiente, incapaz y corrupta para *supervisar y decidir la contratación y planificación de las áreas afectadas por fenómenos naturales* como los ministerios de Agricultura, Obras Públicas, Vivienda, las Prefecturas, los Municipios, lo pertinente era transformarla, mejorarla y hasta suprimirla, pero no montar una estructura paralela.

El segundo elemento que fundamentaba mis dudas, se refería a la base tan precaria e inestable de financiamiento que se preveía en favor de Corpecuador, conformada por el 25 % de los intereses del Fondo de Solidaridad, cifra a todas luces insuficiente e incierta. Otra fuente era la exoneración del impuesto a la renta que, se pensaba, iba a ser donado a la Corporación, lo cual representaba un nuevo escudo fiscal que sin duda iba a menguar los ingresos fiscales y privilegiar la evasión tributaria. Una tercera fuente de ingresos era el establecimiento de un impuesto a las exportaciones de banano que, durante 1998, se calculaba iba a bajar en un 25 % respecto al año anterior, impuesto que, por otra parte, se trasladaría a los productores, afectados por el fenómeno de El Niño. Una cuarta fuente de ingresos estaba constituida por la contratación de nueva deuda externa, lo cual -decía en mi artículo- generaría nuevas dispersiones en el manejo de un asunto que debía y debe ser tratado con enorme responsabilidad y cuidado.

Finalmente, un tercer elemento que generaba dudas sobre la conveniencia del proyecto de ley que creaba Corpecuador, giraba en relación a la concepción del centralismo que, para mí, es antes que cau-

sa, consecuencia de un manejo económico y político que, tradicionalmente, ha estado a cargo de representantes de contados grandes grupos económicos detentadores de los esfuerzos de millones de trabajadores ecuatorianos. El centralismo ha hecho y hace sentir sus efectos en la gente pobre de todas las provincias del Ecuador y su remoción no iba ni va a resultar posible de lograrla mediante solamente la creación de nuevas instituciones gubernamentales.

Pues a los dos días de haberse publicado este artículo, el diputado socialcristiano economista Xavier Neira envió una carta al Director de El Telégrafo sosteniendo, entre otras cosas, que la creación de Corpecuador molesta a

los parásitos del presupuesto tanto a los activos como a los jubilados [y que] el coro de amargados que entonan el himno centralizador [no reparan en que Corpecuador] no es un organismo centralista, sino la antítesis del centralismo.... es la respuesta a un Estado parapléjico que no logra dar respuesta a las angustias de las gentes.

La prensa informa que el lunes 13 de este mes, se reunió en la ciudad de Guayaquil el Directorio de Corpecuador, con la inasistencia de los diputados socialcristianos quienes fundamentaron su ausencia, en la inconformidad por la gestión del organismo promocionado por ese partido y creado al término del gobierno de Fabián Alarcón. Es más, el diputado Neira sostuvo que el organismo es una burla, una inoperancia, un show y que debe desaparecer *a fin de que el Ministerio de Obras Públicas asuma su función.*

Es decir que después de un año de operación de un organismo creado con la ilusión de enfrentar los problemas de la vialidad de la costa ecuatoriana, hoy se repara en que no fue la mejor solución. Cuánto habría ganado el país si, oportunamente, se hubieran escuchado razones y discutido con tolerancia, respeto y argumentación, la creación de Corpecuador. Desafortunadamente se prefirieron los planteamientos soberbios, rabiosos, viscerales; se privilegió la estigmatización del adversario cuando no la prepotencia personal, ambas, formas ciegas y torpes de formular análisis y de hacer polémica en el Ecuador.

Por ello es indispensable que quienes hacen política y quienes tenemos la responsabilidad de analizarla y de orientar a la población a través de los medios de comunicación -que es, en cierta forma, otra manera de hacer política-, hagamos nuestra autocrítica y procuremos desarrollar nuestras actividades mediante un método civilizado y correcto, en el sentido de acertar en el análisis y contribuir con el pueblo en su proceso de evolución. Nada mejor para ello que empezar por enfrentar nuestras afirmaciones pasadas al juicio de la realidad. ¿Le parece a usted, amable lector?

Descentralización y retórica (16/11/99)

Hace algunos meses, desde esta misma columna, llamaba la atención de los lectores sobre la actitud de ciertas élites regionales que, en plena época de crisis y para mantener su posición y no perder el control de los grupos sociales subalternos, utilizan como estrategia política al regionalismo o difunden las bondades de una milagrosa descentralización, a la cual se le atribuyen virtudes que nadie sensatamente o en épocas normales se atrevería a hacerlo.

Esta apreciación la veo hoy fortalecida a la luz de escuchar y de leer tantas y tantas opiniones de ilustres como connotadas figuras empresariales, políticas, académicas convocadas para que diserten sobre el tema y señalen lo que hay que hacer para avanzar en una descentralización que haga posible el desarrollo del Ecuador. Por tratarse de tan connotadas figuras, difícilmente se las critica ni se les reclama aportaciones concretas sobre el tema.

De las propuestas que hasta ahora se han formulado, incluyendo las de Manabí, Fuerza Ecuador, Amazónica, Loja Zamora, Azuay Cañar, Provincias de la Sierra y el Oriente (G 6), Los Ríos, Santo Domingo, CONCOPE, AME y las sugeridas por diferentes personalidades observo, en primer lugar, que a la descentralización se le atribuye la satisfacción de objetivos verdaderamente trascendentales como promover el desarrollo económico, social y político de manera armónica y equilibrada en todos los espacios y jurisdicciones territoriales que confor-

man el Estado ecuatoriano; profundizar y extender la democracia como modo de vida de todos, o dicho más gráficamente; *ponerle un enorme balón de oxígeno a una democracia que ya no hace soñar al país ni le asegura un futuro mejor*; superar la grave crisis que nos afecta a todos; lograr la redistribución del poder político en la sociedad nacional; alcanzar el bienestar material y espiritual así como una óptima calidad de vida del pueblo; hacer posible la participación ciudadana y el respeto de los derechos humanos; enfrentar de mejor manera el proceso de globalización.

Después de leer estas aspiraciones, es legítimo que nos preguntemos ¿cómo es posible que los ecuatorianos seamos tan torpes y antes no nos hayamos dado cuenta de que gracias a la descentralización íbamos a poder satisfacer tan ambiciosos como deseables propósitos?

En segundo lugar y acaso como característica común de las “propuestas”, sobre todo cuando se trata de las autonomías, observo que se cuestiona a la actual estructura estatal como legítima representación política del pueblo, sin embargo de lo cual, insisten en la preservación de la división política administrativa provincial, acompañada en algunos casos de la creación de parlamentos también provinciales integrados en buena parte con representantes funcionales; la exigencia para que se aumente y acelere el proceso de transferencia de recursos desde el gobierno nacional hacia las provincias y municipalidades; las frecuentes referencias a la Constitución Política del país, en especial, a su título XI lo cual, de paso, estaría reconociendo que contamos con las bases legales suficientes para iniciar un proceso reflexivo y ordenado de descentralización que ciertamente ayude al desarrollo nacional.

Entonces, en las propuestas, exceptuando quizás la de Manabí, no se hace referencia a la distribución de los costos, como el servicio de la deuda externa, la contribución a las provincias rezagadas, el financiamiento de las funciones de defensa y seguridad nacionales, la dirección de la política exterior, la política económica y tributaria del Estado, los convenios internacionales que seguirían siendo competencias del gobierno central.

Las exposiciones de los notables sobre el tema de la descentralización, tienen también como elemento común la aceptación de que en el Ecuador existe una concentración y centralización del poder político (que lo suponen ajeno a la concentración y centralización del poder económico), siendo imperioso consiguientemente que este poder se descentralice a fin de lograr un cambio social profundo que vuelva a nuestra sociedad más democrática y armoniosa.

¿Y cómo lograr esto último? Mediante, dicen, *la reforma al sistema político electoral, judicial y legislativo y todo el comportamiento real de la sociedad*. ¿Y quién va a realizar estas reformas? Al parecer, no serán los partidos políticos puesto que la concentración y centralización del poder político en el Ecuador es la resultante de

la sobrevinculación entre quienes ejercen las potestades públicas y una centralización del poder político en las cúpulas de los partidos [existentes en el país].

Aprecie usted, amable lector, como la presentación de estas preguntas, despiertan otras más de difíciles respuestas. Los entusiastas promotores de la descentralización, están en la obligación de echar luz sobre el tema. Mientras tanto, creo que un llamado a la ponderación no está demás. La descentralización, con ser importante, no es la panacea para todos nuestros problemas. Como en muchos otros aspectos de la vida, hay descentralizaciones y descentralizaciones. Una que se lleve a cabo en el Ecuador a cargo de quienes se benefician o pretenden preservar la concentración de la riqueza y la acentuación de la desigualdad económica y social de los ecuatorianos, manteniendo la misma estructura de poder a nivel regional, provincial, municipal, traerá más bien consigo una balcanización del país, la reproducción de prácticas caudillistas y clientelares y hasta centralistas a nivel de las nuevas organizaciones territoriales administrativas y políticas que se conformen.

Entonces, la descentralización, el autonomismo o el separatismo, manteniendo la misma estructura económica, social y de poder, antes que ser una verdadera solución, pueden más bien originar unida-

des territoriales y hasta mini estados que sin duda tendrán los mismos sino mayores inconvenientes que los que tienen ahora para avanzar en su desarrollo, con el riesgo de que todo afán descentralizador, autonomista o separatista a ultranza, puede desembocar en persecuciones, expulsiones, rivalidades, odios, genocidios y hasta en eventuales “limpiezas étnicas”. Una simple mirada a lo que acontece en el mundo de hoy, nos hace comprender que quiénes mejor resistieron, sacaron beneficios y hasta impusieron condiciones del y al proceso de globalización, fueron y son los países conformados como Estados Nación más consolidados o integrados. Los más débiles y balcanizados sucumbieron, sin ninguna trascendencia en el panorama internacional.

Un debate sobre el tema de la descentralización, no puede perder de vista esta serie de apreciaciones. ¿Qué le parece a usted, amable lector?

Autonomías, descentralización, interrogantes y expectativas (21/12/99)

La semana última tuve la suerte de asistir a dos importantes eventos sobre descentralización y autonomías provinciales organizados, el uno, por la Asociación de Profesores de la Universidad Técnica de Portoviejo y, el otro, por el Instituto de Investigaciones Sociales (ILDIS) con representantes de varias organizaciones sociales y populares en la ciudad de Guayaquil. El primero fue un evento informativo y de reflexión, el segundo, para poner a consideración y discutir con los asistentes un documento sobre el tema elaborado por un equipo de representantes de varias universidades del país, que han conformado una Red Universitaria sobre Descentralización.

Lo primero que corresponde destacar es el enorme interés ciudadano por conocer el tema. En Portoviejo, hubo una asistencia multitudinaria, en especial de estudiantes y de profesores, e infinidad de interrogantes, dudas, ilusiones y comentarios críticos sobre el tema. En el segundo, primó más bien un sentido de reflexión y de crítica a un proceso que, a decir de los asistentes, se le atribuye una enorme cantidad de objetivos imposibles de poderse satisfacer.

Algunos puntos salientes que con más frecuencia se plantearon en los dos eventos, son los que se mencionan a continuación:

1. Se insiste que el tema de la descentralización y de las autonomías provinciales no debe atentar contra la unidad nacional que, a toda costa, hay que preservar. En este marco, admiten que la idea de descentralizar o de conformar autonomías, luce como proyectos sugerentes, en cuanto con ellos lo que se perseguiría es alcanzar una mayor participación de la población en la definición y ejecución de decisiones, avanzando hacia una nueva forma de organización del aparato estatal ecuatoriano, que remplace al ineficiente y caduco estado centralista actual.
2. Se hizo notar claramente que la idea de descentralizar y de crear autonomías provinciales es coincidente con la vigencia de una grave crisis nacional, quizás la más aguda, compleja y difícil vivida por el país en toda su historia y, asimismo, es simultánea con la “globalización”. Respecto a lo primero, se sostuvo que se trata de un planteamiento recurrente que ha sido esgrimido por élites provinciales sea para desviar la atención de los efectos especialmente sociales de la crisis, o para mantener el control político que tales élites ahora ejercen sobre vastos grupos sociales subalternos.

Con relación a la simultaneidad de los planteamientos de la descentralización y de la globalización, se destacó que este es un proceso que ejerce una significativa influencia segmentadora o segregacionista de los Estados nacionales, lo cual, por lo mismo y para no obrar apresuradamente, exigiría abrir un amplio espacio de reflexión sobre las perspectivas de la globalización.

3. Un aspecto reiterado especialmente en la ciudad de Guayaquil fue el que hace relación a lo siguiente: si la descentralización y/o la creación de autonomías son concebidas como un nuevo modelo de organización del Estado, se debe tener muy en cuenta que no basta centrar la atención en los aspectos administrativos, presupuestarios, institucionales, sino en los recursos que hagan posible una

nueva y diferente distribución del poder, del ingreso, de la propiedad, de los recursos culturales, en suma, de la instauración, con diferentes protagonistas políticos, de un nuevo orden económico, social y político nacional.

4. En la perspectiva anterior, se mencionó también que se deben identificar los elementos generadores de aquellas estructuras productivas dinámicas como las que hoy están presentes en la provincias más desarrolladas. Muchos de estos elementos determinan, por ejemplo, que la mayor cantidad de empresas industriales se encuentren hoy localizadas en Guayas y Pichincha, que muchos de los depósitos bancarios en las provincias rezagadas se transfieran a las más desarrolladas, privándolas de excedentes invertibles que las debilitan aún más, ahondando las desigualdades económicas territoriales.
5. Se destacó en los dos eventos, la necesidad de profundizar en el análisis de temas referidos a los ingresos tributarios provinciales, a las transferencias de recursos que actualmente reciben todas las provincias y cómo esto se modificaría bajo parámetros diferentes de asignación. Además, se hizo notar la necesidad de contar con una adecuada información sobre la capacidad de las diferentes provincias ecuatorianas para hacerse cargo del manejo de competencias o responsabilidades que les serían transferidas por el gobierno nacional.
6. Algunos representantes de organizaciones barriales y populares de Guayaquil, hicieron notar que los anhelos de descentralización y autonomización están siendo liderados por dirigentes políticos que, en el ejercicio de sus altas funciones gubernamentales o seccionales, jamás se mostraron ni se muestran afectos a estimular una adecuada participación social y popular en la formulación y ejecución de las principales decisiones, como lo reclama un auténtico proceso de descentralización. Este hecho no solo que genera dudas sobre la autenticidad de promover un proceso que busca modificar prácticas tradicionalmente inadecuadas, sino que hasta despierta

sospechas sobre si con él lo que se busca, más bien, es emprender en un intento oculto y malicioso de avanzar en un agresivo plan de privatización, desregulación y desmantelamiento indiscriminado de activos y funciones estatales, causando muchos daños al Ecuador.

Como usted puede observar, amable lector, hay un sinnúmero de dudas e interrogantes sobre un tema que es sumamente importante para el país.

Identidad o esquizofrenia y autonomías provinciales (28/12/99)

La serie de iniciativas que se han publicitado últimamente con motivo de la descentralización y el tema de las autonomías provinciales como elementos claves para lograr el verdadero desarrollo del Ecuador, me han hecho recordar algunos planteamientos que anteriormente también se formularon sobre temas asimismo considerados esenciales para alcanzar similar propósito y, algunas reflexiones de Miguel Donoso Pareja sobre la locura y el folklore como parte de nuestra identidad.

Con respecto a lo primero. ¿Recuerda usted, amable lector, la pasión con la que se defendió la creación de Corpecuador? Para justificar esta postura, se sostuvo en su momento que gracias a este organismo, iba a ser posible la rápida reconstrucción de la Costa ecuatoriana. Se dijo que Corpecuador era la antítesis del centralismo; era *la respuesta a un Estado parapléjico que no logra dar respuesta a las angustias de las gentes*; que con la creación de Corpecuador iba a ser posible enfrentar a una estructura institucional deficiente, incapaz y corrupta para supervisar y decidir la contratación y planificación de las áreas afectadas por fenómenos naturales.

Después de más de un año de funcionamiento de Corpecuador, creado con la ilusión de enfrentar básicamente los problemas de la viabilidad de la Costa ecuatoriana hoy se reconoce, incluso por sus mismos promotores, que aquello no fue la mejor solución.

Otro hecho sobre el cual también se forjaron enormes expectativas e ilusiones, se refiere a la conformación de la Asamblea Nacional Constituyente en noviembre de 1997. Las voces de optimismo que entonces se proclamaron, iban en la dirección de hacer creer a la población de que gracias a la voluntad de un grupo de asambleístas, iba a ser posible poco menos que cambiar la realidad nacional e inaugurar una fase de enorme felicidad para todos los ecuatorianos.

En esta tarea, se despreció el análisis de limitantes políticos, económicos, sociales, tecnológicos nacionales e internacionales que condicionan los procesos evolutivos de cualquier país en particular. El resultado de todo ello es que hoy la frustración se ha impuesto, hasta el punto de que ya se formulan severos cuestionamientos al contenido de la actual Constitución, reclamándose nuevamente la introducción de significativas reformas.

Se pueden agregar a la lista infinidad de iniciativas similares. Intente hacerlo usted, amable lector, empezando quizás con los propios “slogans” de las campañas electorales para elegir Presidentes de la República. Comprobará que discursos y hechos, unos más importantes que otros, han tenido el claro propósito de ilusionar a la población, generar expectativas para, en muchos casos capear ciertos temporales y, a la vuelta de la esquina, constatar que la cruda realidad es más difícil de cambiar, frente a las declaraciones voluntaristas y la elegante retórica de candidatos y proponentes.

Lo malo es que en el país no existen mecanismos capaces de reactivar la memoria política de la población. Y no existen porque a quienes controlan el poder real en el Ecuador, no les interesa ni conviene. Y mientras esto suceda, creo que el futuro como nación lo tenemos cuestionado.

Miguel Donoso Pareja, un destacado escritor guayaquileño y mejor ecuatoriano ofrece una serie de apreciaciones que caen como anillo al dedo respecto de lo que estoy comentando. Dice, por ejemplo, que de los 168 años de nuestra vida republicana, buena parte de ella es-

tuvo dominada por la locura (a veces con una mezcla de lo floklórico, en el sentido de pintoresco, inadecuado y hasta de ridículo), la prepotencia y el autoritarismo (en ocasiones solos, en otras mezclados con la vulgaridad) o lo simplemente burdo, casi soez.

Dice Donoso Pareja que... *confundimos la aspereza verbal, la malacrianza, los guardaespaldas, los desplantes, con la energía del triunfador, con la decisión y la valentía.* Claro que bajo esta apreciación general, Donoso Pareja hace un esfuerzo por dibujar los estereotipos del costeño y del serrano. Así, siguiendo a Belisario Quevedo, otro destacado escritor latacungueño de comienzos de siglo, sostiene que

el costeño es individualmente generoso, pero no es socialmente solidario; [mientras que al serrano lo considera] portador de un sentido comunitario, una conducta seguramente heredada de las culturas indígenas [...] que debería ser parte importante de nuestra identidad.

Afirma el escritor Donoso Pareja que

el costeño [...] es ahora menos levantisco que el serrano, en parte por las represiones que ha debido soportar [...] y en parte porque ha sido introyectado por la ideología dominante en el sentido de que lo que más le conviene al país es la economía social de mercado; [lo cual ha permitido que en la Costa se de] una especie de alianza de clases en función del poder, mientras que la Sierra es más levantisca en defensa de la burocracia, la no privatización de ciertos sectores de la economía y de los derechos y reivindicaciones de los pueblos indígenas.

Pero bien, al margen de los estereotipos del serrano y del costeño que después de tantos años de convivencia hoy se encuentran sin duda atenuados, es pertinente constatar, como nuevamente nos enfrentamos al febril empeño de algunas élites provinciales por convencernos de que la descentralización y las autonomías son la varita mágica para definitivamente alcanzar el tan anhelado desarrollo nacional.

Si, como lo aseguran muchas personas dirigentes de empresas, políticos, académicos, periodistas, los principales problemas que soporta el país en materia de desarrollo regional o provincial desigual y

otros como la crisis, la inflación, la corrupción, la degradación ambiental, la ausencia de participación, los efectos malsanos de la globalización podemos resolverlos mediante la descentralización o la creación de autonomías provinciales, a buena hora. De ser aquello cierto, creo que haríamos muy mal en oponernos a tales proyectos.

Pero me parece esencial no actuar apriorísticamente y, más bien, tomar ciertas precauciones. El tema de las autonomías provinciales exige actuar reflexivamente, alejándonos no solo de la ideología y de la emoción, sino de todo esquematismo excesivo que más adelante nos pueda conducir a una nueva y más alta frustración. ¿Le parece a usted, amable lector?

Quito: perspectivas en el nuevo milenio (03/01/2000)

Un distinguido concejal del Ilustre Distrito Metropolitano de Quito, el economista Jaime Ruiz, nos pidió a tres personas que, en un acto público realizado en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), hiciéramos un esfuerzo por sustraernos a la angustia que generan los problemas cotidianos y nos ocupemos de conjeturar sobre lo que será la ciudad de Quito en el año 2010.

Por cierto que en una época como la actual, cuando arrecian una serie de dificultades económicas, cuando la mayoría de la población nacional se encuentra duramente castigada por el aumento del desempleo, la inflación, la delincuencia y sus consecuentes expresiones de inconformidad y hasta de violencia, es muy raro que alguien esté con el ánimo de explorar el futuro del Ecuador y de una ciudad tan importante como la capital de la República. Muchos dirán que es más trascendente preocuparse por satisfacer las carencias actuales que afligen a los quiteños y a los ecuatorianos, que ponerse a conjeturar sobre el país y la capital que tendremos por ejemplo en el año 2010.

Y sin embargo, es evidente la necesidad que existe de pensar en un horizonte de al menos diez años y hacerlo por dos razones esenciales. La primera, porque precisamente en la perspectiva de superar mu-

chos problemas actuales, se pueden comprometer recursos y esfuerzos que afectarán la situación del Ecuador y de Quito por ejemplo del 2010 y, segunda, porque es imposible pedirle a vastos segmentos de la población nacional que entreguen mucha más disciplina, sacrificios y esfuerzos, si no se les ofrece o propone objetivos dignos de ser alcanzados por ellos para más adelante.

En el año citado la población nacional será de 14.9 millones de personas y la de Quito, área urbana y suburbana, de 2.5 millones de personas. La sola mención de estas cifras ponen de manifiesto los inmensos esfuerzos que en materia de habilitación del suelo urbano, de creación de empleo, de requerimientos de educación, de vivienda, de dotación de servicios básicos, de capacitación laboral, de salud preventiva y curativa, de servicios sociales en general serán necesarios de emprender para satisfacer exigencias inevitables asociadas al crecimiento poblacional.

En lo que tiene que ver con la habilitación del suelo urbano, por ejemplo, se considera que por cada mil habitantes adicionales, el área urbana de Quito aumenta en 13.8 hectáreas, lo cual significa que, para el año 2010, el área urbana de la capital será 36 mil hectáreas más grande. A mayor número de personas se espera una mayor cantidad de vehículos para satisfacer las necesidades de transporte. Estudios realizados reconocen que, para el año 2010, dados ciertos supuestos moderados en materia de comportamiento de la tasa de motorización, en Quito existirán más de 450.000 vehículos particulares y públicos. Asimismo, la cantidad de basura generada en la ciudad, superará las 1.800 toneladas diarias.

En otro orden de cosas, si se mantienen las mismas relaciones entre los principales indicadores demográficos vigentes en el período 1990/1998, la población económica-mente activa a nivel nacional será del orden de los 5 millones y la de Quito de alrededor de 850 mil personas. La cifra mencionada a nivel nacional hace posible estimar de manera aproximada la inmensa tarea ocupacional que nos espera a los ecuatorianos. Durante los próximos once años, en el Ecuador, habrá

necesidad de crear nuevas oportunidades de empleo para unas 140/150 mil personas por año. En esta cifra no se incluye la necesidad imperiosa de reducir el actual nivel de desocupación vigente en el país, ni tampoco el subempleo actualmente existente, estimados en 500 mil y 2.3 millones de trabajadores, respectivamente.

Ahora bien, estas exigencias, ¿son compatibles con la actual infraestructura económica nacional, con los afanes aperturistas, fomentadores de las exportaciones, seductores del capital extranjero, revalorizadores del mercado que inspiran la política económica gubernamental y que desigualmente se vienen ejecutando en el Ecuador desde hace al menos veinte años?

La interrogante anterior representa la mejor constatación de que la problemática de la ciudad de Quito, de cualquier ciudad del país, está íntimamente ligada a la de la conducción general del destino de los ecuatorianos. Lo que se haga o se deje de hacer a nivel nacional, inducirá aceleradas y considerables repercusiones económicas, ecológicas, políticas y sociales.

Por cierto, resultó imposible en un acto tan informal y apresurado como el realizado, ensayar apreciaciones futuristas que requieren, sin lugar a dudas, de una mayor reflexión y el apoyo de múltiples investigaciones. Es más, la tarea de avisorar el futuro de un país, de una región, de una ciudad, supera los esfuerzos aislados de cualquier persona en particular. Se requiere del concurso de investigadores y de pensadores que actúen con una visión interdisciplinaria.

Entonces, el tema que nos convoca reclama la presencia constante de múltiples esfuerzos que el gobierno nacional, las diferentes provincias y ciudades están en la obligación de realizarlos. En cualquier caso, me parece importante insistir que, en el marco del “modelo” actual, escasamente promotor de una mayor participación de la población en los asuntos que la afectan, difícilmente se va a producir una mejora sustantiva en los niveles de vida de todos los ecuatorianos.

La distribución del ingreso generado en la ciudad de Quito se ha tornado mucho más regresiva o desigual. La numerosa capa media que se conformó en la década de los setenta, en gran parte se ha comprimido y deteriorado. Se conoce, por ejemplo, que actualmente el 10 % de la población de la ciudad, la conformada por los estratos más ricos, se apropia del 39 % del ingreso generado en el ámbito urbano; mientras que el 20 % de la población más pobre, solo recibe como ingreso global, apenas el 4.6 % del ingreso urbano. Esto significa que un reducido número de habitantes, disfruta de ingresos muy superiores a los de la mayoría de la población de la ciudad, lo cual acentúa la desigualdad e influye en la determinación de la demanda, en la configuración de la estructura productiva citadina, provincial y nacional, en la composición de las importaciones, en el perfil ocupacional de las personas que viven en Quito y del resto de ecuatorianos.

Por ello, si verdaderamente queremos avanzar hacia la conformación de un país y de una ciudad menos desigual, la situación anterior tiene también que modificarse, el ingreso tiene que desconcentrarse y ello trae aparejado una serie de exigencias en múltiples frentes puesto que la concentración del ingreso y de la propiedad -lo que equivale a decir- la concentración del poder económico, no puede ser vista de manera independiente de la concentración del poder político.

La persistencia en mantener una estrategia de desarrollo similar a la que ha estado presente en el Ecuador durante los últimos 20 años, puede agravar problemas como el desempleo, la desigualdad, la presencia de una estructura productiva desarticulada, una mayor dependencia del Ecuador frente al mundo desarrollado, una mayor difusión de pautas culturales foráneas, nuevas y mayores migraciones internas e internacionales, así como la ausencia de todo sentido de futuro que guíe nuestras reflexiones y acciones esenciales.

Capítulo V
**LA MAGIA DEL MERCADO
COYUNTURAS POLÍTICAS**

Mercado libre y competencia monopolista (29/09/98)

Comentaristas y editorialistas de múltiples medios de comunicación suelen con frecuencia difundir la tesis de que hoy en el mundo y en los países desarrollados es el libre funcionamiento del mercado el que está vigente y el que asigna de mejor manera los recursos disponibles, contribuyendo así a elevar la producción y la ocupación y a incrementar en general el nivel de bienestar de los consumidores. Por lo mismo, lo que suele repetirse insistentemente es que los gobiernos deben dejar de intervenir en la vida económica nacional, permitiendo que sean las manos invisibles del mercado las que determinen qué, cómo, cuándo y dónde producir.

La realidad sin embargo es bastante diferente y, quizás lo que mueve a confusión es que en la actualidad lo que se da es una muy alta competencia entre empresas o consorcios monopolistas u oligopolistas que han descentralizado geográficamente la producción, pero que jamás han perdido poder, financiamiento y control de la propiedad de esos consorcios o empresas.

Hoy en el mundo lo que se puede fácilmente constatar es una abierta confrontación comercial y financiera entre los más fuertes capitales transnacionales, a fin de conquistar una mejor productividad, eficiencia y competitividad para lograr una mayor porción del mercado mundial. Por eso es que no se ha detenido la conformación de so-

ciudades anónimas o de grandes consorcios, ni tampoco los enfrentamientos por incorporar nuevas y sofisticadas tecnologías y, cuando esto último no ha sido posible, por lograr alianzas estratégicas entre ellos, como el primer paso para alcanzar su absorción o fusión. Desde otro ángulo, los gobiernos en general siguen interviniendo y protegiendo a innumerables empresas, hecho que en algunos casos complementa y en otros modifica la acción del mercado mundial y nacional.

Casos de alianzas estratégicas a nivel mundial hay múltiples. Por ejemplo, entre los grupos Fujitsu e Hitachi de Japón, entre Motorola y Thompson, entre Phillips y Siemens, entre Olivetti y Microsoft, entre Phillips y Bosh, entre Olivetti y Bull. Casos de fusiones hay también variados, como los producidos entre las empresas de telecomunicaciones ITT y CGE, entre la Siemens con la GTE, entre los grupos ingleses Plessey con GEC. Hoy conocemos que en el mercado de las telecomunicaciones hay ocho grandes grupos que controlan más del 70 % de las ventas. En los últimos días, los casos más sonados de fusión fueron los realizados entre las petroleras British Petroleum, con la americana Amoco, el de los bancos norteamericanos, American y National Bank, el de cinco grandes empresas aéreas que se aliaron en la "Oneworld", destinada a coordinar los servicios que ofrecen a sus pasajeros

Casos de conformación de verdaderos carteles, o sea de acuerdos sobre distribución de mercados, precios, repartos de materias primas, condiciones de contratación de mano de obra, limitaciones de la producción, se han dado entre Toyota y General Motors; Toshiba con IBM y Siemens; Malsushita con Siemens; Mitsubishi con Daimler-Benz. Es decir, parece que las alianzas estratégicas, las fusiones, las absorciones entre y de las grandes empresas y consorcios, son otros medios de extender la severa competencia que existe a nivel mundial.

La "libre competencia" tampoco ha estado presente en la acción de estos grandes grupos o consorcios. Los gobiernos han ejercido y continúan ejerciendo una tarea esencial de apoyo y protección a grandes empresas. Así, aumentan el gasto en investigación y desarrollo, contribuyen a la reducción del costo del capital, promueven la exportación,

otorgan subsidios, exoneran o reducen impuestos, autorizan depreciaciones aceleradas de las inversiones en plantas y equipos, otorgan créditos preferenciales, capacitan y adiestran personal, ejercen una política salarial contraria a los intereses de los trabajadores, incumplen los controles de cuidado ambiental. Todo lo anotado contribuye a reconocer que la tan mencionada “desregulación” no significa que los gobiernos se desentiendan de algunos de los problemas que más afectan a las grandes empresas.

Si todo lo mencionado sucede a nivel especialmente de los países más desarrollados, no es raro que se den casos similares en países atrasados como el Ecuador. En nuestro país también las grandes empresas reciben aliento y protección de parte del gobierno, compiten, se alían, (el caso más reciente en el Ecuador es el referido a la alianza de las dos empresas redes que dominan el mercado ecuatoriano de los cajeros automáticos, Banred y Cirrus); se funden, forman trust, consorcios. Entonces, no deja de ser revelador que la tan publicitada libertad de empresa que suelen proclamar los creyentes apologistas de las leyes del mercado, se vea de alguna manera limitada y controlada por los Estados, que siguen interviniendo para favorecer especialmente al gran capital.

¿Y la magia del mercado? (27/10/98)

La grave crisis que soporta el país y que frecuentemente se expresa más claramente en el comportamiento de ciertos sectores como el bancario y financiero, ha motivado de inmediato a las autoridades gubernamentales a pensar en el diseño y la ejecución de políticas de recuperación y fortalecimiento de algunas actividades que van generalmente en contra no solo de los intereses de otros importantes sectores de la sociedad, sino de las concepciones teóricas e ideológicas de quienes patrocinan tales políticas.

Es, a mi modo de ver, lo que ocurre con el “Programa de fortalecimiento del sector productivo y financiero” elaborado por el Banco Central del Ecuador que básicamente, consistiría en intercambiar bo-

nos emitidos por el Estado con cartera vencida de los bancos, a fin de otorgarles a estos condiciones para que puedan seguir operando, a través de utilizar mecanismos como la reestructuración de las deudas que frente a ellos mantienen sus clientes, así como asumiendo el Estado una porción de las obligaciones incobrables o pérdidas que las empresas mantienen con los bancos hasta una fecha a determinarse.

Los mecanismos mencionados son parte del programa de fortalecimiento del sector productivo y financiero y pretenden una atenuación de la crisis desde la óptica de los intereses de los grandes inversionistas. Se trata de medidas que persiguen utilizar al Estado como el ente ya no solamente regulador sino ejecutor de acciones que buscan ayudar a los dueños de los bancos a que recuperen sus deudas, a que logren resarcirse de buena parte de los recursos que prestaron y que ya no podrán recuperar y, para que hacia adelante, cuenten siempre con la supervisión estatal para tratar de evitar que se repitan hechos como los que actualmente los afectan.

De conformidad con las informaciones de prensa, las medidas anteriormente citadas han sido propuestas por la Dirección Bancaria del Banco Central del Ecuador, es decir, por el organismo que fue reformado por la Asamblea Nacional Constituyente que elaboró la Constitución que nos rige, bajo el argumento de que se imponía conformar un Banco Central imparcial, eminentemente técnico, alejado de las influencias de los grupos de poder y de los partidos políticos del Ecuador.

Con mucha propiedad, un periódico de la capital reconoce que la propuesta del Banco Central es vista como una nueva versión de la sucretización de la deuda externa iniciada por Osvaldo Hurtado y continuada y “perfeccionada” por el gobierno de León Febres Cordero. Es decir, estamos entonces frente a un hecho que, bajo el argumento de la crisis, se lo consideró “drástico pero necesario” de ejecutar para lograr la tan ansiada reactivación económica del país. Entonces, nada raro será constatar, después de muy corto tiempo, cómo gracias a este programa, buenos porcentajes de fondos públicos se irán transfiriendo en be-

neficio de uno de los sectores que más elevados recursos posee, el sector bancario y financiero del Ecuador.

La publicitada “independencia” del Banco Central y las sabias leyes del mercado parecen por lo mismo que no funcionan ni podrán hacerlo. Más bien, se confirma aquello de que en una sociedad dividida y polarizada como la nuestra, parece que no es posible ser neutral, menos, muchísimo menos en el manejo de políticas económicas tan importantes como la crediticia, cambiaria y monetaria pues a través del crédito, de la tasa de interés, de la fijación de la banda cambiaria, de la emisión de moneda, de las devaluaciones, se logra que el proceso productivo y todo el ciclo del capital se desenvuelva con mayor agilidad y los empresarios obtengan altas tasas de utilidad.

Frente al pretendido programa de fortalecimiento del sector productivo y financiero, dos reflexiones corresponde realizar. La primera, que este tipo de medidas surgen en una fase en la cual suelen expresarse juicios severamente críticos en relación al papel del Estado en la economía nacional, cuando se revaloriza hasta la saciedad al papel del mercado como el mecanismo más idóneo para asignar recursos, determinar precios, distribuir ingresos. Sin embargo, frente a hechos como la crisis, se olvidan reservas teóricas, se menosprecian concepciones ideológicas, se echan por la borda principios económicos y se decide nuevamente acudir al Estado como el mejor sino único elemento capaz de contribuir a sacar de la crisis al país.

La segunda reflexión, que la pretensión de ejecutar un programa de fortalecimiento del sector productivo y financiero de las características señaladas, pone claramente al descubierto es que el Banco Central no es un organismo capaz de desenvolverse al margen de quienes controlan el poder económico, que suelen ser los mismos que controlan también los resortes fundamentales del poder político y del conjunto del aparato estatal. Por todo ello, creo que sería de gran beneficio que al país se le dijera abierta y francamente a quién se pretende beneficiar con medidas como las citadas, abandonando ese discurso melifluo del

que normalmente se valen quienes defienden al sistema actual. ¿Qué opina usted, amable lector?

Las ventajas de Ana Lucía Armijos (16/02/99)

Un diario de la capital, al referirse a la renuncia del anterior Ministro de Finanzas y su reemplazo por la ex Ministra de Gobierno, anota cuatro ventajas de la economista Armijos para ocupar el cargo que quedó vacante con la separación de Jaramillo. Tales ventajas son: *Una buena aceptación de la figura de Armijos por la cúpula social cristiana*; los amplios conocimientos que Ana Armijos tiene de los mecanismos económicos y políticos del país; el respeto que ella tiene en el exterior, lo cual augura *un buen restablecimiento de relaciones con el Fondo Monetario Internacional*; y, su excelente amistad con Jaime Durán, que es el hombre político fuerte del régimen.

Ciertamente no debe extrañarnos que en el actual Ecuador capitalista subdesarrollado y bajo el régimen de un modelo aperturista y neoliberal que se viene ejecutando desde hace dos décadas aproximadamente, la idoneidad para ser Ministro de Finanzas sea calificada por la condición de seguidor de las leyes del mercado, de admirador y de fiel servidor de los intereses del capital extranjero que actúa o que se pretende que actúe en el país.

Entonces, los que saben, los que tienen ventajas y los que en consecuencia deben prevalecer sobre la opinión de la aplastante mayoría de los ecuatorianos, son aquellos que están vinculados al capital financiero internacional. Los que figuran y mandan, no son otros que los que han demostrado y siguen demostrando tener un sumiso acatamiento ideológico a los prestigios de una presunta “ciencia económica” que no es sino la enunciación de los intereses del capital monopolista nativo y trasnacional disfrazados como verdad universal.

En nombre de esa tal “ciencia” es que en el Ecuador venimos soportando el dogma de los programas de ajuste y estabilización con las consecuentes devaluaciones, los sistemáticos aumentos del precio de

los combustibles y de las tarifas de los transportes públicos; las alzas en las tarifas de electricidad, agua potable, alcantarillado, teléfonos; la igualación a las tasas de tributación a los inversionistas nacionales y extranjeros; la privatización a los activos estatales y la reducción del personal del sector público; la sensible disminución de impuestos a las importaciones; la reforma a las leyes laborales; las políticas de atracción al capital extranjero.

Y en nombre de esta tal ciencia y de las medidas económicas que se han ejecutado, es que en el Ecuador actual abunda la pobreza, el desempleo, el deterioro ambiental la violación a los derechos humanos, la delincuencia, la desigualdad regional y social.

La señorita Ana Lucía Armijos tiene, entonces, todos los méritos y las ventajas para ser una “excelente” Ministra de Finanzas. Su título supremo es haber sido durante al menos quince años una de las más eficaces colaboradoras de los diferentes gobiernos del Ecuador en la formulación y negociación de las cartas de intención con el Fondo Monetario Internacional (FMI). Ella fue Gerente General del Banco Central del Ecuador, Presidenta de la Junta Monetaria, funcionaria del FMI, Presidenta de la Asociación de Bancos Privados del Ecuador, asesora del Presidente de la Junta Monetaria en el gobierno de Abdalá Bucaram, entre otras destacadas e importantes funciones.

Bien se sabe que la salida de Fidel Jaramillo del Ministerio de Finanzas fue la consecuencia directa de las presiones del partido Social Cristiano y nada permite descartar que también la designación de Armijos sea producto de la misma presión. *Durante años ella [al igual que Jaime Durán] ha lidiado con León Febres Cordero y con Jaime Nebot y, con los dos, por lo que se sabe, tiene muy buenas relaciones.*

Entonces, el Presidente de la República, quebrantado e impotente, ante la debilidad de su propio partido político y de las fracciones económicas y sociales dominantes que lo apoyan, no tuvo más remedio que aceptar las exigencias social cristianas y de los grupos exportadores y financieros del país. Parte de la negociación fue sin duda la *de-*

cisión del Banco Central de dejar flotar al dólar, lo cual representó un formidable beneficio en favor del grupo exportador.

El mismo periódico de la capital sostiene ahora que, ... *lo único que le quedaría a la administración Mahuad sería arreglar el tema del Conam.* Y es que desde la óptima de la modernización neoliberal, ciertamente lo que está aún haciendo falta es intensificar el proceso de privatizaciones.

Pero hay algo que sin duda se le está escapando al analista del diario capitalino. Los cambios políticos realizados y lo que se anticipan en materia de política económica, bajo “el principio de autoridad”, “la estabilización y eficiencia”, “la inevitable globalización”, tenderán a agitar las tensiones reprimidas y hasta ahora no resueltas. Es decir, los cambios y las medidas que se anticipan contienen un inevitable ingrediente de violencia que el editorialista no dice cómo prevenir. Hasta ahora, está claro que Mahuad ha considerado que la mejor forma de salvar la estabilidad de su gobierno, es entregándose en los brazos del partido de Nebot. Se trata de una decisión que conlleva un alto ingrediente autocrático cuyas consecuencias sociales y políticas están por verse. ¿Le parece a usted, amable lector?

La verdadera dimensión de la violencia (23/02/99)

Durante los tres últimos meses, se han producido en el país dos hechos trágicos que llaman a una profunda preocupación, la desaparición y muerte del dirigente sindical Saúl Cañar, encontrado a orillas de un río con huellas de haber sido cruelmente torturado y, la semana anterior, el asesinato del diputado Jaime Hurtado González y de dos de sus colaboradores, a solo una cuadra del edificio de la Corte Suprema de Justicia del Ecuador. Lo grave de estos hechos es que anestesian y acostumbran a la población, se infiltran en la conciencia nacional y la preparan para lo que sigue. Entonces, el horror se va convirtiendo en costumbre capaz de ser concebida e interpretada como uno de los tantos factores incidentes de la evolución normal del país. El acostumbramiento a la violencia se va convirtiendo en rutina. Un hecho brutal pre-

tende borrar de la conciencia colectiva al anterior y así sucesivamente. ¿Hasta cuándo?

Creo que a la luz de estos hechos y de múltiples otros que seguramente no se hacen públicos, es hora de que en todo el Ecuador reflexionemos sobre las verdaderas causas de estos repudiables crímenes. En tal dirección, parece correcto empezar reconociendo que no basta un análisis ético de la violencia y de los asesinatos, una vez que estos no son hechos naturales sino que requieren, para desarrollarse, de un campo propicio que probablemente hoy mismo está presente en el Ecuador. Hay factores económicos y políticos que no pueden ni deben ser omitidos del análisis.

Una apreciación lo más objetiva de la situación nacional, debe inevitablemente conducirnos a aceptar que, desde hace ya dos décadas, al menos, el país se desenvuelve en un ambiente en el cual se ha intensificado la tradicional desigualdad. Casi al finalizar el actual milenio, el número de pobres aumenta, el desempleo crece diariamente, el incremento desmedido de los precios impide que la mayoría de la población nacional pueda satisfacer sus necesidades fundamentales; los reclamos regionales se expanden y son constantes sus amenazas de paralizaciones. Gremios y otros sectores sociales organizados realizan y anticipan la ejecución de medidas de fuerza para que el gobierno atienda sus aspiraciones esenciales. Hoy mismo el país soporta un paro de los maestros que reclaman un legítimo incremento de sus deprimidos sueldos. Los argumentos del gobierno de no poder atender estas demandas por carencia de recursos, chocan con una realidad: la entrega de enormes sumas de dinero a banqueros y otros grupos empresariales a través de medidas como la flotación del dólar, las rebajas de impuestos, la evasión.

¿Qué cambio se ha concebido, propuesto, insinuado o ejecutado en los últimos años en el Ecuador? Me refiero, no a ningún cambio desde una perspectiva revolucionaria sino simplemente tibia o reformista capaz de al menos contener los reclamos y de provocar apoyos activos de una buena parte de la población. Los proyectos diseñados y ejecuta-

dos desde comienzos de la década de los ochenta, como las alzas salariales generalmente tardías e insuficientes, los fondos de desarrollo empresarial del sector informal, de empleo emergente, de apoyo a las unidades populares económicas, la red de hogares infantiles transformada en la operación rescate infantil, el fondo de inversión social emergente, las compensaciones por alto costo de la vida, el bono de la pobreza y otros proyectos asistencialistas que seguramente también cuentan con el apoyo estatal como MUNERA y el Cambio por el Cambio, no han dado los resultado que de ellos seguramente muchos esperaban, no han mejorado la situación de la gente pobre del Ecuador.

Y como es natural, un gobierno como el actual, que nació bajo el signo del cambio pues en la campaña electoral dijo que sabía qué hacer y cómo hacerlo, que es presionado por sectores internos para que actúe, y que no puede o no atina a realizar cambio alguno, termina por ser indeseable para unas personas e insatisfactorio para otras. La inequidad mientras tanto gana terreno y pequeños círculos siguen clamando por medidas capaces de aumentar la rentabilidad de las empresas privadas a costa generalmente del fisco y de los grupos medios y populares más pobres.

Este escenario es sin duda alguna un medio propicio para la incubación y el desarrollo de la violencia. Quienes se benefician de la situación actual, probablemente buscarán el uso de la fuerza ilegítima como condición para preservar y reproducir sus intereses. Quienes padecen las consecuencias del modelo económico en ejecución, denunciarán las injusticias y reclamarán reparación a sus ya largas carencias y desigualdades. Es importante entonces reflexionar sobre este punto de nuestra situación, asignarle enorme gravedad a la tortura y a los asesinatos y cobrar conciencia sobre la violencia, los crímenes y una eventual guerra civil están llamadas a aumentar la vulnerabilidad nacional y a perjudicar a todos los sectores sociales. Esperemos que en nuestro país, donde el crimen político ha sido excepcional, se identifiquen y aislen a los insensatos que prefieren el crimen a la paz, a la cordura y al diálogo. ¿Le parece a usted, estimado lector?

La hazaña de Ana Lucía Armijos (18/05/99)

La serie de comentarios muchos de ellos laudatorios, sobre los resultados del último viaje de la Ministra de Finanzas a Washington para entrevistarse con los dirigentes y funcionarios de la administración norteamericana y de los organismos financieros internacionales, a fin de conseguir apoyo para la gestión del gobierno de Mahuad, hace necesario expresar algunas reflexiones como las siguientes:

1. Las grandes cantidades de recursos financieros que, a decir de la señorita ministra vendrán al país, gracias a su gestión, están aún por verse, conforme lo ha anunciado el propio Vicepresidente del Fondo Monetario Internacional
2. De venir todos los recursos que se han indicado, ello no significa que los problemas del país empezarán a resolverse casi automáticamente; pues, como lo señalé en un artículo anterior,

Una debida comprensión de la problemática del desarrollo nacional exige reconocer que no toda afluencia de capital extranjero es beneficiosa por naturaleza. Si, como se anuncia, van a venir capitales extranjeros al país para invertirse en varios sectores, ello se traducirá en un crecimiento lento, inestable, desigual, dependiente de la economía nacional, sin que por lo mismo beneficie a la mayoría de los ecuatorianos; pues, a corto o mediano plazo, de nuevo estaremos soportando fugas de recursos por una cuantía considerable, al margen de que así se debilita nuestra soberanía y cultura, conforme lo destaca la experiencia y el efecto real que las inversiones extranjeras han ejercido y ejercen en nuestro propio país y en otros países especialmente subdesarrollados

3. En una entrevista concedida por la señorita ministra a un semanario nacional, ella destaca como gran logro de su gestión, el haber planteado y al parecer conseguido atención para pedidos de asistencia técnica en los siguientes campos:
 - a) Para adelantar los trámites a fin de enviar a los respectivos directorios del Banco Mundial (BM), del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y de la Corporación Andina de Fomento

- (CAF), las solicitudes de crédito por 150, 150 y 100 millones de dólares, respectivamente.
- b) Para que el BM, el BID y el FMI envíen tres representantes a fin de que integren el Comité encargado de analizar los resultados de las auditorías internacionales a los bancos que operan en el Ecuador y para que manejen la reestructuración y capitalización del sistema. De paso, este Comité tendrá mayoría de representantes extranjeros.
 - c) Para que el BM, el BID y el FMI envíen una misión a fin de que estudie la reestructuración, capitalización y fusión de las instituciones financieras ecuatorianas.
 - d) Para que el BM y el FMI envíen uno o dos técnicos a fin de que integren la unidad de manejo de la deuda que funciona con técnicos del Banco Central y del Ministerio de Finanzas, lo cual equivale a dejar la Iglesia en manos de Lutero.
 - e) Para que el FMI envíe una misión que vendrá en agosto para que, conjuntamente, con los especialistas en el área preparen una reforma tributaria integral que nos lleve a una simplificación de los tributos en el país.
 - f) Para que el BID proporcione al país asistencia técnica para hacer un análisis del gasto público y reestructurarlo. El BID ya ha dado aprobación a este pedido.
 - g) Para que el BM envíe una misión para hacer un análisis sobre el impacto de la crisis en los pobres, pensando por ejemplo en programas de empleo emergente.

Probablemente hay más pedidos con un alto costo para el Ecuador, a lo que debe sumarse el pago por más de 5 millones de dólares a firmas extranjeras para que realicen las auditorías a los bancos que operan en el país. Esta suma, dicho sea de paso, contó con inmediato financiamiento, sin que nadie se entere de donde ni cómo.

Pues bien, al constatar estos hechos lo que menos corresponde es preguntarnos: ¿es que no existen técnicos en el Ecuador capaces de realizar trabajos como los indicados? ¿Es que tenemos que, inevitablemente, poner en manos de técnicos internacionales la solución de proble-

mas tan delicados que nos atañen básicamente a los ecuatorianos? ¿Qué opina usted, amable lector?

La verdadera cara del desempleo (13/07/99)

¿Recuerda usted, amigo lector, la promesa electoral del ex candidato a la presidencia de la República, Jamil Mahuad, de crear 900 mil nuevos empleos en sus cuatro años de gobierno? Hoy parece que la meta empieza a cumplirse pero al revés, pues durante los primeros once meses de encontrarse en la presidencia, Mahuad y su equipo han logrado añadir a la ya alarmante cifra de desocupados que existían en el país al finalizar 1998, un número mayor de desempleados hasta completar hoy los 383 mil ecuatorianos que se encuentran en condiciones y con deseos de trabajar pero que no pueden hacerlo por falta de empleo.

El ofrecimiento de crear más de 200 mil empleos por año, durante el gobierno de Jamil Mahuad, sin duda que sedujo a miles y miles de votantes que esperaban que desde el comienzo del gobierno demócrata popular se iba a empezar a trabajar en la perspectiva de cumplir tal ofrecimiento de campaña. Al fin y al cabo, muchos creyeron que tratándose de un candidato que dispuso de tanto tiempo y de un número grande de técnicos para preparar su programa de gobierno, Mahuad y su equipo estaban preparados para ejecutar medidas de urgencia que hicieran descender de inmediato la tasa de desempleo.

Pero como lo anoté más arriba, casi al finalizar el primero año de gobierno, lo que tenemos es una enorme masa de desempleados, superior al 9 % de la población económicamente activa del país, un déficit presupuestario aún no financiado, un notorio desequilibrio en las relaciones comerciales y financieras del país con el exterior, una inflación que al finalizar el año será del orden del 65 %, una inestabilidad bancaria y financiera que mantiene en la incertidumbre a la mayoría de los ecuatorianos.

No obstante que, reitero, el país creía que la etapa de diagnósticos con el actual gobierno se había terminado, hasta hoy se sigue insis-

tiendo en que la causa del abultado desempleo se debe a la rigidez laboral, así como a que el programa neoliberal, con sus componentes de privatizaciones, despidos de personal, mayor seducción para que el capital extranjero ingrese al país, fomento de las exportaciones aún no ha culminado. Por lo mismo, dicen muchos voceros empresariales y gubernamentales, lo que se necesita es transferir al sector privado los activos estatales, despedir al personal que trabaja en el sector gubernamental, garantizar a los inversionistas extranjeros mano de obra barata y no pago de impuestos, así como renunciar a la soberanía nacional, a través por ejemplo de dolarizar a la economía nacional y mantener una absoluta indiferencia frente a los daños del medio ambiente causado por las inversiones y las tecnologías foráneas.

Pues, precisamente esto es lo que se ha venido haciendo en el país durante los últimos 18, 20 años. Se distingue el gobierno del doctor Rodrigo Borja quien, en la perspectiva de convertir al Ecuador en una “plataforma exportadora”, creó las leyes de la maquila, de trabajo compartido, de las zonas francas, con lo cual en la práctica otorgó una serie de estímulos a las empresas especialmente exportadoras y ejecutó algunas reformas laborales que liquidaron muchas conquistas que favorecían a los trabajadores en materia de estabilidad en el empleo, negociación colectiva, pago de horas extras.

Otros gobiernos también han concedido enormes estímulos al capital extranjero para que ingrese al Ecuador. Gracias a ellos, sin duda que mucho capital foráneo ciertamente ha venido al país pero bajo la forma de capital especulativo, golondrina o de cartera, que no necesariamente se ha cristalizado en inversiones reales y productivas capaces de generar nuevos empleos. Es más o menos la misma experiencia observada en países donde la ejecución de estrategias neoliberales se la considera exitosa como Argentina, Bolivia, Chile o Perú. En estos, la desocupación también se ha convertido en un problema crónico, independiente de la forma como evoluciona el ciclo económico, es decir, que el desempleo en esos países está presente tanto en épocas de auge como en las fases de descenso de la actividad económica. O sea que neoliberalismo y desempleo van de la mano.

En una fase histórica en la cual gracias a tantos y tantos avances tecnológicos se ha demostrado y se demuestra que es posible resolver el problema de la producción a fin de poder ofrecer mucho para todos, resulta inaudito que la mayoría de la población no pueda disfrutar ni siquiera de lo mínimo. El empleo como método para obtener un ingreso y lograr satisfacer las necesidades esenciales, sigue siendo una quimera.

A la luz de estos antecedentes, parece claro que el instrumental elegido para ofrecer empleo se encuentra absolutamente equivocado. La política económica aperturista que se viene ejecutando en el Ecuador desde hace unas dos décadas, visible en una sensible reducción de los aranceles a la importación, ha sometido a la producción nacional a una competencia cada vez más ruinosa, que la mayoría de las empresas no está en condiciones de afrontar.

Mientras tanto, es evidente que paros como los que acaba de padecer el país durante la semana última, se ven fortalecidos gracias a la acción colectiva y la expresión política de miles y miles de desocupados que así empiezan a revertir sus tendencias de individualización y a pugnar porque el gobierno nacional ponga término a tantas y tantas políticas profundamente erróneas.

El caos como proyecto social (02/08/99)

La sesión del Congreso Nacional realizada el día jueves 29 de julio último, donde se discutió el proyecto de ley preparado por el Ejecutivo sobre la Ley reformativa para el Fortalecimiento del Sistema Financiero Ecuatoriano, constituye un verdadero monumento a la estupidez y debe ser exhibido como una muestra más de la verdadera "eficacia" de nuestro sistema político.

Por un lado, el gobierno nacional pretendiendo que el Congreso apruebe una ley que dizque buscaba que el mercado continuara desempeñando el papel regulador y asignador de recursos en la actividad económica, como si no bastara la simple observación de la realidad

mundial y nacional para que todos podamos darnos cuenta de que nada justifica esta pretensión. El mercado, se lo quiera o no entender, es anárquico, echa a perder infinidad de recursos y nada debe movernos a admitir que su vigencia es garantía de eficiencia y equidad social. Esta apreciación, porque parece a todas luces absurdo que frente al propósito de los diputados de establecer una tasa activa fija de interés, en función de la tasa pasiva que los bancos pagan a los depositantes, el gobierno haya argumentado que *es ridículo pretender regular la economía por ley*.

Cualquier alumno de economía de nivel inferior sabe que el mercado -y mucho más en la época actual- se encuentra severamente influenciado por la acción del capital monopolista, que es el que, en última instancia, impone leyes y condiciones para el desenvolvimiento del conjunto de la economía mundial y nacional. Por lo mismo, quienes proclaman que el mercado es o debe ser el supremo regulador de la actividad económica, lo que está es haciendo ideología, camuflando su apoyo a ciertos grupos o consorcios económicos mediante la adopción de una supuesta asepsia, que terminará por convertir en benefactores a los grandes banqueros, negociantes, poderosos capitalistas.

¿Por qué alarmarse de pretender regular la tasa de interés? En otros países como el Brasil, este propósito está consagrado en su propia Constitución Política. No se puede, entonces, en un aspecto tan importante de la vida nacional, que todo sea regulado por el azar o por la supuesta presencia de una mano invisible, conforme lo sostuvo en Inglaterra alguien que vivió, pensó y escribió hace ya, más de 220 años.

Pero por otro lado se encuentra también la absurda actitud de los “honorables” diputados quienes, no solo que buscaron que se amplíe la cobertura de la garantía del Estado a los depositantes en la banca privada, incluyendo a los clientes con créditos vencidos, a los dueños de los bancos, a los que violan normas legales; sino que le pretendieron imponer a ese mismo Estado limitaciones para que pueda iniciar juicios coactivos para cobrar a los deudores morosos. Frente a este com-

portamiento, ¿cómo quejarse que el Estado sea siempre un pésimo administrador?

La prensa ofrece detalles de cómo se llegó a un acuerdo legislativo para conseguir que el proyecto de ley tuviera estas características. Hubo acuerdo de partidos políticos formalmente tan disímiles como la Izquierda Democrática, el Partido Roldosista Ecuatoriano, el Partido Social Cristiano, el Movimiento Popular Democrático, el Frente Radical Alfarista, el Partido Conservador Ecuatoriano, Pachakutic.

¿Qué buscó esta coalición de partidos? ¿Acaso erigir al caos en el elemento esencial capaz de impulsar el desarrollo del país? Si eso persiguieron me parece que están en un profundo error. Ya de por sí el capitalismo es anárquico y los intentos de ordenarlo mediante leyes como las que se discutieron en la sesión del jueves 29 de julio no iba a lograr liberarlo de tal situación, que es consubstancial al móvil del lucro, a la vigencia de un régimen de precios “libres” y a la propiedad privada de los medios de producción.

Entonces, creo que debe haber un mínimo de lucidez, pues una cosa es admitir, como lo hacen algunos personajes que integran esa curiosa alianza de partidos, que el caos es beneficioso en razón de que mientras peor es la situación del país mejor es la perspectiva para la transformación revolucionaria del Ecuador y otra, muy distinta es adherir a la estrategia política de la clase dominante que, aunque retóricamente piensa y dice lo contrario, utiliza y fomenta al desorden como elemento estratégico para su permanencia en el poder en el Ecuador, en muchos casos, alentando la presencia de situaciones dictatoriales y de regímenes represivos. Por ello, la sesión del Congreso Nacional del 29 de julio último, es el mejor reconocimiento al caos. ¿Le parece a usted, amable lector?

Del radicalismo verbal al ostracismo político (17/08/99)

Conforme lo he destacado en múltiples artículos de esta columna, durante los últimos 20 años (incluyendo las medidas dictadas por

el actual gobierno) en el Ecuador se ha venido ejecutando una estrategia aperturista, anti industrial, fomentadora de las exportaciones, seductora del capital extranjero, desreguladora de los sectores financiero y laboral y creyente en las bondades del mercado, con la cual se ha pretendido impulsar su crecimiento económico capitalista.

Los resultados, sin embargo, están lejos de la reactivación económica y la estabilidad social. La contracción del mercado interno, la asfixia del crédito, la desprotección arancelaria, las devaluaciones, el favoritismo al sector financiero, la flexibilización laboral, las alzas de las tarifas de los servicios públicos, han terminado por derivar los excedentes del trabajo nacional nuevamente hacia el consumo excesivo y suntuario, por fortalecer las cuentas que los grandes y poderosos grupos económicos y empresariales locales mantienen en los bancos del exterior; por alentar la corrupción, el aumento de los pagos del servicio de la deuda externa y las altas rentabilidades de las inversiones transnacionales que actúan en el país. Estos rubros han cegado las fuentes de capitalización nacional y han convertido al mercado doméstico en un eslabón subordinado y periférico del ciclo de acumulación capitalista a nivel global.

Las consecuencias en el orden social y político del modelo aperturista las podemos constatar ahora: aumento de la pobreza, desempleo, desigualdad social, mayores agitaciones y movilizaciones populares que inclusive, en febrero de 1997, derribaron a un presidente; deterioro ambiental, violencia, delincuencia social, desigualdades en el crecimiento económico regional y provincial.

Pero las clases sociales y los grupos económicos beneficiarios de la política aperturista no han desmayado en sus empeños por intensificar la aplicación de un modelo neoliberal. Así, durante los últimos veinte años y, a través de diferentes gobiernos, han probado toda clase de variantes, desde las de corte pseudo desarrollista con los gobiernos de Hurtado y Borja, pasando por otras más aperturistas ejecutadas por Febres Cordero y Dahik, hasta la conformación de gabinetes ideológicamente heterogéneos donde han alternado ex desarrollistas con tecnó-

cratas neoliberales como en los gobiernos de Bucaram, Alarcón y el de Mahuad. Esta falta de coherencia en la conformación de los diferentes gobiernos, no es ni más ni menos que el desconcierto de un régimen que busca salidas donde no las hay, manteniendo y reproduciendo los intereses de sus beneficiarios.

Por cierto que también el “modelo” ha motivado una generalizada insatisfacción. Por doquier se observan fuertes resistencias y oposiciones. Entre estas, las provenientes de ciertos movimientos políticos, partidos y personas portadoras de un exacerbado radicalismo verbal y con claras tendencias al hegemonismo que, probablemente incapacitados para comprender el momento económico y político mundial y el proceso de recomposición del capital y de la mano de obra en el Ecuador, han terminado por repetir viejas consignas, actuar bajo el entendido de que todas las fuerzas sociales y políticas antagónicas al neoliberalismo tienen una sólida unidad ideológica y, calificando de enemigos de la transformación y del pueblo, a todos quienes no han compartido ni se han acomodado a sus planteamientos programáticos y doctrinarios.

Pero bien, más allá de ciertas agresivas como esporádicas movilizaciones, algunas de las cuales han estado acompañadas de una ostentosa, ridícula, provocadora y aventurera exhibición de armas, nunca he escuchado que algún partido político en el Ecuador, durante los últimos años, haya promovido ni menos organizado una supuesta acción de la guerrilla como método central de lucha, ni que haya hecho una frecuente proclama a una supuesta e indefinida guerra popular o lucha armada en el país en sustitución de la movilización de las masas y de la acción política. De haberse producido esto, sin duda que se estarían generando inútiles provocaciones capaces de reverdecer proyectos represivos causantes de la pérdida de energías y hasta de vidas humanas o, en razón del temor de los ciudadanos, alentando la pasividad y la desmovilización política.

Es que por sobre toda pretensión partidista hegemónica y sectaria que pretenda hacer del radicalismo verbal y de la violencia conspi-

rativa elementos casi exclusivos de movilización y de cambio, creo que hoy está claro, gracias a la experiencia no solo del Ecuador sino mundial, que los grandes acontecimientos históricos son la respuesta que el pueblo da día a día, a las exigencias que le impone el propio proceso político y, quienes no son afectos a la violencia, siempre buscarán y dispondrán de otros medios para movilizarse y expresar sus aspiraciones.

Si ello es así, entonces, quienes eventualmente pretendan predicar y practicar la violencia conspirativa aislada de las masas, tienen más bien que pensar seriamente en cómo atraer a las gentes a la causa del cambio económico y social. Si no lo hacen, estarían demostrando un desprecio inconsciente por avanzar en la aproximación y el aglutinamiento de todos los que, por otras vías, también luchan por un Ecuador distinto.

Es que si basta armarse de una metralleta o de un taco de dinamita para alcanzar los objetivos, ¿para qué sirven entonces los esfuerzos por lograr que los distintos sectores sociales cobren conciencia sobre la necesidad de su unidad, como condición para imponerse sobre los beneficiarios de la situación actual? Si los grupos dominantes y gobernantes pueden ser intimidados y doblegados por la furia de las agitaciones callejeras y las explosiones, ¿para qué insistir en la necesidad de difundir y convencer a la mayoría sobre la conveniencia de un programa alternativo distinto? ¿Para qué las reuniones, las movilizaciones, los seminarios, las publicaciones, las discusiones, las búsquedas de consensos si es mucho más fácil tomarse un ministerio y dictar un decreto capaz de alterarlo todo en “beneficio del pueblo”?

Entonces, si hay alguien en el Ecuador que en la fase actual de su desarrollo proclama a la violencia como método para el cambio, en reemplazo de la aproximación y la movilización política, quizás habrá que recordarle que la selección de los métodos no puede elevarse a la categoría de principio para obtener un fin menos, mucho menos en un país como el nuestro, donde las grandes masas se encuentran ausentes del proceso político y generalmente distantes de conocer las raíces de los problemas que impiden la obtención de su bienestar. Es por ello

que, entre la simple agitación, la violencia, la ausencia de un mensaje aglutinador y el ostracismo político media un espacio muy corto. ¿Le parece a usted, amigo lector?

Nuevas malas jugadas de la globalización y el libre mercado (31/08/99)

La tendencia observada en algunos economistas, empresarios, editorialistas, altas figuras gubernamentales y uno que otro académico, de referirse a la “globalización” y al “libre mercado” de una manera tan entusiasta y hasta apologética, asegurando que la circulación de bienes, servicios, capitales, la aceptación de la teoría clásica de las ventajas comparativas, el fomento ilimitado de las exportaciones es la condición fundamental sino única capaz de impulsar el desarrollo nacional y de crear un mundo sin fronteras, interdependiente y armónico, acaba de sufrir un gran desmentido y provocar una enorme decepción a sus seguidores en América Latina y particularmente en el Ecuador.

En el curso de las dos últimas semanas se produjeron una serie de hechos que corresponde relatar. El primero, el gobierno colombiano dispuso restricciones al ingreso al mercado de su país, de 20 tipos de frutas nacionales, apoyándose para ello en el argumento de que estas se encontraban contaminadas con la plaga de la mosca bactrocera que las hacían impropias para el consumo de la población. Gracias a esta restricción sanitaria, que en el fondo no es otra cosa que la aplicación de un arbitrio para defender al productor colombiano, el Ecuador dejará de percibir alrededor de 70 millones de dólares anuales, lo cual significa que el intercambio comercial con Colombia bajará en al menos un 50 %.

Ello no es todo, desde hace ya algunos años, el flujo comercial ecuatoriano colombiano se encuentra frente a graves problemas en materia de compra venta de licores, arroz, zapatos, servicios de transporte y, últimamente, a una eventual restricción de los vuelos comerciales.

Otro ejemplo es la peor crisis comercial que se vive en el Mercosur, desde su creación en 1991, en especial, la denominada guerra comercial argentino brasilera, hasta ahora, sin perspectivas de superación. A raíz de la devaluación de la moneda brasilera, Argentina adoptó una serie de medidas de salvaguarda para proteger su industria especialmente de textiles, cuero y papel. Brasil respondió limitando la financiación a las importaciones argentinas. Unas y otras decisiones afectaron a los dos socios menores del bloque, Paraguay y Uruguay, el primero amenazando inclusive con retirarse de Mercosur si es que Argentina, insiste en instalar en una ciudad vecina de Paraguay una zona de libre comercio.

Un tercer ejemplo está dado por la infinidad de restricciones que al intercambio comercial, imponen una serie de países latinoamericanos. Brasil, a la entrada a su mercado del camarón ecuatoriano, alegando la presencia en nuestro país del virus de la “mancha blanca”. Perú al ingreso del ganado y banano ecuatoriano por problemas de aftosa y sigatoka negra. Ecuador, al ingreso también de ganado peruano por igual motivo, de leche en polvo del mismo país por supuestamente contener una substancia nociva para la salud, de azúcar colombiana para proteger a los cañicultores y dueños de los ingenios del país.

Pues estas prácticas restrictivas al comercio regional, se han agravado en los últimos años, con motivo de la crisis económica que afecta a todos los países del mundo y, en especial, a los latinoamericanos y andinos. Pero se trata de mecanismos proteccionistas que también están presentes -quizás en mayor magnitud- en las relaciones comerciales entre los países desarrollados y los atrasados. Los primeros, inclusive, otorgando generosos subsidios a sus agricultores y protegiendo a su producción de todo orden con altas barreras arancelarias y, en otros casos, con barreras no arancelarias que suelen ser más graves y efectivas que las primeras. Si esto es así, ¿de qué globalización y libre mercado hablamos?

Se puede entonces asegurar que los principios de la libertad de mercado, la no discriminación comercial entre los países y la igualdad

de trato a productos nacionales y extranjeros en el mercado interno, simplemente no funcionan. La globalización no siempre fomenta las transacciones de todo orden entre los países del mundo; en múltiples aspectos ha demostrado ser asimétrica, irregular, carente de uniformidad, depredatoria de los recursos naturales, consecuentemente, no siempre es beneficiosa ni abre posibilidades para un crecimiento ad-in-finitum del comercio internacional. La globalización es una factura humana, no es algo inamovible, inmodificable, beneficiosa por naturaleza o que debemos aceptar como un dato dado en países como el nuestro, donde es precisamente ella la determinante en alto grado del atraso y el subdesarrollo en el que el Ecuador se encuentra.

Por todo ello la necesidad de evitar la divinización de categorías como la globalización, que son importadas y que, por lo mismo, deben más bien ser apreciadas críticamente, una vez que no han surgido del examen objetivo y científico de nuestra propia realidad, sino que a menudo se han impuesto desde hace tiempo por centros académicos, grandes empresas, gobiernos, instituciones financieras de los países desarrollados. Un país como el Ecuador necesita hacer esfuerzos para abandonar aquellos empeños rutinarios, mecanicistas y seguidistas que, al solo fijarse en la apariencia de los fenómenos y no en su esencia, persiguen que imitemos lo que se hace en los países capitalistas desarrollados, despreciando el hecho real de que las naciones, como los organismos vegetales y hasta animales, suelen distinguirse radicalmente. ¿Le parece a usted, amable lector?

Las contradicciones del libre mercado (28/09/99)

Cuando en una fase del desarrollo histórico como la que vivimos en la actualidad, editorialistas, voceros empresariales, algunas relevantes figuras gubernamentales, ciertos personajes académicos hablan de una manera tan entusiasta y hasta apologética sobre la globalización y el “libre mercado”, nada parece mejor para llamarlos a la ponderación y a la reflexión crítica respecto a tales acontecimientos, que la simple constatación de lo que ocurre y se dice en el mundo y en nuestro país.

Por ejemplo, se insiste en sostener que lo que se viene haciendo en el Ecuador, en materia de política económica: fomento de exportaciones, atracción del capital extranjero, privatización de empresas estatales, vigencia de precios reales y de las leyes del mercado, es con el propósito de favorecer el crecimiento de la economía nacional y canalizar el ahorro hacia la formación de capital; sin embargo, lo que cada vez crece más es el atraso, la desigualdad y las fugas de capitales. Cifras hay múltiples para demostrar esta aseveración; sin embargo, en la perspectiva de ser lo más objetivo posible voy a decir que, está bien, ha crecido y crece la opulencia de los menos pero también ha crecido y crece la miseria de los más y, en estas circunstancias, no es nada raro que se haya simultáneamente expandido el consumo suntuario y las privaciones extremas de la mayoría de los ecuatorianos.

Desde ya hace algunos años, en una gran parte del mundo están en plena ejecución políticas aperturistas, privatizantes, desreguladoras del sector financiero, flexibilizadoras del sector laboral, creyentes en las bondades del mercado; sin embargo, se siguen condenando a las políticas keynesianas cuando no al socialismo como los causantes directos del déficit fiscal y, en el caso ecuatoriano, como los culpables del atraso y de la grave crisis que afectan a la mayoría de su población.

Precisamente hablando del socialismo, hoy es evidente que, a partir de la descomposición de la URSS y el florecimiento del capitalismo en las economías centralmente planificadas, las crisis capitalistas se repiten con una mayor frecuencia y son cada vez más complejas e intensas. Íntimamente asociado a este aspecto, no es raro constatar cómo a pesar de la tan esperada paz mundial que se avisoraba con motivo de la desaparición del socialismo en el mundo, han aflorado una serie de conflictos armados en varios continentes y naciones.

Hoy, cuando el progreso tecnológico es sin duda impresionante, cunde y se hace mucho más visible el atraso tecnológico en múltiples sectores y regiones. Y asociado a esto, hoy, cuando ha crecido y crece de manera impresionante la masa de dinero en circulación y en depósitos a nivel mundial y nacional, es cuando más se siente la falta de ahorro y

de financiamiento de las inversiones. Incluso quienes admitían y hasta justificaban el incremento en la desigualdad económica en la distribución del ingreso como una inevitable condición para favorecer la generación de ahorros y el consiguiente financiamiento de las inversiones, seguramente que hoy se sienten frustrados al constatar que tales mayores montos de ahorro no se convierten automáticamente en capital sino que se trata de recursos que se fugan al extranjero o se dilapidan en consumo suntuario.

Cuando en nuestros días se pondera la vigencia de la globalización, en cuanto inclusive se dice que ella es la condición para hacer posible la democratización de las decisiones a nivel del mundo y de cada país, hoy se puede constatar con facilidad que es mucho mayor la influencia innegable del Grupo de los Siete, es decir, de los países más desarrollados del mundo, de aquellos que no solamente concentran el poder económico y la hegemonía financiera, sino también la supremacía tecnológica y el potencial militar y, por consiguiente, los que han monopolizado la capacidad para dirigir los destinos de la economía y sociedad mundiales.

Actualmente, cuando más se habla y se pondera la conveniencia del libre cambio y de la libre circulación de los capitales, es cuando más ha aflorado el proteccionismo, practicado especialmente por los países más desarrollados, mediante la ejecución de medidas como elevación de aranceles, las prácticas para arancelarias, los subsidios a la agricultura, el dumping, las cuotas a la importación de ciertos bienes, las trabas a los libres desplazamientos de la mano de obra. Precisamente por esta serie de obstáculos, hay pensadores e investigadores que reconocen que en los cien años que precedieron a la primera guerra mundial, el mundo fue mucho más liberal que el “globalizado” mundo de la actualidad.

Hoy, cuando se pregona hasta la saciedad que la soberanía es una categoría anticuada, y que el concepto de Estado Nación está llamado a desaparecer, es cuando los países desarrollados más se empeñan por fortalecer el rol de sus Estados y de sus mercados nacionales como el

eje básico de su acción para asegurar la competitividad de sus economías en los mercados internacionales.

Por supuesto, podríamos continuar señalando una serie más de contradicciones como las citadas. Pero acaso las mencionadas sean suficientes para llamar la atención sobre la necesidad que tenemos en el Ecuador de desmitificar a la globalización y de reconocer que, los múltiples cambios que en todos los órdenes han ocurrido en el mundo en los últimos años, no han vuelto inútiles los empeños por revalorizar el concepto de Estado Nación. Más bien, siguiendo el ejemplo de los países desarrollados, nuestra preocupación esencial debería estar dirigida a conformar una base económica nacional, persiguiendo que las inversiones extranjeras radicadas en el Ecuador no actúen divorciadas de objetivos tan trascendentes como son los de preservar nuestra riqueza ambiental y detener los ahorros generados internamente y los que logremos obtener desde el exterior, para que sean utilizados en el territorio nacional, a fin de generar empleo, como un aporte significativo para evitar la emigración de trabajadores ecuatorianos hacia los países desarrollados.

No se trata, entonces, de crear una suerte de anarquía económica, que ni luce posible ni conveniente. Se trata de aprovechar el mercado mundial pero sin desprestigiar el potencial de nuestro propio mercado interno, lo que implica poner en el centro de nuestra preocupación las necesidades existenciales de la mayoría de los ecuatorianos. ¿Le parece a usted, amable lector?

Hiperinflación y neoliberalismo (02/11/99)

Durante los últimos días, han sido frecuentes las advertencias y los llamados de atención de dirigentes políticos, analistas, empresarios, voceros gubernamentales, sobre que el Ecuador se encuentra en los umbrales de la hiperinflación. Un periodista capitalino, pretendiendo encontrar una tipología uniforme de la hiperinflación, llegó incluso a aseverar que de las cuatro condiciones causantes de ella, el Ecuador cumple con dos y que el fenómeno, por lo mismo, se encontraba muy cerca de hacerse presente en nuestro país.

En general, quienes daban y aún dan como un hecho inevitable el surgimiento de la hiperinflación en el Ecuador, fundamentaban y fundamentan sus apreciaciones en la constante devaluación del sucre y en la presencia de un grave déficit fiscal. Pero quienes opinaban y opinan de esa manera, hoy deben sentirse tranquilos puesto que en el Congreso Nacional, al parecer, ya se han creado las condiciones políticas para lograr la aprobación del presupuesto general del Estado. Voces optimistas incluso destacan que la aprobación del presupuesto por parte del Congreso Nacional, traerá el inmenso beneficio de reducir la tasa de interés y el tipo de cambio y que, gracias a ello, va a producirse una considerable reactivación de las inversiones y de la economía ecuatoriana.

Ahora bien, si se repara con un poco de detenimiento en el planteamiento anterior, es fácil llegar a la conclusión de que sus sostenedores reconocen que la inflación es un fenómeno típicamente monetario, que todo el problema, entonces, se reduce a que el dinero en circulación crece más que la producción de bienes y servicios y que la clave, por lo tanto, es evitar que haya demasiado dinero, mediante la adopción de medidas de carácter también momentario, fiscal y financiero como la prórroga del congelamiento de los depósitos bancarios, un mejor control del circulante, la emisión de bonos, la elevación de los encajes, la restricción del gasto público, la contención de las alzas salariales, la creación de nuevos o de más altos impuestos para financiar el presupuesto, el otorgamiento de estímulos a los capitalistas a fin de que aumenten la producción y se pueda así restablecer el equilibrio entre la oferta y la demanda. Es en este contexto en el cual deben analizarse medidas tales como el aumento del IVA del 10 al 12 %, la restitución del impuesto a la renta, la reducción del impuesto a la circulación de capitales del uno al 0.8 %, el mantenimiento con carácter indefinido del impuesto a los automóviles de lujo y al patrimonio de las sociedades

Lo que probablemente olvidan o soslayan quienes piensan de la manera descrita es que, como en múltiples otros aspectos de la realidad de nuestro país, no existen características universales ni uniformes de la inflación que puedan ser homologadas con procesos inflacionarios

ocurridos en otras realidades; ni que se trate de procesos que deban ser vistos de una manera ajena a las estructuras políticas y sociales. A lo largo del tiempo, la inflación misma ha cambiado. Alemania y otros países europeos vivieron procesos hiperinflacionarios después de la primera guerra mundial. Argentina, Bolivia, Perú también soportaron fases de hiper crecimiento de los precios en coyunturas determinadas. Es más, fue precisamente en estos países en donde debido a que la crisis fue más abierta, la hiperinflación desatada, los déficit fiscal y de balanza de pagos más graves, los conflictos sociales más inmanejables, donde el neoliberalismo emergió triunfante frente a lo que entonces se llamó el populismo, el estatismo, el desarrollismo. Es decir, fue en estos países donde se hicieron presentes gobiernos autoritarios o donde se lograron consensos políticos más rápidos y claros para doblegar la resistencia de actores sociales y políticos desafectos al modelo neoliberal.

Acá en el Ecuador, se han creado las condiciones para un posible acuerdo político para la aprobación del presupuesto lo cual significa, a decir de los protagonistas de tal acuerdo, que el peligro de la hiperinflación se ha desvanecido o agotado y que, más bien, lo que le espera al país, de aquí en adelante, es una fase de estabilidad y de sostenido crecimiento económico.

Naturalmente los hechos serán los encargados de ratificar o desmentir la anterior aseveración; sin embargo, yo quiero subrayar mi convicción de que en cualquier sociedad mercantil que utilice el dinero como medio de cambio, la posibilidad de la inflación siempre estará presente. Entonces, esta y mucho más la hiperinflación está lejos de ser un problema simplemente económico y peor solamente monetario o financiero. Se trata de un fenómeno político que procede en gran medida del empeño de favorecer al capital monopolista. Creo que el alza desmesurada de los precios es un mecanismo de defensa de las ganancias de los capitalistas que será mantenido en el futuro. Solo si surgieran otros arbitrios capaces de reemplazar a la inflación como mecanismo eficaz para elevar, mantener o cuando menos contrarrestar la tendencia al descenso de la tasa de rentabilidad de los inversionistas, entonces si será posible pensar en una disminución de la inflación.

Algunos de estos mecanismos podrían ser un más severo congelamiento salarial, la transferencia de activos estatales al sector privado a precios de regalo, una atenuación de las condiciones de amortización de la deuda externa, el abaratamiento de los equipos y bienes de capital, una mayor devastación de la riqueza ecológica nacional.

Por cierto que todos estos arbitrios podrían desatar una dinámica social que afectará la vida política nacional. Es la inevitable consecuencia de la ejecución de ciertos hechos económicos. Mientras tanto, creo que la inflación y toda la crisis solo podrán ser resueltas gracias a la presencia de un gobierno interesado en abandonar el recetario neoliberal, un gobierno que represente intereses sociales y populares más amplios y que hoy no lo tenemos ni que tampoco nos caerá del cielo.

Desconcierto e incertidumbre (07/12/99)

Los graves como complejos acontecimientos que vivimos en el país sin duda que son motivos suficientes para despertar una serie de interrogantes.

Desde que se encuentra en la presidencia de la República Jamil Mahuad, existe en el país una verdadera congelación de los salarios. Es que los aumentos a los que se refiere la correspondiente ley, que obliga a los representantes gubernamentales a sentarse cada seis meses con los empresarios y con los obreros para discutir y acordar remuneraciones, han terminado por convenir aumentos sin duda insuficientes fijados no precisamente en relación con el alto costo de vida vigente en el Ecuador.

La última información proporcionada por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos nos hizo conocer que mientras el costo de la canasta familiar ascendió en noviembre último a 3.3 millones de sucres mensuales, los ingresos familiares promedios solamente llegaron a 1.8 millones de sucres por mes, lo cual arroja un déficit considerable que impide a los hogares ecuatorianos comprar siquiera los alimentos necesarios para su subsistencia. Ahora bien, la conformidad y el recogimi-

miento a que han conducido esta situación, están sin duda siendo reemplazados por una fase de deliberación y de cuestionamiento por parte de los trabajadores asalariados.

Otro hecho se refiere a la verdadera restricción del derecho de huelga que el gobierno ha impuesto en los conflictos laborales. Ciertamente que en teoría el derecho existe, mas, en la práctica una huelga puede ser reprimida y disuelta de manera inapelable por el Ministerio de Trabajo o las gobernaciones, como acaba de suceder en la provincia del Guayas.

Actualmente, no hay limitación alguna para que el capital extranjero pueda invertir en cualquier área de actividad económica del país, inclusive en ramas tan delicadas como la defensa, las finanzas y la banca, el comercio, los seguros, los servicios públicos, la minería y la pesca, la publicidad, la seguridad social. Este hecho tiene repercusiones sin duda trascendentales en la vida no solo económica sino política nacional.

Un tercer conjunto de hechos está dado por la acumulación de inmensos beneficios monetarios por parte de los exportadores, como resultado tanto de las devaluaciones ocurridas en las últimas semanas, como por la política estatal que aspira a privilegiar la actividad productora de bienes y servicios para ser colocados en el mercado internacional.

Se debe de incluir como un hecho de trascendencia para el presente y el futuro del país, la delegación de la soberanía nacional a la jurisdicción de jueces extranjeros, como en el caso de los afanes de reestructuración de la deuda externa, hecho que, por cierto, resulta muy difícil de justificar a la luz de la Constitución Política que nos rige.

No menos importantes son los casos de las contribuciones a la campaña electoral del presidente Mahuad sobre lo cual hay mucha tela por cortar; el aumento considerable de la delincuencia; los daños causados al oleoducto y que inicialmente fueron atribuidos a acciones

terroristas; la estampida del precio del dólar; la reinstalación del estado de emergencia en la provincia del Guayas y, la inaudita promoción que ha recibido la descentralización y de las autonomías provinciales, un tema que deja un sabor un tanto amargo pues, a riesgo de ser calificado como centralista, es evidente que en su discusión está primando más la emoción y el apego a una ideología, que el uso de la sensatez, de la técnica y de la razón.

Y frente a esta serie de acontecimientos, los militares empiezan una vez más a ser objeto de preocupaciones. Y es que, efectivamente, las fuerzas armadas al formar parte de la sociedad y recibir la influencia de un entorno muy complejo y sensibilizado, no están ni mucho menos aisladas. Sin duda que sus miembros, observan con asombro el descrédito del actual gobierno y algunos o quizás muchos no ocultan su disconformidad con lo que está ocurriendo. Posiblemente, habrán quienes quisieran que el descrédito se agrandara y superara al descrédito de otros recientes gobiernos, para ser llamados a cumplir otra función.

Ahora bien, si la solución fuera remover al presidente sin alterar el orden constitucional, hay solo dos maneras de hacerlo: a través de un “juicio político”, o si el Congreso Nacional establece la incapacidad física o mental de Mahuad y lo declara cesante. Si un presidente es removido sin juicio político o sin la declaración de incapacidad para ejercer el cargo, se quiebra la continuidad constitucional pues no hay otro procedimiento legalmente válido.

Admitiendo que se satisficiera plenamente con cualquiera de las dos citadas condiciones, restaría por encontrar no solamente al pro-hombre que en las actuales circunstancias asumiera la presidencia de la República, sino al programa de gobierno necesario para sacar de la grave crisis que castiga al país, lo que equivale a decir, contar con las fuerzas sociales y políticas necesarias para respaldarlo. Y es esta, precisamente, la gran interrogante que espera respuesta. Hoy más que nunca el Ecuador precisa de una acción gubernamental enderezada no solo a conseguir un alto crecimiento económico sino a garantizar que los fru-

tos de tal crecimiento se repartan de manera equitativa entre todos los miembros de la sociedad, conteniendo las ambiciones de los eternos beneficiarios de las políticas económicas ejecutadas en el Ecuador. ¿Qué le parece a usted, amable lector?

Otro invento de globalización frustrado (14/12/99)

Apenas a los cinco años de haber sido fundada, la Organización Mundial de Comercio tuvo su prueba de fuego en las negociaciones que esperaban realizar sus 135 países miembros en la ciudad de Seattle, Estados Unidos, durante la primera semana del presente mes. La proyectada reunión constituyó un verdadero fracaso pues no solo que las negociaciones no se realizaron, debido a las rígidas posiciones de las delegaciones de todos los países, en especial los desarrollados; sino porque la conferencia estuvo rodeada de manifestaciones hostiles de vastos sectores sociales que expresaron su inconformidad por la liberalización del comercio, los privilegios de las multinacionales y la globalización en general. Y todo esto ocurrió nada menos que en los Estados Unidos, el país donde las posiciones en favor del comercio libre y multilateral, se supone que han ganado más consenso.

La conferencia pretendía convertirse en la Ronda del Milenio, donde se iba a negociar una mayor apertura de los mercados nacionales cubriendo un largo abanico de temas incluyendo la salud, la seguridad alimentaria, la protección del medio ambiente, la propiedad intelectual. Pero las posiciones pre existentes sobre temas cruciales como los mencionados por un lado y las persistentes manifestaciones de la sociedad civil, por otro, determinaron que las fuerzas policiales se vieran incapacitadas para garantizar la seguridad de los delegados, lo cual conformó un escenario impropio para negociar. Fueron tan fuertes como hostiles y violentas las manifestaciones ciudadanas contrarias a la Conferencia, que en Seattle hasta se decretó el estado de urgencia.

La persona que representó a los Estados Unidos y que presidió la Conferencia ministerial, reconoció el fracaso del evento y dijo que a ello contribuyó la ausencia de voluntad política de los gobiernos de los

países desarrollados. Los países de la Unión Europea acusaron a los Estados Unidos de inflexibilidad y de haberse empeñado en realizar una Conferencia en un momento en que se desarrolla una campaña electoral nacional, lo cual no era lo más apropiado. Los portavoces de los países pobres de América Latina expresaron con fuerza su frustración y su descontento por la modalidad de negociación.

En cualquier caso, lo ocurrido hace algunos días en Seattle, es aleccionador. La sociedad civil hizo sentir su protesta y reclamó que solo un puñado de países ricos lleve la voz en las negociaciones. Este hecho, probablemente sin precedentes en las conferencias mundiales y regionales sobre comercio, debe constituir un serio llamado de atención para los gobernantes de los países latinoamericanos. Es hora de reflexionar sobre que el mercado mundial no debe constituirse en la fuente de dinamismo única del crecimiento de las economías nacionales. Los encuentros y foros llamados a convertirse en escenarios de discusión sobre el comercio global así empiezan a revelararlo. Los países, especialmente los desarrollados, son cada vez más renuentes a otorgar concesiones y, entre ellos existen profundas divisiones.

En el Ecuador son conocidos los considerables esfuerzos realizados para conseguir aumentar las exportaciones de bienes y servicios y, sin duda que lo hemos logrado; sin embargo, ello no se ha traducido en aumentos similares y equitativos de los niveles de bienestar de toda la población nacional. El país, no obstante la expansión considerable de sus ventas al mercado mundial, sigue careciendo de las divisas indispensables para financiar las importaciones que demandan los programas de inversión, el servicio de la deuda externa, las utilidades de las empresas foráneas radicadas en su territorio, los pagos de tecnología y de servicios que se han incrementado considerablemente. Precisamente a esta carencia de divisas se debe que en estos días tengamos que lamentar la estampida en el precio del dólar norteamericano.

Gracias al enorme aliento otorgado por el Estado ecuatoriano al fomento de las exportaciones de todo orden, hoy el país enfrenta problemas ecológicos de consideración, y hay personas que justifican la vi-

gencia de una política salarial más conservadora como condición para favorecer la competitividad de las exportaciones nacionales en los mercados externos. Naturalmente que la influencia de este conjunto de hechos se traduce en una mayor concentración del ingreso y de la propiedad y, obviamente, en una mayor desigualdad económica y social de los ecuatorianos.

De todo lo anterior se desprende que el objetivo de un país como el nuestro no debe ser exportar por exportar. El Ecuador no puede ser asimilado a una gran empresa cuya función principal y acaso única sea vender. Incluso de aceptarse que la exportación por la exportación es un objetivo nacional deseable, estamos observando que el panorama internacional empieza a mostrarse esquivo para lograrlo. Aceptemos entonces que el país es un conglomerado de seres humanos ávidos de satisfacer sus necesidades esenciales y que hacia ello deben dirigirse las múltiples funciones del Estado.

Capítulo VI
**HACIA LA DEFINICIÓN DE PROPUESTAS
ALTERNATIVAS DE DESARROLLO
EL PAPEL DE LA IZQUIERDA**

Gobernabilidad durante la crisis y políticas de ajuste (08/09/98)

En julio último se llevó a cabo en el paraninfo de la FLACSO, sede de Quito, un importante acto académico de presentación del libro del mismo título de este artículo escrito por la economista María Caridad Araujo, de la Corporación de Estudios para el Desarrollo (CORDES). Se trata de un trabajo de 174 páginas, que ofrece al lector una muy buena síntesis de las diferentes medidas de política económica ejecutadas entre 1979 y 1997; así como también, sobre el entorno general en el cual se diseñaron y ejecutaron tales medidas y, por supuesto, sobre los resultados que ellas provocaron en términos de corrección de los desequilibrios externos e internos de la economía nacional.

La presentación simplificada y sistemática de las medidas de política y sus resultados permite no solo confrontar la evolución de las variables más importantes de la economía ecuatoriana durante los distintos gobiernos habidos en el país entre 1979 y 1998, sino que la sencillez en el análisis hace posible realizar enfoques comparativos sobre líneas coherentes obteniendo conclusiones interesantes respecto a los resultados logrados, la sostenibilidad de las políticas utilizadas y las tareas pendientes.

Por cierto, el contenido, las conclusiones y el alcance del texto buscan colocarse en una posición neutral o ecléctica; sin embargo de lo

cual, creo que es importante reconocer que el tratamiento de los diferentes temas, hizo posible satisfacer, quizás sin quererlo, dos objetivos adicionales muy importantes. El uno se refiere a la constatación del carácter sin duda limitado y hasta contradictorio de la tan anhelada estabilidad que todos los gobiernos dijeron perseguir durante el período bajo análisis, como condición para el crecimiento económico. El otro, a la verificación de la enorme distancia existente entre el discurso o las promesas de los candidatos y las reales acciones de ellos cuando empezaron a ejercer funciones de gobierno. Esto último es algo que se ha venido repitiendo en el país como una ley política, que debe ser puesta claramente al descubierto.

Con respecto a la “estabilidad”, en otros artículos de esta columna he sostenido que la experiencia de múltiples países muestra que el crecimiento, el estancamiento incluso la recesión pueden darse con inflación y también con estabilidad, y que esta no se consigue con la ejecución de solo una política monetaria, menos con una de naturaleza restrictiva que termina haciendo escasos los créditos, elevando el tipo de interés, disuadiendo las exigencias de mayores salarios, alentando al capital especulativo y comercial frente al capital productivo y, favoreciendo a las grandes corporaciones en desmedro de las pequeñas y medianas empresas.

Creo que la estabilidad es necesario lograrla pero reconociendo que ella, por sí sola, no lleva a un mejor reparto del ingreso y de la riqueza como no conduce tampoco al crecimiento menos al desarrollo económico. Así lo confirma la situación de nuestro propio país, según se lo reconoce en el texto que hoy comentamos cuando, en la página 104 expresa que

Una vez iniciado el ajuste, a partir de 1982, los períodos de mayores tasas de crecimiento coinciden con los de más altas tasas de inflación, es decir, con los gobiernos de Febres Cordero y de Borja;

o cuando en la página 106 anota que... *en los lapsos en que se logró controlar la inflación, se observó también una desaceleración del crecimiento*

del producto, poniéndose como ejemplo los gobiernos de Durán Ballén y de Hurtado Larrea.

Lo cierto es que en los últimos diez y seis años, cuando el país ha estado sometido a políticas de ajuste, tanto la estabilidad como el crecimiento económico siguen siendo metas distantes para la economía ecuatoriana. Entonces, creo que ni la estabilidad de precios ni tampoco el crecimiento económico por si solo pueden ni deben constituirse en el objetivo primario y fundamental de la política nacional al cual deba de subordinarse cualquiera otra finalidad.

Con relación a las frecuentes contradicciones entre los discursos y las acciones de los candidatos y de los gobernantes, su mención es oportuna precisamente en la coyuntura actual, cuando acaba de iniciarse un nuevo gobierno. Si esta contradicción que la considero una especie de ley política se repitiera nuevamente, estaremos lejos de dejar a la crisis atrás, de crear 900 mil nuevos empleos en los próximos cuatro años, de ofrecer atención médica, medicinas y alimentación gratuita a las madres gestantes, o de entregar dos alimentaciones diarias gratuitas a los escolares de los establecimientos estatales.

Un libro interesante que ayuda a comprender las razones por las cuales, a dos años de terminarse este siglo, el Ecuador vive en un desorden global, donde los grandes objetivos que las políticas de ajuste se propusieron cumplir, no han podido satisfacerse y cómo hoy, necesitamos de un nuevo instrumental de análisis que parta de un examen crítico de nuestra realidad y de lo que hasta ahora se ha hecho para superar las graves dificultades que afligen a nuestro pueblo, entre estas, la crisis ecológica y la pobreza.

Encogerse de hombros o reactivar la memoria política (06/10/98)

La ilusión de muchos editorialistas, dirigentes empresariales, políticos de los partidos de derecha y socialdemócratas criollos y aún de algunos académicos familiarizados y entusiasmados con los proyectos aperturistas, de que las cosas iban a cambiar favorablemente en todo el

mundo y en el Ecuador, cuando se ejecutaren medidas neoliberales, contrarias a la intervención estatal y creyentes en las bondades del mercado, han empezado a desvanecerse a raíz especialmente de las graves crisis en las que se han visto envueltos los países del sudeste asiático, Rusia y los propios países latinoamericanos. A estos hechos se suman declaraciones de ideólogos como Fukuyama que dicen haberse equivocado al sostener, como lo hizo, de que con la descomposición de la comunidad de países socialistas la historia se había terminado, naturalmente, teniendo como estación terminal al capitalismo.

Todos recordamos el empeño demagógico con que algunos economistas oficiales de los últimos gobiernos repetían sin cesar que, gracias a la magia del mercado, se abría para el Ecuador una nueva etapa en su proceso de desarrollo: la fase de crecimiento con estabilidad y que atrás quedaba la política desarrollista, populista, neokeynesiana, cepalina que tantos daños había causado a la estructura productiva y a los habitantes de esta parte del mundo.

Los más optimistas sostenían incluso que gracias a las recetas neoliberales, los países atrasados como el Ecuador, a la vuelta de unos pocos años, iban a entrar airosos en el espacio privilegiado de los países primermundistas. Que gracias a la creación de un clima institucional y jurídico adecuado, se podía confiar en que enormes torrentes de recursos foráneos se invertirían en el país, lo cual irradiaría de modernización tecnológica a toda la estructura productiva nacional, creándose empleo para miles de trabajadores.

Si bien algunos dirigentes políticos especialmente, aún siguen hablando respecto a la eficiencia y objetividad de las leyes del mercado, y uno que otro todavía sostiene la necesidad de confiar en la mano invisible que lo regula todo de la mejor forma posible, lo cierto es que tales cuestiones se plantean de manera retórica y ahora, en la práctica, empieza a admitirse más bien que el mercado y sus locas leyes no han hecho posible lograr la prosperidad que muchos decían se iba a alcanzar

Al amparo de estas ilusiones y creencias que generaron dirigentes empresariales, políticos, intelectuales, ciertos directores y propietarios de ONGs, en el Ecuador se ha continuado ejecutando, aunque de manera irregular y bajo diferentes estilos, una política económica de naturaleza esencialmente neoliberal. Los resultados logrados, sin embargo, dejan mucho que desear, en términos de estabilidad económica, crecimiento, ocupación de la mano de obra, preservación de nuestra riqueza ambiental, afirmación de la soberanía nacional.

En efecto, en vez de más rápido crecimiento económico lo que hemos tenido es uno más lento desde comienzos de la década de los ochenta, y las tasas de inversión especialmente privadas más bajas en muchos años. En vez de estabilidad de precios, inflación irregular que al finalizar este año se espera que sea del orden del 48 %; en vez de reducción, aumento del desempleo; en vez de un uso racional del ahorro interno, aumento del consumo superfluo, de las importaciones suntuarias y de la deuda externa; en vez de estabilidad monetaria y cambiaria, el más grande aumento de los medios de pago y de las devaluaciones del sucre; en vez por último de una reducción de la pobreza y de la desigualdad, una mayor concentración del ingreso y de la propiedad y un empeoramiento de las condiciones de vida de millones de ecuatorianos.

Naturalmente que la crisis que invade al mundo capitalista y que tiene tantas repercusiones debido al enorme entrelazamiento que hoy existe entre los mercados nacionales e internacionales de dinero, de bienes y servicios, de capitales, no debe ser apreciada de manera apocalíptica, como si se tratara del inicio de una fase de definitivo estancamiento económico mundial o la sentencia de muerte del capitalismo. Probablemente, después de unos meses o años, cuando se haya producido un intenso proceso de desvalorización del capital, la crisis terminará por ceder y la economía mundial a transitar hacia una fase de reactivación; sin embargo, esta nueva etapa de crecimiento será más irregular y cargada de graves contradicciones.

Pero bien, frente al panorama trazado y, sobre todo, frente a lo acontecido durante los últimos 18/20 años en el Ecuador, lo más fácil y cómodo sería encogerse de hombros y lamentarse de que las cosas hayan ocurrido como ocurrieron y no como se esperaba. Pero tal actitud resultaría la menos edificante y productiva para nuestro país. Más bien, hoy tenemos que mantener viva la memoria política nacional. Tenemos que recordar las medidas ejecutadas, los argumentos esgrimidos, los resultados logrados. Tenemos que conservar en la memoria colectiva los nombres de tantos y tantos candidatos a diferentes funciones de elección popular, de dirigentes gubernamentales, de ministros y altos funcionarios y técnicos al servicio de la política neoliberal, aquellos que generaron falsas expectativas e ilusiones, los que minimizaron la crisis y fueron incapaces de hacerle frente con medidas apropiadas, los que estafaron o contribuyeron a que se estafara al país.

Pero sobre todo, las fuerzas sociales, académicas, políticas desafectas con el neoliberalismo, tienen que esmerarse por convencer a muchos sobre que el mercado libre no hace milagros, consiguientemente, que es hora de dialogar y de avanzar en la forja de una estrategia distinta, que no implique tampoco la vuelta hacia el pasado. Si no se obra de esta manera, nada raro será que en unos pocos meses o años más, aquellos que tanto daño le causaron al Ecuador estén nuevamente de moda y dispuestos a seguir en sus andanzas, en muchos casos, proponiendo las mismas recetas que hoy por hoy se han demostrado fallidas. ¿Le parece a usted, amable lector?

Elaboración de una propuesta de desarrollo alternativo (10/11/98)

Todos los días lunes, desde el 21 de septiembre último, se viene desarrollando en un pequeño auditorio del ILDIS en Quito, una serie de talleres bajo el título de este artículo que se prevé se extiendan hasta el 15 de febrero del próximo año. Asisten como expositores, comentaristas e interesados en debatir los diferentes temas, unas 30 ó 40 personas entre académicos, dirigentes políticos y de sectores populares, representantes de gremios, investigadores, parlamentarios.

Este tipo de actividades, que deberían tener una frecuente realización especialmente en las universidades del país y para un público más amplio, presentan en el momento actual una especial significación, debido a la grave crisis mundial y nacional que está determinando que quienes más afectados han sido y posiblemente aún lo son a exaltar las posiciones neoliberales más extremas, empiecen a ceder el espacio a posiciones políticas más de centro. Precisamente en esta línea se inscriben aunque en un terreno quizás todavía formal, los cambios políticos ocurridos en Inglaterra, con el retorno al poder del partido laborista después del largo dominio de los conservadores; el regreso en Francia del Partido Socialista y el triunfo de la socialdemocracia en Alemania ocurrido hace pocas semanas. Es más, hoy empieza ya a reconocerse la necesidad de reformar el sistema financiero internacional, contener todo aperturismo fundamentalista y hasta modificar las reglas del Fondo Monetario Internacional.

Claro que en el caso del Ecuador, en cambio, parece que las cosas caminan a destiempo. Acá el gobierno de Mahuad persiste en ejecutar un modelo neoliberal a ultranza, empujando las privatizaciones, reformando las leyes tributarias a fin de privilegiar a los impuestos indirectos. Y en el Ecuador el gobierno demócrata popular pretende hacer todo lo señalado, no obstante que las experiencias de gobiernos anteriores que quisieron a toda costa legitimar y ejecutar un programa neoliberal integral, tropezaron finalmente con obstáculos como el Tau-razo, la mayoritaria oposición nacional expresada en el plebiscito de noviembre de 1995 y la derrota del proyecto de convertibilidad con la deposición de Bucaram en febrero de 1997.

Pero bien, cuando se presiente la finalización de una era y el tránsito hacia otra no definida ni precisada aún con claridad, nada parece más oportuno que avanzar en el señalamiento de una alternativa que no sea solamente una suerte de humanización del neoliberalismo, sino la proposición y el análisis de un enfoque verdaderamente alternativo, viable y creíble que empiece a ganar conciencias y voluntades para emprender en una lucha política destinada a modificar rumbos y para construir un diferente tipo de nación.

En los talleres en referencia se ha empezado por romper aquella errada creencia de que las políticas neoliberales son inevitables, abandonando también toda posición trivial en unos casos, sobre que basta ensayar una crítica general a un modelo, o ingenua en otros, sobre que simplemente es suficiente proponer medidas concretas al margen de la esfera del poder, para imaginarnos que las cosas cambiarán de manera repentina.

El diseño y la ejecución de una estrategia alternativa de desarrollo no va a surgir espontáneamente ni tampoco como fruto de los esfuerzos intelectuales de nadie individualmente considerado. Tal nueva estrategia surgirá de la propia lucha política, será producto de la acción organizada del pueblo y de todos quienes no están comprometidos con las políticas neoliberales y los propósitos de desmantelamiento del Estado. Entonces, parece que lo fundamental para lograr que toda estrategia alternativa surja, se enriquezca, penetre en las conciencias de la gente, se imponga, es imperioso empezar a aproximar a los componentes de un vasto y heterogéneo movimiento social, afortunadamente en ascenso, como requisito indispensable para abrirle y consolidarle viabilidad política.

Creo que hoy en el Ecuador existe un clamor bastante generalizado sobre la imprescindible necesidad de empezar a transitar un camino diferente al recorrido por el país durante los últimos 18/20 años. Tal clamor está presente, particularmente, en buena parte de los trabajadores urbanos y rurales, los pequeños industriales y comerciantes, los indígenas, los docentes de todos los niveles, las mujeres especialmente de los sectores populares; en vastos segmentos de las denominadas capas medias y aún en ciertos grupos empresariales medianos y hasta grandes; es decir, en la mayoría de la población nacional y cuyas demandas y luchas están llamadas a encarnar las aspiraciones del conjunto de la sociedad.

La mayoría de las gentes que conforman los grupos y fuerzas sociales mencionadas, se sienten sin duda inconformes con la situación actual, están deseosas de que las cosas en el Ecuador cambien y hasta

podrían sentirse atraídas a una acción política unitaria; sin embargo, entre ellas no existen bases de un acuerdo bien definido sobre lo que debe hacerse en el Ecuador para reemplazar a la estrategia actual. Por eso, parece necesario ayudar a definir en términos comprensibles para todos, los elementos esenciales de una estrategia alternativa o del nuevo proyecto nacional que se piensa ejecutar.

Un proyecto económico distinto, debe empezar planteándose como objetivos fundamentales lograr un crecimiento económico sostenido que privilegie la atención de las necesidades esenciales de la mayoría de la población; incremente el empleo y mejore la distribución de los ingresos, en la perspectiva de reducir sensiblemente la desigualdad; que se lleve a cabo una mejor asignación de recursos a fin de lograr una expansión económica más equilibrada y haga frente al deterioro ecológico; favorezca la participación democrática de la población en el diseño y la ejecución de las decisiones que la afectan y emprenda en una tarea de recuperación de la soberanía y la independencia nacional, que se encuentran lesionadas y comprometidas gravemente.

Por lo mismo, la unidad de múltiples componentes sociales, frecuentemente heterogéneos y en muchos sentidos contradictorios, en torno a objetivos trascendentes y acciones indispensables de ejecutar para alcanzarlos, es la condición para empezar a modificar la actual correlación de fuerzas que no beneficia al pueblo. Mientras tanto, la iniciativa del ILDIS y de la Fundación José Peralta de examinar nuevos proyectos nacionales, es digna de todo apoyo y felicitación.

La izquierda ecuatoriana en el próximo milenio (I) (18/11/98)

Bajo los auspicios del ILDIS y de la Universidad Andina “Simón Bolívar”, se viene realizando en Quito un importante ciclo de mesas redondas -la segunda de las cuales tuvo lugar el jueves 12 del presente mes- destinadas a examinar las limitaciones y posibilidades de la Izquierda Ecuatoriana, a fin de visualizar

un nuevo marco ideológico democratizador e inclusivo que confronte a las propuestas de la derecha y a las posiciones conservadoras que se han calado en el discurso político del Ecuador contemporáneo.

Frente a este singular como importante propósito, un primer elemento que quizás conviene destacar, es lo que debe entenderse por ser de izquierda en el Ecuador actual, puesto que, al respecto, pueden surgir innumerables posiciones, desde aquellas que seguramente plantean que el calificativo de izquierda solamente les corresponde a quienes tienen filiación marxista, hasta otras que también consideran que ser de izquierda es simplemente ofrecer iniciativas para humanizar a los proyectos aperturistas, neoliberales.

¿Cuál es el elemento diferenciador de la izquierda con otras posiciones ideológico políticas ecuatorianas? No hay respuestas terminantes ni unívocas al respecto; sin embargo, lo que sí parece claro, es que la izquierda en el Ecuador no puede y no debe ser: 1) El intento por simplemente recomponer o humanizar al capitalismo; 2) El esfuerzo por lograr que el Ecuador se parezca cada vez más a los países capitalistas desarrollados y quizás más específicamente a lo que ahora es la sociedad norteamericana; 3) El empeño por tratar de repetir en nuestro país, aquella forma de organización y de conducción económica y social teñida de tantos defectos autoritarios, ineficientes, burocráticos, centralistas que estuvo presente en algunos países ex “socialistas” de la Europa central y del este.

Y no puede serlo porque se trata de tareas utópicas imposibles de realizarse en la práctica. En el primer caso (1), porque el capitalismo, en cuanto básicamente supedita el desenvolvimiento de toda actividad a la obtención de un beneficio privado, genera más contradicciones que las que puede resolver y, los últimos y trascendentales cambios económicos, sociales, tecnológicos, políticos ocurridos en el mundo, no han alterado su esencia sino que más bien han universalizado la naturaleza expansiva de una serie de contradicciones y conflictos.

Así, a pesar del derrumbe del muro de Berlín, la destrucción de las estatuas de Lenin, la descomposición del socialismo en los países de la Europa central y del este, el florecimiento del capital financiero, el aumento sin precedentes del comercio mundial, la presencia de inventos técnicos tan ingeniosos y útiles como el fax, el internet, las comunicaciones satelitales, o los realizados en el campo de la genética, la biotecnología, la energía, los transportes, persisten y se han agravado: la concentración y centralización del capital, la monopolización de la economía; mientras que, simultáneamente, la desigualdad entre los países desarrollados y subdesarrollados ha crecido y en estos se ha multiplicado la pobreza, el desempleo, el subempleo, el deterioro ambiental; donde reducidos grupos de personas se han enriquecido y contados consorcios económicos se han fortalecido y trasnacionalizado.

Por otro lado y, a pesar de los cambios mencionados, las crisis económicas no han desaparecido, más bien, han ganado en intensidad y hoy lucen mucho más complejas y difíciles de superación, afectando la estabilidad y el crecimiento económico de países a los cuales se los consideraba inmunes a ellas.

La dependencia no solo comercial sino financiera, tecnológica, cultural del Ecuador también se ha intensificado de manera considerable y los países avanzados, lejos de haber abandonado más bien han intensificado sus prácticas comerciales proteccionistas y desleales o sus severas restricciones al ingreso a sus territorios de mano de obra proveniente de las áreas subdesarrolladas.

En cuanto a (2), pretender que toda la sociedad ecuatoriana sea como es la sociedad norteamericana, equivale a soslayar las diferentes trayectorias históricas de dos países tan distintos y, sobre todo, a menospreciar al fenómeno del imperialismo, palabra esta que, repudiada por quienes la consideran anacrónica, desagradable y hasta anticientífica, caracteriza sin embargo la situación de subordinación en que se desenvuelve el Ecuador frente a una serie de condicionantes impuestos por los países capitalistas desarrollados.

No cabe olvidar, por otro lado, que pretender imitar los niveles de ingreso, consumo y uso de recursos de los países capitalistas desarrollados, que son los que concentran los mayores porcentajes de gastos de energía, de combustibles, de papel, dejaría sin recursos al mundo, serían necesarios nuevos planetas tierra para abastecerlos. No cabe olvidar que, actualmente, hay en el mundo alrededor de 1.300 millones de personas que viven con un ingreso inferior a un dólar diario.

Por último, calificar como de izquierda a quien quiere reproducir un “socialismo” como el que tuvo lugar en los países de la Europa central y del este, que padeció de tan graves fallas burocráticas y centralistas, que mostró enormes ineficiencias, considero que también debe ser repensado. Esa modalidad de socialismo fracasó y, el stalinismo que generalmente lo inspiró, demostró ser autoritario y cruel, consiguientemente, nadie que se considere de izquierda querrá reproducirlo en nuestro territorio.

Pero si izquierda no es, entonces, ubicarse en la perspectiva de recomponer, reoxigenar y humanizar el funcionamiento del capitalismo, si tampoco es sostener que el Ecuador debe ser como ahora es la sociedad norteamericana, ni reeditar en nuestro medio el “socialismo” que se vivió en los países de la Europa central y del este, ¿Cómo caracterizarla positivamente? Una buena interrogante para la reflexión y el debate. El ciclo de mesas redondas que se realiza en la Universidad Andina en Quito se está ocupando de ello y por eso es que, entre otras cosas, él ha resultado tan sugerente y ha logrado convocar a muchísima gente interesada en seguir y participar en los debates. Ojalá que las intervenciones de los panelistas se publiquen para conocimiento de un público más amplio. Sería una excelente contribución para la reflexión y el análisis. ¿Le parece a usted, amable lector?

La izquierda ecuatoriana en el próximo milenio (II) (24/11/98)

Tan pronto como se publicó mi anterior artículo sobre el mismo título del actual, recibí algunas llamadas y una atenta carta mediante la cual me piden que no solamente exprese lo que, desde mi punto de vis-

ta no debe ser la izquierda en el Ecuador, sino que me atreva a decir lo que debe serlo, a fin de poder evaluar con precisión el papel que las fuerzas políticas de la izquierda ecuatoriana estarían llamadas a desempeñar en favor del desarrollo nacional.

Con mucho gusto accedo a tal solicitud y, dando continuidad a lo que expuse en mi anterior artículo sostengo que, si la forma de funcionamiento del capitalismo en el Ecuador, muestra resultados desalentadores y frustrantes para la mayoría de la población y, si sus tendencias exhiben también contradicciones económicas, tecnológicas, sociales, ambientales tan graves e irresolubles, pues parece elemental que no nos resignemos a tales resultados y tendencias y que más bien nos preocupemos por buscar, para construir, otros proyectos de sociedad, que a lo mejor son menos probables pero que son posibles y por supuesto deseables.

Esto significa que ser de izquierda en el Ecuador debe significar emprender en un verdadero compromiso para trabajar en favor de una nueva y diferente sociedad; caracterizada, al menos, por los siguientes elementos:

- a) La superación de la desigualdad, que debe formar parte inextricable de la ciudadanía propiamente dicha y ser la consecuencia de una política deliberada de solidaridad, justicia social e interés general. Para la derecha, en cambio, la desigualdad es inevitable, sagrada y hasta conveniente y ella pretende ser atenuada mediante el funcionamiento del mercado, los esfuerzos individuales o los subsidios focalizados.
- b) Alcanzar un crecimiento sostenido de la producción de aquellos bienes y servicios destinados, básicamente, a abastecer las necesidades esenciales de la mayoría de los ecuatorianos, mediante una mejor asignación de recursos que evite el deterioro ecológico.

Este objetivo exige la defensa intransigente de nuestros recursos naturales, la contención de todo afán desmedido y obsesivo por fo-

mentar la exportación, el abandono de la absurda creencia de que solo el mercado es el único y más eficaz mecanismo asignador de recursos, determinador de los ingresos, los precios, las inversiones; más bien, alcanzar este y todos los objetivos de una sociedad distinta exigen, inevitablemente, de una deliberada, consciente y planificada acción humana a través de un Estado ágil, eficiente y distinto.

- c) En la futura sociedad por la cual la izquierda desea luchar, deberá estar presente la participación democrática de la población en el diseño, la ejecución y la evaluación de las decisiones que la afectan; una vez que en la sociedad actual, es frecuente que las decisiones gubernamentales se asuman de manera autoritaria y burocrática, impidiendo la expresión política de los grupos más pobres. Por lo mismo, lo importante para la izquierda debe ser no solamente proclamar la necesidad de la participación sino crear un nuevo andamiaje institucional que haga posible que la sociedad participe efectivamente y controle las actividades de los gobiernos, así como luchar resueltamente contra la corrupción, el despilfarro de recursos, la improvisación, la evasión tributaria, la ineficiencia, el burocratismo. presentes actualmente en buena parte del accionar del Estado en el Ecuador.
- d) Una cuarta característica de esa futura sociedad por la cual debería luchar la izquierda en el Ecuador, consiste en desarrollar una acción perseverante por mantener incólume la soberanía y la independencia nacional que actualmente se encuentran tan comprometidas y afectadas.

Esto exige el fomento de formas de vida más austeras ajenas a la imitación de las sociedades capitalistas desarrolladas; el aliento a una diferente integración latinoamericana, la prevención y el control de toda modalidad de depredación ambiental, el rescate para el control nacional y popular de las empresas esenciales que conforman el patrimonio de todos los ecuatorianos, así como el respeto y la preservación de la propiedad privada de los medios de producción de pequeñas, medianas empresas, de las organizaciones cooperativas y comunitarias de au-

togestión; admitiendo incluso la participación selectiva del capital extranjero en la vida económica nacional.

Plantear lo que podrían ser los contornos esenciales de la futura sociedad que se anhela, no es para mantener ni recomendar una actitud romántica ni contemplativa mucho menos evasiva peor pasiva frente a los múltiples acontecimientos de la presente vida mundial y nacional. Todo lo contrario. La caracterización de los rasgos esencialmente cualitativos de la futura sociedad que se supone desea la izquierda, es para mantenerla como imagen, como guía, como clara orientación de cómo se debe proceder en el desarrollo de las múltiples labores cotidianas, así como también en las más importantes movilizaciones sociales y políticas del conjunto del pueblo.

Si queremos aproximarnos cada vez más a esa futura sociedad deseada, debemos empezar a construirla desde ahora, a través de nuestra reflexión, de nuestra organización y movilización, de nuestra lucha, de la formulación de diferentes propuestas. A usted, amable lector ¿Qué le parecen estos planteamientos?

La amenaza es el capitalismo (08/12/98)

La inminente situación de quiebra de la que fue rescatado Filanbanco, gracias a la oportuna ayuda gubernamental, apenas a los tres meses de haberse producido la liquidación forzosa del Banco de Préstamos, no solo que expresa la grave situación de inestabilidad en la que se encuentra el conjunto del sistema financiero ecuatoriano, sino que destaca una vez más la ineficacia del mercado como requisito para alcanzar el desarrollo económico nacional.

Muchos importantes voceros empresariales, editorialistas, investigadores, comentaristas, que con inusitada frecuencia pregonan la necesidad de que se desregule la actividad financiera, esto es, que se permita que las tasas de interés fluctúen sin ningún control, que se elimine todo tipo de regulación al libre movimiento de capitales, que se suprima toda supervisión gubernamental sobre la magnitud y dirección

del crédito bancario como condición para el inicio de una época de prosperidad, hoy deben encontrarse nuevamente asombrados de que su recetario no arroje los resultados esperados.

Pero no solo a la desregulación de la actividad financiera debe atribuirse el grave peligro de quiebra en que se encontró Filanbanco. Sin duda que en ello también tuvo mucho que ver una causa que ya es bastante familiar, la canalización de los ahorros de cuenta ahorristas y cuenta corrientistas, hacia inversiones que no dieron el rendimiento que de ellas se esperaba por diversas causas. Es la repetición casi mecánica de otros casos de quiebras bancarias que se han producido en el país, a la que hay también que añadir una serie de fenómenos aún más complejos como la innegable presencia de bancos y en general de capitales extranjeros en la banca, que han sido capaces de capturar probablemente los negocios que generan las más altas tasas de rentabilidad en el país y en el exterior, con la presencia de especuladores financieros y de inmensas fortunas trasnacionales.

Cuando los bancos llegan a una situación de quiebra inminente, es común que sus principales dueños y accionistas en general, que frecuentemente desconfían y hasta resisten la actuación del Estado en la vida económica nacional, no solo que imploren la ayuda del Estado sino que sus furibundos ataques al sector público se conviertan en elogiosos comentarios al Banco Central que acude muy presto a ayudarlos. Una vez concedida la ayuda gubernamental, una vez superada la tormenta, todo vuelve a su lugar. Los grandes banqueros que son muy pocos y generalmente los mismos que acrecientan constantemente su riqueza y su poder aparecen con aires de inocuidad.

Los inversores de inmensas masas de fondos ajenos que no supieron o no pudieron administrarlos bien, vuelven a sus antiguas andanzas, son los personajes prestigiosos de siempre, hacen declaraciones revestidas de comprensión, benignidad y humanismo ejemplares, son de nuevo los notables que siempre están prestos a sacrificarse por el presente y el futuro del país, administrando ahorros de terceros de los cuales dependen las vidas de muchos ahorristas medianos y pequeños

y, por cierto, prestos también a seguir reivindicando la inigualable eficiencia de la economía de libre mercado.

La prensa informa que el gobierno le concedió a Filanbanco un préstamo de 150 millones de dólares que se sumó a otros anteriormente concedidos por 100 mil millones de sucres, a fin de dotarlo de suficiente liquidez y para evitar su quiebra. Esta enorme masa de dinero que se inyecta a la economía nacional, tendrá repercusiones casi inmediatas en la vida de los ecuatorianos, como una mayor circulación de los activos líquidos y su impacto en los precios, nuevas fugas de recursos hacia el exterior, mantenimiento de altas tasas de interés, incertidumbres a las que se ve sometida la política monetaria (en cuanto a unos bancos si se ayuda y a otros no, a unos banqueros si se los auxilia y a otros se los enjuicia y mantiene en la clandestinidad) y, más adelante, la nada despreciable posibilidad de que el gobierno transforme en deuda pública a los préstamos concedidos a Filanbanco, consecuentemente, la inevitable necesidad de que se establezcan nuevos impuestos para obtener mayores ingresos estatales.

Como epílogo, se aseverará que no habían alternativas y, por cierto, escucharemos palabras de elogio al sentido de previsión gubernamental, al tino y a la astucia de los altos directivos del Banco Central que, “imparciales” y ceremoniosos, anunciarán con cierta aureola de humildad y eficiencia, el retorno a la estabilidad monetaria así como a la permanente búsqueda de una fase de reactivación y abundancia, interrumpida por coyunturales contratiempos que no deben alarmarnos. La economía de mercado seguirá airosa y triunfante.

Pero la contradicción que los apologistas del libre mercado poseen en relación a la economía real y a la financiera y monetaria tiene que ser superada. No se debe ser neoliberal en la primera e intervencionista en las segundas. George Soros -un supercapitalista norteamericano- propone aumentar la reglamentación del sistema financiero, estableciendo a la vez relaciones laborales más avanzadas y, anticipa que, de no hacerlo, se deberá concluir en que el principal enemigo de la sociedad actual *ya no es la amenaza del comunismo sino por el contra-*

rio, la del capitalismo. Si se quiere desvirtuar este aserto, las autoridades gubernamentales tendrán que demostrar que están dispuestas a sacudirse de su sometimiento a los verdaderos dueños del poder. ¿Le parece a usted, amable lector?

La crisis actual: antecedentes, naturaleza, perspectivas (II) (26/01/99)

En mi artículo de la semana anterior (ver capítulo I), al examinar las eventuales salidas a la crisis que vive el país, cuestioné la viabilidad de una estrategia fundamentalmente exportadora y expuse una serie de razones que debe conducirnos a emprender no solo en una reestructuración del sistema de relaciones internacionales, sino en reestructuraciones también esenciales en el orden interno, relacionadas con el fortalecimiento de la demanda doméstica como factor dinámico del desarrollo económico. Es que, ante los graves problemas del país y sus efectos: auge de la delincuencia social, crecimiento del descontento e inconformidad, problemas de conducción política, es imperioso enfrentarlos no en sus manifestaciones externas sino en las raíces que los generan, que no son otras que la concentración del ingreso y de la propiedad así como el aumento de la dependencia del país frente al exterior, determinantes del comportamiento del conjunto del sistema económico ecuatoriano.

Actualmente, como quizás nunca antes en la historia del país, el ingreso y la propiedad se encuentran altamente concentrados en beneficio de un reducido grupo de nuestra sociedad. Esta concentración del ingreso genera una determinada demanda y, consecuentemente, condiciona la conformación de una estructura productiva y de importaciones, que no favorece la creación de una red productiva más integrada, que no es capaz de detener en el país los principales efectos ocupacionales ni de canalizar un uso más provechoso de las divisas que con tanto esfuerzo las obtiene el Ecuador. Es esta exagerada concentración del ingreso la que termina por canalizar las inversiones hacia actividades depredadoras de la riqueza ambiental, que alienta la especulación financiera, que desaprovecha la utilización integral de la diversidad de recursos de las distintas regiones del país.

Durante la década de los sesenta hasta bien avanzada la década de los setenta, el país logró un importante crecimiento gracias no solamente a la exportación petrolera, sino también a la presencia de una dinámica demanda interna generada por la redistribución progresiva del ingreso que favoreció especialmente a los grupos medios de la sociedad, en desmedro de los grupos de más altos ingresos y de los sectores más pobres. Pero la dinámica de la demanda de los sectores medios no fue suficiente ni en magnitud ni en tiempo. Por lo mismo, para el futuro se plantea la necesidad de restituir el dinamismo de la demanda interna y darle más permanencia, mediante la ejecución de una estrategia que atienda preferentemente a las necesidades y aspiraciones de bienestar de la mayoría de la población, los grupos medios y los más pobres que hoy se sienten perjudicados con la ejecución de una política esencialmente monetarista neoliberal.

La clave de una nueva estrategia, entonces, ya no residiría simplemente en cubrir el déficit fiscal, aceptando a la actual estructura económica concentradora y dependiente a la cual se la consideraría inmodificable, sino en movilizar y dar un uso esencialmente productivo a los cuantiosos recursos que los grupos adinerados nativos y foráneos, hoy derrochan en consumo ostentoso o sacan del Ecuador para ser gastados en el extranjero.

Ahora bien, una estrategia capaz de hacer crecer la economía en función de satisfacer las necesidades esenciales de la sociedad, exige redistribuir el ingreso, afectar a los grupos más ricos del país y producir bienes y servicios que satisfagan la demanda de una población más amplia, lo cual hará posible crear numerosas nuevas fuentes de empleo. Para lograrlo, se necesita proteger la planta productiva nacional y eliminar o al menos reducir las importaciones de bienes y servicios de naturaleza prescindible; hacer todos los esfuerzos posibles para ampliar las relaciones comerciales con nuestros vecinos; gravar con nuevos y más altos tributos a los sectores adinerados del Ecuador; detener el deterioro ambiental; contener aquellas inversiones que no aumentan la producción, no ayudan a disminuir el desempleo ni mejoran la redistribución del ingreso; abrir un amplio espacio al desarrollo de una

nueva cultura nacional, cortar de raíz todo tipo de privilegio burocrático y establecer un sistema nacional de remuneraciones para los empleados estatales; avanzar en la forja de la unidad latinoamericana y el imperio de un nuevo esquema de relaciones internacionales.

Por cierto, las desigualdades que se buscarían corregir, no deben ser atribuidas, solamente, a la diferente tenencia de la propiedad y a la percepción desigual de salarios y utilidades, sino a diferencias de productividad entre distintos sectores, regiones, provincias, empresas, instituciones; las que a la vez responden a diversos motivos: capacidades para absorber el progreso técnico, altos índices de desempleo y subempleo, injusta acción estatal, desiguales niveles de capacitación, flujos de inversiones y de producción distintos, etc.

Entonces, una estrategia diferente buscaría cambiar el sentido de la acumulación de capital. Y ello exige encontrar formas de estímulo al ahorro interno y alentar políticas más eficientes para su captación y utilización: afectando la tenencia de la propiedad; regulando la inversión extranjera a fin de obtener de ella el mayor provecho posible en términos de creación de empleos, establecimiento de un régimen salarial más flexible, incorporación de nuevas tecnologías, provisión de insumos nacionales; desaliento a la inversión típicamente especulativa; estímulo a la radicación de actividades económicas en las provincias rezagadas del país; ejecución de una política de control de cambios; integración y complementación industrial y productiva del país; fomento de medios de transportación colectiva; ejercicio de una diferente política educativa, científica y tecnológica; reorientación de los medios de comunicación masiva y optimización de una comunicación alternativa en favor de la difusión de una educación y cultura liberadas de su carácter eminentemente comercial; fortalecimiento de los gobiernos municipales. En esta perspectiva tendrían que examinarse a las privatizaciones.

Como un elemento esencial de una estrategia diferente, debe constar una lucha resuelta contra la corrupción, el despilfarro, el uso

ilegal de fondos públicos para fines partidarios o personales, la improvisación presente en la conducción del Estado.

Pero bien, si hay un elemento clave de una estrategia diferente de desarrollo, él se refiere a la imprescindible necesidad de quebrar los actuales condicionamientos para el pago de la deuda externa, que suponen una actitud de subordinación del país a los intereses de los grandes capitales financieros nativos e internacionales, y que se expresan en una incesante fuga de capitales, déficit fiscal, inflación, incluso, en una persistente supresión del sucre en las transacciones económicas nacionales.

Una tarea ciertamente difícil, complicada pero sin duda deseable y sobre todo posible que no puede quedar como una aspiración lejana capaz de empezar a ejecutarse para cuando la crisis haya sido superada o resuelta. Se trata, más bien, de una estrategia que debe empezar a llevarse a cabo para salir de la crisis actual y para sentar las bases de un Ecuador diferente, independiente y solidario.

“Nuevas” medidas ¿Nuevo “Modelo” de desarrollo? (16/03/99)

Durante las últimas semanas y hasta horas antes de que el presidente Mahuad anunciara las medidas económicas que según él, van a terminar con la crisis que vive el país, fue común escuchar a importantes voceros empresariales, especialmente, sobre que la única manera de superar el estancamiento y avanzar resueltamente en nuestro desarrollo era asumiendo un nuevo modelo, puesto que el imperante hasta la semana anterior se encontraba ya agotado e incapacitado de ofrecer estímulos suficientes para lograr la mejoría de todo el país.

Se podría presentar una larga lista de declaraciones como testimonios que comprueban que altos dirigentes empresariales exigían la necesidad de cambios de políticas, de actitudes, de modelo, para lograr que el país se desenvuelva sin mayores tropiezos. Restaría anotar, sin embargo, que estas posiciones no solo estaban presentes en la cabeza de importantes figuras empresariales sino que también las sostenían diri-

gentes de partidos políticos como el Social Cristiano, la Democracia Popular, el PRE, el Partido Conservador, la Izquierda Democrática, el FRA, a pesar de los constantes esfuerzos que hacían unos y otros para dar la impresión de que sus posiciones eran y son diferentes entre ellas y con las que proclamaba y proclama el gobierno.

En cualquier caso, las pasadas declaraciones coincidían en reconocer que lo que se ha venido haciendo hasta ahora en el Ecuador, en materia de política económica, fiscal, monetaria, cambiaria, de comercio exterior, de precios, salarial y laboral, de atracción al capital trasnacional en general, era viejo, ineficaz e injusto; consecuentemente, el cambio de modelo suponía el abandono de tales medidas y su reemplazo por otras nuevas propias de un modelo distinto, que merecía y merece ser ejecutado urgentemente para superar la crisis y avanzar resueltamente en favor del desarrollo del Ecuador.

Lo anterior significa, entonces, que una vez que fueron anunciadas las medidas de política económica por el Presidente de la República la noche del jueves 11 de marzo, es probable que muchos voceros empresariales y de los partidos políticos citados, ahora si estén de acuerdo en que estamos frente a un nuevo modelo de desarrollo. Para ello podrían apoyarse en tres hechos esenciales. La felicitación que Mahuad habría recibido del presidente Clinton por la bondad de las políticas dictadas; la dureza de las medidas acordadas para corregir el déficit fiscal, en especial dirán, el impuesto a los automotores de lujo; y el congelamiento parcial de las cuentas bancarias. Creo que estos tres aspectos merecen comentarse brevemente.

Con respecto a la felicitación que el gobierno demopopular habría recibido del gobierno de Estados Unidos, por la solvencia de las medidas dictadas. ¿Cuándo, en qué momento se produjo tal felicitación? Si la felicitación realmente existió, ello se debió a que Mahuad le comunicó a Clinton sobre el contenido y alcance de las medidas antes de hacerlas conocer al pueblo del Ecuador, lo cual ciertamente denotaría un servilismo repugnante de nuestro primer mandatario ante el gobierno norteamericano.

Las medidas son básicamente fiscalistas, es decir, están llamadas a rendirle más plata al fisco y, en tal dirección, el presidente no dudó en utilizar hasta el chantaje en sus relaciones con el Congreso. En buenas cuentas le dijo a los diputados, me aprueban el aumento del IVA del 10 al 15 % y la eliminación de todo tipo de excepciones o mantengo indefinidamente los salvajes incrementos en el precio de los combustibles. Por supuesto, este burdo chantaje lo paga el pueblo ecuatoriano, que no tiene escapatoria frente a la voracidad gubernamental.

¿Y el precio del dólar? Se conoce que la sistemática depreciación del sucre es la resultante de los enormes déficit que ahora existen en la cuenta comercial y corriente de la balanza de pagos del país y, en el paquete anunciado, no hay una sola medida directa enderezada a restaurar el equilibrio en estas cuentas. La más relacionada con ello es el congelamiento parcial de las cuentas bancarias que resultará de escasa eficacia para detener el flujo de grandes montos de divisas que exige el pago de la deuda externa, los dividendos de las inversiones extranjeras, el fomento del consumismo y otros pagos al exterior.

Por otro lado, el congelamiento parcial de las cuentas bancarias se va a traducir en una menor recaudación de impuestos por concepto del 1 % a la circulación de capitales. Se abre así otra brecha que va a limitar los recursos fiscales y mantener latente las condiciones para el déficit presupuestario que, desde el propio punto de vista del gobierno, es el causante de todos los males que vive el Ecuador. Es más, el considerable incremento del precio de los combustibles va a acelerar la inflación en el orden interno y ello va a determinar la persistencia del proceso de desvalorización de nuestra moneda. Es decir, caeremos nuevamente en el pernicioso círculo inflación devaluación inflación, que tanto daño ha causado en los últimos meses a la mayoría de la población.

Por las reflexiones citadas, parece lógico concluir que las medidas dictadas por el presidente Mahuad, no son parte de un nuevo “modelo”. El elemento clave que permite distinguir un “modelo” de otro, es la identificación del o de los beneficiarios de las políticas que se ejecutan y creo que en este sentido no hay lugar a dudas.

Durante los últimos veinte años, los beneficiarios fundamentales de las medidas ejecutadas (devaluaciones, alzas en los precios de las tarifas de los servicios estatales, del precio de los combustibles, de las tarifas de transporte público, de la reducción de aranceles a las importaciones, de las políticas de atracción al capital extranjero, del fomento del mercado de valores y del capital financiero, de las medidas de flexibilización laboral, de la flotación del dólar) fueron los grandes inversionistas nativos y transnacionales que operan en el país.

Con las medidas hechas públicas el jueves 11 de marzo, lo que se persigue es continuar y profundizar el mismo, ineficaz e injusto “modelo” que se viene ejecutando en el país por parte de importantes grupos económicos que detentan lo fundamental de la riqueza y del poder, quizás con un elemento peculiar esta vez, el claro sesgo de mantener y acrecentar los privilegios de los acreedores externos y de los dueños del sector financiero en el Ecuador. Así lo reconoció el presidente Mahuad cuando en su presentación televisada del jueves 11 dijo, cínicamente, que el solo anuncio de las medidas había elevado sensiblemente el precio de los bonos Brady, o cuando de manera aún más cínica dijo que gracias a las medidas, el país recibirá nuevos créditos por 530 millones de dólares, con lo cual se ajustará el dogal sobre las actuales y futuras generaciones del Ecuador. Pero aún eso no es todo, una vez que para unos meses más adelante, Mahuad, con infinitamente más cinismo dijo nada menos que el país podrá “aspirar” a la convertibilidad, que sería el anhelo entreguista más acariciado al que aspiraría el presidente demócrata popular frente al gobierno de los Estados Unidos.

Pues bien, el antiguo modelo que ahora supuestamente se busca intensificar y remozar, no ha sido capaz de atenuar siquiera peor de resolver los más graves problemas que padece la mayoría de la población, como comer tres veces diarias, contar con una vivienda decente, educarse, vestirse, vivir dignamente como todo ser humano, participar en la vida nacional. ¿Que no habían alternativas? Por supuesto que las habían y fueron planteadas en múltiples escenarios; sin embargo, ellas en ningún caso se consideraron. Entonces, ya puede usted, apreciado lec-

tor, ponerse a reflexionar sobre nuevos e inevitables acontecimientos económicos y políticos que se aproximan en la vida del Ecuador.

Hacia un “nuevo” modelo de desarrollo: ¿La desindustrialización? (20/04/99)

En las últimas semanas, economistas, políticos, editorialistas, han seguido presentando variadas iniciativas sobre el nuevo modelo económico que ellos consideran debería construirse en el Ecuador, como condición para salir de la crisis y lograr el desarrollo. Una “propuesta” que impacta por su afán de imitación de lo ocurrido en otras realidades, así como por su tendencia a fomentar una regresión a fases pasadas ya transitadas por el país, sin la menor reflexión crítica de sus consecuencias, es aquella que consiste en censurar acerbamente a los esfuerzos de industrialización emprendidos en las décadas de los sesenta y setenta por

ciertas élites compuestas por una argolla de ecuatorianos funestos, entre los cuales se encuentran la CEPAL, los partidos de izquierda y los que han venerado al Estado como solucionador de los problemas del país.

La industrialización por sustitución de importaciones no surgió caprichosamente; fue forzada por la crisis del modelo agroexportador, incapacitado para ofrecer las divisas indispensables que demandaba el crecimiento económico del país. Las medidas proteccionistas practicadas por los países desarrollados que impedían la colocación en los mercados internacionales de la producción primaria ecuatoriana, las fluctuaciones de los precios de estas, la desfavorable relación de precios de intercambio, produjeron la reducción de la capacidad de importación nacional, acentuaron la carencia de recursos, disminuyeron el ahorro y la inversión, aumentaron la desocupación y todos estos hechos condujeron de manera inevitable a emprender en un proceso industrializador que, debido a razones económicas y sociopolíticas, relacionadas con el carácter de los grupos que se disputaban el poder en el Ecuador de entonces, no pudo avanzar hacia la fabricación de bienes intermedios y de capital ni a la exportación masiva de manufacturas, con lo

cual el ciclo de acumulación continuó residiendo en los países imperialistas, con grandes y perjudiciales repercusiones sobre el empleo, la producción, la productividad, los ingresos.

Esto dio como resultado la presencia de un desarrollo industrial sumamente frágil y dependiente de las divisas en poder del sector petrolero y agroexportador en persistente declinación o sometido a esporádicas como irregulares fases de auge.

Fue distinta la situación de países del sudeste asiático como Taiwan o Corea del Sur, donde además de realizarse previa o simultáneamente procesos de reforma agraria, de protección de su mercado interno y de activo y autoritario liderazgo estatal, la industrialización que tuvo lugar en ellos, fue orientada hacia la exportación y, por razones geopolíticas, contó con el apoyo total del capital extranjero y de los gobiernos de los países desarrollados, particularmente del norteamericano. Ello hizo posible que los países mencionados lograran avanzar a la elaboración de bienes de consumo duradero, intermedios y hasta de algunos bienes de capital, preservando en sus propios sistemas nacionales los frutos no solo de la producción sino del progreso técnico.

Los “próceres” de la gesta industrializadora ecuatoriana fueron antiguos terratenientes y figuras representativas del sector agroexportador, que incluso así limaron y contribuyeron a limar las abismales diferencias y antagonismos existentes entre Sierra y Costa. Entonces, en el impulso de la industrialización no cabe magnificar el pensamiento ni la acción de la CEPAL cuyos planteamientos constituyeron más bien una suerte de respuesta teórica a acontecimientos que ya estaban produciéndose en la realidad de América Latina. Con la CEPAL se puede y debe discrepar; sin embargo, tampoco se puede ignorar que corrientes de pensamiento como el desarrollismo o la teoría de la dependencia que se incubaron en su seno, son de las pocas contribuciones originales del pensamiento latinoamericano, hecho que contrasta radicalmente con la actitud dogmática y simplista de ciertos expertos que repiten de manera mecanicista las fórmulas en boga en los centros metropolitanos, como es el caso del neoliberalismo, importación acrítica de los

países capitalistas desarrollados y cuya aplicación ha determinado un sensible deterioro de la planta productiva del país.

Por cierto, los “próceres” o “la argolla de ecuatorianos funestos” que impulsaron la industrialización en el Ecuador, contaron con el apoyo del aparato estatal que controlaban, a través del crédito, los subsidios, las exenciones tributarias, la construcción de una infraestructura de puertos, transporte marítimo y aéreo, comunicaciones, obras hidráulicas, centros de formación profesional, energía, servicios de salud, la creación de leyes e instituciones como las de fomento industrial, la de aranceles, la de pesas y medidas, el CENDES. En algunos casos, el Estado participó como accionista directo en ciertas empresas, cuya instalación y desenvolvimiento desbordaban la capacidad y el interés de los inversionistas privados.

Los acontecimientos citados impulsaron el desarrollo del mercado interno, afirmaron una economía capitalista y constituyeron, a la vez, los factores causales esenciales de la modernización industrializadora en el Ecuador; sin olvidar, por cierto, la acumulación de capitales mercantiles, la afluencia de capital extranjero especialmente por la vía de las inversiones durante los últimos años de la década de los sesenta, así como los efectos dinámicos derivados de la conformación del Grupo Andino.

Gracias a la instalación de plantas pequeñas y de tecnología muy simple al comienzo y de empresas de mayor tamaño y complejidad tecnológica después, la economía ecuatoriana empezó a incrementar y diversificar su producción, aumentó la población asalariada y la productividad del trabajo, se adoptaron procesos tecnológicos tales como el recubrimiento y trefilado de acero, la deshidratación de café, la elaboración de cartón, la vulcanización del caucho, la carpintería mecánica, la calderería liviana, el secado y prensado de madera, la hidrogenación de aceites; el soldado, ensamblaje, corte y templado del acero, la oxidación y formulación de productos químicos, el tratamiento del bagazo de la caña de azúcar, el fundido de minerales, la galvanización de alambres, la fabricación de aparatos de corte y seccionamiento, el estampa-

do y ensamblaje de circuitos, la construcción de tubería a presión de cemento y asbesto.

Sin la industrialización, con todos sus defectos y debilidades, el Ecuador estaría probablemente en una situación similar a la de Haití, Mozambique, Somalia o Nicaragua. Ella produjo efectos sobre la realidad económica, social, tecnológica y política del Ecuador que no corresponde menospreciar. Gracias en gran medida a la industrialización, se descompuso la oligarquía terrateniente que tanta influencia tenía sobre las principales decisiones económicas del país hasta mediados del siglo actual. Gracias a la industrialización se modernizó la oligarquía agroexportadora que ahora luce participativa. Gracias en alto grado a la industrialización, en el país surgió una capa media numerosa como elemento de equilibrio económico y social pero cuya situación día a día desmejora.

La industrialización hizo posible una mayor aproximación entre campo y ciudad, a pesar de las diferencias materiales y de comodidades. Hoy los contactos entre obreros, campesinos, movimiento indígena, artesanos, docentes, trabajadores informales, mujeres de los sectores populares organizados es más fluido y esperanzador.

La industrialización es necesaria como factor coadyuvante del desarrollo del Ecuador; sin embargo, su sola instauración no es condición para que el país se libere del atraso en que se encuentra. La experiencia ecuatoriana, los acontecimientos actuales y las tendencias futuras en el terreno especialmente científico y tecnológico, destacan lo riesgoso que resulta para el país considerar a la exportación y menos a la de productos primarios solamente, la fuente dinámica y acaso única de su crecimiento. Entonces, se impone un cambio. ¿Le parece a usted, amable lector?

Crisis y nueva política económica (27/04/99)

Frente al agravamiento de la crisis, con sus dramáticas expresiones de aumento del desempleo, de la desigualdad y de la pobreza, han

continuado presentándose, por parte de determinados círculos empresariales y gubernamentales, una serie de planteamientos sobre lo que corresponde hacer en el Ecuador. Se sugieren algunas veces veladamente, otras abiertamente, la necesidad de favorecer a los dueños de los principales medios de producción como condición para supuestamente alentar la inversión privada en el país, ejecutar una política económica destinada a fomentar a las exportaciones y para cerrar el déficit fiscal, cobrando más altos tributos, despidiendo personal, elevando nuevamente las tarifas de la energía eléctrica, privatizando empresas públicas. Con sus propuestas, voceros gubernamentales y otros empresariales no solo que se muestran absolutamente ajenos al drama del pueblo, agobiado por el desempleo, los continuos aumentos de los precios, la carga de impuestos, el congelamiento de los depósitos monetarios, sino que obran como si no tuvieran otra preocupación que la de favorecer a los grupos adinerados del país, sanear las finanzas públicas y conseguir determinados equilibrios macroeconómicos a cualquier costo.

Históricamente, la política económica en el Ecuador ha estado dirigida a estimular a los poseedores de mayores ingresos para que se animen a invertir, con resultados muy variados, pues la acumulación ha sido errática y generalmente deforme, manteniéndose los derroches y sobre todo la desigualdad. De ahí que persistir en una estrategia de esta naturaleza, procurando alcanzar ciertos equilibrios macroeconómicos a través de ejecutar políticas restrictivas y recesivas en plena época de crisis constituye un grave error.

El verdadero desafío no puede ser solamente superar el déficit fiscal como condición para estimular las inversiones, menos, mucho menos si es que se tiene en mente continuar con una política de despilfarro de los recursos nacionales. El verdadero desafío tiene que ser transitar hacia una sociedad más igualitaria, más integrada, con una dinámica de crecimiento económico que tienda a beneficiar al conjunto de la población, lo cual tendría el mérito de reunir en su favor la fuerza social y política necesaria de la que ahora carecen los programas aperturistas y privatizantes en curso.

Lo importante, entonces, es empezar a definir políticas idóneas y coherentes en materia de gasto público, tributación, subsidios, precios, mecanismos financieros y de comercio exterior propios de una propuesta alternativa o de cambio.

En tal dirección, pienso en primer lugar que el elemento dinámico esencial de una estrategia reactivadora distinta, tiene que ser la ejecución de una política de control de los principales recursos productivos donde se generan los excedentes que deben servir para financiar las inversiones. Entre tales excedentes se encuentran las divisas que obtiene el país y su uso en función de la reactivación de la inversión productiva. Esto implica plantearse un manejo distinto de la deuda externa a fin de poder contar con recursos de gran magnitud para financiar proyectos de verdadera trascendencia nacional y, establecer una política de control de cambios, una vez que en la presión que todo programa de reactivación ejerce sobre el sector externo reside el verdadero problema del financiamiento del desarrollo. Con un adecuado control de las divisas que obtiene el país, se debería proceder al descongelamiento inmediato de los depósitos bancarios.

Un segundo elemento esencial de un modelo distinto debe ser la expansión de la demanda interna a través de emprender en un proceso de redistribución del ingreso y de la propiedad, que implique traspasar gradualmente un mayor poder de compra desde los sectores ricos a los pobres. Para ello, debe avanzarse en el diseño y la ejecución de instrumentos capaces de afectar a todas las fuentes generadoras de la desigualdad, como la política salarial, el acceso al trabajo, la propiedad de los medios de producción, las remesas de utilidades hacia el exterior, los escudos fiscales, los avances tecnológicos, el indiscriminado proceso de privatización en curso y, en el centro de todas estas preocupaciones, la definición sobre el papel que está llamado a desempeñar el Estado, de un nuevo tipo de Estado, tanto en la propiedad como en el control de determinadas actividades económicas. El cambio de la actual por otra moneda, podría ser la ocasión propicia para lograr una sensible redistribución del ingreso y de la propiedad.

Como complemento indispensable e inevitable de una política de redistribución del ingreso, debe haber una acción estatal destinada a construir en el país una estructura productiva compatible con tal distribución, lo cual supone cambios esenciales en la prioridad de las inversiones. Sin duda, serán necesarias determinadas privatizaciones mas, lo prioritario debe ser estimular el establecimiento de unidades productivas en el sector de los alimentos, el vestuario, los servicios de educación y de salud, los medicamentos, los materiales de construcción, el transporte público, los servicios populares de recreación y esparcimiento. Es decir, se trata de privilegiar un proceso de reconversión y de construcción de la estructura productiva del país en función de las necesidades básicas de la mayoría de los ecuatorianos, una vez que, al menos en el corto plazo, muy difícilmente puede esperarse que el mercado externo sea un factor que impulse y sostenga la recuperación.

Lo anterior no supone abandonar los esfuerzos en favor de la producción para la exportación; sin embargo sí implica, inevitablemente, contener la significación que la política actual realiza en favor de la actividad exportadora que, por lo demás, está presente desde la fundación del Ecuador como República, condicionando la conducción del conjunto de la política económica así como dejando el mayor ingreso de divisas en manos de contados círculos empresariales y financieros, muchos de los cuales las han dilapidado o las han empleado improductivamente.

Por cierto, los obstáculos esenciales para emprender en una estrategia de verdad transformadora, interesada en lograr una modalidad de desarrollo diferente, son esencialmente de naturaleza política, en cuanto su ejecución tiene que ser asumida y ejecutada por agentes sociales y políticos diferentes a los actuales grupos dominantes del país. Y esto último supone organizar y movilizar una fuerza social y política nueva y muy amplia capaz de enfrentarse a quienes anhelan, con ciertos retoques y pequeños cambios, que las cosas sigan siendo más o menos las mismas en el Ecuador.

Hoy podemos constatar cómo, más allá de la retórica y de las exigencias porque se cambie de modelo, los verdaderos propósitos que persiguen los grupos que controlan el poder real, no parecen ser otros que la continuación actualizada del modelo que se viene ejecutando en el país desde hace unos veinte años, que busca beneficiar a los más grandes dueños del capital, tratando simultáneamente de restablecer cierto equilibrio del sistema, a fin de eventualmente abrir nuevas vías al proceso de acumulación y alcanzar un mínimo de estabilidad social y política.

Entonces, es evidente que la ejecución de una estrategia o de un modelo distinto, requiere también un verdadero cambio de los protagonistas. ¿Le parece a usted, amable lector?

Las perspectivas de un cambio en el Ecuador (04/05/99)

Hasta hace unos veinte y cinco, treinta años, en el país existía otra idea respecto a la urgencia de ejecutar cambios en la economía y sociedad nacional para lograr su desarrollo. Frecuentemente se expresaba la opinión de que gracias al crecimiento de las exportaciones, la afirmación de un proceso industrializador sustitutivo de importaciones, la ayuda de los países desarrollados, la ejecución de una acción gubernamental que se apoyara en la planificación, la conformación del Grupo Andino, la sujeción de todos a los mandatos constitucionales, la creciente intervención del Estado en la vida económica nacional, la realización de una que otra reforma como la agraria, la administrativa, la tributaria, la cooperación de los organismos internacionales de crédito que para entonces se mostraba promisoria, poco a poco en el país iba a ser posible dar atención a los anhelos de todos los ecuatorianos.

Desde fines de la década de los setenta, comienzos de la de los ochenta, los enfoques empezaron a cambiar. Se decía -y aún se dice- que para alcanzar el desarrollo nacional lo que se debía y se debe hacer es confiar en el mercado, atraer al capital extranjero, desregular al sistema financiero, fomentar exportaciones, reducir el tamaño y la injerencia del aparato del Estado, depositar toda nuestra confianza en la

iniciativa privada, emprender en un riguroso proceso de flexibilización laboral.

Múltiples y muy importantes “avances” en la dirección de los cambios propuestos se han conseguido en los últimos años. Desafortunadamente, hoy se puede constatar que una cosa han sido los deseos, los discursos, los proyectos, las proclamas y otra la realidad. Durante las dos últimas décadas, pero en especial desde comienzos de los años ochenta, la pobreza de la mayoría de la población se ha agravado, la inflación ha crecido, el precio del dólar se ha disparado, el desempleo se ha multiplicado, la depredación ambiental se ha intensificado, la violencia se ha hecho presente en todos los niveles y la desigualdad económica y social es hoy mucho mayor. Y algo más y que es muy grave, en los últimos años la delincuencia también se ha incrementado y el desorden y la inestabilidad incluso política se han hecho más visibles en el Ecuador.

Frente a este estado de cosas, hoy se percibe en la mayoría de la población el deseo de que se realicen cambios de fondo, una vez que ninguno de los males anteriores podrán modificarse si es que las cosas siguen como están, si se sigue haciendo lo mismo o si es que se realizan simples reformas superficiales. Para que el país pueda sobrevivir y desarrollar, es indispensable que se ejecuten cambios de verdad estructurales, como la lucha contra la corrupción, una honesta y eficaz utilización de los ahorros nacionales, el control y la mejor utilización de las divisas, la contención del consumo superfluo e innecesario, la paralización de toda acción de saqueo de nuestros recursos, una ejecución racional y planificada de las inversiones esenciales, la atención preferente a las regiones y provincias deprimidas del país.

Ahora bien, si las políticas necesarias de ejecutar para lograr los cambios están destinadas a afectar a quienes han concentrado un inmenso poder, esto es, a poderosos grupos económicos, sociales, empresariales, gremiales, institucionales, nacionales y transnacionales ¿cómo lograr que los cambios se realicen?, ¿con quién ejecutarlos?, ¿cómo luchar?

Difíciles interrogantes, pues precisamente en las últimas dos décadas quienes han acumulado grandes riquezas se han interrelacionado mucho más entre ellos y con el capital extranjero; los gobiernos de países poderosos y los de países como el nuestro están generalmente de acuerdo en sostener la situación actual y en oponerse a todo intento de transformación; otros pueblos que emprendieron en esta clase de cambios se enfrentaron a duras tareas y dificultades y en muchos casos resultaron fallidos sus empeños por lograr una vida mejor; hoy las fracciones dominantes de nuestra sociedad no están para impulsar un desarrollo independiente capaz de favorecer a la inmensa mayoría de las masas populares; mientras que entre quienes quieren el cambio en el Ecuador no hay suficiente unidad ideológica ni claridad conceptual respecto a la necesidad y conveniencia de hacerlo y cómo.

¿Significa lo anterior, entonces, que el cambio en el Ecuador es imposible o que, al menos en las circunstancias actuales, resulta inviable? Por supuesto que no. Es más, creo que se equivocan quienes sostienen que en los países de América Latina y en nuestro propio país no pasará absolutamente nada en los próximos años y que, con ciertos retoques, las cosas seguirán igual. Los acontecimientos históricos suelen ser complejos, caprichosos, dialécticos. Cuando nadie se imagina la presencia de algún importante hecho económico o político, la evolución de la realidad termina por desmentirlo y revelarlo. Cuando muchos generalmente creen que nada cambiará, se producen acontecimientos que abren posibilidades de luchas probablemente incipientes que van ganando en intensidad y abriendo espacios para nuevos avances. Cuando nadie cree en la presencia de coyunturas favorables para el cambio, el acontecer económico y político termina por hacer surgir y alterar relaciones sociales y hacer ganar terreno a ciertas ideas y proposiciones hasta ese instante carentes de consensos.

Y todo ello contribuye a que la gente siga cobrando conciencia respecto a la urgencia y conveniencia del cambio. Y es esta precisamente, la condición para que la mayoría de la población se organice, se movilice, cierre filas, se esfuerce por cambiar el actual estado de cosas en el Ecuador. Pero esa conciencia no se adquiere a través de planteos teóri-

cos abstractos, divorciados de la lucha política ni menos, mucho menos, mediante el ejercicio de acciones ilícitas, subversivas o violentas.

Por cierto que bajo ningún punto de vista corresponde sostener que la violencia es privativa de los grupos que quieren el cambio. Tampoco se puede ni debe calificar como pacifistas y demócratas a los dueños de la riqueza privada que explotan el trabajo, que concentran el poder y que con su accionar fomentan inmensas violencias colectivas. Hace unos tres meses, un colega editorialista de “El Telégrafo”, Manuel Maldonado, anotaba con bastante propiedad, diversos tipos de violencia que perviven en el Ecuador. Ahora bien, si la experiencia mundial destaca que la violencia ha surgido y surge, inevitablemente, en los momentos culminantes de un proceso en el que se disputa el poder, creo que ese momento aún no ha llegado al Ecuador y que, por lo tanto, lo que ahora se impone es atraer a la lucha política a millones y millones de ecuatorianos que todavía no comprenden las causas esenciales de su suerte, que desconocen que la lucha por el cambio es no solo una necesidad histórica, sino un derecho que les asiste a todos quienes hoy se sienten perjudicados por la actual situación del país.

Caotización y neoliberalismo (08/06/99)

Analizando la evolución histórica de América Latina, se comprueba fácilmente que, durante el período comprendido entre 1940 hasta fines de la década de los setenta, las economías de la región se beneficiaron de la denominada “Epoca de Oro del Capitalismo”; sin embargo, cuando esta fase empezó a languidecer, con expresiones como la devaluación del dólar, los constantes y cada vez más grandes déficit fiscal y comercial de los Estados Unidos, la mayor movilidad del capital trasnacional, la fragmentación geográfica de la producción, los cambios tecnológicos, la hegemonía del capital financiero, los efectos fueron inversos.

Si América Latina logró diferir un tanto la presencia de una grave crisis que empezó a afectar a los países capitalistas desarrollados durante especialmente los últimos años de la década de los setenta, fue

gracias a la contratación de una abultada deuda externa y, en el caso de Ecuador, México y Venezuela, gracias también a la coyuntura favorable que significó para estos países, los altos precios del petróleo. Fueron estos dos factores los que hicieron posible compensar la drástica caída de las exportaciones, contrarrestar la sensible reducción de los precios de intercambio, amortiguar el agotamiento de la industrialización sustitutiva de importaciones, reducir la presencia de grandes desequilibrios en las cuentas externas.

Por cierto, en la contratación de la abultada deuda externa tuvo también una elevada cuota de corresponsabilidad el mundo capitalista desarrollado y el conjunto del sistema financiero internacional, ávidos los dos por reciclar la inmensa cantidad de dólares provenientes de la tradicional expansión deficitaria de los Estados Unidos y de los excedentes de los países productores de petróleo. Los montos de la deuda externa latinoamericana y ecuatoriana pasaron de 86 mil millones y 513 millones de dólares en 1975, a 373 mil millones y 8 mil millones de dólares en 1985, respectivamente.

Pero la contratación de tan enorme deuda externa si bien permitió diferir la presencia de la crisis, provocó también pocos años después, problemas de gravedad. La región y el país se tornaron más vulnerables a la evolución de las economías desarrolladas y al servicio que demandaban los préstamos. Adicionalmente, la abundancia de dólares generó en no pocos casos sobrevaloraciones de las monedas nacionales con los consiguientes impactos sobre las exportaciones, agravando los déficit de las cuentas comercial y corriente.

El anuncio por parte de México, en agosto de 1982, de que no podría cumplir sus obligaciones financieras internacionales, no solo que estremeció a banqueros, políticos y tecnócratas internacionales, sino que generó una abrupta contracción del flujo de nuevos préstamos, incrementó la tasa de interés y agravó la crisis. En estos hechos hay que encontrar el origen de la “Década perdida” y del neoliberalismo.

El neoliberalismo, que emergió triunfante frente a lo que entonces se llamó el populismo, el estatismo, el desarrollismo, se empezó a ejecutar en todos los países de América Latina y, donde más se ha afirmado es en Chile, Argentina, Bolivia, Perú, es decir, en aquellos países donde la crisis fue más abierta, la inflación más aguda, los déficit fiscal y de balanza de pagos más graves, los conflictos sociales más inmanejables. Simultáneamente, fueron en esos países donde se hicieron presentes gobiernos autoritarios o donde se lograron consensos políticos más rápidos y claros para doblegar la resistencia de actores sociales y políticos desafectos al modelo neoliberal.

El fondomonetarismo, como muchos suelen también llamar al neoliberalismo, tiene entonces ya algunos años de vida. Tiene, dependiendo de los países, más años que otro proceso que también estuvo presente en todas las economías latinoamericanas con resultados irregulares, el proceso industrializador sustitutivo de importaciones. Es, por lo tanto, absolutamente pertinente que se saquen lecciones de este.

En Bolivia, que es el país que muchos en el Ecuador admiran y lo presentan como “modelo” de lo que también debe hacerse por acá, vivió entre 1980-84 un período de creciente inestabilidad, con caídas en su producción de hasta el 5 % en 1984, con déficit presupuestarios de hasta el 26 % del PIB, con una deuda externa de 4.500 millones de dólares, con un desempleo abierto del 15 %, con una inflación en 1984 del orden del 15 mil %, con exportaciones de alrededor de 800 millones de dólares anuales.

Gracias a la aplicación del modelo neoliberal en ese hermano país, se ejecutaron medidas como liberación de precios, flotación del dólar, privatización de empresas estatales, congelamiento de salarios, eliminación de subsidios, cierre de empresas estatales deficitarias, privatización de empresas públicas rentables, imposición del Estado de sitio, detención de dirigentes sociales y políticos que recién empezaron a recuperar su libertad después de seis meses de encarcelamiento, descabezamiento de la dirigencia sindical, represión.

Después de quince años de la adopción de medidas como las señaladas, la situación de Bolivia sin duda que ha cambiado. Su economía crece a una tasa del orden del 4 %. La inflación se ha reducido a menos del 10 % anual, el déficit fiscal se encuentra controlado en alrededor del 3.5 % del PIB, las exportaciones son de más o menos 1.500 millones de dólares anuales, el desempleo abierto es de aproximadamente el 10 % (gracias a que buena parte de la población está dedicada al cultivo y comercialización de coca) y el empleo informal del 20 % del total de la fuerza laboral; la deuda externa sigue siendo de unos 4.500 millones de dólares, no obstante que una buena parte de ella fue renegociada y condonada en la década anterior.

En materia social, la esperanza de vida de cada boliviano es de aproximadamente 60 años (en el Ecuador es de 64 años), igual que antes de ejecutarse las políticas neoliberales; la mortalidad infantil es de 75 por mil (en el Ecuador es de alrededor de 48 por mil), el analfabetismo afecta al 25 % de la población mayor de 12 años (en el Ecuador al 12 %); solamente el 40 % de la población rural y el 60 de la urbana tienen acceso a agua potable; más del 60 % de la población vive en situación de extrema pobreza; la desigualdad económica y social es mayor; el país en su conjunto ha sufrido un debilitamiento de su soberanía y, sin duda, hoy hay tensiones reprimidas y no resueltas que claman por su superación.

En el Ecuador, con todas las dificultades que padecemos, no vivimos una situación similar a la que vivió Bolivia a comienzos de la década anterior. Probablemente hay algunos que quieren que la vivamos, por eso insisten en aplicar medidas que seguramente agudizarían los problemas y caotizarían la situación, como agravamiento del déficit fiscal, imposición de impuestos indirectos, “dolarización” de la economía (¿...?), mayor desregulación financiera y bancaria, mayor endeudamiento y dependencia frente al exterior. Piensan seguramente que “agravando” las condiciones, se harán más promisorias las posibilidades de ejecutar recetas abiertamente fondomonetaristas.

Por eso la importancia de estar atentos y reflexionar sobre las medidas que diariamente muchos dirigentes empresariales y voceros gubernamentales nos proponen, a veces, sin entender y por lo mismo sin aclarar su verdadero significado.

El subdesarrollo ecuatoriano y el culto a la estadística (09/11/99)

En una fase histórica como la actual, cuando la sociedad nacional se desenvuelve en una aguda crisis de muy graves consecuencias sociales y políticas, es común que se ensayen las más diversas explicaciones que buscan dar cuenta no solo de la crisis sino de la lamentable situación de subdesarrollo del Ecuador. Acaso una explicación reiterativa es aquella que consiste en agrupar países con similares indicadores, como por ejemplo altos índices de desarrollo humano, como Canadá, Noruega, Estados Unidos, Japón, Bélgica, Suecia, Australia, Holanda, Islandia, Reino Unido, Francia, Alemania, Suiza, Dinamarca, Austria, Luxemburgo, Italia, Irlanda para luego deducir “elementos comunes” y compararlos con similares elementos considerados también comunes de países con índices más bajos de desarrollo humano, como Etiopía, Níger, Sierra Leona, Papúa Nueva Guinea, Haití.

De la comparación suele decirse que los primeros nombrados países tienen en común una democracia representativa y un sistema legal firme y predecible, libertad de empresa, participación mayoritaria del sector privado en la producción de bienes y servicios, economías y monedas estables y confiables; mientras que los mencionados en segundo lugar lo que tienen en común es autocracia, inexistencia de libertades, caciquismos, caos económico, inestabilidad legal y política en general.

En el medio de estos extremos, o sea con un índice de desarrollo humano mediano se encuentran países como Chile, Argentina, Uruguay, Costa Rica, Trinidad y Tobago que están donde están gracias -nos dicen- a que supieron emprender las reformas necesarias para acercarse a las naciones con libertad de empresa, con economías abiertas, con sistemas legales y monedas estables y seguras y con una democracia ca-

da vez más representativa y confiable lo que les asegura una alta credibilidad internacional.

De lo anterior se desprende, con absoluta simpleza, que lo que tienen que hacer países que se encuentran con índices de desarrollo humano más bajos como Rusia, Macedonia, Letonia, Arabia Saudita, Turquía, Ecuador para acercarse a los más desarrollados del mundo, es abrirse a las inversiones extranjeras, fortalecer el afán de lucro, creer en la magia del mercado, eliminar subsidios, minimizar la presencia del Estado en la vida económica nacional.

Para el lector que no está familiarizado con esta clase de conceptos, es bueno que conozca que el “desarrollo humano” comprende tres elementos expresados a su vez en índices: el producto interno bruto (PIB) o ingreso real por habitante en dólares de los Estados Unidos; la longevidad, medida en función de la esperanza de vida al nacer; y, el nivel educacional medio en función de la combinación de la alfabetización de adultos (ponderación dos tercios) y la matriculación (ponderación un tercio). La división para tres de estos índices parciales es el índice de desarrollo humano correspondiente

Pues bien, al margen de que el concepto de desarrollo humano es un agregado estadístico al cual se le pueden atribuir múltiples omisiones y defectos, como la elección de variables para conformar el índice, las fuentes estadísticas usadas, las ponderaciones, la necesidad de incorporar otras variables (calidad del trabajo, preservación de la belleza de los paisajes naturales, intensidad de la vida cultural) etc., etc. lo importante es reparar en que tal agregado estadístico lo que refleja son resultados de un proceso, sin especificar cuando tal proceso se inició y por qué, qué fases recorrió, cómo tales fases se fueron ensamblando, qué factores o agentes económicos, sociales y políticos fueron y son los responsables esenciales de los resultados.

Entonces, el desarrollo humano, con ser un concepto sugestivo y bastante más amplio que aquel otro convencional que pretende caracterizar al desarrollo como la simple tasa de expansión del PIB, tiene

graves defectos, primero, hace escasa referencia a los fenómenos históricos y, segundo, desprecia categorías tan importantes como las de acumulación, poder, dependencia, imperialismo, mercado interno, lo cual lo vuelve incompleto y parcial.

En cuanto a lo primero, parece pertinente destacar que si bien cada nación tiene un curso histórico singular, se puede en términos generales sostener que los países con altos índices de desarrollo humano, exhiben una evolución histórica distinta de la seguida por países como el nuestro; ellos iniciaron su despegue sin estar precedido de largas etapas de dominación colonial; ellos recorrieron una fase de rápida y diferente industrialización que los convirtió en potencias dominantes; ellos -debido a una compleja red de causas económicas y políticas imposible en este corto espacio detallar- pudieron incrementar la concentración de capital, la producción, el intercambio comercial, el fomento tecnológico lo cual a la vez les permitió captar y beneficiarse de enormes masas de excedentes o de recursos genuinos generados en nuestros países y trasladados a las economías metropolitanas dejando, en muchos casos, enormes daños a la riqueza ambiental de los países considerados subdesarrollados.

El Ecuador y tantos países de mediano y bajo desarrollo humano, en cambio, surgieron como países capitalistas cuando los países primeramente mencionados vivían en general, en plena fase expansiva, imperialista. Por lo mismo, el capitalismo ecuatoriano nació irregular, débil, subordinado, carente de autonomía y homogeneidad. Es decir que para comprender el subdesarrollo latinoamericano y ecuatoriano no basta tomar como rasgo distintivo a ciertos indicadores estadísticos que no dan cuenta de su evolución.

El subdesarrollo se gesta en el pasado y su debida comprensión exige establecer de manera adecuada las vinculaciones que se producen entre unos países y otros. No hacerlo para caer en una suerte de culto a la estadística, es fomentar un tecnocratismo pedante, rígido, superficial y, quizás lo que es más grave, despreciar otros elementos no necesariamente cuantificables pero de enorme trascendencia como la con-

taminación y la degradación ambiental que genera el proceso económico, la inequidad incluso la intergeneracional, así como la producción de bienes y de servicios que no son necesariamente deseables desde el punto de vista de los intereses mayoritarios de la sociedad.

Desigualdad y desarrollo nacional (23/11/99)

Creo que la mayoría de los ecuatorianos hoy comprende que los múltiples aspectos políticos, económicos, sociales, tecnológicos, comunicacionales de nuestro país, se articulan y expresan en una sociedad cuya característica esencial es la desigualdad.

El carácter desigual es probablemente más visible en el plano económico, donde sin duda es fácil apreciar en uno de sus extremos a un grupo cuantitativamente reducido de personas que disfruta de impresionantes niveles de ingreso, lujo y hasta derroche superiores en muchos casos a los de las clases ricas de los países desarrollados; mientras que en el otro extremo existe una inmensa cantidad de ecuatorianos integrada por trabajadores con salarios insuficientes, por artesanos, pescadores, campesinos e indígenas carentes de servicios elementales; por trabajadores informales y desocupados, por docentes y pequeños propietarios cuyas condiciones de vida están muy por debajo de las exigencias mínimas de cualquier colectividad civilizada.

La concentración de la propiedad y del ingreso, moldea una estructura de demanda y, consiguientemente, una estructura de oferta y de importaciones que conspira contra una adecuada integración del aparato productivo nacional y la consiguiente creación de empleo, con lo cual se generan las condiciones para la proliferación de múltiples formas de vicio, delincuencia, tráfico de drogas, prostitución, perversión del gusto popular, valoración de la nota sensacionalista, presencia de antivalores culturales especialmente norteamericanos.

Precisamente por lo anterior es que la desigualdad se extiende a la esfera social. Millones de ecuatorianos pobres no tienen acceso al empleo, a la vivienda, a la salud, a la educación, a la seguridad, a la par-

ticipación, a la cultura que es un privilegio reservado generalmente para los poseedores de enormes ingresos.

La desigualdad está también presente en la capacidad que las diferentes clases y grupos económicos y sociales cuentan para soportar innumerables molestias e incomodidades propias de las amenazas de desastres naturales y de las generadas por el funcionamiento de un capitalismo subdesarrollado, como el caos urbanístico, la acumulación de basura, la irracional explotación de los recursos, la ideología consumista, la contaminación ambiental. Este cuadro de desigualdad se ha agravado en los últimos años con motivo de la crisis que vive el país y que sin duda ha generado consecuencias como la expansión de la desnutrición, una disminución de la esperanza de vida de cada ecuatoriano y el aumento de la mortalidad infantil.

Por cierto que este injusto e inhumano “orden” económico y social no es fruto del azar. Se debe o es la consecuencia de la conformación, durante un largo como irregular proceso histórico, de un capitalismo dependiente y subdesarrollado, el único que pudo conformarse en el Ecuador, gracias al poder ejercido históricamente por clases y grupos dominantes de la sociedad, a través de diferentes tipos de regímenes que, aunque formalmente distintos unos de otros, han conservado una similar substancia, la de organizar, defender, promover y reproducir la condición esencialmente capitalista de la economía y sociedad nacional.

Desde fines de la década de los setenta, el país vive un régimen de “democracia representativa”, comúnmente considerado como el mejor sistema para que todos los ciudadanos ecuatorianos podamos expresar nuestra voluntad y escoger a los mandatarios y representantes ante las diferentes funciones del Estado nacional. Se argumenta que el derecho a elegir y a ser elegidos que tenemos los ecuatorianos, es la mejor forma de hacer posible la participación de la colectividad en la forja de su propio destino.

Las revelaciones públicas de las últimas semanas, sobre los pedidos y otorgamientos de millonarias contribuciones económicas a la candidatura de quien es hoy Presidente de la República, ha puesto al descubierto la ausencia de legitimidad del sistema de expresión ciudadana supuestamente libre vigente en la “democracia representativa”. A esto se añade que durante los últimos meses, hemos padecido y continuamos padeciendo una serie de acontecimientos de todo orden que han hecho más difícil y compleja nuestra existencia. Desempleo, elevación considerable de los precios, nuevas cargas tributarias para financiar el presupuesto gubernamental, vertical ascenso del tipo de cambio, fuga de capitales, proliferación de la delincuencia social, privilegios de distinta índole.

Por cierto, muchos de estos graves acontecimientos, no son los primeros y tampoco serán los últimos que se producen y se producirán en el país; sin embargo, su reiteración en la vida nacional, constituyen hitos de enorme repercusión en la activa fase de agrietamiento del sistema político dominante y, consiguientemente, en la cobra de conciencia de la gente sobre la necesidad de superarlos, gracias a una tenaz lucha que tendrá que sobrellevar el conjunto del pueblo, por avanzar en la construcción de un modo de vida diferente, donde se privilegie la solidaridad, la sustentabilidad ecológica de la economía, los intereses esenciales del conjunto de la comunidad en reemplazo del lucro individual y la acumulación de riqueza material. ¿Será esto posible? ¿Qué opina usted, amable lector?

¿Reoxigenación o transformación del “modelo”? (11/01/2000)

Durante los últimos días, al calor fundamentalmente de la estampida del precio del dólar, en el país se ha venido hablando con mayor frecuencia sobre un inminente relevo del Presidente de la República y su reemplazo por quien la Constitución lo prevee, el Vicepresidente Gustavo Noboa Bejarano. Muchos analistas y voceros empresariales y políticos argumentan que el relevo presidencial es importante para crear un nuevo entorno, un diferente clima, un marco distinto que ha-

ga posible destrabar el bloqueo político y reconstruir la confianza que tanta falta le hace hoy al país.

Este planteamiento parece que adquirió mayor vigencia con motivo de la última presentación televisada de los integrantes del frente económico, donde fue notoria la inasistencia del Superintendente de Bancos, del Gerente de la Agencia de Garantía de Depósitos y del cuarto miembro del Directorio del Banco Central. En esta rueda de prensa, el principal vocero Pablo Better, no dijo absolutamente nada respecto a lo que el Banco Central se propone hacer para detener la incontrolable desvalorización del sucre frente al dólar, con lo cual la indefinición se hizo más patente, acentuándose la desconfianza de los agentes económicos y de todos los ecuatorianos, que era precisamente lo que se quería evitar.

Por cierto que el precario, inestable como injusto “orden” económico que vivimos en el país y que, al parecer ahora, todos lo buscan reemplazar, no es fruto del azar. En otro artículo de esta misma columna sostenía hace unos días que tal orden es la consecuencia no de la acción u omisión de ningún Presidente de la República en particular, sino que se debe a un conjunto de acciones desarrolladas por clases y grupos dominantes, gobernantes o no, por conformar una sociedad donde el valor social y personal fundamental sino único es la búsqueda de dinero, o sea, una sociedad capitalista que -dadas las condiciones históricas mundiales- no podía ni puede ser sino subdesarrollada y dependiente como la que tenemos. Esto significa que la situación actual de nuestro país, con ser ciertamente angustiada y grave para la inmensa mayoría de los ecuatorianos, también favorece a importantes y poderosos grupos empresariales y económicos de inversionistas y acreedores nacionales e internacionales, que además cuentan con el apoyo de los gobiernos de ciertos países desarrollados y de algunos importantes organismos internacionales.

Lo anterior significa que si se lo depone a Mahuad, conforme ya sucedió con Bucaram, y se lo reemplaza con alguien interesado en continuar con las mismas o similares políticas económicas ejecutadas en el

país durante los últimos veinte años, nada habremos ganado. Probablemente se abriría un espacio para el diálogo, se daría una sensación de recambio, pero el país no logrará iniciar una ruta capaz de alejarlo definitivamente de la crisis ni de las carencias esenciales que hoy afectan a la mayoría de los ecuatorianos.

Claro que muchos voceros de importantes grupos empresariales y políticos sostienen que hoy los problemas ya han rebasado al gobierno y que este definitivamente está de verdad incapacitado para solucionarlos. Entonces proclaman o se suman a la necesidad de cambios, entendiendo como tales a la ejecución de ciertas medidas de política que profundicen la estrategia aperturista, fomentadora de las exportaciones, privatizante, seductora del capital extranjero, desreguladora del sistema financiero, flexibilizadora del mercado laboral, revalorizadora del mercado que ha venido ejecutándose durante los últimos veinte años. En tal perspectiva incluso hay quienes, mostrándose formalmente desafectos al “modelo” económico actual, por otro lado defienden la adopción de la convertibilidad o de la dolarización, alientan la “disminución del tamaño del Estado”, propician la ejecución de un “factoring” petrolero, se oponen a la creación de impuestos especialmente directos; persiguen ilusoriamente extender en nuestro país el patrón de desarrollo propio de los países desarrollados. Estas tesis suelen ser defendidas con intolerancia, aunque algunos en su intimidad reconocen que ellas van en contra del bienestar de la comunidad

Nadie discute que vivimos la crisis más grave de toda la historia ecuatoriana. Esta crisis se da hoy en un escenario en el cual han surgido nuevos elementos como la internacionalización del mercado financiero, el fomento de las operaciones especulativas, el debilitamiento del Estado-Nación, la descomposición de los mecanismos de regulación y una serie de avances tecnológicos y de organización de la producción, que han limitado seriamente la capacidad nacional e internacional para enfrentarla. La desregulación o vigencia del mercado libre que propician muchos personajes como condición para lograr el crecimiento económico, no ha demostrado ser capaz de asignar racionalmente los

recursos, asegurar un crecimiento con equidad, ni siquiera garantizar una relativa estabilidad internacional ni nacional.

Entonces, debe quedar muy claro que el solo cambio de Presidente de la República no constituye ninguna garantía de superación de las más serias dificultades que hoy vivimos la mayoría de los ecuatorianos. El régimen no es un hombre. Los males que hoy padecemos son el producto de años de ejecución de estrategias políticas que han favorecido a contadísimos grupos de ecuatorianos y extranjeros que, tradicionalmente, han sido los directos y principales beneficiarios de la política económica de los diferentes gobiernos.

No debe interpretarse lo anterior como una defensa de Mahuad. Lo que persigo es contribuir a llamar la atención sobre que, un auténtico cambio, solamente se dará cuando el mayor número de ecuatorianos cobre conciencia sobre la imperiosa necesidad de empezar a transitar un camino diferente que implica, afectar a la concentración del ingreso y de la propiedad, desalentar la inversión especulativa, estimular la radicación de inversiones en las provincias rezagadas del país, liquidar toda relación incestuosa entre el sistema financiero y el gobierno, conformar una estructura productiva más integrada capaz de generar empleo, canalizar un uso más provechoso y racional de los dólares que con tanto esfuerzo los obtiene el país, castigar a la corrupción y al uso ilegal de los fondos públicos para fines partidarios o personales, contener la realización de inversiones suntuosas, revisar y corregir la apertura indiscriminada del país a las importaciones, suprimir una serie de inaceptables privilegios propios del burocratismo, fomentar la inversión productiva en general.

Y todo esto será posible de lograrlo no solo deponiéndolo a Mahuad sino ungiendo como protagonistas históricos a otros agentes sociales y políticos distintos a los que, hasta ahora, han tenido en sus manos el destino del país. Difícil tarea pero es la única de verdadero provecho. ¿Le parece a usted, amable lector?

Dolarización: Realidades y perspectivas (18/01/2000)

La dolarización, lo sabemos, persigue adoptar como moneda oficial al dólar reemplazando al sucre que quedaría para operaciones menores. Para hacerla factible, es imprescindible que el país cuente con una cantidad de dólares suficientes para recoger su base monetaria (los sucres en circulación más los depósitos de los bancos en el Banco Central), al precio de 25 mil sucres por dólar. reconociendo claramente que el Banco Central no tendrá (como en efecto nunca ha tenido), facultad alguna para emitir dólares y que, de aquí en adelante, tampoco tendrá facultad para conducir ningún aspecto de la política monetaria en general, pues esta quedará determinada por lo que haga el Sistema de Reserva General o Banco Central del país dueño de la moneda que se adopta, los Estados Unidos de Norteamérica. Esto significa que el Banco Central del Ecuador dejará de desempeñar el papel de prestamista de última instancia, lo cual significa que, en caso de que algún banco privado o público padezca problemas de liquidez o quiebre, el Banco Central ya no podrá acudir en su ayuda. Este hecho, de paso, significa que la dolarización no garantiza la terminación de futuras quiebras bancarias.

Declaraciones formuladas por el Ministro de Finanzas Alfredo Arízaga, destacan que

... la parte más líquida de la reserva monetaria internacional asciende a 830 millones de dólares y que todos los sucres, en billetes y monedas que se encuentran en circulación ascienden a un equivalente de USD 400 millones,

de donde se desprende que el proceso de dolarización, desde este específico punto puede realizarse.

Pero para el futuro, la situación no luce favorable. Exceptuando las falsificaciones de dólares y las operaciones de narco lavado, la nueva base monetaria o la cantidad de “nueva” moneda nacional que empezará a circular abiertamente en el país, va a depender, entre otras cosas, de los excedentes de las exportaciones sobre las importaciones to-

tales que realiza el Ecuador, tales excedentes pueden verse sensiblemente disminuídos como resultado de caídas de los precios de los bienes que exportamos, por alzas frecuentes de los precios de los bienes y servicios que importamos, por rupturas del oleoducto, por cierres de mercados a la producción nacional, por innovaciones tecnológicas que restrinjan o suplanten la demanda de productos de origen primario como los que fundamentalmente exporta la economía ecuatoriana.

Con respecto a la afluencia de capitales extranjeros al Ecuador vía préstamos e inversiones, que es otra fuente capaz de alimentar la oferta monetaria ecuatoriana, sabemos que tradicionalmente el país ha entregado al exterior, por concepto de amortizaciones e intereses de los préstamos y por utilidades de las inversiones foráneas, más, mucho más de lo que ha recibido por afluencia de capitales. De otro lado, la deuda externa ecuatoriana no ha sido renegociada, el gobierno carece de una estrategia explícita para aplicarla y lo que el país exporta no alcanza para pagarla.

Otras fuentes, aunque aleatorias de creación de la nueva base monetaria ecuatoriana pueden ser el retorno de capitales nativos que antes fugaron, las remesas de emigrantes, los préstamos no reembolsables. Entonces, frente a esta muy difícil como compleja situación, la posibilidad de que la dolarización funcione va a depender de la obtención de una cantidad considerable de divisas que hoy el Ecuador no las tiene.

Conscientes de esta situación, algunos voceros empresariales y gubernamentales han empezado ya a sostener la necesidad de acudir al gobierno norteamericano en demanda de un crédito de entre cinco mil y diez mil millones de dólares, esto es, entre el 30 y el 60 % de la deuda externa actual.

Dada la inaudita generosidad con la que el gobierno de Mahuad le entregó al gobierno norteamericano la soberanía monetaria ecuatoriana, nada raro será constatar más adelante como el gobierno de Clinton, en aras de la *cooperación continental* y, frente a los *inmensos esfuer-*

zos que realiza el gobierno y el pueblo ecuatoriano, acceda a atender un pedido de esta naturaleza.

Claro que todo ello tendrá también sus costos. La dolarización, antes de generar estabilidad, va a producir, más temprano que tarde, una internacionalización del sistema de precios de la economía ecuatoriana. Si esta internacionalización empieza por los bienes y servicios no transables, como al parecer lo quiere el gobierno, entonces la situación de agitación social y política podría asimismo agravarse.

Por otro lado, la dolarización va a traer consigo una profundización de la norteamericanización de los patrones de consumo de los demandantes ecuatorianos de altos ingresos, situación que puede generar una sensación de relativa estabilidad y hasta de bonanza de la economía nacional; pero a la vez, la marginación de múltiples sectores de tal uniformidad consumista; mientras que, simultáneamente, la serie de reformas legales necesarias de realizar para adaptar al país a la nueva situación, va a generar también conflictos muy importantes. Al fin y al cabo, no cabe ignorar que con la dolarización, lo que el gobierno de la Democracia Popular persiguió fue superar, “de un solo toque”, los rezagos que la ejecución del neoliberalismo en el Ecuador mostraba o mantenía en relación a otros países latinoamericanos.

Es decir que para el futuro se prevee una dinámica social y política diferente que más adelante se va a expresar en aglutinamientos, movilizaciones y planteamientos de reivindicaciones diversas, que seguramente reflejarán una visualización más certera de la estructura del poder mundial y nacional, así como métodos de lucha probablemente distintos y de alcance más amplio a nivel latinoamericano y continental. Es que no hay políticas económicas cuyos gestores sean capaces de anticipar o prevenir la incubación y el estallido de tensiones populares agravadas y reprimidas pero nunca resueltas por los últimos gobiernos.

En cualquier caso, los acontecimientos por venir dirán la última palabra. Una cosa sin embargo está muy clara. La dolarización no congela o petrifica la vida política y social, tampoco pone fin a la historia

ecuatoriana. Lo que si hace es volver más exigente los requisitos para participar en ella. Está claro que, de aquí en adelante, ya no bastarán las simples protestas y el agitacionismo. En esta hora del mundo y del Ecuador, es evidente la necesidad de avanzar hacia la formulación de propuestas así como emprender en nuevos esfuerzos por avisorar tendencias y fisuras en la estructura de poder, a fin de hacer posible la generación de iniciativas que permitan aglutinar con firmeza a la lucha, a nuevos y numerosos agentes sociales. ¿Le parece a usted, apreciado lector?

Más sobre la dolarización (01/02/2000)

Agradezco a los lectores que me han hecho llegar voces de aliento y múltiples preguntas en relación con el artículo que escribí hace quince días, las que hoy trato de responderlas de una manera general. La mayor parte de las inquietudes sobre el tema giran alrededor del por qué se cree que la dolarización generará ese ambiente de confianza y de estabilidad que sus más entusiastas apologistas lo proclaman. Mi opinión es que la respuesta que los partidarios de la dolarización dan a esta inquietud es más ideológica que técnica. Veámosla:

Si las exportaciones crecen más que las importaciones, el país dispondrá de una balanza comercial favorable y ello hará posible que la economía nacional se beneficie con una mayor liquidez y poder de compra internacional, pero si la citada balanza se torna deficitaria o si el servicio de la deuda externa o el monto de las utilidades de las inversiones extranjeras que residen en el Ecuador, como también el pago de patentes, de marcas de fábrica, de regalías es mayor que los aportes de los préstamos y de las inversiones externas, el país perderá divisas, lo cual provocará en el orden interno una serie de desajustes y contradicciones que ya no podrán ni siquiera atenuarse gracias a una devaluación o la contención del flujo de dólares hacia el extranjero, sino que deberán inevitablemente corregirse mediante “soluciones de mercado”.

Este hecho, de enorme gravedad suele ser presentado por los partidarios y defensores de la dolarización, como la garantía de que ya

no habrán más devaluaciones en el país, y que cuando se presenten problemas como los mencionados ellos deberán de corregirse automáticamente. Así, la salida de dólares del país en una cantidad mayor que la que entra, provocará en el orden doméstico una carencia de moneda y ello determinará una de las dos consecuencias o su combinación:

1. Una elevación de la tasa de interés en el orden interno, por la escasez de dinero, lo cual hará posible que los capitales foráneos vengan a fin de beneficiarse de una más alta rentabilidad, siendo entonces necesario, dicen, que funcione un sistema que garantice una movilidad perfecta de los capitales.

También y en la dirección de contrarrestar una eventual reducción de la oferta monetaria, se deberán apurar las privatizaciones de activos estatales, así como buscar mecanismos para estimular el retorno de capitales que antes fugaron del país en la búsqueda de mejores condiciones de rentabilidad. Y ciertamente quedan muy pocas alternativas más, salvo la falsificación de dólares y las operaciones de narco lavado, puesto que la reserva monetaria tenderá a esfumarse debido a que tiene que convertirse en dinero en circulación, lo cual naturalmente no solo que reduce la capacidad nacional para afrontar compromisos externos sino para otorgar por ejemplo créditos a los bancos comerciales o atender graves situaciones de emergencia nacional. Como se podrá observar, con esto de la dolarización el país repentinamente, se hizo muchísimo más vulnerable a la disponibilidad de moneda norteamericana.

2. Una contracción del nivel de ingreso de los ecuatorianos, lo cual podría provocar un estancamiento coyuntural “necesario y saludable” que se traduciría, de inmediato, en una reducción de las importaciones y, consiguientemente, en una reconstrucción del equilibrio de la balanza comercial. Sin embargo, para que este “necesario y saludable” mecanismo funcione eficazmente, es indispensable terminar con lo que los ideólogos de la dolarización llaman los privilegios salariales, los contratos colectivos, los subsidios, las absurdas pretensiones de asegurar a nadie una permanente ocupación.

Lo anterior equivale a sostener que, si en aras del “interés nacional”, los trabajadores no aceptan una reducción de sus salarios, la eliminación de subvenciones, compensaciones, pues no queda más alternativa que enviarlos a la desocupación. Esta forma de reacción pasiva que se espera de los trabajadores a la reducción de sus salarios y a los despidos inevitables, es lo que se conoce con el nombre de flexibilización laboral, que se la pretende garantizar con la promulgación de un conjunto de reformas al Código del Trabajo.

Si la contracción de los ingresos afecta al sector público, ello tendrá que traducirse en una reducción de los gastos constantes en el presupuesto general del Estado a fin de evitar eventuales déficit que, en el pasado -dicen los interesados en la dolarización- irresponsablemente se los financió mediante emisiones inorgánicas de moneda nacional. De aquí en adelante tales emisiones ya no serán posibles pues otra es la moneda oficial del Ecuador. Por cierto, los gastos más fáciles de contener y hasta de suprimirlos son los referidos a la salud, la educación, el esparcimiento, la seguridad, el bienestar social.

Todo esto -dicen los apologistas de la dolarización- tiene además la extraordinaria ventaja de someter a los gobiernos al ejercicio de una política fiscal sana, urgiéndolos a abandonar las prácticas populistas y derrochadoras que tanto daño han causado al Ecuador. La otra forma de contrarrestar eventuales déficit presupuestarios del sector estatal, sería a través de reprimir los salarios de los empleados públicos, subiendo las tasas impositivas o elevando los precios de los combustibles.

Argumentan que cualquiera de las anteriores situaciones que genere el proceso, tienen el enorme mérito de acabar de raíz con la discrecionalidad en el manejo de la política monetaria, lo cual crea un ambiente de credibilidad gracias al sacrosanto funcionamiento del libre mercado, el único capaz de asegurar un proceso de desarrollo como el logrado por los países actualmente más industrializados del mundo, a quienes de paso se nos sugiere imitar.

Podrá darse cuenta usted, amigo lector, que esta forma de concebir el funcionamiento de los correctivos “automáticos”, opera ciertamente más en la mente de los economistas neoclásicos y en los libros de texto que en la realidad. Por eso sostengo que quienes apoyan la dolarización esgrimen antes que argumentos verdaderamente técnicos, surgidos del análisis de nuestra propia realidad, razones ideológicas y mentiras convencionales, animados por el afán de imitar o repetir lo que dicen autores extranjeros que escribieron sobre la base de analizar otras épocas o realidades. Lo hacen también por comodidad, por temor, por estar en onda con las teorías en boga en los países metropolitanos, pero sobre todo, por justificar y defender los intereses y privilegios de los grupos dominantes ecuatorianos y trasnacionales.

Si usted, amable lector, tiene dudas al respecto, simplemente espere el curso de los futuros acontecimientos.

Dolarización y profundización de la dependencia (22/02/00)

La dolarización o adopción del dólar como moneda oficial del Ecuador, es el resultado del convencimiento de quienes integraron el gobierno de Jamil Mahuad -buena parte de los cuales estudiaron en universidades norteamericanas- de que los Estados Unidos son el baluarte del progreso, de que tienen un gobierno que lo hace todo bien, de que Estados Unidos tiene una economía en constante crecimiento, sin inflación, sin quiebras, sin déficit presupuestario ni de su balanza comercial; porque el dólar, en el momento actual, continúa siendo la moneda oficial del comercio y de las finanzas internacionales.

Pero por otra parte, al país dueño del dólar, la nueva oficial moneda de circulación y de reserva del Ecuador, le conviene que nuestro país entre a la dolarización. Le conviene, en primer lugar, porque la dolarización significa que Estados Unidos puede con sus emisiones de dólares comprar todo lo que quiera y existe en el Ecuador. Es, lo que se conoce con el nombre de derecho de señoreaje. Emitir un dólar billete tiene por supuesto un costo, probablemente de 5 ó 6 centavos de dólar; pero, en cambio, Estados Unidos se queda con 95 ó 94 centavos de dó-

lar para adquirir activos o lo que sea en el Ecuador, por el solo hecho de poseer el monopolio de la emisión monetaria.

Hay varias definiciones y métodos para calcular el monto de tal derecho de señoreaje así como de las formas de compartirlo entre el gobierno de los Estados Unidos y el país que dolariza, sin embargo, sobre esto y, hasta ahora, en el Ecuador no se ha dicho absolutamente nada.

La otra forma a través de la cual los Estados Unidos se beneficia de la dolarización, es porque si los países latinoamericanos la adoptan -y en realidad no es necesario que lo hagan todos sino unos tres o cuatro países pues los otros quedan inevitablemente atados o comprometidos según el nivel de intercambio financiero o comercial, conforme por ejemplo lo refleja la situación de Argentina y Brasil- al país dueño de la moneda le es más fácil controlarlos y subordinarlos a todos a sus propósitos esenciales. Sería una suerte de integración subordinada de facto, para cuando se formalice la publicitada Asociación de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

No es casual que, por tratarse de una área tan sensible, los países que integran la Comunidad Europea, hayan dejado para el último, por ser más difícil y complejo, el problema de la integración monetaria a través de la adopción de una moneda común y no la de ningún país en particular.

Frente a tal estrecha vinculación de dependencia que esta vez se establece, es evidente que un colapso en Wall Street o una decisión del Sistema de Reserva General de los Estados Unidos de elevar la tasa de interés, por ejemplo, podrían hacer tambalear a la economía nacional, provocando efectos más dañinos y graves que, por ejemplo, una devaluación. Fue lo ocurrido con Chile, entre 1981-82, cuando estuvo atado al dólar norteamericano.

En cuanto la economía ecuatoriana se vuelve más estructuralmente dependiente frente a la economía y sociedad norteamericana, de

aquí en adelante el Ecuador se verá sensiblemente afectado por la política monetaria del Banco Central de los Estados Unidos y de lo que haga el señor Alan Greenspan, Director Gerente del mencionado organismo.

Históricamente, las políticas ejecutadas por los diferentes gobiernos de los Estados Unidos, no han coincidido con las necesidades y los objetivos del pueblo ecuatoriano y, en base a tal experiencia, es absurdo imaginarnos que los estadounidenses vayan a administrar sus actividades de acuerdo a las conveniencias de los ecuatorianos. Consecuentemente, el Ecuador pasará a padecer de los efectos de lo que hagan los gobiernos de ese país.

Si, como se anticipa, en los Estados Unidos se están incubando una serie de elementos económicos, sociales, tecnológicos, financieros explosivos que hasta pueden poner en evidente riesgo la descomposición de su propio sistema, es evidente que su gobierno y los grupos y partidos políticos dominantes, harán todo lo posible por evitar aquello, descargando sobre el resto del mundo y particularmente sobre América Latina, considerada su área de influencia natural, su patio trasero, el peso de sus principales dificultades.

Lo anterior podrá traducirse, concretamente, en una eventual alza de las tasas de interés en el mercado norteamericano, en el cierre parcial o temporal de su mercado a la producción exportable ecuatoriana, en la elevación de los precios de los bienes y servicios que exporta Estados Unidos, en el alza de los costos de su tecnología, en una mayor y más intensa difusión de sus modos de vida, el american way of life, a fin de embretar más funcional y estrechamente a las sociedades latinoamericanas, hasta la posibilidad de considerar al país como globo de ensayo de experimentos múltiples, exigirle la concesión de nuevas bases militares y hasta utilizarlo como basurero de desechos tóxicos generados en la economía norteamericana.

Capítulo VII **MISCELÁNEAS**

Economía concentrada (13/10/98)

En la noche de ayer en el Paraninfo de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Estatal de Guayaquil, se hizo la presentación del libro de mi autoría que lleva el mismo nombre de este artículo, que recoge los trabajos publicados en el Diario El Telégrafo entre el 20 de agosto de 1996 y el 28 de julio de 1998. Como en los casos anteriores, aunque con otros títulos, en este nuevo libro se presentan de manera temático-cronológica los materiales publicados sobre diversos temas, lo cual permite agrupar una serie de textos que tienen no solo unidad conceptual sino cierta lógica interna que da cuenta de una variada cantidad de acontecimientos de diversa naturaleza y alcances ocurridos en el mundo y sobre todo en el Ecuador, durante los dos últimos años.

La publicación del libro solo fue posible gracias a la decidida cooperación del señor Decano de la Facultad, economista Washington Aguirre, como también al apoyo franco e inestimable de la economista Melania Mora de Hadatty, Subdecana de la Facultad, y de todo el personal del Departamento de Publicaciones de la Facultad, en especial de su Directora, señora Melania Rivera Ferretti. A las personas mencionadas como también al distinguido escritor y profesor universitario Willington Paredes, quien hizo un generoso discurso de presentación del libro, les expreso mi sincero agradecimiento.

El afán de publicar en un solo texto los artículos que semana a semana he venido escribiendo en este importante diario porteño, obe-

deció sobre todo al interés expresado por una buena cantidad de estudiantes y de profesionales economistas que, de manera reiterada, me solicitaron que difundiera todos mis artículos bajo la forma de libro, a fin de así contar con un texto más integrado que superara la fragmentación y el alcance inevitablemente coyuntural que tiene todo artículo periodístico.

Entonces, el libro puede ser de utilidad especialmente para quienes trabajan en el campo de las ciencias económicas y sociales, pero también para tantos y tantos ecuatorianos que, en su labor cotidiana, en sus acciones modestas y desde luego en sus más importantes movilizaciones, buscan recordar ciertos hechos no en actitud ritual sino para tratar de entender profundamente el sentido de nuestra evolución histórica.

Los artículos que se recogen en el libro se refieren a diferentes temas y están presentados en grandes capítulos: I. Nuevo Gobierno, Políticas Económicas, Desarrollo, Gobernabilidad; II. Déficit, Financiamiento, Salarios; III. Política, Corrupción, Idioteces; IV. Globalización, Integración, Problemas Internacionales; V. Educación, Universidades y VI. Misceláneos.

La publicación de los artículos buscan someter al juicio de la realidad, los múltiples puntos de vista del autor, evitando toda pretensión de pontificación, que suele estar presente en buena parte de los editorialistas, en especial, en aquellos que confían en la mala memoria de quienes diariamente los favorecen con su lectura y crítica.

No oculto el hecho de que el contenido del material que se publica se encuentra en permanente pugna con los planteamientos fundamentalistas de los ideólogos neoliberales y de derecha. Muchos de los argumentos de tal pugna lucen hoy más convincentes, cuando frente a la grave crisis mundial, actualmente se expresa la necesidad de cambiar la indiscriminada política aperturista, reformar el sistema financiero internacional y modificar las reglas del Fondo Monetario Internacional (FMI).

Curiosamente mientras lo anterior sucede a nivel mundial, en el orden nacional el programa y las primeras acciones políticas del presidente Mahuad, buscan más bien consolidar la tendencia neoliberal, empujando las privatizaciones, la reforma tributaria y de la administración pública, en un claro afán de pretender lograr el “desarrollo” ecuatoriano según los parámetros del FMI. Hay entonces, abultado material para la reflexión y el análisis.

Desempleo y desintegración social (09/11/99)

Sin duda alguna que uno de los elementos que influye notablemente en el debilitamiento de los lazos de integración social, en especial, en los sectores más desprotegidos, es el desempleo que, según estimaciones oficiales, alcanza actualmente a unos 500 mil ecuatorianos. Si en sociedades capitalistas como la nuestra, los satisfactores a las necesidades familiares y personales se adquieren en el mercado y ello es posible cuando la población tiene acceso a un puesto de trabajo que le garantiza un ingreso adecuado, la presencia de esta enorme masa de desocupados impide la obtención de ingresos a miles y miles de familias, hecho que termina por frustrar la adquisición de los bienes y servicios indispensables para su subsistencia, lo cual acentúa las disparidades sociales.

Desde comienzos de la década de los ochenta, en el país se empezó a ejecutar una política económica orientada a modificar sustancialmente el patrón de crecimiento vigente hasta entonces desde unos 15 años atrás, y consistente en impulsar una débil ampliación de las dimensiones del mercado interno y sustituir importaciones especialmente de bienes de consumo y de materias primas de relativamente fácil elaboración. El “nuevo” modelo se apoyó en una creciente desregulación de los mercados, la disminución de la protección comercial y la consiguiente necesidad de reducir costos para hacer frente a la competencia internacional a fin de no disminuir la tasa de beneficios de los empresarios.

Este nuevo modelo ha determinado que hoy en el Ecuador sea cada vez más difícil conseguir empleo pues el sistema productivo es incapaz de generar puestos estables. Al mismo tiempo, las reformas introducidas a las leyes laborales, a fin de “flexibilizarlas”, así como los persistentes empeños por adelgazar al aparato estatal despidiendo a trabajadores del sector público, no solo que redujeron las ofertas de empleo sino que debilitaron la capacidad de presión y de negociación de los trabajadores y de los sindicatos y dificultaron más aún las condiciones de empleo.

El aumento de la desocupación redujo también las posibilidades que muchos hogares tenían de acceder a bienes y servicios indispensables para su subsistencia. En este contexto, inclusive, no fue nada raro que florecieran formas delictivas de apropiación de bienes y servicios por parte de una inmensa población que hoy se debate en la pobreza extrema.

Por cierto que hay otras fuentes a través de las cuales las familias obtienen lícitamente sus ingresos monetarios para subsistir. Ellas son las pensiones jubilatorias y las rentas, pero sin duda que los ingresos provenientes del mercado de trabajo son las fuentes principales y mayoritarias.

En cuanto al sistema jubilatorio o de seguridad social, se conoce que él se encuentra en una situación muy crítica. Por un lado, cuenta con un menor número de contribuyentes, consecuencia del propio desempleo, la flexibilización laboral que generalmente se traduce en formas de contratación exentas de aportes al IESS, la enorme deuda del Estado que no se paga, como también debido al peso que adquieren los grupos de población en edades pasivas y que se traduce en un mayor número de jubilados.

Entonces, la reducción del desempleo consecuencia del deterioro del sistema productivo, la pérdida de derechos y garantías de los trabajadores y la crisis por la que atraviesa la seguridad social, han terminado por debilitar los lazos de cohesión social y por negarle a miles y

miles de familias el acceso a recursos adecuados y estables capaces de garantizarles niveles mínimos de bienestar y posibilidades de ascenso social.

El aumento considerable del trabajo informal ocurrido en los últimos años, en muy pocos casos ofrece posibilidades de acceso de quienes trabajan en él, sea al IESS o a instituciones de seguridad y salud privados, lo cual aumenta la distribución desigual que la sociedad hace de sus bienes y servicios.

Entonces, una tarea verdaderamente prioritaria, urgente en el país, es crear una demanda de empleo compatible no solamente con el actual número de desocupados, sino con la demanda de trabajo generada por una población en constante aumento. Y simultáneamente con ello, una reforma significativa del IESS y del sistema educativo nacional. Esto último, en razón de que la actual y la futura demanda de fuerza de trabajo para cubrir nuevos puestos en el sector formal de la economía, seguramente que está y estará dirigida hacia quienes tienen una mayor educación. Inclusive es imperioso lograr una sensible mejoría en la calidad académica de las universidades estatales, que son las que concentran una población estudiantil proveniente de familias de sectores sociales medios y populares. Temas difíciles que deben ser examinados en profundidad. ¿Le parece a usted, amable lector?

El problema de la vivienda (17/11/99)

Durante la primera semana del presente mes y bajo los auspicios del Colegio de Ingenieros Civiles se celebró en Quito la Tercera Feria de la Vivienda, que congregó a una buena cantidad de promotores, constructores y financiadores de programas habitacionales populares y sociales. Se estima que al evento concurrieron unas 40 mil personas, lo cual destaca el enorme interés que existe en las familias ecuatorianas por tener su vivienda propia.

Es que el problema de la vivienda es de enorme significación. Se estima que el déficit habitacional a nivel nacional es de un millón dos-

cientas mil viviendas, y cada año en el Ecuador se forman setenta mil hogares, cincuenta mil en las ciudades, lo cual incrementa el número de viviendas necesarias de construirse anualmente en el país. A esta cifra habría que añadir el déficit de calidad, estimado en un millón más de viviendas, caracterizado por la necesidad que tiene la población de mejorar, ampliar o reconstruir muchas viviendas, en razón de que padecen altos índices de carencias, de hacinamiento o por encontrarse en zonas de alto riesgo.

Diversos programas estatales en favor de la construcción y mejoramiento de la vivienda realizados hasta ahora, no han dado los resultados que de ellos se esperaban. Algunos de estos programas, juzgados exitosos, como por ejemplo el denominado Programa Nacional de Aseoramiento para la Construcción y Mejoramiento de la Vivienda Popular (CAVIP) que se viene ejecutando desde 1995 por el Banco Ecuatoriano de la Vivienda con el apoyo de la Cooperación Alemana al Desarrollo (GTZ), se ha traducido en el mejoramiento y construcción de 5.270 viviendas, a través de la concesión de 4.000 créditos BEV. Esta cifra es un aporte muy reducido a la superación del enorme déficit que existe en el país en materia de vivienda.

Actualmente se está publicitando un Sistema de Incentivos tanto para el mejoramiento cuanto para la construcción o compra de viviendas, y que pretende favorecer a los grupos de bajos ingresos del Ecuador. Se aspira a que el sistema funcione con el aporte gubernamental y una red de bancos, mutualistas y financieras participantes en todo el país. El gobierno entregaría un bono según el precio de la vivienda que el postulante desee adquirir. A mayor precio de la vivienda, menor el monto del bono y más elevado el requisito de ahorro mínimo que se exigiría al potencial beneficiario. Así, se espera que el ahorro del postulante, más el bono para vivienda (que en el mejor de los casos representaría el 34.4 % del valor del inmueble), más el préstamo que otorgaría un organismo financiero, los ecuatorianos carentes de vivienda podrían tenerla a muy corto plazo.

Por supuesto que en teoría lo anterior suena muy bien, pero, ¿será posible para un grupo familiar que gane y de manera inestable por ejemplo dos millones de sucres mensuales (que entre los ecuatorianos más pobres resulta ser un latisueldo) tener ahorrado o ahorrar 8.500.000 sucres a fin de entregarlos a un banco o a una mutualista, mantenerlos bloqueados hasta la fecha de escrituración o de compra venta de la vivienda?

En segundo lugar, ¿le será posible a ese mismo grupo familiar, perceptor de un ingreso mensual de dos millones de sucres mensuales, seguir ahorrando una cantidad apreciable de ese ingreso, por ejemplo 600 mil sucres mensuales para amortizar el préstamo que le concedería la institución financiera? Y, le será posible hacerlo, sobre todo, en una fase en la cual las medidas de ajuste económico y de contracción del gasto gubernamental castigan tanto a la mayoría de la población? ¿Con exigencias de ahorro de esta magnitud, no se estará promoviendo un menor gasto en alimentación lo cual puede aumentar los índices de desnutrición ya imperantes en la mayoría de la población del país?

Otra interrogante. Los bancos y las mutualistas ¿estarán en condiciones de atender a los grupos poblacionales de menores ingresos o, más bien, preferirán a estratos medios y medios altos de la población, perceptores de ingresos superiores y estables y, por consiguiente, considerados como mejores sujetos de crédito?

No dudo de las buenas intenciones de los promotores de este programa que, por otro lado y, en gran medida, pretende imitar lo que se viene haciendo en Chile. Pero las dudas son múltiples y quizás lo que más convenga es emprender en una urgente evaluación de los resultados de la primera convocatoria que ya realizó el Banco Ecuatoriano de la Vivienda para que se inscriban los interesados en obtener el mencionado subsidio.

Un aspecto más. El programa prevé que el ahorro mínimo puede establecerse en dinero efectivo depositado en una cuenta bancaria o

mediante la disponibilidad de un terreno urbano, cuyo dominio debe constar en el Registro de la Propiedad a favor del postulante.

Esta exigencia, cuando se conoce que en el país existen miles y miles de personas que por diferentes causas no han logrado legalizar las propiedades de terrenos y viviendas que habitan, puede conducir a una sensible contracción del número de postulantes. Entonces y ahora que tanto se habla de desregulación y de flexibilización especialmente laboral, quizás convenga plantear una suerte de flexibilización de las normas referidas a la legalización de lotes y viviendas, declarando para ello una especie de moratoria urbana. Alguien en el Municipio de Quito sugirió esta posibilidad y creo que nada se ha hecho al respecto.

Pero si se quiere enfrentar este grave problema nacional hay que, como en múltiples otros casos, pensar en alternativas nuevas y distintas. Quizás dentro del mismo programa de incentivos habitacionales que hoy se publicita, haya lugar para plantear la necesidad de que los bancos y las mutualistas otorguen también créditos para financiar los costos de legalización de lotes y viviendas. ¿Le parece a usted, estimado lector?

Justicia privada y social ¿contradictorias, irresolubles? (15/12/98)

Para que el lector se informe por sí mismo de los vericuetos de la justicia en el Ecuador y compare sus sentencias con la grave situación en la que se desenvuelve la mayoría de los ecuatorianos, me parece conveniente trasladarle a su conocimiento los aspectos esenciales de un original pleito jurídico entre el Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social (IESS) y el ingeniero Jorge Aguilar Cabezas, que se originó en 1974 y 1975 con la suscripción de dos contratos para la construcción de departamentos y viviendas en dos urbanizaciones de la ciudad de Quito (La Luz y Las Delicias), por un monto total de 83.067.920 de sucres, según carpeta que me ha hecho llegar una persona que trabaja en el Instituto.

El IESS alega que el contratista ingeniero Aguilar Cabezas, desde el inicio de las obras, no cumplió y no se sujetó a los cronogramas de trabajo previstos en el contrato, lo cual le estaba causando ingentes pérdidas así como daños y perjuicios a la institución. Frente a ello, el Director General del IESS de ese entonces, facultado por la Ley de Licitaciones y con la debida autorización del Consejo Superior del organismo, dio por terminados unilateralmente los contratos, el 12 de enero de 1979.

A fines de 1985, el ingeniero Aguilar Cabezas presentó una demanda contra el IESS ante el Presidente de la Corte Suprema de Justicia, mediante la cual solicitó la devolución de los fondos de garantía, los valores constituídos en depósitos, el pago de trabajos adicionales, el valor de las herramientas, equipos, el valor de los daños y perjuicios ocasionados por la terminación unilateral del contrato, el valor de los honorarios equivalentes al 10 % del monto restante de construir que le corresponde por utilidad. El valor total de estos rubros ascendió a 18.930.675.23 sucres.

Adicionalmente, el contratista reclama el pago de intereses respectivos, de conformidad con las disposiciones legales y las regulaciones de la Junta Monetaria a partir de agosto de 1977 hasta la fecha en que se realice el pago de todos los rubros demandados. Reclama también el pago de compensaciones por las devaluaciones monetarias desde agosto de 1977.

A la demanda responde el Presidente de la Corte Suprema de Justicia de ese entonces con una sentencia que señala que la reclamación de daños y perjuicios, daño emergente y lucro cesante *no procede mientras no se demande la resolución del contrato por incumplimiento de la contraparte*. Dice la sentencia también que, por diversas razones *no procede el pago del 10 % de utilidades que el contratista ha dejado de percibir por la parte no ejecutada de los contratos* y niega la reclamación del actor relativa a la *compensación por devaluación monetaria*.

Apelada como fue esta sentencia, la Sala de lo Civil y Comercial, integrada por los doctores René Bustamante Muñoz, Miguel Macías Hurtado, Jorge Fantoni Camba, Carlos Solórzano Constantine y Alejandro Bermúdez, con el voto salvado de los doctores René Bustamante Muñoz y Carlos Solórzano Constantine, confirma la sentencia venida en grado, pero además manda a pagar en concepto de daños y perjuicios el valor por la depreciación monetaria, para lo cual dispone que el monto de los valores adeudados se conviertan a dólares al tipo de cambio vigente a enero de 1979 y este resultado se convierta nuevamente a sucres al tipo de cambio actual.

Para no alargar el cuento, la suma que el IESS tenía que pagar, a octubre de este año, según el perito doctor Julio Molina Flores, designado por el Presidente Subrogante de la Corte Suprema de Justicia, ascendió a 30.236.209.880.00 de sucres y hoy, debe estar ya sobre los 31 mil millones de sucres.

Esta sentencia de la Sala de lo Civil y Comercial se dictó no obstante que el Ministro Fiscal General de ese entonces, doctor Fernando Casares Carrera, se pronunció en el sentido de que

la acción deducida por el ingeniero Jorge Aguilar Cabezas es injurídica, sin asidero legal de soporte y por tanto improcedente; [y que] debe aceptarse en cambio la reconversión cuyos fundamentos de hecho y de derecho han sido fehacientemente demostrados por el organismo político demandado.

Treinta y un mil millones de sucres es una bonita suma ¿verdad, estimado lector? Imagínese usted si su salario también se hubiera dolarizado. Haga cálculos y tome en consideración en cuánto a usted lo han perjudicado. Recuerdo que, para el conjunto de los trabajadores asalariados del Ecuador (lo dije en un artículo publicado en julio de 1997 en este mismo diario) que

al no haberse mantenido durante el último año [1996] la misma relación salarios/ingreso nacional de 1980 [que era del 33.3 %], los asalariados ecuatorianos (obreros de los sectores agrícola, comercial, industrial, de la construcción, empleados privados y del sector estatal, maestros, miembros

de las fuerzas armadas) perdieron entre 1980 y 1996, más de 24 mil millones de dólares, esto es unos 10 mil millones de dólares más que el actual monto de la deuda externa.

Bueno, ¿a quién nos quejamos?, ¿cómo reclamamos el tremendo robo que se ha hecho a la mayoría de los ecuatorianos? Entonces, más allá de que ciertas personas con dinero sean o no inocentes particularmente hablando, es bueno dejar constancia que la gente pobre del Ecuador no es la causante de su pobreza. Mientras tanto, el pleito al que ahora me he referido, ojalá que tenga una solución sensata, que se encuadre en lo que dispone la ley, en cuanto a que las obligaciones de cualquier clase o naturaleza que fueren, que deban ser ejecutadas en el Ecuador, se liquidarán y cumplirán en sucres. No se puede irrogar un perjuicio tan grande al IESS, una institución que, a pesar de todos sus defectos, cumple un papel de apreciable ayuda a la gente pobre de este país, que es cada vez más numerosa.

ILDIS: Veinticinco años de labor fecunda (29/06/99)

Han transcurrido ya veinticinco de creación en el Ecuador, del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), una institución de la Fundación alemana Friedrich Ebert que, durante este período, ha desempeñado una fecunda y sistemática labor de investigación, análisis y difusión de la realidad latinoamericana y del Ecuador. A través de la observación directa, el estudio de campo, el contacto con la gente en la vida cotidiana, la realización de innumerables seminarios, la publicación de numerosos libros que cubren múltiples temas, la promoción de bibliotecas, las acciones de capacitación y de cooperación académica con gremios profesionales, organizaciones empresariales, sindicales, sociales y políticas, universidades, el ILDIS ha contribuído significativamente a lograr que en el Ecuador se cultive un pensamiento reflexivo, crítico y que se realicen los más sistemáticos esfuerzos para ir a la causa de nuestros principales problemas y para señalar las vías para su superación.

Podría pensarse que veinticinco años no son mucho tiempo, sin embargo, en un país con una población tan joven como la nuestra, sin duda que lo son. Aproximadamente la mitad de quienes hoy vivimos en el Ecuador, nacieron después de 1974 pues nuestra población ha crecido rápidamente de 6.7 a 12.5 millones de habitantes. Una creciente proporción de ecuatorianos, más de dos tercios, vive hoy en las ciudades. Nuestra economía, sobre todo en los años sesenta y setenta creció y se diversificó apreciablemente, cobrando creciente importancia la industria, el comercio, los servicios. Gracias a mejores comunicaciones y transportes, a la expansión industrial y comercial, al crecimiento demográfico, incluso a la penetración del capital extranjero en la vida económica nacional, hoy el país luce más integrado regionalmente hablando.

En la década de los ochenta y aún de los noventa, la economía ecuatoriana, como la de casi todos los países subdesarrollados vivió y sigue viviendo años de crisis, producto en alto grado de una increíble succión de recursos desde el exterior que los países ricos han utilizado para fortalecerse.

Actualmente y como consecuencia del duro impacto de la crisis y de la “neoliberal” política en boga de repliegue estatal, pago puntual de la deuda externa, privatizaciones, crecientes facilidades a la inversión extranjera para que ingrese al país, deterioro de la moneda nacional, fomento del capital especulativo, desregulación financiera y laboral, clara orientación de la política económica gubernamental favorable a intereses extranjeros según líneas impuestas por organismos financieros internacionales, hoy el Ecuador vive situaciones muy graves como crecimiento débil e irregular de su economía, ausencia de inversiones, aumento de la pobreza, desempleo, inflación, expansión de la desigualdad, crisis bancaria y financiera, incertidumbre, aumento del número de ecuatorianos que se van a veces para siempre en busca de trabajo al exterior. Y en una sociedad cada vez más injusta y desigual, no es extraño que proliferen la inseguridad, la delincuencia, la corrupción, el narcotráfico, la arbitrariedad, el autoritarismo político, la violencia., la represión.

Y todos estos hechos que el ILDIS los ha seguido de cerca y vivido, se han constituido siempre en elementos de reflexión y de enseñanzas. Es que quien más luz puede aportar es aquel que no solo observa y escucha, sino quien más puede y quiere pensar y hablar con libertad. El ILDIS, al haber abierto en el país espacios de pluralismo, de discusión de múltiples experiencias de desarrollo de otros pueblos, de proceder sin dogmatismos sino más bien con tolerancia y respeto a toda opinión y, sobre todo, sin haber jamás pretendido convertirse en juez y menos en uno pontifical, le ha dado a su accionar mayor frescura y penetración.

El ILDIS, con un personal técnico y administrativo de menos de una docena de funcionarios, ha logrado desarrollar una tarea de verdad encomiable. Ha logrado escudriñar la realidad nacional probablemente más y de mejor manera que otras instituciones nacionales que operan con crecidos presupuestos, equipos e investigadores. Su labor, durante el último cuarto de este siglo que está por terminar, es sin duda de apreciable aporte, tanto más que su apoyo a múltiples actividades lo brindó siempre desde el ángulo crítico y democrático.

Al relievár estos hechos de trascendencia, creo que muchos ecuatorianos se sumarán a mi deseo de expresar al director del ILDIS como a sus competentes funcionarios, la calurosa felicitación y agradecimiento, así como nuestra cálida exhortación para que continúen por el camino ya transitado durante estos primeros veinticinco años de existencia. Acaso la mejor forma de expresar al ILDIS nuestra felicitación, reconocimiento y deseos de futuros éxitos, sea subrayando nuestra vocación por ejercer cada vez más una labor creadora comprometida con el progreso y sobre todo con el verdadero desarrollo autónomo de nuestro pueblo que, si bien hace veinticinco años era necesario, hoy pese a los cambios mundiales y nacionales realizados, tal necesidad es más imperiosa que nunca.

Una vuelta a la mitad del Ecuador en ocho días (14 /09/99)

Hace aproximadamente un mes, la mayor parte de mi numerosa familia, hicimos maletas, cambiamos de aceite y revisamos llantas a

nuestros vehículos, confirmamos la presencia en nuestras carteras de las tarjetas de crédito y nos lanzamos a la aventura de recorrer nueve provincias del Ecuador. Un viaje verdaderamente encantador dividido en cinco etapas. La primera, Quito-Riobamba, donde disfrutamos una espléndida noche en esa ciudad. La segunda, Riobamba-Cuenca, probablemente la más provechosa pues nos detuvimos en varios lugares típicos como la pequeña Iglesia de Colta, la entrada a Alausí y las ruinas de Ingapirca, un lugar histórico que lamentablemente está muy descuidado pero que todos los ecuatorianos deberíamos conocer. La tercera etapa, Cuenca-Machala; la cuarta Machala-Guayaquil y la última Guayaquil-Quito.

Lo primero que me gustaría comentar respecto a este viaje es el lamentable descuido de la carretera desde Alausí hasta Azogues. Son al menos unas dos y media horas de transitar por una ruta afirmada, con mucho polvo y llena de inmensos baches que ponen en serio peligro el estado de los vehículos. Precisamente a esto se debe que por ella circule muy poco tráfico y que el transitar sea tedioso y lento. Tratándose de una zona con un paisaje verdaderamente encantador, nos preguntamos, cuánto ganaría el país si el gobierno se propusiera reconstruir y rectificar una ruta que, desde que yo recuerdo, siempre ha estado sometida a constantes desperfectos y a reparaciones precarias e incompletas que han motivado la queja de los habitantes del Azuay, Cañar y Chimborazo. La zona necesita de una buena carretera, para que dure no tres o seis meses, sino veinte o treinta años. Se trata, finalmente, de una arteria principal que generaría inmenso beneficio al turismo interno y al mejor conocimiento y comunicación entre todos los ecuatorianos.

Cuenca, una ciudad tan sugestiva y peculiar. Su encanto es conocido por la mayoría de los ecuatorianos y su gente se esmera por dar un buen trato a sus connacionales. Una ciudad que ha crecido apreciablemente y donde se respira un ambiente cultural que la hace inconfundible. Lástima que para llegar a ella existan tan malas vías de comunicación que, también recuerdo, siempre ha sido un motivo de constante y legítima queja y reclamo de los azuayos.

La carretera de Cuenca a Pasaje también se encuentra en mal estado, especialmente en el tramo Cuenca-Santa Isabel, una zona donde se aprecia una suerte de norteamericanización en materia de construcción de viviendas pero también de resistencia, de conservación de valores, de costumbres, de cultura, de ecuatorianidad. La parte del litoral de la citada carretera está mejor, aunque a lo largo de ella y, en general, en todas las rutas del país, existe una alarmante falta de señalización.

La ruta Machala-Guayaquil está bastante buena. Parece, sin embargo, que los arreglos son solo temporales y que con la venida del invierno el deterioro volverá a presentarse. Fue, acaso, la mejor carretera que transitamos.

Finalmente, la carretera que conduce de Guayaquil a Quito se encuentra asimismo en buen estado. No sabemos si ello persistirá cuando aparezca el invierno en pocas semanas más; sin embargo, un aspecto que vale la pena destacar, es la inmensa suciedad acumulada en los bordes de todas las rutas que cruzan el Ecuador; cuando desde los propios vehículos en marcha se lanzan objetos y desperdicios a las carreteras; mientras que junto a las explotaciones productoras de banana, es impresionante la existencia de enormes cantidades de desperdicios de plástico, un subproducto de la cultura exportadora tan publicitada por los creyentes en las bondades del mercado. Este es un problema aparentemente fácil de solucionar si es que se imparten las disposiciones correspondientes; si no se lo hace, quiere decir que ni aún dificultades relativamente simples resultan posibles de ser superadas en el contexto del actual ordenamiento económico social del país, donde mandan y gobiernan representantes de conocidos y poderosos grupos económico sociales.

Más lamentable aún, la acumulación de basura en la entrada o salida de las ciudades o pequeños poblados por donde cruzan las carreteras y que tan mala impresión causa. Algo que nos llamó profundamente la atención, fue el verdadero basurero que, al menos por esos días dedicados a una fiesta religiosa, se había formado en la entrada sur de la pequeña ciudad de Yaguachi, en la provincia del Guayas, antes y

después del sitio donde se paga el peaje. Aquí ya no solamente se trata de una afectación del paisaje sino de la existencia de un verdadero foco de contaminación y de peligro para la población que habita en la cabecera cantonal.

Pues bien, creo que la mejor contribución que se puede hacer en beneficio del turismo interno, que debe ser promovido desde mi punto de vista más que el externo receptivo, por su enorme contribución a la comunicación, al mejor conocimiento y a la afirmación de la unidad nacional, es la construcción y el mantenimiento de buenas carreteras. El turismo interno permite departir con familiares y amigos, tratar con personas sencillas del campo, solazarse ante lo bello de la naturaleza, observar tantos fenómenos de nuestro complejo país que solo se pueden comprender cuando se entra en contacto directo con ellos, cuando se puede apreciar en las manos de nuestra gente la gran creatividad para producir artesanías realmente hermosas, cuando se constata la chocante pobreza que castiga a millones y millones de ecuatorianos y se la analiza y compara con la realización de tantas obras faraónicas y de relumbrón que se ejecutan en las ciudades y, a la vez, cuando se repara en el enorme potencial que significa la existencia de una tierra fértil, la cantidad de caídas de agua, la creatividad de la gente en múltiples aspectos de la vida cotidiana. Estos contrastes del acontecer nacional, no son ajenos a la evolución del empleo, la distribución del ingreso, la deuda externa, las relaciones internacionales y entre las clases sociales ecuatorianas.

Por todo ello la necesidad de construir buenas carreteras en el país. Particular referencia quiero hacer a la ruta Riobamba-Cuenca. Algún gobierno debe con decisión poner un límite a largos años de protestas y reclamos de los habitantes de las provincias del centro y sur del altiplano andino, que tienen derecho a estar servidos por una buena vía.

Si se repara en la serie de gastos improductivos que diariamente se realizan en el país, el consumismo, la fuga de capitales, la corrupción, el piponazgo, la ausencia de planificación de tantos y tantos proyectos

que provocan despilfarro de recursos y drenaje del potencial de ahorros nacionales, se llega fácilmente a la conclusión de que bien puede el gobierno, en pocos meses, proponerse superar esta centenaria injusticia y decidir la construcción de una buena carretera que reemplace a la de pésimas características de la actual. El altiplano y todo el país reclaman la construcción de una buena ruta que una a las provincias de la sierra central entre sí y de ellas con todo el Ecuador.

Un pensamiento crítico para formular propuestas (08/02/2000)

Algunos escritores y trabajadores de la cultura de Guayaquil, se han organizado para mensualmente emprender en el duro esfuerzo de escribir y publicar la revista Propuesta, donde se recogen sus reflexiones sobre diversos aspectos de la realidad mundial y ecuatoriana. Hasta hoy han logrado publicar tres números, los correspondientes a los meses de octubre y noviembre del año anterior y enero del presente año, cuando se decidieron a darle una frecuencia bimestral. En la revista se examinan variados aspectos culturales y sociales de la vida nacional.

La revista cuenta con un Consejo Editorial plural que, bajo la dirección de Carlos Lasso Cueva, persigue comunicarse con grupos cada vez más amplios y representativos de latinoamericanos y ecuatorianos a fin de conocer de sus problemas, inquietudes, justos reclamos, a la vez que para darles cuenta y poner a consideración de ellos sus ideas y planes de trabajo. El propósito esencial de Propuesta, lo ha dicho su director, es avanzar en la forja de una estrategia alternativa que haga factible un desarrollo democrático, independiente y que a partir de una distribución menos desigual del ingreso y de la propiedad, sea respetuosa de la naturaleza nacional. Ahora bien, como para avanzar en esa dirección es indispensable reconocer el aporte de los sucesos históricos, la revista trata una serie de hechos de diferente naturaleza ocurridos especialmente en nuestro país y que tanta importancia han tenido en la configuración de la realidad actual.

El material publicado es entretenido y variado. Se examinan aspectos propios de la identidad cultural, el “ecocidio” petrolero, la situación limítrofe con el Perú; análisis sobre producción literaria; el pensamiento de Agustín Cueva, tan refrescante y profundo sobre la cultura ecuatoriana y el V Centenario; los chispeantes cuentos de Juan Andrade, un sesudo artículo de René Báez sobre la crisis financiera nacional; un reflexivo análisis sobre un modelo alternativo de desarrollo a cargo de José Joaquín Bejarano; otros sugestivos ensayos de Alberto Acosta, Ana María Varea, José Salvador Lara, Jorge González, sobre dolarización, desarrollo sostenible, la base de Manta y el Canal de Panamá; el primer año de gobierno de la Democracia Popular.

En los tres números hasta ahora publicados se recoge un material escrito por mi persona y que había permanecido inédito. Se refiere a la globalización y la búsqueda de alternativas al neoliberalismo. Se trata de dos aspectos que no son ajenos a los más graves problemas y quehaceres cotidianos, donde se examinan el internacionalizado y complejo mundo de nuestros días pero sin desprestigiar la trascendencia de lo propiamente nacional que, estoy convencido, sigue y seguirá siendo fundamental y donde se librarán seguramente las luchas más inmediatas por lograr la satisfacción de las necesidades esenciales de la mayoría de la población.

Es meritorio el esfuerzo del grupo de escritores por sacar una revista que aspiran a que sea un vehículo de información y de mejor conocimiento de algunos difíciles problemas que el país tiene que encarar urgentemente. Digno de destacarse, también, es que los artículos están escritos en un lenguaje sencillo y de fácil lectura, lo cual es vital en la perspectiva de ayudar a que la gente cobre conciencia sobre las causas de nuestras dificultades, para sumar fuerzas y actuar conjuntamente en lo que proceda a fin de vencer con éxito los problemas que a todos nos afectan.

Los responsables de la revista han emprendido una tarea ciertamente difícil. Conseguir la contribución de algunos compatriotas para que disciplinadamente escriban un artículo, se comprometan a entre-

garlo en una fecha determinada; organizar la publicación de la revista, acometer su distribución, es sin duda un trabajo no solo costoso sino complejo que, por otro lado, no tiene el propósito de obtener utilidad comercial. Por todo ello es que al felicitar a los promotores de Propuesta y desearles éxito en su tarea, aprovecho este espacio que me brinda “El Telégrafo” para invitar a tantos ecuatorianos deseosos de ofrecer su valiosa colaboración, a que escriban para la revista y contribuyan a colocar el mayor número posible de suscripciones, sea comprándola, regalándola a algún amigo, a una biblioteca, hemeroteca o recomendándola a las organizaciones a las que esté vinculado, a fin de que puedan tomar varios ejemplares de la publicación mensual. Así les será posible a los responsables de Propuesta disponer de algunos recursos que les permitirá hacer que las futuras publicaciones se ubiquen en un nivel siempre superior.